CARTELES

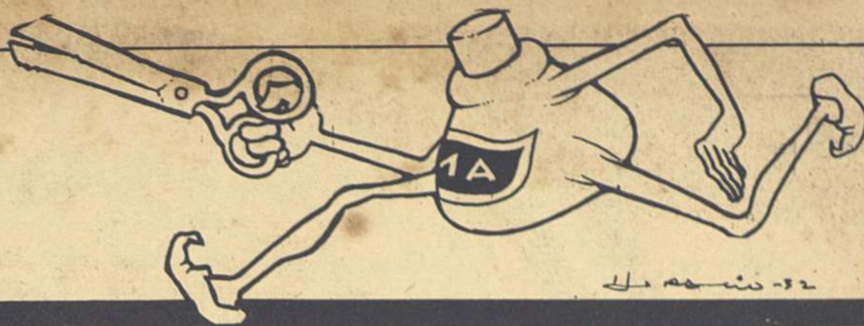
ALFREDO T. QUILEZ
DIRECTOR

VOL. XXI. No. 12
LA HABANA,
ABRIL 8 - 1934



10¢

GOMA y TIJERAS





La dama (gran coleccionista de animales).—Por tercera vez, coronel, ¿quiere usted azúcar?
(De "London Opinion".—Londres).

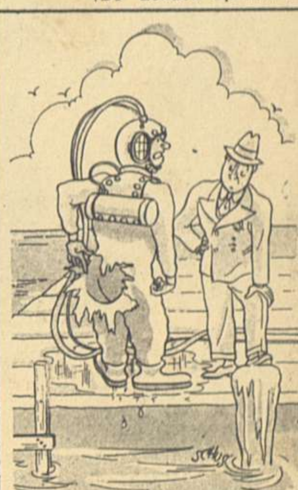
COM Y Co. Nº 2



El policía.—Su licencia.
La muchacha.—Bueno, da la casualidad de que no la traigo encima, pero si quiere usted evitarse molestias, puedo asegurarle que es exactamente igual que todas las demás.
(De "London Opinion".—Londres).



El joven.—¡Perdón, tía! ¡Vine a darte las gracias por la moto que me has regalado!
(De "London Opinion".—Londres).



—¡Fuí a caer en un banco de pejes-perros!
(De "Life".—New York).



—¡Perdón! ¡No encontré dónde esconderlo!
(De "Il 420".—Florencia).

Cuentos

El notable dibujante y escritor catalán Apeles Mestres, contaba que cuando comenzó a hacer caricaturas para "La Campana de Gracia", se le acercó un individuo y mirándole de pies a cabeza, como un bicho raro, le dijo:

—Lo que me admira más en los dibujos de usted es... la cantidad. ¿Cuántos ejemplares venden de cada número?

—De veinte a veinticinco mil.

—¡Qué barbaridad! ¿Y cómo puede hacer usted veinte o veinticinco mil dibujos iguales cada semana?

*

Se presentó un día al rey Enrique IV de Francia un sujeto que comía como seis hombres, creyendo que el rey le gratificaría asombrado de su grandísimo apetito.

El rey, que ya había oído hablar de la voracidad del interesado, le preguntó:

—¿Es cierto que tú solo te comes la ración de seis hombres?

—Certísimo, señor — contestó con cierta vanidad.

—¿Y trabajas también como seis?

—No, señor; no puedo trabajar más que como otro de mi edad y de mi fuerza.

—Pues hijo, si hubiera diez como tú en mi reino, los mandaría a ahorcar en seguida, porque traerían el hambre al pueblo.



—Sí, West Point nos lo ha devuelto nuevo.
(De "Jack-O-Lantern".—Darmouth).



—¡Cuerno! ¡Este es el mismo tipo que secuestramos la semana pasada!
(De "Judge".—New York).

DIVULGACIONES

FELICIDAD para el NIÑO

por Hortensia Lamar

LOS DERECHOS de los HIJOS

LA Humanidad sigue su ruta de evolución, por campos de luz unas veces, de sombras otras; pero sigue adelante y esta marcha sin fin hacia un tipo mejor ha sido en un principio inconsciente, pudiéramos decir, por selección natural, venciendo el más apto. Hoy, despierta ya la consciencia, el sentimiento de la solidaridad y de la responsabilidad brota y arraiga profundamente en los seres superiores.

A la brutal y ciega reproducción, sin inquietudes, se opone el inefable sentimiento del deber de crear hijos sanos y fuertes concebidos con amor, en estado de salud y limpieza física y psíquica, o no crearlos.

A la despreocupación sucede la inquietud de la duda ante la interrogación, cada vez más apremiante: ¿hay derecho a reproducirse en la enfermedad y en el dolor, en la miseria y en el vicio?

Mujeres y hombres selectos, en la más generosa cruzada en la más superada concepción de amor a la Humanidad, están dedicados al estudio de este pavoroso problema y cada día se hace más firme y preciso su pensamiento y predicción de que *los derechos de los hijos* serán al fin comprendidos, aceptados y proclamados, y el respeto por la vida humana, desde el fondo de la conciencia de los progenitores, preparará definitivamente la abolición de todo dolor innecesario e inocente.

Cuando una educación científica y moral, sin gazmoñerías perversas e inútiles, enseñe a todos, desde la niñez, con toda pureza la verdad acerca de la función suprema a que están llamados nuestros cuerpos, habremos conseguido sin tormento alguno la verdadera castidad, madre de hijos sanos y felices, que a su vez doblarán la rodilla ante Eros triunfante, en la fusión dulcísima y vital del amor de los sentidos y la ternura espiritual.

La nueva Etica que empieza a difundirse con avance firme, sin duda tachará de inmoral a la pareja que engendre una prole enferma, y despertará sobre bases científicas y en forma elevada el amor a la belleza, fuerza y salud del cuerpo, como ánfora y lámpara divina del espíritu, y el respeto sagrado por la reproducción, en la ideal felicidad del amor, será el sello de nobleza que marque como a dioses a los hombres.



Ricardo ARLEN, de siete meses de edad, que ha sido declarado físicamente perfecto por el doctor Harvey M. MAYER. (Foto International).

Mi derecho a nacer bien fué respetado por mis padres, y así soy una criatura saludable y feliz.

© NEIDA MIGUEL.

Los derechos de los hijos, en el futuro, serán el mandato imperioso, inapelable, que la conciencia hará a cada corazón en su hora: el hombre y la mujer recibirán, desde la niñez, cuantos conocimientos sean necesarios para no violar esos derechos. En una palabra, la preparación para la maternidad y la paternidad será obligatoria, como la enseñanza elemental. Acabará, al fin, el absurdo de *no prepararse* para la más trascendental de las funciones que pueda realizar criatura humana alguna.

Y al fin, la maternidad y paternidad serán reverenciadas como marca de excelsitud.

Los hombres sabrán que le ligan al ser creado por él, vínculos más fuertes que los impuestos por la ley y la sociedad; la sanción de su conciencia cultivada no le permitirá jamás escapar de los deberes de la paternidad, de esa paternidad consciente ante cuya posibilidad se preguntará muchas veces si tiene derecho a ella.

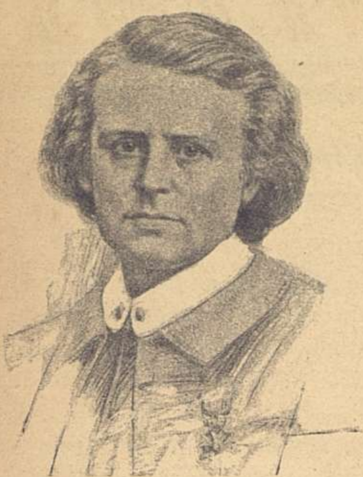
Esa nueva Etica, seguramente, determinará una legislación social capaz de ayudar a la obra de selección natural, impidiendo la reproducción de criminales y enfermos con taras incurables y hereditarias, origen de degeneraciones monstruosas y crueles. Así únicamente, el ser humano se irá librando poco a poco de atavismos que reproducen incesantemente épocas primitivas, imperfectas, en una evolución dificultosa. Se considerará ineludible deber impedir que se trasmitan esas herencias engendradoras de dolores dantescos.

¿Quién ha dicho más hermosas y profundas palabras de poeta y profeta acerca de la paternidad que Nietzsche, cuando dijo:

"Quiero que tu victoria y tu libertad suspiren por un hijo. Eleva

(Continúa en la pág. 66)

Feminidades



Mujeres valiosas

ROSA BONHEUR

La intrepidez de su concepción es sublime, y como artista creadora la coloco en sitio primero de las actuales y pasadas.

Si se me preguntara por qué se eleva sobre sus compañeras —silenciando con la majestad de su trabajo a todo detractor— yo diría que obedece a que sólo ha escuchado a Dios y no a los hombres. Es toda sinceridad.

VICTOR HUGO.

¿Es el destino quien traza nuestra vida o somos nosotros árbitros de ella? Rose Bonheur (Rosaline en el cariño de los suyos) había aparecido en el mundo en ese trozo francés que es la tierra de Bordeaux (1822), en el seno de una familia que luchaba con los rigores de un medio muy pobre de recursos y donde el padre, pintor por negocio más que por devoción, creyó lograr mejoras anheladas si su hija se hacía costurera. Esta era la voluntad de familia, verla trazar moldes de vestidos, entallar siluetas más o menos frívolas, confeccionar una obra de coquetería para el recreo pasajero de mujeres superficiales; y he aquí que el espíritu se revela y queda burlado el ensueño familiar.

Rosaline, muerta su madre, ve disgregarse el núcleo delicioso de los suyos y va a adormecer su dolor en el hogar de una familia amiga que le presta protección y abrigo. Allí comienza por obediencia el trillo que se le había asignado, pero, contrariadas hasta lo profundo sus naturales inclinaciones, sobreviene una crisis de pesadumbre a que nada puede sustraerla. Era entonces su padre director de la Escuela Libre de Dibujo para niñas en la ciudad de París, y temeroso de un quebranto mayor o presintiendo quizás la insensatez de su negación accede a que vaya a servirle de auxiliar en sus labores de pintura. Es la hora de la revelación: aquella casi niña hace pugna al trabajo de su padre, maestro en la forma pero calculista en su actuación. "¿Por qué, le riposta, he de cortar mi personal ensueño ante los caprichos de un comprador?" "Yo no creo para negociar, ya que esto no sería arte; si traspasada al lienzo mi impresión alguien se complace en ella, libre es de, adquirirla, pero no de coaccionarme por la sugestión de unas monedas". Esto no pudo compaginarse nunca con el pensar del maestro, afectado en su carrera por una estrechez de fortuna que de por sí producía a los suyos privaciones y pesares. Se eclipsaba el artista ante los antojos del público y a él se sujetaba siempre sin otro afán que complacer y vender. Cuando la chiquilla pintora se introduce en el estudio sólo obedece a la libre inspiración, y así, abierta de criterio, le deja paso al caudal prisionero de su arte. Se inclina decidida a la pintura de animales, vocación que había de llenar toda su carrera ya que en su colección caballos—preferentemente—perros, cabras y tantos otros fueron su único asunto.

"Cabras y Ovejas" fué expuesto en el Salón cuando sólo contaba la autora 18 años y "Vacas Pastando" al siguiente. En 1845 decoró el mismo con no menos de 14 obras, logrando conquistar el premio de una medalla. Esto no la satisfizo inconforme siempre con la medianía.

Tres años más tarde, en pos de la gloria, se le otorgó la más alta recompensa, en forma de una medalla especial de Primera Clase. Contaba entonces 25 años.

Muerto su padre, y casi sin esfuerzo por la potencia de su genio, ocupa su cátedra en la Escuela de Pintura, siendo así la primera mujer que la llenara. Ya después de esto no hay para ella eclipse, sus pinceles parecen tocados de una inspiración tan vibrante que no queda entre la realidad y el lienzo más que la sensibilidad de la carne. Y vemos así resplandecer su estudio con aquella maravilla que fué el "Mercado de Caballos", concepción soberbia de un realismo y vigor indescriptible. El original pasó a la América, en ese monopolio de todo lo grande que es New York. Fué adquirido en £12.000 ($55.000 aprox.) Una pequeña copia del mismo enjoya la Galería Nacional de Londres.

A partir de esta labor adopta en su indumentaria el traje masculino, que sólo abandona al visitar a Napoleón y Eugenia, emperadores franceses que cuelgan a su pecho la insignia gloriosa de la Legión de Honor.

Era mujer de porte llamativo, de cabeza cubierta desde temprano de un manto alborotado de cabellos canos que le daban de por sí aspecto leonino; pero, aquella armazón dura, si se quiere, encerraba un temperamento pletórico de emoción y de vivo y alegre genio. Así se explica el subyugador encanto de su compañía.

"Haciendo Heno en Auvergne", "Una Espantada", "Arando en Nivernais", "Caballos y Vacas", "Caballos Bebiendo", "Caballos a la Venta" y una interminable lista de producción hacen el total de su catálogo valioso, que aparte de la fama sobresaliente le permitieron, cosa extraña en artista de su clase, una vida holgada y llena de confort.

Para nosotros los cubanos hubo un destello magnífico de su arte en Matilde Rita de la Peñuela, habanera del año 1840 que fué en el taller de esta francesa sublime una discípula quizá si de las más brillantes. Su inclinación se posó en los gatos, y de ella nos dice Teófilo Gautier: "Posee el secreto de todas las gracias felinas, sabe cual nadie pintar esos ojos amarillos como monedas de oro y darles a las colas vaporosidad de marabú". ¡Qué poco es amado en nuestra tierra aquello que realmente puede engrandecernos, sus obras se las llevó, el extranjero... como tantas otras cosas!

Rose Bonheur muerta en 1899 está aun latente en el alma francesa y, ¿quién que se haya deleitado en las salas del Luxemburgo y la Galería Bonheur no se ha traído de allí en el encanto de sus cuadros todo un mundo imperecedero de recuerdos?

Fontainebleau, terruño de grandezas y jirón de romanticismo, conserva aún entre su floresta la quinta evocadora donde vivió, soñó y creó aquella maga del pincel que fué grande entre los grandes.

El Excelentísimo Señor Víctor H. Escala, ministro del Ecuador en Venezuela, bondadoso lector de mi página, me envía desde Caracas un delicioso volumen de versos, del que difícilmente—por su belleza general,— he seleccionado esta armoniosa y criollísima composición. Del alto honor de su envío quiero hacer partícipes a mis queridas lectoras....... .. ..

SIESTA

Entre dos palmeras
oteadoras de horizontes,
colgué mi hamaca moriche
y empezé a dormir la siesta.
Lentamente,
el rumor de la resaca
y el dardeo de la luz—amplia vidriera
rota sobre el agua—
sumieron mis ojos
en un túnel de negruras verticales.
¡Oh, la siesta!
Se sumerge mi cerebro como un ancla
en el vientre cristalino de las aguas.
Mis brazos, mis piernas, todo el cuerpo
hecho extremidades
va adquiriendo la virtud prensora
del pulpo en el lecho de las algas;
y libre mi alma, se tiende cual bandera
marinera.
La bandera que se acuesta en el espacio
es la dulce cortesana de los astros.
¡Oh, la siesta!
Me florece un sueño:
contemplo una América desnuda
con los cárdenos tatuajes del instinto,
que inexperta y linda,
se debate entre los brazos de un guerrero.
La resaca del Caribe suena a grito
de guajira subyugada por un blanco,
óptimo de audacia.
Los penachos de las palmas cual caciques se preguntan
qué va a ser de nuestra raza.
Y entonces, el gotear gangoso
de llovizna con sabor de llanto
moja, en la pipa impalpable de los sueños,
el tabaco de mi siesta.

Características femeninas

OTORGADO el derecho político a la mujer, aumenta la responsabilidad de su actuación y precisa consecuentemente el examen juicioso de defectos y virtudes, que marquen una orientación bien acertada. Algo que puede confortarnos es la certeza de que aun dentro de la crítica más rigorista, la balanza del bien se inclinará siempre hacia el sector de la mujer. La vida quiso en ello portarse generosa, y previendo sin duda las violencias generales y el desmedido egoísmo del hombre, se complació, gentil, en embellecer el espíritu femenino de virtudes que bien empleadas serán para toda circunstancia las armas mejores de defensa. Debemos, pues, aquilatar los propios valores y no llevarlos jamás al barullo del mundo sin una exacta y provechosa intención. Hoy ya no es posible abarcar rápidamente la labor consignada a la mujer, el panorama se ha ensanchado a tal extremo que resulta inmedible todo lo que ella abarcará. Se han roto los linderos del hogar personal y el país en general será en un mañana próximo el hogar común de toda cubana consciente. ¡Triunfo soberano que rompe justicieramente los viejos prejuicios! ¡Deber multiplicado para responder a conciencia al honor que se nos hace!

Observadora incansable de cuanto tienda a mejorar el sector de la mujer ante dos escollos—pese a lo hermoso del fondo—me detengo hoy: nuestro exceso de altruismo y el relego que hacemos de toda lógica durante la jornada. Esto que en un ayer circunscripto a la vida privada sufrió maltrato y nefastos resultados, doblemente habría de tornarse en fatalidad en el roce duro de la lucha pública, no ya en lo que a política se refiere sino tanto o más en el complejo actual de las actividades femeninas. Invertir con temple y sin confusión estas innatas virtudes, es la obligación en que estamos todas las mujeres que vamos hoy por el mundo con visiones más amplias y con anhelos más provechosos. Podrá ripostarse que sólo espíritus muy equilibrados o lo que es menos corriente inteligencias muy despiertas se avienen a este nivel, pero no sería obra hermosa negarnos al esfuerzo de fomentar este control, seguras como estamos de hallar un eco de sensatez en el conjunto.

Del altruismo es bien marcar los límites dejando para ello la mayor parte al hogar familiar, donde la misión de la maternidad requiere de por sí desprendimiento absoluto. Son excepciones que hay que respetar, la devoción al hijo, el amor al hombre—cuando lo merece,—la caridad humana, cosas que reclaman desprendimientos infinitos. Fuera de estas funciones, casi todas de orden personal, es una exigencia hacernos de una nueva sensibilidad para el trajín común. ¿Cómo, si no, podremos mantenernos en equilibrio en el taller, la oficina, las aulas o la tribuna, si suplimos la serena fortaleza por un derrochar inútil de excesivo altruismo? Hermoso desprendimiento si en la vida todos supiéramos amar. De mansas ovejas nos hemos ido convirtiendo en manadas de lobos. ¿Cómo no habilitarnos para la defensa?

Ya que lo uno ha de sustentarse de lo otro, tiempo es de que aprendamos a vivir con razonamiento, poniendo el corazón donde palpite el espíritu, utilizando el pensar donde sólo se materialice. Para no hacer de esto vulgar actuación, trabajemos la mente y hagamos estudio y comprensión de situaciones. No se nos exigirá el mismo compás para arrullar al hijo que para guiar los severos problemas del vivir público. El hombre ha hecho de esto un estudio, que si no fuera por la frecuencia con que suele tergiversarlo, pudiera convenirnos como guía. El sabe a ciencia cierta cuánto da y por qué lo da, y aunque bien está que no lleguemos a esto de tasar las generosidades, la hora de bien emplearlas restará poesía pero aumentará beneficios. Cuántas veces cegadas de emoción desperdiciamos lo que bien mirado debía conservarse en reserva. De este malgastar impropio e inútil se deriva casi siempre la dureza de la vida y el afán de fabricarle amarguras. Es que cuando construímos lo queremos hacer todo con sustancia del espíritu y muy poco o casi nunca actuamos con la inteligencia. ¿No es esto un perjuicio? Modificándonos resultaríamos más útiles y con el propio dominio de nosotras mismas nos sentiríamos más capaces y también más resguardadas.

Hasta el momento no somos como el hombre dueñas del asunto público porque estamos confusas y queremos verlo todo bajo el prisma del corazón, pese a que se resiente y queja de tanto exceso.

No tenemos para mejorar que restarle al innato sentir; es cosa simple lo que se nos pide: dar amor cuando de amor se trata, o aun mejor cuando debemos darlo, poner talento, que es decir estudio y reflexión, cuando de luchar tratemos.

Dueñas de esto, habremos multiplicado los valores por buenas y por sensatas.

LEONOR BARRAQUÉ.



SOLUCIONES

A los pasatiempos del número 9:

1—Camisa.

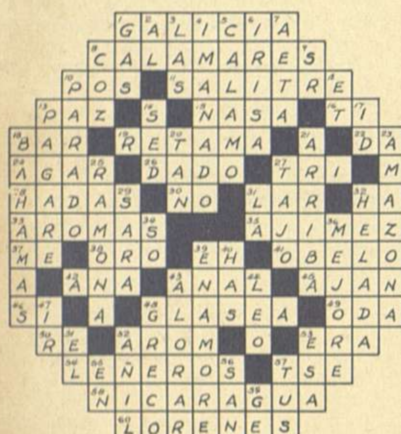
2—La vida de la aldea.
Dios se la dé a quien la desea.

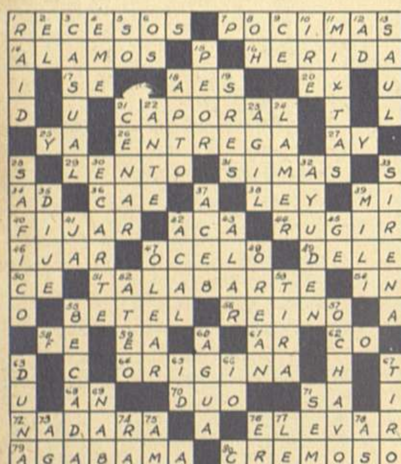
3— *Blancas* — *Negras*
1—A8A — 1—TxC
2—T4A mate, etc.

4—Escarlata.

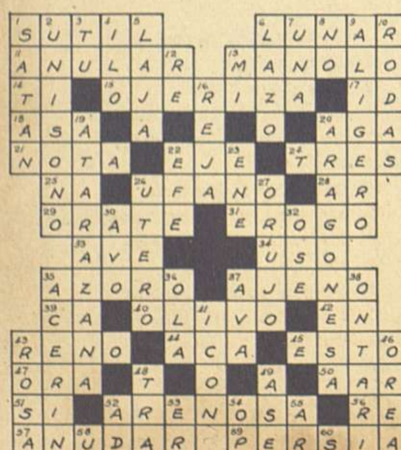
5— *Blancas* — *Negras*
1— 6-10 — 1—13- 6
2— 7- 3 — 2— 4-14
3— 3-32 — 3—18-13
4—32- 1 — 4—13- 9
5— 1-32 ganan.

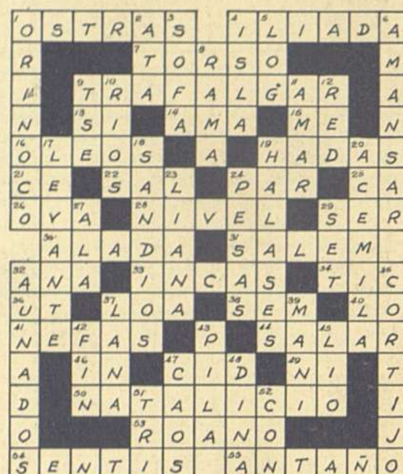
A los crucigramas:





A los pasatiempos del número 10:





A los pasatiempos del número 11:
A la novela corta: AMOR Y MUERTE.

I—Floro amaba a Flora con delirio. ¡Hermosa niña era la joven! Pero viejo, feo y pobre el amador. Flora miraba con buenos ojos a Pepito, niño candoroso. Este bebía los vientos por Margarita. Margarita suspiraba por Pérez, afamado cocinero.

II—Margarita echaba flores al cocinero y viendo que no se fijaba en ello, pensó un descabellado plan. Fué llevando miles de flores a su cuarto, miró el retrato del galán, cerró la puerta, se tapó las narices y la boca, feneciendo.

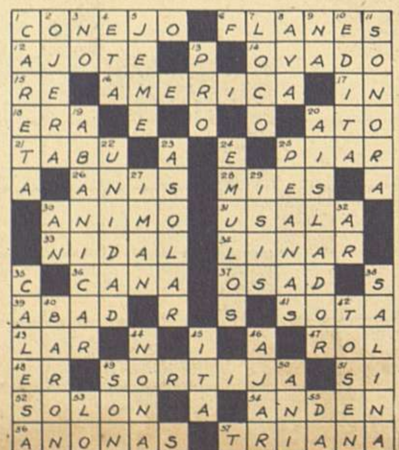
III—Sabe la triste nueva Flora; va a casa de la muerta; ve la fotografía del cocinero; el amor prende fuerte llama en su corazón, elévasele el alma y cae en la cuenta de que adora al buen mozo. Olvida a Pepito y se mata. Esto para Pepito fué una puñalada. Margarita y Flora muertas.

IV—Floro colérico, corre a buscar a Pepe y vean ahora cómo le atraviesa de parte a parte. Ejemplar castigo. Vuela el alma del joven doncel.

V—Y Pérez ¡ay!, llora, muriendo de tristeza.

Epílogo—Un año más tarde un fraile descalzo expiraba en un convento. Era Floro. La Muerte es el fin de todo.

Al crucigrama:



CURIOSIDADES

LA INERCIA

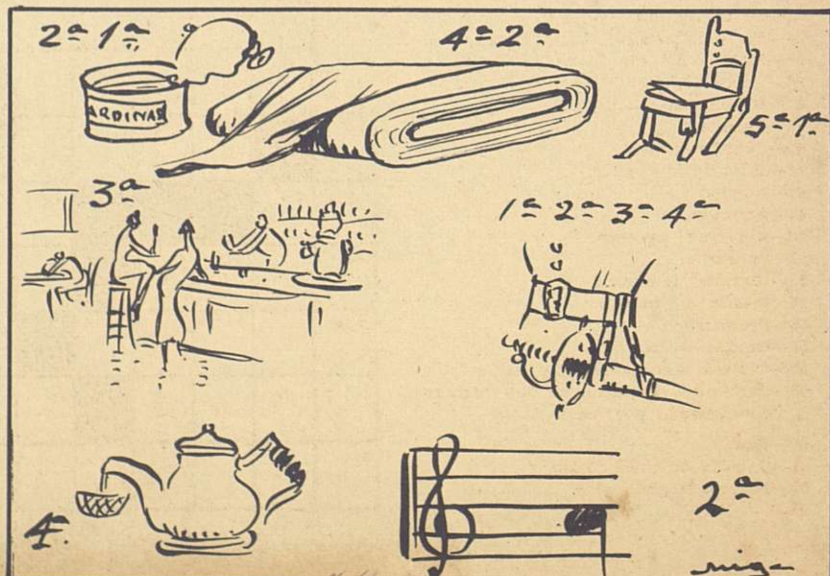
En los tratados de Física y de Mecánica se define la inercia de la materia diciendo que un cuerpo en reposo no puede ponerse en movimiento por sí mismo y que un cuerpo en movimiento no puede modificar por sí mismo el movimiento de que se halla animado.

Fundado en este principio está el ejercicio de destreza que ejecutan ciertos titiriteros y que consiste en hacer correr una moneda de a peso por encima de un quitasol. El quitasol gira con mucha rapidez y el peso parece inmóvil a los ojos del espectador. Fundado en la inercia se hace caer una moneda dentro de una botella sin tocarla, dándole un fuerte papirotazo a la cartulina que la sostiene sobre la boca de la botella; se corta una caña en dos estando sostenida en sus extremos por aros de papel, sin que éstos se rompan.

En virtud de la inercia sale el polvo de la ropa apaleándola, porque cada partícula tiende al reposo; cuando el choque pone bruscamente la tela en movimiento, el polvo se separa en seguida. Cuando se lanza vivamente una cuerda y se retiene en lo más fuerte de su velocidad, la parte extrema en que la velocidad es mayor tiende a separarse de las demás y muchas veces lo hace con ruido, lo que constituye el chasquido del látigo. Por la misma razón, el agua abandona las hojas de las hortalizas recién lavadas si se sacuden con fuerza.

Pueden multiplicarse los ejemplos de este género. Una bala de plomo disparada con un fusil contra una vidriera hace en ella un agujero redondo, al paso que si se arroja con la mano, es decir, con mucha menos fuerza y velocidad, hará pedazos el vidrio. El tallo de una planta flexible se inclina si hacemos chocar con él una varita a poca velocidad, pero se corta si la velocidad es grande. Las moléculas directamente chocadas adquieren tal velocidad que se separan de las moléculas contiguas antes de que el movimiento haya tenido tiempo de comunicarse a estas últimas y el tallo se parte.

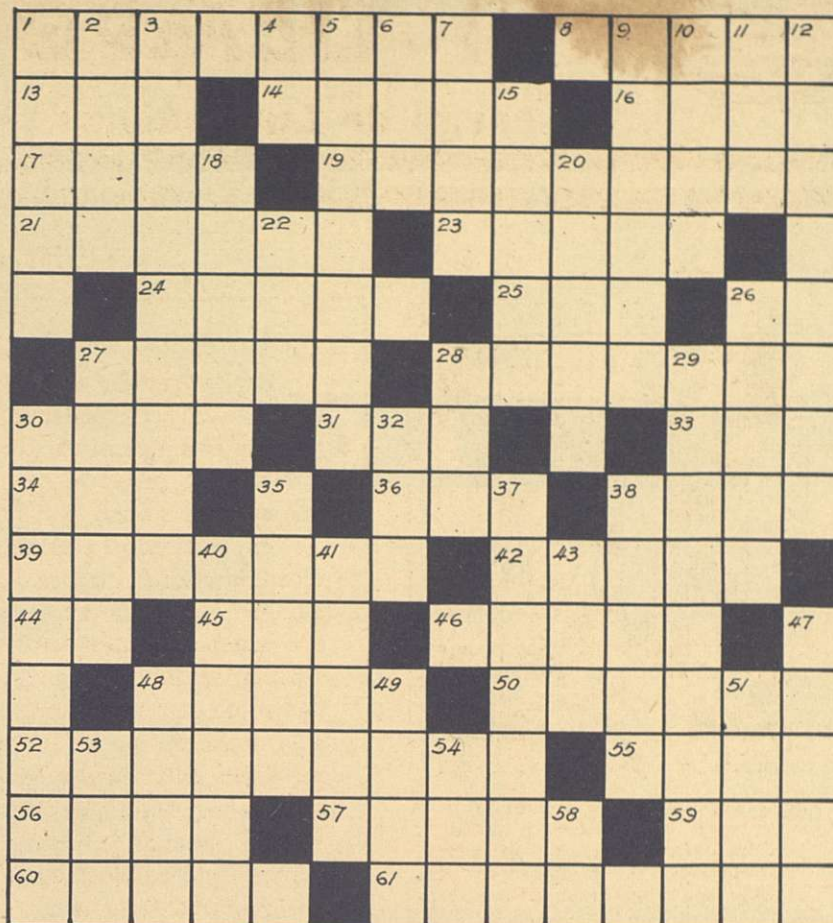
CHARADA GRÁFICA



CRUÇIGRAMA

Horizontales:

1—Semanario.
8—Dar balidos.
13—Junta.
14—De raza germánica.
16—Antigua civilización.
17—Signo de alegría.
19—Sustancias sólidas transparentes.
21—Acomete.
23—Fetidez del aliento.
24—Río de Francia.
25—Nombre femenino.
26—Sociedad Anónima.
27—Médico francés revolucionario.
28—Intersección de dos superficies. (Pl.)
30—Hilo con que forman sus capullos ciertos gusanos.
31—Del verbo oler.
33—Labré.
34—Altar.
36—Nombre de letra.
38—Cifra que usan los médicos. (Pl.)
39—Especie de balanza.
42—De gran conocimiento.
44—Pronombre.
45—Escuchaba.
46—Descubridor del radium.
48—Trozo pequeño y delgado.
50—Pieza principal de una casa.
52—El culto del yo.
55—Poesías.
56—Ciudad de Filipinas, en Luzón.
57—Reverencia.
59—Terminación de aumentativo.
60—Relativo al asno.
61—Pelar la pava.



Verticales:

1—Sacerdotes.
2—Planta aromática.
3—Con muchísima gracia. (Pl.)
4—Existe.
5—Reptil.
6—Línea de giro.
7—Unico.
9—Cuerpo químico orgánico. (Pl.)
10—Vellón de la oveja.
11—Institutriz.
12—Rompieses.
15—Madreperla trabajada.
18—Tuesta al sol.
20—Aburrimiento.
22—Pariente.
26—Fiesta.
27—Puras, simples.
28—Río de Francia.
29—El que tantea.
30—Reloj de bolsillo cuya esfera se descubre apretando un muelle.
32—Del verbo leer.
35—Cocina.
37—Encaminara, dirigiera.
38—Sin levadura.
40—Chocha, perdiz.
41—Amamanta.
43—Reza.
47—Ménsula en que se colocan vasos.
48—Alaban.
49—Está encendido.
51—Batracio.
53—Flúido.
54—Parte del átomo.
58—Antemeridiano.

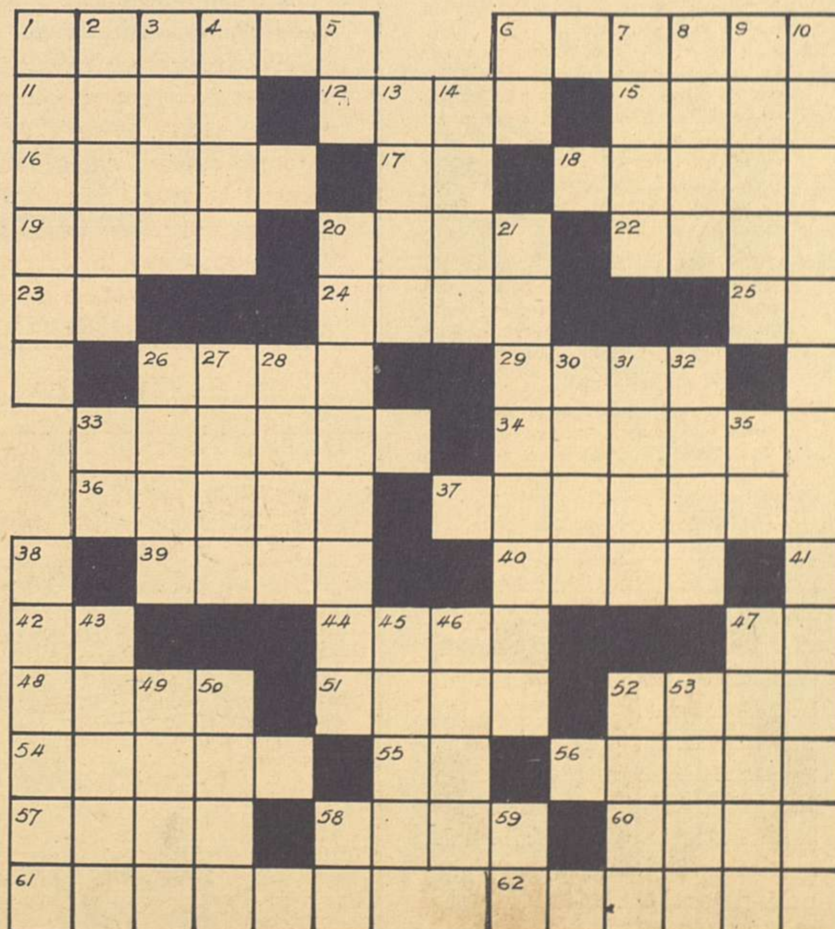




CRUÇIGRAMA

Horizontales:

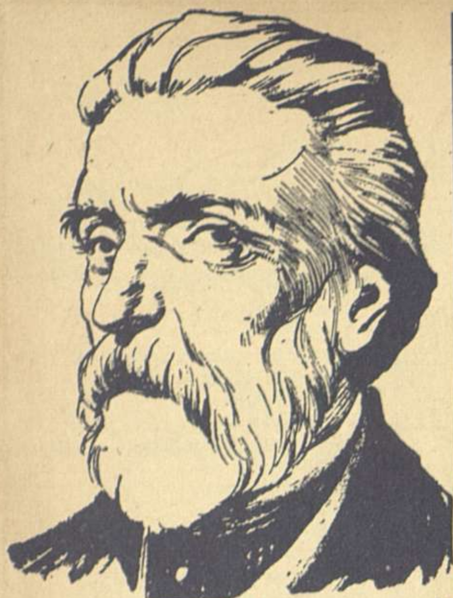
1—Nombre de un estado de los Estados Unidos.
6—Cordillera de Siria.
11—Primo de Mahoma.
12—Línea trigonométrica.
15—Día antecedente.
16—Rostros.
17—Nota.
18—Llena, completa.
19—Novillo de dos años.
20—Parte de la mano.
22—Ponen al fuego.
23—Adverbio.
24—Palo de la baraja.
25—Pronombre.
26—Río de Rusia.
29—Parte del ojo.
33—Parte indivisible de materia. (Pl.)
34—Puntos del eje de la parábola.
36—Aconsonantar.
37—Melindroso, delicado.
39—Papagayo.
40—Cabello blanco.
42—Interjección. (Inv.)
44—Adición.
47—Artículo.
48—Abertura, agujero.
51—Labrar.
52—Nombre femenino.
54—Planta de adorno.
55—Pronombre.
56—Ciudad de Italia.
57—Ciudad sagrada del Japón.
58—Parte del imperio de los birmanes conquistado por los ingleses.
60—Flor.
61—Caballo de color rojizo.
62—Madera negra. (Pl.)



Verticales:

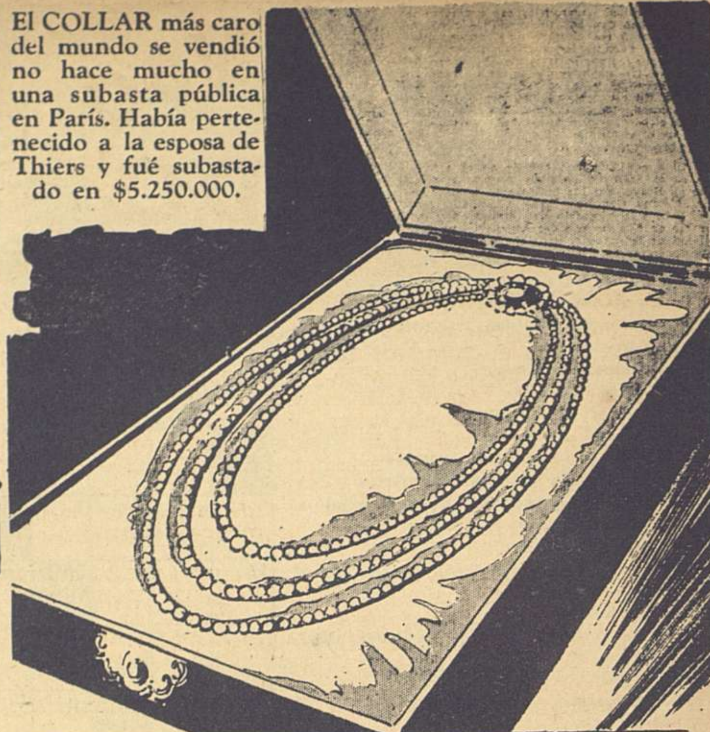
1—Conjunto de doce cosas.
2—Especie de salvia.
3—Península al norte de Rusia.
4—Hablado.
5—Naipe.
6—Artículo.
7—Proyectil.
8—Quejidos.
9—Niñas pequeñas.
10—Natural de Orán.
13—Anade de los mares helados.
14—Tumor sobre huesos o nervios.
20—Imagen de la Virgen de los Dolores.
21—Convertir en hueso.
26—Aprovechable.
27—Sin punta.
28—Querer.
30—Ciudad de Italia.
31—Ícono.
32—Sin gracia.
33—Terminación verbal.
35—Bajo, debajo.
38—Ciudad de Cuba.
41—Soldados de caballería.
43—Secreción madrepórica.
45—Bisontes.
46—Cantidad de materia.
47—Musa de la poesía lírica.
49—Producto de las abejas.
50—Rey de Judá.
52—Célebre cónsul romano.
53—Ala de un ave sin plumas.
58—Prefijo.
59—Pronombre.

LÉALO
y
VÉALO



La secta americana de los mormones fué difundida en el siglo XIX por el agricultor, comerciante y banquero BRIGHAM YOUNG, que tuvo 42 esposas.

Las HERRADURAS para los caballos fueron introducidas en Inglaterra por Guillermo el Conquistador.



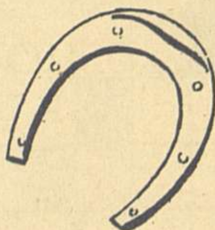
El COLLAR más caro del mundo se vendió no hace mucho en una subasta pública en París. Había pertenecido a la esposa de Thiers y fué subastado en $5.250.000.

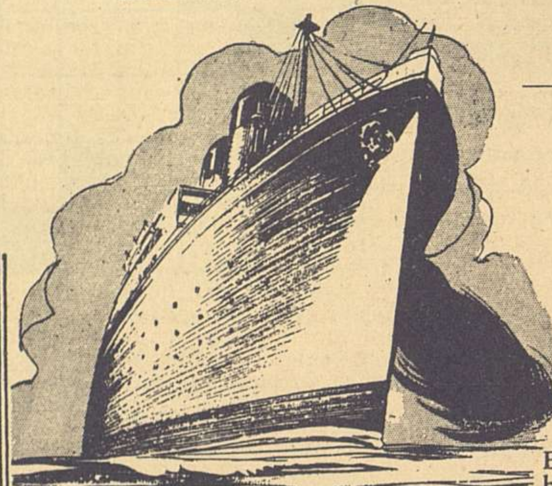
El VENENO de una Serpiente, después de conservado 20 años, resultó ser tan fuerte como en el momento de sacarlo.





En el Acuario de la ciudad de New York viven dos peces de Java que se BESAN.

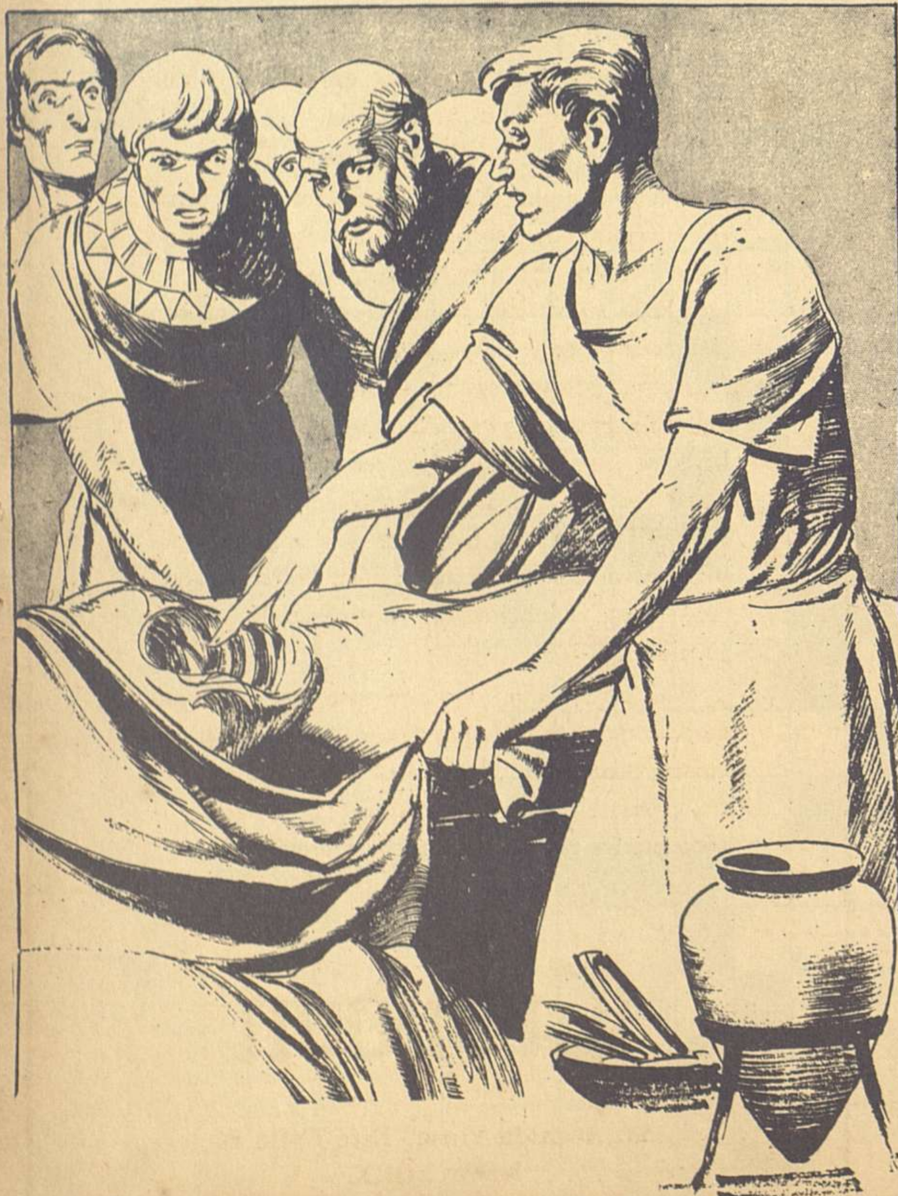




La duración media de un barco es de 25 AÑOS.



El teniente inglés E. NOEL atravesó en bicicleta toda la Arabia.



HERÓFILO, médico griego, disecó vivos en el anfiteatro de Alejandría centenares de individuos para sus lecciones públicas de Anatomía.



Los CHINOS para jurar rompen un plato o apagan la luz.



HIPOPÓTAMO quiere decir "Caballo de Río", y sin embargo es notoria la aversión que tienen a los caballos los hipopótamos.



* Hay millones de relojes que tienen las horas en números romanos, pero las cuatro están señaladas por cuatro trazos, IIII, en lugar de IV. Pocas personas saben el por qué de esta rareza.

El primer reloj de esta forma fué hecho en 1364, por Enrique de Vick para Carlos V de Francia. El rey lo mandó fabricar para ponerlo en la torre del palacio, y cuando el relojero lo terminó se lo llevó al rey para que viese su obra. Este quiso encontrar alguna falta, y no hallándola se fijó en la cifra IV. "Esto está mal,—dijo el rey—cuatro se escribe así: IIII". "Perdóneme Su Majestad,—replicó Vick.—pero creo que se equivoca". "Yo no me equivoco nunca—gritó el rey;—llévate eso y no me lo traigas hasta que lo corrijas".

Vick obedeció y desde esa fecha el error ha sido copiado por todos los relojeros.

* Se va descubriendo que el pato y el ganso son animales importantes. Del primero ya se sabía, que pegados a sus plumas, transportaba de una a otra laguna o corriente de agua huevos de peces, con lo cual es muy posible que una laguna formada hoy tenga peces mañana, pudiendo creerse que han nacido por generación espontánea. Ahora se sabe que el pato y el ganso son grandes auxiliares en la destrucción de los anofeles, los mosquitos que transmiten el paludismo, que, desde el momento de la eclosión, persiguen empeñosamente las larvas.

* Se ha venido diciendo que la isla de Juan Fernández, situada en el Océano Pacífico, era la isla donde Robinson había pasado sus aventuras, y esto es debido a que muchos escritores han asociado, con sobrada razón, a Crusoe con Alejandro Selkirk, que se sabe pasó cinco años en la isla de Juan Fernández. Como esta isla era la escena de las aventuras que formaron la base de la obra de Defoe, es natural que se hablase de ella como la isla de Robinson, y, sin embargo, no puede ser tal porque el autor de la "Vida y aventuras de Robinson Crusoe", coloca la escena "en una isla deshabitada en la costa de América cerca de la boca del gran río Orunoque" (Orinoco) y no en el Océano Pacífico sino en el Atlántico, cerca de la costa norte de la América del Sur.

* En el Anam, como en todos los países del extremo Oriente, para vivir con comodidad es preciso tener una servidumbre muy numerosa, pues es raro encontrar un sirviente que sepa o quiera hacer más de una cosa. Las personas de posición, y sobre todo los mandarines, tienen verdaderos ejércitos de sirvientes.

* El Colegio Médico de Baviera protestó en 1835 contra la construcción de un ferrocarril, fundándose en que los transportes rápidos no podían menos de producir en los viajeros el "delirium furiosum"; aun dado el caso, decían, de que los viajeros se expongan voluntariamente a ese peligro, el Estado debe proteger voluntariamente por lo menos a los espectadores, pues la vista de una locomotora en marcha veloz, puede bastar para producir esa terrible enfermedad; es, pues, absolutamente necesario que se levante a cada lado de la vía una barrena no menos de seis pies de alto.

* Un testamento curioso fué el de cierto M. Colombier, que legó 1200 francos a una señora de Ruan por haberle negado su mano veinte años antes, "permitiéndome—decía el testador—vivir feliz e independiente en mi soltería".

* Las pieles de rana son muy buscadas en la India para la encuadernación de libros. En aquel país, las ranas son muy abundantes; los encuadernadores dicen que sus pieles se tiñen fácilmente y resultan muy agradables a la vista, y que después de curtidas son sumamente flexibles y pueden durar mucho tiempo.

* Los ojos de un animal sólo pueden trabajar juntos cuando por su colocación pueden mirar un objeto al mismo tiempo. Por esta causa, los ojos de los peces trabajan con más o menos independencia.

Algunos lagartos tienen un ojo en lo alto de la cabeza que no funciona en armonía con los otros dos.

Las abejas y las avispas tienen dos grandes ojos compuestos, que en lo posible se ayudan mutuamente y sirven para la visión próxima. Para la visión lejana tienen estos insectos otros tres simples cerca de lo alto de la cabeza.

* Los chinos conocían y utilizaban la impresión de la huella de los dedos como medio de identificación mucho antes que los europeos, y empleaban el sistema para firmar contratos y actas de divorcio.

Un documento de este género, sellado con la huella de la mano y del pie del cónyuge varón, publicado recientemente por un periódico inglés, dice así:

"El que esto escribe se llama Hing-Wang, y tomó por mujer a Sim-Tchmang, hermana de Liu-Lao Wei. Pero ahora se halla en extrema pobreza, y carece de alimentos y de ropa. Por consecuencia, declara públicamente que consiente en separarse de su esposa para que ésta pueda entrar en cualquier otra familia más favorecida y procurarse medios de existencia. Puede volver a casarse".

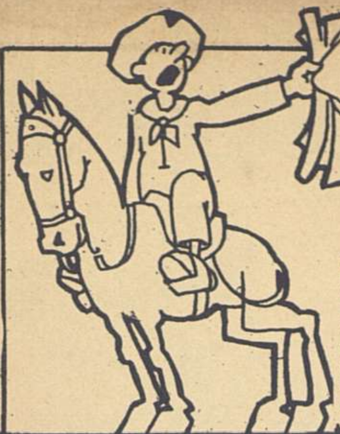
* Es curioso el hecho de que los mosquitos son más vegetarianos de lo que se cree, aun cuando hay especies que sólo pueden reproducirse después de haber comido materias animales, es decir, sangre, pero la mayoría de las especies europeas y americanas y algunas de las regiones árticas, pueden vivir perfectamente sin chupar sangre.



Nuevas Víctimas de la Revolución Triunfante

—¿Su hijito murió en Atarés, en la manigua o en el Hotel Nacional?

—¡El pobrecito murió en un *tumulto de aspirantes descontentos* junto al despacho del secretario de Sanidad!



CARTELES



Fundado en 1919

Miembro del Audit Bureau of Circulations

DIRECTOR: ALFREDO T. QUÍLEZ — ADMINISTRADOR: MANUEL DE LA TORRIENTE

Publicado en la ciudad de La Habana, por el "Sindicato de Artes Gráficas", Ave. Menocal y Peñalver.—Cable y telégrafo: "Carteles".—Teléfonos: Dirección, U-1651; Administración, U-2732; Redacción, U-5621; Anuncios, U-8121. Representantes exclusivos, para anuncios, en el extranjero: Joshua B. Powers, Inc., 220 East 42nd St., New York; 616 Ave. Sáenz Peña, Buenos Aires; 22 Rue Royale, París; 14 Cockspur, St., Londres; 39 Unter den Linden, Berlín.—Número suelto, $0.10; número atrasado, $0.20.—Precios de suscripción: para Cuba, un año, $5.00; seis meses, $2.75. Para el extranjero (países adheridos al Convenio Postal): un año, $6.00; seis meses, $3.25.—Acogido a la franquicia postal y registrado como correspondencia de segunda clase en las oficinas de Correos de La Habana.—No se devuelven originales ni se mantiene correspondencia sobre material no solicitado.

VOL. XX. LA HABANA, ABRIL 8 1934 No. 12

JUICIOS SINTÉTICOS

En esta columna recogeremos, cada semana, una síntesis del juicio que los lectores emitan, y que responda, previa computación, a un criterio de mayoría. A veces insertaremos cualquier carta que por su laconismo y precisión quepa dentro del espacio de esta columna y que aporte una opinión interesante y digna de ser divulgada. Rogamos a los que deseen alcanzar esta publicidad que procuren ceñir sus ideas emitiendo con claridad, pero en pocas palabras, un juicio sintético.

QUIERE RESÚMENES

Teniendo en cuenta la circulación de esa revista fuera de Cuba, creo sería oportuno que se publicase un resumen de los acontecimientos que ocurran ahí durante la semana. Particularmente, en lo que se refiere a los deportes y a los espectáculos públicos, debían hacer críticas, y consagrar, también, para las colaboraciones espontáneas, una página determinada, en la que se incluyeran los trabajos tal como llegaran.

Jesús Fernández, de Montalbán, España.

CUENTOS FRANCESES

Echo de menos en CARTELES aquellos cuentos de escritores franceses que antes publicaba. Los cuentistas norteamericanos no son malos, pero a mí me gustan más los primeros, sobre todo si se trata de narrar aventuras de amor y cosas que hablen al sentimiento. Por Dios, supriman esos artículos de proezas revolucionarias, narradas por sus propios autores, porque aparte de que ya pasó el momento, muchos de los que hoy dicen que hicieron tal o cual cosa, están usurpando méritos ajenos. Sé de algunos casos.

Evangelina Entenza de Villarreal. Reparto Mendoza, Víbora.

En el mismo sentido que la anterior, nos escribe "Una santiaguera francesa". Pero advertimos que no nos haremos eco en esta sección de ninguna opinión que nos venga sin firma.

TAPAS PARA ENCUADERNACIÓN

Pidiendo que hagamos tapas de un tamaño *standard*, que sirvan para encuadernar, mensualmente, la revista CARTELES, recibimos cartas de distintos lectores: de Pablo Llamas, de Gervasio 111 y medio; de Aníbal Pastrana, de Gelabert 227, Matanzas; de Cándido Ferreira, de Aguila y Monte, Habana, y de "Un camagüeyano cien por cien", al que hacemos análoga recomendación que a "Una santiaguera francesa".

NO QUIEREN MUTILAR LA REVISTA

Estamos recibiendo muchas cartas en que nuestros lectores nos expresan su opinión sobre CARTELES, pero se quejan de que al arrancar el cuadro impreso que aparece en la página 45, tienen que mutilar la revista. Todos nos dicen que la coleccionan y que la encuadernan, y que esa mutilación les obliga a comprar otro número. Vamos a estudiar el asunto para tratar de encontrar una fórmula que satisfaga a nuestros favorecedores.

CRÍTICA DE CINE

CARTELES debe ejercer, desde sus páginas, una verdadera crítica cinematográfica. El público no debe ser engañado con la propaganda que se le hace, pues a veces ocurre que una película mediocre se le dice que es maravillosa, y en cambio, se exhiben con frecuencia cintas de gran mérito artístico y que uno ve por casualidad, pues como no han sido anunciadas, pasan inadvertidas. El sistema que emplea "Liberty", de New York, debieran adoptarlo ustedes. Y de igual modo que ilustran y orientan en los asuntos públicos, ilustrar y orientar a los cinéfilos.

Clara Luz Bustamante, de Calle 11 y Calzada, Habana.

¿Qué opina usted sobre la revista CARTELES?

RESPONDIENDO a nuestra encuesta sobre lo que el contenido de CARTELES inspira—en calidad y variedad y en un orden de estimativa crítica— a nuestros lectores, estamos recibiendo cartas no ya sólo de Cuba, sino de Centroamérica y Europa. Y creemos interesante destacar este punto de coincidencia en que abunda la generalidad de nuestro público: no mutilar la revista, como necesariamente habrían de hacerlo, al recortar en la página 45, el cuadro sinóptico con el sumario de su contenido. Hay comunicantes que han llegado a esto: a copiar mecanográficamente el ya citado cuadro. Otros adquieren dos revistas. Y no pocos se limitan a mencionar las colaboraciones de su mayor agrado, sin referirse a las restantes.

El hecho cierto es que, por esta experiencia específica, sabemos que un ochenta por ciento de nuestros lectores colecciona nuestra revista. Y eso es bueno que lo conozcan los anunciantes, a cuya disposición tenemos las cartas y las comunicaciones a que nos referimos.

BUSQUE LA PÁGINA 45

En la página 45 insertamos, como en los números anteriores, una relación del contenido de CARTELES, pormenorizada, con el título de cada materia, ya sea artículo o sección, nombre del autor y número de la página en que se encuentra. Así el lector podrá, simplificadamente, y previa la lectura de cada trabajo, emitir la opinión genuina que el mismo le merezca, dentro de la clasificación específica de Bueno, Regular o Malo, que hemos adoptado y que está representada, a fin de cada renglón, y en tres columnas respectivas en blanco, debajo de las iniciales B, R y M. Suplicamos al público que dirija toda la correspondencia que se contraiga a este asunto a nombre de "Jefe de Redacción de CARTELES. Infanta y Peñalver, Habana".

EN EL PRÓXIMO NUMERO

LA PASIÓN DE SU VIDA

Beatriz Grimshaw es una escritora de pluma amena. La crítica americana la denomina la Julio Verne femenina. Ella hace incursiones extraordinarias por los mundos de la fantasía, y sus trabajos participan del interés y de la emoción de los del gran novelista francés de "La vuelta al mundo en ochenta días".

Ahora se trata de un buque de oro y del amor de una princesa. Es una aventura extraordinaria. La historia honda, patética, rara y escalofriante de un secreto del mar.

VIDA AVENTURERA

No sólo una vida aventurera, sino también una vida ejemplar. Es la de la señorita Threeper, una creación a un mismo tiempo real y fascinadora del novelista americano Guillermo Huse. Aprenda el caso de esta mujer que pasa desde una tienda a un circo, y que adquiere aquí algo más de lo que podía adquirirse en su tienda.

Todo va bien, las cosas marchan normalmente, pero de pronto... Ahí llegará el lector cuando lea en nuestro próximo número esta novelita subyugante.

EUROPA Y AMÉRICA EN GUERRA

Como antaño en las rutas marinas, hoy Francia, Alemania, e Italia combaten contra los Estados Unidos en las rutas aéreas del sur. G. E. Berchtold, autor de este artículo, es una autoridad en la materia que en este trabajo suyo enfoca. Una autoridad crítica internacional: Wangüering Roy Max recomienda este trabajo como uno de los más interesantes que se han escrito.

NUESTRAS SECCIONES

Cada vez más perfeccionadas y con más ajuste a las exigencias del público, las secciones habituales de CARTELES cubren todas las zonas de la actividad y de la apetencia humana: Cine, por Mary M. Spaulding; Deportes, por Jess Losada; Pasatiempos, por L. Sáenz; Feminidades, por Leonor Barraqué; Modas, por Mlle. Papillon; En pos de la belleza, por la doctora María Julia de Lara, y tantas otras, contribuyen a dar a nuestra revista su matiz peculiar de vehículo de todas las divulgaciones.



La Estatua en el

A las diez de la mañana del miércoles 13 de abril, Mr. Gilbert Henderson, jefe de ventas de la Earthworm Tractor Company, en Earthworm, Illinois, recibió una llamada telefónica de Crawfordsville, Illinois.

—*Hello*, Mr. Henderson—dijo una voz.—Le habla Gladwin Piper desde Crawfordsville. Aquí me tiene sin trabajo y he decidido trabajar para usted mientras no encuentro otra cosa.

—Espere un minuto. ¿Quién dice usted que es?

—Gladwin Piper. Debe recordarme, Mr. Henderson.

—Oh, sí, le recuerdo muy bien, Mr. Piper. Usted es el joven que metió aquel tractor en la piscina de Blakesville y más tarde le dió fuego y lo quemó. No estoy equivocado, ¿verdad?

—Sí, Mr. Hehderson, pero aquellos fueron accidentes desgraciados y además sucedieron hace más de un año. Ahora estoy más viejo y no puede hacerse usted una idea de lo eficiente, frío y consistente que me he vueto. Y así, como estoy temporalmente sin trabajo, y tengo una mujer que mantener y necesito dinero y soy tan buen mecánico, he decidido aceptar algún trabajito con usted.

—Todo eso está muy bien, Mr. Piper; pero por el momento no hay trabajo que ofrecerle.

—Oh, sí, lo hay, Mr. Henderson. Tal vez usted no lo sepa, pero ya estoy trabajando para usted.

—¿Cómo dice? ¿Qué está usted haciendo?

—He preparado las cosas de modo que le voy a vender un tractor aquí.

—No comprendo...

—Ahora le explicaré, Mr. Henderson. Estuve dando vueltas, ayer, por la ciudad y escuché un rumor sobre la llegada de uno de sus hombres, del departamento de servicio, con un tractor Earthworm para ofrecer una demostración en la hacienda del departamento de agricultura del Colegio Crawford, que se encuentra en las afueras de Crawfordsville. Aparentemente tienen ustedes esperanzas de vender la máquina al colegio. ¿No es así?

—Sí, Mr. Piper. ¿Pero qué tiene usted que ver con todo eso?

—Mucho, Mr. Henderson. He descubierto algo que me apostaría ustedes no conocen. Y eso me coloca tres brincos por delante de ustedes. Ocurrió un accidente en el colegio esta mañana. Y estaban desesperados, locos, corriendo de un lado para otro y sin saber qué hacer hasta que llegué yo y arreglé las cosas de modo que puedan ustedes serles útil con el tractor. Si hacen lo que les digo, Mr. Henderson, su desgracia se convertirá en un golpe de grandísima suerte para ustedes... y para mí, también, porque después que vea lo bien que he conducido este negocito, querrá darme, naturalmente, un trabajito permanente como uno de sus expertos mecánicos y técnicos.

—¡No me diga! ¿Y qué fué lo que pasó en el colegio?

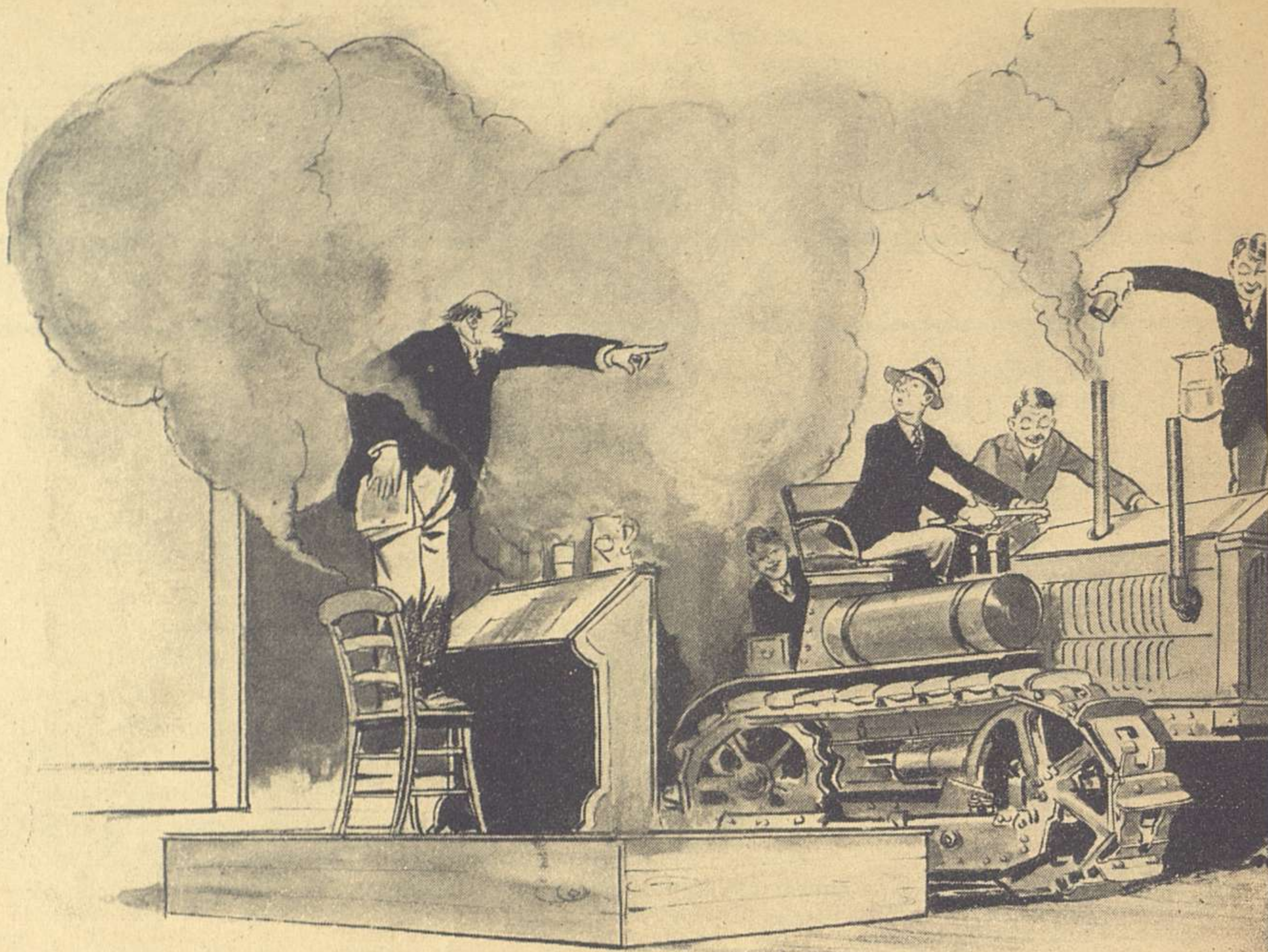
—Perdieron una estatua en el pantano de Crawfordsville.

—¿Cómo? ¿Perdieron una estatua?

—Sí, Mr. Henderson, una gran estatua, nuevecita, sin estrenar. Toda de mármol. Y representa a Mr. Luke Higgins. Mr. Higgins es dueño de las fundiciones de acero de Crawfordsville. No sabe qué hacer con el dinero. Es el propietario e industrial más poderoso de todo el Estado. Y además es *trustee* del Colegio Crawford.

—Sí, ya he oído hablar de Mr. Higgins. ¿Pero qué pasó con la estatua?

—Bien, parece que Mr. Higgins le ha regalado una buena suma en efectivo y dos o tres edificios al colegio. Y así, por gratitud, ordenaron una estatua del hombre. Llegó la estatua ayer de New York, en un enorme jaulón de madera que ocupaba casi toda una plancha de ferrocarril. Esta mañana la sacaron de la estación. La desempacaron, quitándole el jaulón de madera para hacerla más ligera, y la colocaron en un carro arrastrado por un camión. Y comenzaron a llevarla a una pequeña colina que mira al patio principal del colegio, donde ya tenían su pedestal listo para colocarla. Tenían que seguir un camino que circunda y llega a la colina por la parte posterior. Este camino pasa sobre un brazo del gran pantano de Crawfordsville, por medio de un viejo viaducto de madera. Y aquí fué donde se buscaron el lío, Mr. Henderson.



¡El motor la sacará!

—¿Quiere decir que la estatua se cayó del viaducto?

—Se cayó por "entre" el viaducto, Mr. Henderson. Yo estaba allí. Siempre me gusta estar donde hacen algo o va a pasar algo y me di una vueltecita por allí en mi "fotingo" presenciando perfectamente la catástrofe. Y fué una verdadera catástrofe, Mr. Henderson.

—¿Se lesionó alguno? ¿Se rompió la estatua?

—No, Mr. Henderson, nada se perdió. Una pequeña sección del viaducto cedió al pasar el carro y éste cayó. Afortunadamente para el hombre que manejaba el carro se rompió la cadena que tiraba del carro y éste se fué al pantano. Al caer en el pantano, veinte pies por debajo del viaducto, quedó de lado y la estatua fué resbalando hasta enterrarse en el fango. El fango está muy blando y la estatua se metió hasta la cintura. En total, Mr. Henderson, fué una cosa formidable.

—Así me lo imagino. ¿Y qué van a hacer? ¿Cómo la van a sacar?

—Con un tractor Earthworm. Ya lo tengo todo preparado. Después del accidente, todo era excitación. Vinieron de la población, vinieron corriendo los estudiantes, un grupo de profesores y por fin el presidente del colegio en persona. Inmediatamente me presenté a éste. Le dije que me llamaba Gladwin Piper y representaba a la Earthworm Tractor Company.

—Pero usted no es representante de nuestra compañía, Mr. Piper.

—No, pero pronto lo seré. Y verdaderamente que causé una profunda impresión al presidente, Mr. Henderson. Le dije que si no le ayudábamos, estaba perdido. Y es verdad. No le es posible conseguir por los alrededores un equipo a propósito para sacar la estatua del fango. El viaducto es muy débil y el fango muy flojo, no siendo posible sacarla con máquina alguna, de no ser, claro está, un tractor Earthworm. Le aseguré que cuando llegue la máquina para la demostración, cruzará el pantano con facilidad y podrá sacar la estatua de donde se halla.

—¿Y qué pensó del plan?

—Le pareció magnífico. Pero hay una cosa que le preocupa. La estatua se está hundiendo más y más en el fango, su máquina no se espera hasta mañana y teme que para entonces se habrá hundido del todo, siendo imposible rescatarla. Le dije que procuraría apresurar el envío de la máquina y corrí hasta el teléfono para llamarle a usted. Así que despierte, Mr. Henderson, y envíe en segui-

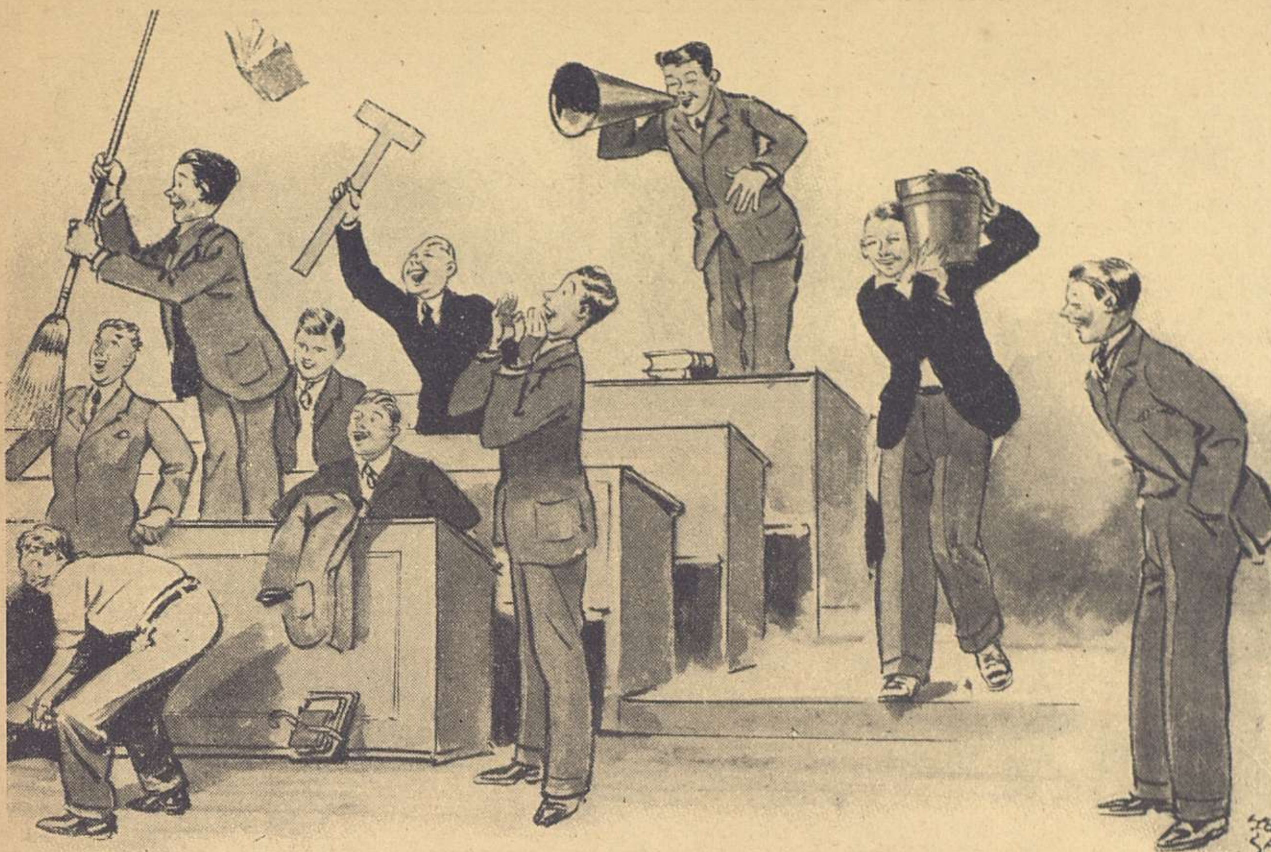


Apenas tuve tiempo de saltar.

PANTANO

por **Wm. Hazlett UPSON**

Ilustrado por TONY SARG



da su hombre. Le esperaré a la entrada del campo del Colegio Crawford. Ya le indicaré lo que hacer y dónde ir. Daremos una buena demostración, salvaremos la estatua y comprarán la máquina—gracias a mis esfuerzos— y entonces verá lo bueno que soy y no tardará en darme un puesto como experto mecánico.

—Tal vez sí y tal vez no, Mr. Piper. No puedo comprometerme a nada con tanto adelanto. Claro, estoy muy agradecido por su empeño en ayudarme y por toda su información. Pero en realidad ya tenía yo ordenada la salida del tractor. Mr. Joseph Mullin pudo emprender viaje un día antes del anunciado. Salió esta mañana con el tractor. Es cuestión de quince millas de viaje hasta Crawfordsville, de modo que llegará en breve. Cuando llegue, tratará de resolver el problema de acuerdo con sus ideas. En otras palabras, procederá exactamente como lo hubiera hecho de no estar usted ahí.

—Oh, no, Mr. Henderson, conmigo la cosa varía. Ya conduciré a Mr. Mullin y le aconsejaré y le diré lo que debe hacer.

—Si yo fuera usted, Mr. Piper, no le diría muchas cosas a Mullin. El hombre es perfectamente competente para realizar esta demostración sin consejos suyos. Sin embargo, quedaré muy obligado si trata de ver a Mr. Mullin cuando llegue y le dice todo lo que me acaba de referir. Tal vez le ahorre tiempo si tiene noticias del problema tan pronto llegue.

—Confíe en mí. Estaré con él en toda la demostración. ¿No pone usted reparos?

—En lo absoluto, si Mr. Mullin no hace objeciones.

—*All right*, Mr. Henderson, le diré que usted me ha permitido ir con él. Y espere hasta que sepa todo lo que he hecho aquí. Tengo el presentimiento de que se va a sorprender usted cuando lleguemos al final. Bueno, adiós, Mr. Henderson.

—Adiós, Mr. Piper.

Mr. Henderson colgó el receptor. Hora y media más tarde—a las once y media—recibió otro telefonema de Crawfordsville.

—*Hello*, Mr. Henderson — dijo una voz.—Le habla Joe Mullin. Estoy aquí en Crawfordsville y hablo desde las oficinas de la administración del Colegio Crawford.

—*All right*, Joe. ¿Cómo andas?

—No muy bien, Mr. Henderson. Pero le he llamado para saber quién es ese tipo de Gladwin Piper. No me gusta excusarme mucho, Mr. Henderson, pero no sé cómo piensa usted que pueda hacer algo bueno con un tipo como ése a mi lado.

—Yo no quiero que esté a tu lado, Joe.

—¿Usted no quiere? Bueno, pues se presentó tan pronto llegué a la población y me dijo que usted le había llamado para encargarle que cuando yo llegara me ordenara dejar a un lado la demostración agrícola para sacar del fango una estatua o algo por el estilo. Agregó que usted le pidió que viniera conmigo y dirigiera el trabajo.

—Yo no le he dicho una palabra de eso, Joe. Me llamó y me dijo que el colegio tenía necesidad de sacar la estatua. Y entonces le supliqué te pasara la noticia. Me preguntó si había inconveniente en que te acompañara y le dije que no, caso de no oponerte tú. ¿Qué pasa? ¿Te está molestando?

—¡Que si me está molestando! Más que eso, Mr. Henderson. El muy imbécil ha puesto de tan mal humor al presidente del colegio, que probablemente no nos comprará el tractor por muy buena que sea la demostración que demos.

—¿Qué ha pasado?

—Bueno, Mr. Henderson, como ese Gladwin Piper decía que usted le había mandado le dejé venir conmigo y manejar el tractor. Dijo que me enseñaría dónde estaba la estatua. De camino, pasamos por el campo del Colegio Crawford e indicó que nos detuviéramos para notificar al presidente que ya estábamos allí y que podía salir a ver nuestro trabajo.

—Bueno, eso me parece bien, ¿no es así?

—Seguro, Mr. Henderson. Parte de ello estaba bien. Pero espere hasta conocer el final. Dejé el tractor en el patio principal del colegio y a Gladwin para que lo cuidara mientras me dirigía en busca del presidente del colegio. Estaba ocupado y tuve que esperar unos minutos. Al fin le hablé y me dijo que una estatua o monumento que traían se cayó des-



Mr. Higgins me dió la mano.

de un puente a un pantano y deseaban ardientemente sacarla de allí.

—Bueno, ya conocía eso de la estatua. Sigue.

—Le contesté que si era posible, la sacaríamos. Estaba muy contento y todo marchaba admirablemente cuando, de pronto, entró corriendo uno de los profesores, actuando en forma tal que parecía medio loco, diciendo que un hombre con un tractor le estaba estropeando una clase que pretendía dar. El presidente y yo le seguimos al aula, situada en otro edificio. Y allí encontramos al pobre imbécil de Gladwin Piper. Había metido el tractor dentro del aula.

—¿Co-o-o-o-mo? ¿Que metió el tractor dentro del aula?

—Ya sé que eso le parecerá imposible, Mr. Henderson, pero es cierto. Allí estaba él y allí estaba el tractor.

—¿Pero qué diablos pretendía?

—Aparentemente trataba de ayudarnos, Mr. Henderson. Parece que inmediatamente después que dejé a Gladwin un grupo de muchachos, bromistas como todos los estudiantes, llegó, y se pusieron a conversar con él y a tomarle el pelo. Y acabaron por decirle que estaba prohibido por el reglamento del colegio tener un tractor en el patio.

—¿Y era verdad?

—Pregúntemelo... Bueno, el asunto es que los estudiantes metieron miedo al hombre, le volvieron loco y Gladwin acabó por pedirles le indicaran un sitio donde poder llevar la máquina. Y a unos cuantos se les ocurrió hacer la broma más gorda y le dijeron que llevara el tractor a una de las aulas.

—¿Y lo hizo?

—Claro que lo hizo. Ya le digo que este tipo es el bobo auténtico salido de Batabanó. Aparentemente los estudiantes estaban gozando como nunca. Le mostraron el camino y subió al tractor por un par de escalones, metiéndolo en el aula. Dejó la máquina junto a la plataforma donde se sienta el profesor, apagó el motor y esperó. Pocos minutos después llegaron más estudiantes y el profesor para dar su clase de Filosofía. Aparentemente el hombre quedó molesto al ver allí el tractor.

—Es natural. Y luego, ¿qué pasó?

—Le ordenó a Gladwin que lo sacara de allí.

—¿Lo hizo?

—Trató, Mr. Henderson. Pero se "enyerbó" más. Cuando iba a darle *cranck* al motor, varios estudiantes se ofrecieron para ayudarle. Se metieron en el asiento para tirar del aire, darle más o menos chispa al motor y pisar el acelerador. Gladwin le daba vueltas al *cranck* y cada vez que arrancaba el motor, lo apagaban, le cerraban el aire o le hacían cualquier cosa y se apagaba antes de que Gladwin pudiera ir al asiento. El pobre no se daba cuenta que le estaban tomando el pelo de lo lindo, siguiendo en la maniobra por espacio de diez o quince minutos, sin adelantar un ápice.

—¿Por qué no le dió el alto el profesor?

—El hombre parece ser una de esas personas educadísimas, incapaces de alzar la voz o de realizar un gesto violento, que se veía por primera vez ante un caso semejante. Y luego, cada vez que iba a abrir la boca, arrancaba el motor con su ruido ensordecedor ahogando su voz. Al fin

(Continúa en la pág. 58)

¡SANGRE en las CALLES de PARÍS!

En una semana PARÍS ha conocido dos noches de guerra civil, una de disturbios y un día de huelga general.

por **Alejo Carpentier**

PARÍS acaba de vivir algunos de los días más tumultuosos de su historia!... Durante una semana, hemos conocido a orillas del Sena una situación de trágica anormalidad, que evoca las jornadas más dramáticas por que esta capital haya pasado desde la época de la Comuna. Hemos respirado la atmósfera electrizada, angustiosa, de las noches en que la exasperación popular rompe todas las barreras, y en que el clamor de la masa logra borrar, por momentos, el crepitar de las armas de fuego... París, bajo el signo de la revuelta, ofrece un espectáculo a la vez terrible y grandioso, cuyo recuerdo no se borrará jamás de mi memoria. Pero espectáculo que nadie, actor o espectador de los hechos, pueda aspirar a ver reproducirse jamás... ¡Es tan triste ver a ese pueblo francés, esencialmente pacífico, unido, reflexivo, lanzándose a las calles, para entregarse a la acción violenta y protestar de actos que nunca hubieran debido producirse! Es triste ver a una masa que siempre, en las situaciones más difíciles, ha ofrecido al mundo un ejemplo de solidaridad, de unánime capacidad de resistencia, fraccionada por luchas fratricidas, de las que dejan charcos de sangre al pie de las barricadas... Sin embargo, es *esto* lo que hemos conocido, durante el transcurso de una semana cuyas fechas quedarán grabadas en los anales de Lutecia bajo orlas de luto... Trataremos de resumir los acontecimientos en unos pocos párrafos—acontecimientos cuya simple enumeración, sin entrar en detalles, podría llenar un grueso volumen.



Los cadáveres de las víctimas de la noche trágica, en la Plaza de la Concordia. (Foto International.)

Prólogo.—

El origen de los hechos debe buscarse en el *affaire* Stavisky. Un buen día, se supo que una estafa sensacional había sido realizada por mediación de los directores del Montepío de Bayona. Estafa cuyos pormenores podrían alimentar ya una crónica demasiado larga. El hecho es que se iniciaron las investigaciones jurídicas, y, de etapa en etapa, de documento en documento, de carta en carta, se llegó al centro motor del extraordinario *negocio*, que había engullido sumas fabulosas, para desdicha de millares de personas y provecho de unos cuantos. Lo que al principio parecía una estafa de doscientos millones, alcanzó rápidamente la cifra de quinientos... ¿Y quién había sido el ladrón genial, capaz de construir el engranaje de compañías, de emisiones de valores, la extraordinaria máquina financiera, capaz de devorar ahorros, durante años, sin provocar las sospechas y desconfianzas más legítimas? Un tal Sergio Stavisky, antiguo tahur, caballero de industria de altos vuelos, condenado ya una vez por las Cortes Correccionales, y que, renaciendo milagrosamente de sus propias cenizas, había logrado hacerse una posición brillantísima, llevando una vida de sátrapa a orillas del Sena, donde poseía varias casas y rodaba sobre un balance de operaciones que preveía un presupuesto cotidiano de nueve mil francos "para el bolsillo", y de cien billetes de a mil, mensualmente, para los gastos de una esposa y dos hijos... Sergio Stavisky dirigía compañías, consorcios, sindicatos; subvencionaba teatros, hoteles, cafés de lujo; mantenía periódicos, sobornaba periodistas, compraba a todo individuo que pudiera serle útil...

(Continúa en la pág. 56)



La Policía montada de París fue recibida a pedradas por los manifestantes. (Foto International.)



Un curioso apunte de la pelea que estuvo a punto de desencadenarse en la Cámara, durante la dramática sesión en que se presentó el Gobierno de Daladier. En ese preciso instante la multitud intentaba forzar una vez más la entrada de la Cámara.



Caricatura alusiva a la noche trágica, repartida en las calles de París, por un periódico de combate.

Y DE AQUÍ ALLÁ



INDESEABLES EXPULSADOS.—Grupo de obreros detenidos en un pabellón de Tiscornia con objeto de ser expulsados de Cuba por su intromisión en cuestiones sociales.



INDESEABLES EXPULSADOS.—Un aspecto del pabellón de Tiscornia donde se mantiene presos a los extranjeros indeseables que serán expulsados de la República.

(Fotos Pegudo).

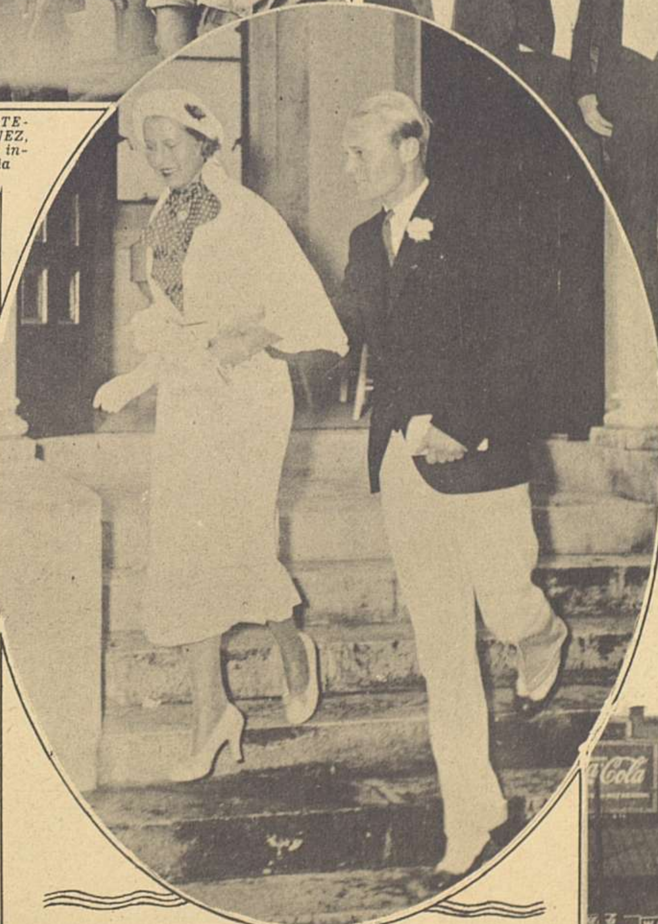


INDESEABLES EXPULSADOS.—Angel JUNCO, Ramón OTERO, José ORTEGA, Jaime CASANOVAS y Eduardo MARTINEZ, que serán expulsados como extranjeros indeseables por su intromisión en cuestiones sociales. Los cinco tienen familia hijos cubanos.



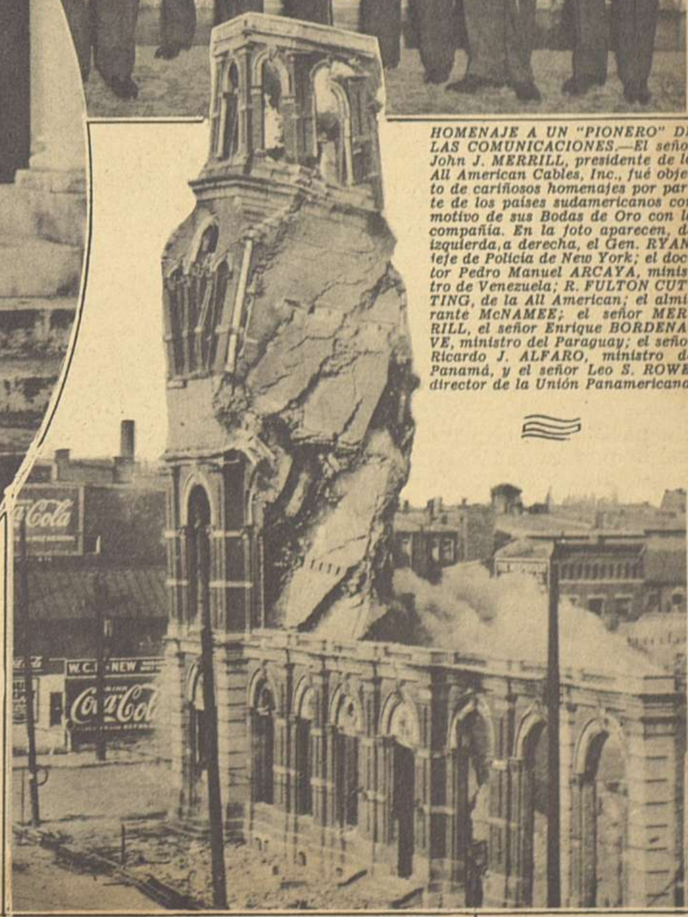
HOMENAJE A UN "PIONERO" DE LAS COMUNICACIONES.—El señor John J. MERRILL, presidente de la All American Cables, Inc., fué objeto de cariñosos homenajes por parte de los paises sudamericanos con motivo de sus Bodas de Oro con la compañía. En la foto aparecen, de izquierda, a derecha, el Gen. RYAN, jefe de Policía de New York; el doctor Pedro Manuel ARCAYA, ministro de Venezuela; R. FULTON CUTTING, de la All American; el almirante McNAMEE; el señor MERRILL, el señor Enrique BORDENAVE, ministro del Paraguay; el señor Ricardo J. ALFARO, ministro de Panamá, y el señor Leo S. ROWE, director de la Unión Panamericana.





SE CASA UN DU PONT.—Richard DU PONT, hijo de los famosos millonarios de la dinamita, conocidos en Cuba por sus propiedades cardenenses, sale de la iglesia en compañía de su esposa, Helena ALLAIRE CROZER, inmediatamente después de la ceremonia nupcial. Los jóvenes esposos Du Pont emprendieron en aeroplano un viaje de bodas por el Caribe y Sudamérica.

Lilyan TASHMAN, famosa estrella cinematográfica, cuya temprana muerte ha causado sensación en el mundo de la pantalla. (Foto International News).



COMO SE CAE UNA TORRE.—Esta extraordinaria instantánea fué tomada en Delaware (Ohio), en los momentos en que una explosión de dinamita derribaba la torre del Ayuntamiento. Esta torre fué lo único que quedó en pie después de un incendio que destruyó el resto del edificio.

EL ESPEJO

por Arturo Ramírez

Ilustración de A. Galindo



DURANTE la comida rompiéronse todos los cánones de la buena usanza y de la previsión higiénica. La charla versó casi exclusivamente sobre temas trágicos, y fué en todo momento apasionada y polémica. Intervinieron en la discusión hasta el taciturno Darel—que come en restaurante por el placer de engullir en silencio,—y la admirablemente frívola Teresita Sariol. Ni el buen humor de Alejandro Montes pudo extraerla de su oscuro cauce. Cuando pasamos a la sala familiar aun reinaba entre todos, invitados y anfitriones, esa sonriente acritud que es inseparable compañera de toda disparidad de criterios surgida en sociedad.

—No es posible extirpar los celos de un corazón que ama si ese corazón es latino,—afirmó Leandro Suárez viendo ya instalados en semicírculo a los demás, y sentándose él mismo.

Aquella frase era a modo de conclusión de la tesis que la orden de pasar a la sala habíale interrumpido.

—Acaso sea exagerado decir "latino",—corrigió el dueño de la casa.—¿No es corriente en Francia el *ménage-à-trois?*

—Indudablemente, — rió Montes.—Informes que sobre ello he recibido me mueven a gestionar un cargo diplomático en Francia. Ni que decir tengo que trataré siempre de ser el tercero.

—Quizás tengas razón, Luis,—aceptó Leandro.—Sustituyo la amplia clasificación de latino por la de español, comprendidos los hispanoamericanos.

Darel abandonó su taciturnidad. Habló con su lenta y profunda voz de bajo, concentradamente, como quien se refiere a un tema que "le toca en lo vivo".

—Durante la comida hablamos de varios casos trágicos de celos. Yo creo que todos son iguales en lo que pudiéramos llamar la superficie, pero disímiles en sus raíces. Hay celos de celos.

—¡Rostro y lengua de esfinge! —exclamó Teresita.—¿Quién lo ha entendido?

—Me parece que Darel quiere hacer gala de sutileza dialéctica —expresó el dueño de la casa mirándome semiburlón. — Usted, señor escritor, ¿qué piensa?

No obstante preferir continuar en silencio, admirando la cálida belleza de Teresita Sariol, iba a responder, cuando me salvó el ex taciturno Darel:

—Quiero decir que los celos pueden tener distintas motivaciones.

—Una sola,—arguyó Leandro.—El amor.

—Durante la comida...

—Espléndida comida que acaso no podamos digerir fácilmente por culpa de estas inútiles discusiones—interrumpió Montes con un gesto acusatorio para mí, que inconscientemente había dado origen a aquella animada charla haciendo una leve referencia a un "drama pasional".

—Durante la comida,—pudo seguir Mario,—se expusieron distintos casos típicos de celos. ¿Hubo en ellos la misma impulsión original?

—¡Oh!—se asustó Teresita interrumpiendo una consulta al espejo que la enfrentaba.—¿Psicología simplemente, o psicoanálisis?

La dueña de la casa rió alegremente. Admiraba, sin envidiarla, la provocativa belleza de aquella mujer que sabía audaz, frívola, ingenuamente amoral. Para su juventud precozmente madurada por la maternidad y las responsabilidades conyugales, la juventud de Teresa Sariol era una infancia "terrible".

—Los celos son manifestación del egoísmo, vicio o virtud innato en el hombre,—continuó Darel.

—Virtud,—definió Luis.

—Vicio,—opinó Alejandro.

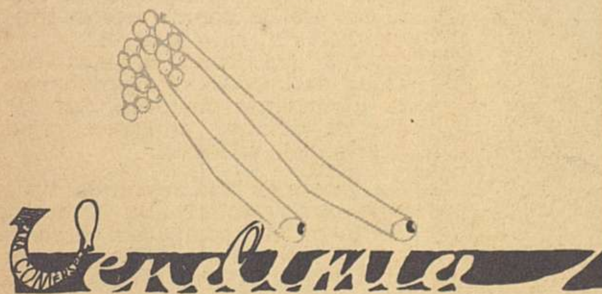
—Da lo mismo. ¿Esa forma del egoísmo se mueve siempre por el mismo motor? Una persona cela al ser amado porque éste lo traiciona: es el caso clásico.

¿Por qué Darel hablaba con tanta pasión? Volví a formularme la inquietante pregunta. Sin dejar de admirar a Teresa seguí prestándole atención.

—¿En qué hizo residir la traición esa persona? ¿En el hecho de tener que compartir el cuerpo, el espíritu o el dinero de su amado? Y en otro aspecto, ¿qué clase de sentimiento ha sido herido, el amor, el afecto, la amistad, el interés? Un amigo no ama, y puede sentir celos por el amigo; una madre no ama al hijo, y puede tener celos por él; una cocota interesada no ama a su amante, y puede hasta matarlo por celos.

Teresita bostezó disimuladamente. Como apenas quitaba la vista del espejo, advirtió leves detalles de incorrección en su pose de artificial abandono, y los corrigió. *(Continúa en la pág. 66)*

FOTO por DAVID McRIN



Vendimia



Casi diariamente durante el mes anterior a la muerte de Richthofen, el capitán Brown dirigió su escuadrilla a todo lo largo del frente, en patrullas ofensivas. Tuvieron frecuentes encuentros con el enemigo y en los combates de marzo y abril, antes de matar a su líder, Brown derribó a cuatro miembros del grupo de Richthofen. Pero hasta la mañana de su último vuelo, el as alemán no tomó parte en estos combates, y Brown jamás había visto al famoso Fokker todo rojo.

II

DOMINGO "CALIENTE" EN EL SOMME

EN la mañana del domingo 21 de abril de 1918, los "Nariz Roja" batearon un *home run* con las bases llenas. Ocurrió en un ataque al cual fuimos con todas las esperanzas perdidas y del cual no esperábamos salir con vida.

Lanzándose sobre una flotilla de veintidós aviones del grupo—triplanos Fokker y Albatross D-5—mi escuadrilla de cinco Sopwith Camels de un asiento se vió en una de las épicas batallas reales de la guerra.

Abajo, corría el Somme lentamente. En el aire, divisamos varios miembros del circo. Miles de hombres de la infantería inglesa presenciaron la lucha. No se pidió cuartel ni se dió. Era un duelo a muerte.

La escuadrilla derribó cuatro máquinas.

May, Mellersh y Mackenzie se apuntaron un Fokker cada uno. Y yo tuve la suerte de matar a Richthofen.

Mackenzie salió ligeramente herido. Fué nuestra única baja. Cuatro de nuestras máquinas quedaron muy averiadas, pero todas regresaron.

Y precisamente antes del gran combate, Sammy Taylor, de nuestro escuadrón,—Escuadrón 209 de las Reales Fuerzas Aéreas,—si bien no pertenecía a mi escuadrilla, envió a tierra un Albatross envuelto en llamas. Su relampagueante triunfo fué el heraldo de las victorias que venían detrás.

Hoy "Wop" May, ahora el capitán Wilfred R. May,—pues ganó su ascenso más tarde,—vive en Edmonton, Alberta. Allí fuí a la escuela con él, mucho antes de que soñáramos con volar, con la guerra o con barones alemanes que cruzaban el cielo en aeroplanos rojos. Mi interés personal por May contribuyó a la muerte de Richthofen.

Fué el primer combate de May; su primer encuentro con las máquinas alemanas. Y estuvo a punto de ser el último. Una simple cuestión de segundos impidió al Caballero Rojo ganar su octogésimoprimera victoria, y salvó a May de resultar su víctima.

Afortunadamente, mi ametralladora habló primero. Richthofen cayó antes de que pudiese matar a May.

No pretendo hacer ver que mi afecto por May me hizo matar a Richthofen. Ni siquiera sabía en aquellos momentos quién era Richthofen. Pero estaba observando a May cuidadosamente por ser mi costumbre no quitarles la vista

(Pasa a la 52)

Mi Combate con RICHTHOFEN

por el Cap. A. Roy BROWN

(RED) KNIGHT CLAYTON lo ilustró



Cómo murió el Caballero Rojo: según dibujo hecho siguiendo las indicaciones del capitán A. Roy Brown, su conquistador. Cuando Richthofen (centro) atacó a May (izquierda), Brown "picó" para colocarse en posición sobre y detrás del avión alemán. Una corta descarga y el gran as cayó.

la HORA de AHORA



WELLES HABLA SOBRE CUBA.—El subsecretario de Estado de los Estados Unidos, Benjamín SUMNER WELLES, que pronunció un interesante discurso acerca de la política cubana del Gobierno de Wáshington. Parte fundamental de su discurso fué la afirmación de que el capital norteamericano establecido en Cuba necesita subordinarse a las leyes de la República.



LA SEGUNDA LIBERTAD DE FILIPINAS.—El Presidente ROOSEVELT firmando la Ley Tydings, por la cual se concede por segunda vez la independencia a Filipinas dentro de un plazo de diez a doce años, siempre que la Legislatura filipina la apruebe en su sesión del 1 de octubre próximo. La primera ley de independencia fué rechazada por dicha Legislatura. En la foto aparecen, además del Presidente ROOSEVELT, el senador MAHONEY, el secretario de la Guerra, DERN, el senador filipino Elpidio QUIRNO, el presidente del Senado filipino, Manuel QUEZON, el senador TYDINGS y el general COX, del Buró de Asuntos Insulares.



EL REY SE DIVIERTE.—Don Alfonso de BORBON Y HAPSBURGO LORENA, ex rey de España, en el hipódromo de Luxor (Egipto), presenciando una carrera en compañía del barón D'EMPAIN y de sus hijas. Don Alfonso pasó por Egipto al regreso de una cacería en el Sudán que estuvo a punto de costarle la vida, cuando un grupo de cazadores disparó sobre él.



UN ATENTADO EN BUCAREST.—Vintila BRATIANU, ex "premier" de Rumania y líder del partido nacionalista, que fué objeto de un atentado el viernes último. El señor Bratianu, que resultó ileso, es hermano del difunto Jan Bratianu, dictador de Rumania en varias ocasiones.

(Fotos International).



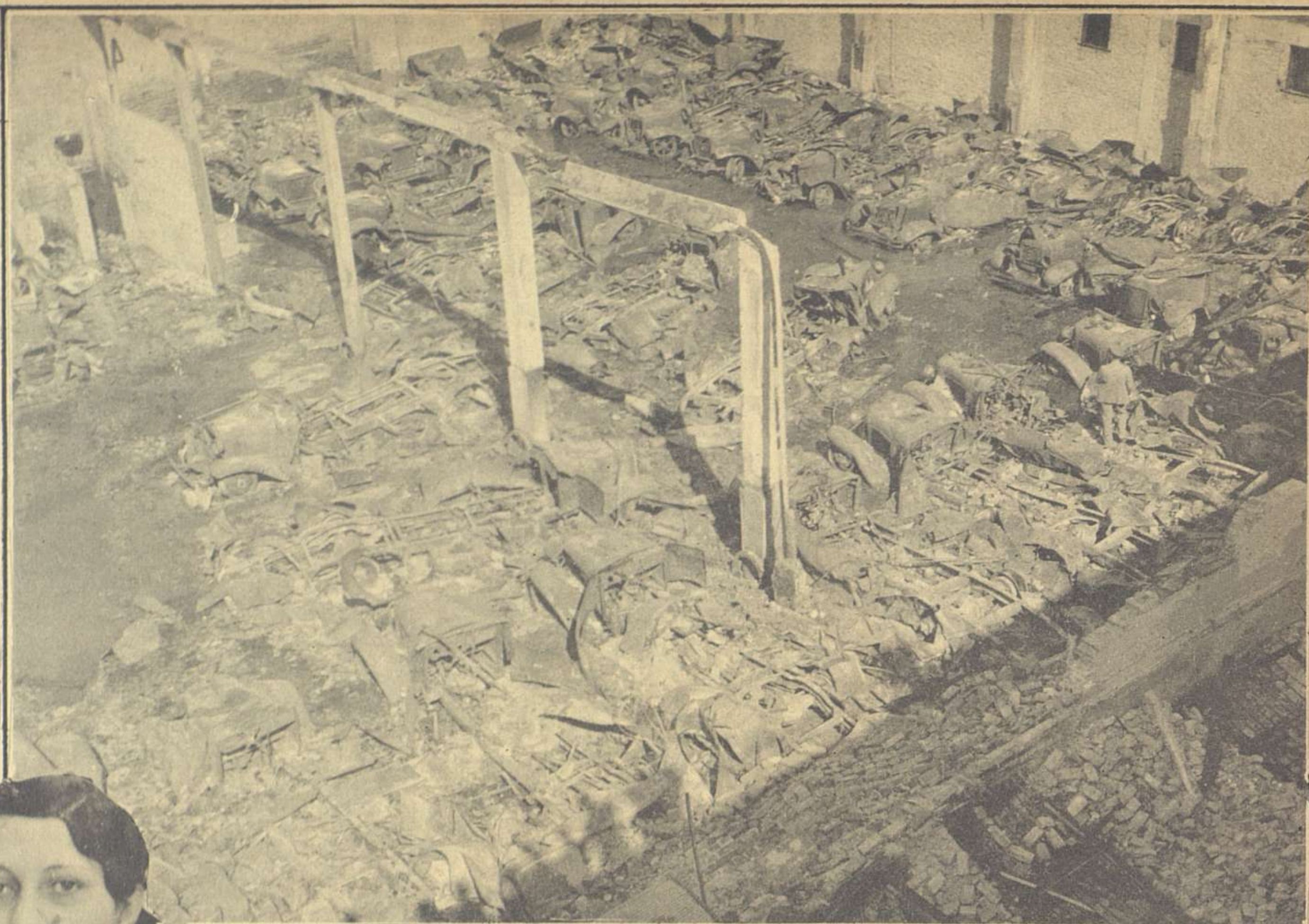
¿INSULL A RUSIA?—Samuel INSULL, el millonario perseguido por sus infortunadas especulaciones financieras en Chicago, se encuentra a bordo del vapor "Maiotis" en el puerto de Constantinopla. Insull no ha mostrado interés por desembarcar en Turquía, de donde sería extraditado seguramente, y se sospecha que trata de seguir viaje hasta Batum, en la Unión Soviética, donde se ignora si le será permitido residir.



LOS SEÑORES DE LA GUERRA SE ENCUENTRAN.—A su regreso de Europa, donde pasó casi un año, Chang HSUEH-LIANG, el joven mariscal de la Manchuria, hijo del difunto Chang Tso-Ling, se reunió en Shanghai con el generalísimo Chang KAI-SHIK para presenciar las maniobras aéreas del Ejército chino. Esta fotografía, la primera que ambos jefes se hacen juntos, demuestra que los sucesos de la Manchuria no indispusieron a Hsueh-Liang con el Gobierno de Nanking.

EL TRÁGICO INCENDIO DE LOS ÓMNIBUS

Tres personas, por lo menos, perecieron en el incendio provocado por manos criminales en el garage de los Ómnibus de La Habana, durante la madrugada del domingo al lunes. Ese es el trágico balance de una pugna de empresas a la que se debió poner término inmediato. Hasta el momento en que escribimos estas líneas, nada se ha adelantado en la investigación de este crimen odioso, que no puede quedar impune. CARTELES espera de las autoridades judiciales la máxima eficacia, y exhorta al Gobierno a adoptar medidas para evitar que se repitan hechos vergonzosos como éste, en el que han perdido sus vidas tres inocentes.



Un aspecto del garage de los Ómnibus de La Habana, donde perdieron la vida tres personas y fueron destruidos 45 carros.



La señora Idelisa QUINTANA con su hijo IGNACIO, que se salvó milagrosamente de perecer en el incendio el mismo día que cumplió los 3 años de edad.





Parte de los ómnibus destruidos en una de las naves.

Un aspecto del incendio en la noche.

OH?



Los bomberos colocando en el féretro a uno de los cadáveres carbonizados.

OH!



El edificio del garage, propiedad del señor Sarrá, quedó destruído totalmente.



El cadáver de otra de las víctimas.

(Fotos Pegudo).



Hacia una Patria mejor

NUESTRA campaña editorial encaminada a despertar en la conciencia pública un concepto más cabal de sus responsabilidades y de sus derechos, y una noción exacta de los deberes y atributos cívicos que corresponden a la ciudadanía, ha tenido, al menos, saludables repercusiones entre los sectores más ilustrados y representativos del país. Todos admiten que para coordinar, encauzar y dirigir por sendas de fecundas rectificaciones sus hasta ahora maltrechos intereses, es necesario que se utilice a los más aptos, a los más puros, a los más idóneos, y se abandone la táctica funesta de proveer los cargos públicos con elementos ambiciosos e incapacitados, que no ven en ellos sino un medio de lucro fácil y de provecho propio.

Es preciso despertar a la realidad dura de que los enemigos peores de nuestras instituciones republicanas son los políticos voraces, irresponsables y estultos que, hoy como ayer, están a la caza de puestos, asaltan con verdadero frenesí las dependencias públicas y buscan un encasillamiento en todas ellas, sin más ideal ni más programa que vivir espléndidamente del presupuesto, y sin que, para fundamentar sus aspiraciones o justificar sus demandas, ofrezcan un historial de competencia, de moralidad, de amor al trabajo, que permita concebir al país una esperanza sobre el resultado de su esfuerzo. Así como las aspiraciones se apoyaron antes en la "consecuencia política" y en la militancia de cada trepador en un determinado partido, hoy se esgrime el título de revolucionario, más o menos auténtico, para pedir lo que se quiere, y se cree autorizado cada quien para desempeñar cualquier cargo—aun los de naturaleza técnica,—simplemente porque milita en un sector de los que combatieron al Machadato.

El sistema es absurdo, y no puede ser tolerado. Y la Revolución se hizo, precisamente, para terminar con esos métodos.

En nuestro artículo anterior abogábamos por la desaparición de los Gobiernos Provinciales, inútiles centros burocráticos, laboratorios de la politiquería al uso para producir candidaturas, fuerza obstaculizadora de las iniciativas de cada municipio, sujetos al interés del caudillaje y que no sirven, ni parecen responder a otra finalidad que la de absorber una parte considerable de los fondos públicos, que podría destinarse a un fin más provechoso para los intereses colectivos.

También propugnamos, con el aplauso general—que mucho nos enorgullece, no por el aplauso en sí sino por la conciencia del deber cumplido,—esta fórmula genuinamente rectificadora: la de permitir a todos los elementos que en cada municipalidad ejercen funciones esenciales y ostentan una representación definida —profesionales, industriales, comerciantes, obreros,—el que intervengan en la vida pública, designando sus funcionarios y decidiendo, por lo mismo que ellos son los que en cada término impulsan el progreso y cooperan al desarrollo de todas las actividades, quién debe ser alcalde y qué elementos deben de formar el consejo de administración que rija los destinos de cada término. Estas fuerzas vivas seleccionarían a los mejores, desentendiéndose de su filiación partidarista y preocupándose tan sólo de que tuvieran la aptitud, la moralidad y un recto espíritu para el ejercicio de sus funciones.

Estas medidas, tan elementales, que no debían escaparse a la visión clara de ningún estadista, no son adoptadas por los nuestros, y se nos ocurre considerar, no sin tristeza, que carecemos de ellos, o que este linaje de superhombres ha sufrido en Cuba un eclipse total después de nuestras guerras libertadoras.

Justo es consignar, empero, que entre los que han significado su aprobación a estas medidas de espíritu verdaderamente revolucionario, figuran algunos miembros prestigiosos del A B C, la institución que tanto combatió a la tiranía. Y que fué la única que estructuró medularmente un programa de rectificación y de reconstrucción, para hacerlo cumplir tan pronto como la derribara. Pero ignoramos si abundan en un juicio parejo otros abecéistas prominentes y si ha trascendido hasta las altas esferas del A B C político-militante esa sugerencia de CARTELES.

Es un hecho que no admite controversia, que en Cuba existen hombres y mujeres de capacidad más que probada para acometer la estructuración de una Cuba nueva y para iniciar una era fecunda de reconstrucción integral, en lo económico, en lo social y en lo político; pero no es menos cierto que estos hombres y estas mujeres no son los que suelen aparecer en la lista de los eternos aspirantes a las canongías presupuestales. Son ciudadanos que, en su inmensa mayoría, han sabido labrar con su inteligencia, con su esfuerzo disciplinado, con sus dotes innatas de habilidad ejecutiva y constructiva, sus propios destinos; que no han sido jamás parásitos del presupuesto, que tienen posiciones más o menos independientes y que pertenecen en su casi totalidad a la gran masa neutra o apolítica. Sacar a estos compatriotas de su abstención o su retiro, en el que ejercen sus actividades privadas, para que aporten su inteligencia, su moralidad y sus condiciones superiores de mando—que les condujo al éxito en aquella zona,—a esta otra de la organización del Estado y del manejo y administración de los intereses del procomún, habrá de constituir el máximo ideal de todos los cubanos conscientes de los peligros de la hora, y que se interesen por los supremos destinos de nuestra patria.

Es preciso que conozcamos la situación privilegiada y los incomparables dones que una pródiga Naturaleza ha derramado sobre nuestra patria para vislumbrar las infinitas posibilidades de su desarrollo y engrandecimiento en el concierto de los pueblos civilizados.

Por su situación geográfica, a unas noventa millas de los Estados Unidos, casi equidistante de Norte, Centro y Suramérica y a la entrada del canal de Panamá, puede decirse que Cuba está colocada a las puertas del comercio mundial.

Topográficamente, su conformación de isla larga y estrecha hace que sus productos encuentren fácil acceso a sus puertos naturales, a sus hermosas bahías y a sus embarcaderos innumerables.

País tropical, con la ubérrima fertilidad de su suelo y sus enormes riquezas minerales y forestales, ¿quién podrá sospechar el límite a que pudiera alcanzar su inteligente y científica explotación?

Tiene un clima benigno y saludable, maravillosos balnearios, pintorescas ciudades, que aun conservan para el forastero el penetrante encanto de su colonial tipicismo, bellísimas playas, paisajes de un colorido deslumbrador, costumbres y tradiciones propias y una capital que, a despecho de la crisis, ofrece su cosmopolitismo pujante, su contraste urbano, su mezcla de pasado y futuro, sus rincones llenos de sugerencia, su mirador maleconiano sobre el mar, que tanto fascina a los viajeros. Teniendo todo eso, Cuba pudiera ser la Riviera del Trópico. Y el turismo convertirse en una fuente inexhausta de riquezas, superior y con menos riesgos que la tan decantada de nuestra zafra azucarera.

Pero estas bienandanzas, a las que ya hemos aludido en otras ocasiones, sólo se manifiestan ahora en bruto, o como materia prima. Preciso es el concurso de los artífices que le den forma, que tallen y pulan después sus facetas, en otras palabras, *que las hagan realidad.*

Todo está por hacer, y todo permanecerá en el caos y en la disolución mientras tanto no se produzca un cambio que transforme radicalmente nuestra política y que aporte a la administración pública a hombres capacitados, a hombres idóneos y de acrisolado patriotismo, que acometan la ingente labor de edificar la patria nueva con la previa estructuración de un programa nacionalista, con el acervo de sus más entusiastas esfuerzos y si preciso fuera, con el concurso de peritos extraños cuando su colaboración fuere estimada de provecho.

He aquí la revolución a que aludimos en nuestro anterior artículo editorial y que es preciso iniciar sin demora; revolución de trascendencia evolutiva, que no interpretó en todo su alcance nuestro estimado colega del aire "El Fantasma Verde". Revolución moral y de procedimientos, en la cual sí abunda y le presta su solidaridad nuestro no menos querido colega "La Voz del Aire" y otros muchos esforzados paladines de la nueva era.

Y esta será la única revolución que nos hará dignos de la sangre de nuestros mártires inmolados no para que se reediten los torcidos manejos de politicastros sin escrúpulos ni conciencia, sino para regar y fecundar los cimientos de una patria mejor, más amada por sus hijos y merecedora de la estimación y del respeto de quienes, hasta ahora con razón, han dudado de nuestro derecho y capacidad al más supremo de los dones de la civilización: el de la libertad

La Historia de $IEMPRE...

por **DANIEL BRUNET**

es la historia de cómo un banquero puede acertar a primera vista y equivocarse cuando cree que está en lo cierto

(Versión de M. M. V.)



Ilustrada por G. DeZAYAS

RICARDO Alden se sentó impacientemente en la salita de Silvia Rivelles, aguardando la llegada de la joven actriz.

Debía disimular su cólera, pensaba, tratando de calmarse. El asunto exigía la más absoluta discreción.

Examinando la decoración alegre de la sala se felicitaba de no haber hecho nunca el tonto, enamorándose de mujeres como ésa... y se daba golpecitos nerviosos sobre el bolsillo del saco, para convencerse de que no había olvidado la libreta de cheques. Mientras lo hacía, oyó una voz baja y grave, que, entrando por la puerta de la calle, decía:

—Siento haberle hecho esperar, señor Alden.

Ricardo se puso en pie, confundido. Esperaba encontrar en Silvia Rivelles una muchacha deslumbrante y seductora. Desde luego, no venía preparado a hacer frente a esta jovencita pálida y frágil, con el pelo de un rubio rojizo lisamente peinado hacia atrás y sin huellas de colorete en el rostro. Sus ojos eran azules y distantes; grandes y luminosos y ligeramente pensativos.

—Es usted muy amable, señorita Rivelles,—le replicó Ricardo.

—Tenga la bondad de sentarse —continuó la voz expresiva de contralto. Silvia se sentó en un amplio diván. Ricardo le tendió un recorte de periódico que había sacado del bolsillo, y que decía así:

"El joven rubio que aguarda todas las noches, en la puerta del escenario, a Silvia Rivelles, estrella del gran éxito lírico "La Mamá Traviesa", es Esteban Alden, *clubman* de veinte y tres años, perteneciente a la mejor sociedad de New York. El joven Alden heredará diez millones cuando cumpla veinticinco años. Los arúspices locales predicen una próxima boda..."

*

Silvia apenas si dirigió una mirada al recorte.

—Lo he visto ya. Alguien del teatro me lo enseñó. Es de esas terribles columnas de chismecitos de Broadway.

—Mi secretario me llamó la atención acerca de él esta mañana—dijo Ricardo.—Inmediatamente llamé a mi sobrino, pero Esteban no estaba en sus habitaciones. Su criado me dijo que no había venido a dormir la noche pasada. Entonces la llamé a usted, señorita Rivelles. Como Esteban debe haberle dicho a usted, yo soy no sólo su tío sino...

—Parece usted demasiado joven para ser su tío—murmuró apenas Silvia, sin sonreír.

—¡Oh! Mi hermano era mucho mayor que yo. Pero el caso es que soy también tutor de Esteban. En tal virtud estoy dispuesto a hacer cuanto sea necesario para salvarle de...

—¿De mí?

Ricardo se sentó en el diván a su lado. Era un hombre alto, fuerte y buen mozo, con nariz recta, mandíbula cuadrada, ojos desilusionados y una boca ilógicamente sensitiva.

—¿Le ha pedido Esteban que se case con él?

—Sí.

—¿Y usted?... ¿Le ha aceptado usted?

—Sí.

Bajo la luz solar su rostro era como un camafeo delicadamente tallado, exquisito, atrayente. Ricardo fijó la mirada en un jarrón de flores que estaba tras ella.

—No quiero andarme con rodeos —dijo.—Esteban es todavía un muchacho indisciplinado. Dentro de dos años recibirá su dinero. Sólo me quedan, pues, esos dos años para ayudarle a hacerse un hombre. Pero si se casa ahora, habré fracasado. Y lo mismo le ocurrirá a Esteban.

—En dos años puede darse al diablo—dijo Silvia sencillamente.

—Y lo hará, a menos que yo conserve cierto dominio sobre él. Es mi deber hacerlo. Vea usted: al morir mi hermano fué su última voluntad que Esteban le substituyera algún día como jefe de la Banca Alden.

—Pero puede ser que sea un error el hacer un banquero de Esteban.

*

Ricardo hizo un gesto.

—No vamos a discutir eso. Limitémonos a los negocios, señorita Rivelles. Perdóneme si soy crudo, pero, hablando con franqueza, ¿cuánto pediría usted por abandonar a Esteban?

Una leve sonrisa rizó sus labios y desapareció en seguida.

—¿Cuánto ofrece usted?

El sacó la libreta de cheques del bolsillo interior. Silvia tomó un cheque ya firmado y lleno. Era por cinco mil dólares.

—Precio barato—dijo. Y con lentitud deliberada rompió en dos el cheque y le devolvió los pedazos. Sus dedos se cerraron mecánicamente sobre ellos y por un momento—un instante increíble—la importancia de su visita y el objeto mismo de ella se desvanecieron en un sentimiento de intimidad curiosamente agudo. Luchó contra él como se lucha contra la angustia del veneno.

—¿De manera que rehusa usted un arreglo?—preguntó con la mayor tranquilidad posible.—¿Se niega usted a...?

—Un momento—dijo Silvia, y su voz grave sonó más profunda todavía.—Hasta ahora es usted el único que ha hablado. Ahora me va usted a oír. Conocí a Esteban Alden en una fiesta el invierno pasado. Desde entonces me está persiguiendo de día y de noche, hasta volverme casi loca. Pero me dió tanta lástima...

—¿Lástima?

—Sí, ¡lástima!—Sus ojos azules ardían ahora en el óvalo pálido del rostro.—Usted sabe que está perdido. Sí, perdido. Y es usted justamente quien le echó a perder. Usted, que no se molestó nunca en preguntarle a Esteban qué quería ser o hacer. Y él era demasiado sensible o demasiado locamente orgulloso para decírselo. Prefirió disipar, arrojarse él mismo por la borda. ¿Ignora usted, señor Alden, que la ambición secreta de Esteban es llegar a ser explorador?

—¡Explorador!—exclamó Ricardo, riendo con cierta vacilación.—¡Oh, recuerdo sus sueños de muchacho...!

—Pues esos sueños de muchacho siguen ardiendo en él. Esteban necesita ayuda, comprensión...

—Y usted—interrumpió Ricardo bruscamente—¿va a proporcionarle todo eso casándose con él?

Ella se inclinó hacia él, tenso su cuerpo ágil, con el puño minúsculo hundido en los cojines del diván, y gritó:

—¡No pienso casarme con él!

—¡Pero usted me dijo que había aceptado!

—Oiga usted... Esteban vino aquí anoche, después de la función. Estaba ebrio. Me amenazó con tirarse por la ventana, si no le prometía casarme con él. ¿Qué iba yo a hacer? Le dije que sí y lo mandé a tomar un baño turco para que se despejara un po[c]o. Supongo que volverá esta tarde y...

—¿Qué se propone hacer usted? —interrogó Ricardo.

—¡Esto!—exclamó Silvia. Se puso en pie de un salto, caminó hasta la mesa instalada en un rincocito de la sala (él advirtió de pronto la gracia gloriosa y la energía primaveral de su cuerpo en acción) y volvió a su lado con un pedazo de papel en la mano.

Era un cheque de ella por mil dólares, extendido a nombre de Esteban Alden.

—¿Cómo? ¿Qué es eso?—preguntó Ricardo, estupefacto.

—Es un préstamo que me propongo hacerle a Esteban. Hay un barco particular que sale el mes que viene para hacer un crucero por el círculo glacial ártico. Con mil dólares Esteban podrá irse en ese buque... y—¡créame!—Esteban se irá en él aunque tenga que alquilar a alguien para que no le deje moverse del buque.

Ricardo se puso en pie, la miró cara a cara y acabó por decirle:

—¿Querría usted explicarme por qué hace todo eso por Esteban?

*

—¿Por qué no? Lo voy a hacer en parte porque le tengo afecto

(Continúa en la pág. 50).

GRÁFICAS



EL SEPTIMO CONCURSO DEL JABON "CANDADO".—*El pasado domingo se efectuó el sorteo del Séptimo Concurso del Jabón "Candado", organizado con éxito extraordinario por el señor Ramón F. **CRUSELLAS.** En la foto aparecen el señor **CRUSELLAS**, el señor Ramón **LOPEZ**, la popular **PANCHITA**, nuestro compañero Bienvenido **MADAN**, director de "Dominical", y otras personas que asistieron al acto.*



*El Sr. José Manuel **GONZALEZ**, que en su calidad de cónsul general de Cuba en New York supo granjearse la estimación y el aprecio de sus compatriotas por la actividad desarrollada en la defensa de sus intereses. La colonia cubana de New York ha solicitado insistentemente que se le mantenga en el cargo de cónsul general.*
(Foto Barchrat).

EL SEPTIMO CONCURSO DEL JABON "CANDADO".—*La señora Rosa **LOPEZ**, ganadora del concurso en La Habana, posa para **CARTELES** con la popular **PANCHITA** y el señor Ramón **CRUSELLAS**. A la señora López le ha correspondido en premio una casa.*



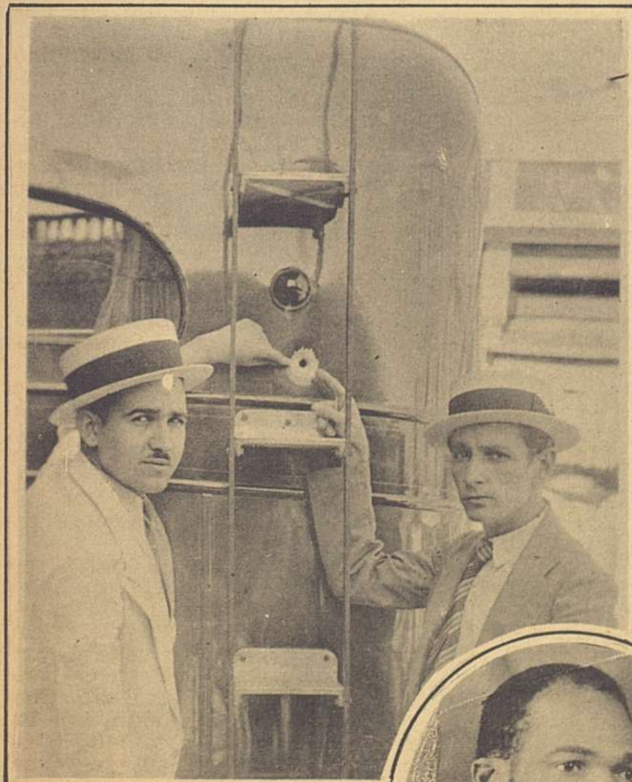
*El pintor Alberto **PEÑA**, que acaba de celebrar una interesante exposición de cuadros, mereciendo elogios de la crítica.*
(Foto Warner).

*Señorita Margarita **DIAZ**, soprano lírico que interpretará la parte principal del drama "Amor tardío", anunciado para próxima representación en la Sala Falcón.*
(Foto Victor).



LA EXPOSICION PEÑA.—*"Hombre bajo la máquina", uno de los cuadros de la Exposición Peña, que ha llamado más la atención.*
(Foto Nemo).





UN HECHO QUE MERECE CASTIGO.—*Un miembro de la Policía de Santa Clara, nombrado Heriberto Martínez, hizo fuego sobre el carro número 17 de la empresa "Omnibus de Camagüey", al negarse el conductor a transportar gratis a un recomendado suyo. La foto muestra la perforación producida por el proyectil en la carrocería del ómnibus.*
(Foto Nemo).



*Juan de los **REYES FERRER**, que ha sido elegido por unanimidad presidente de la Sección de Declamación y subdirector de la Sociedad Renacimiento, de La Habana.*
(Foto Diago).

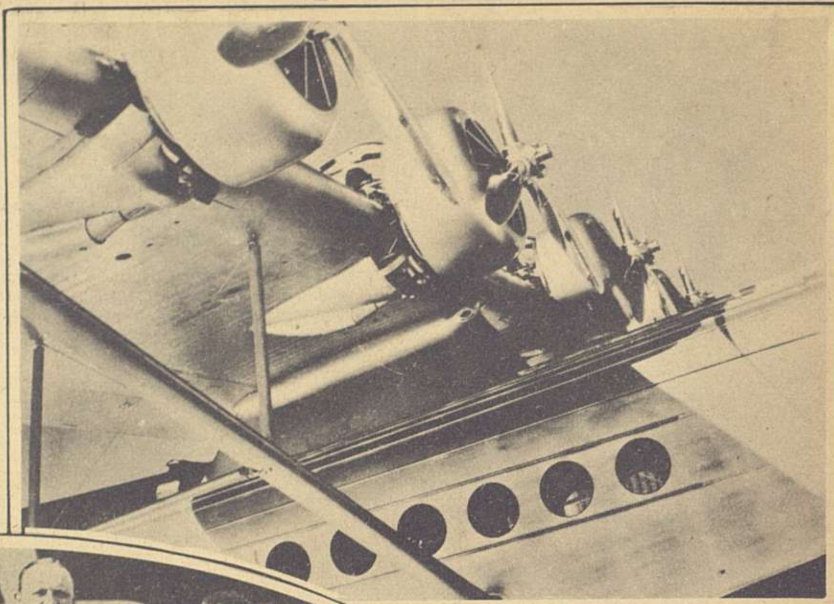
¡EUROPA y AMÉRICA en GUERRA!

Como antaño en las rutas marítimas, hoy Francia, Alemania e Italia combaten contra los EE. UU. en las rutas aéreas del Sur...!

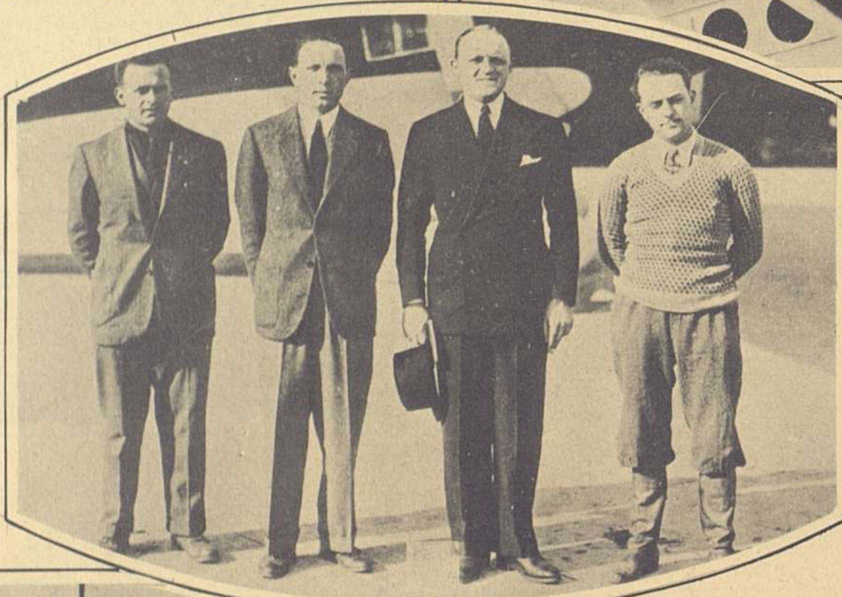
(Versión de L. G. W.)

LOS mercados sudamericanos serán el botín de la nueva guerra comercial que se han declarado unos a otros Alemania, Francia y los Estados Unidos, con la certidumbre casi total de que Italia entrará también en ella dentro del año.

Esta vez los estrategas comerciales del Viejo y el Nuevo Mundo están librando sus batallas en las rutas aéreas de los dos hemisferios, en la misma forma en que las rutas comerciales marítimas fueron teatro de luchas similares en los siglos pasados.



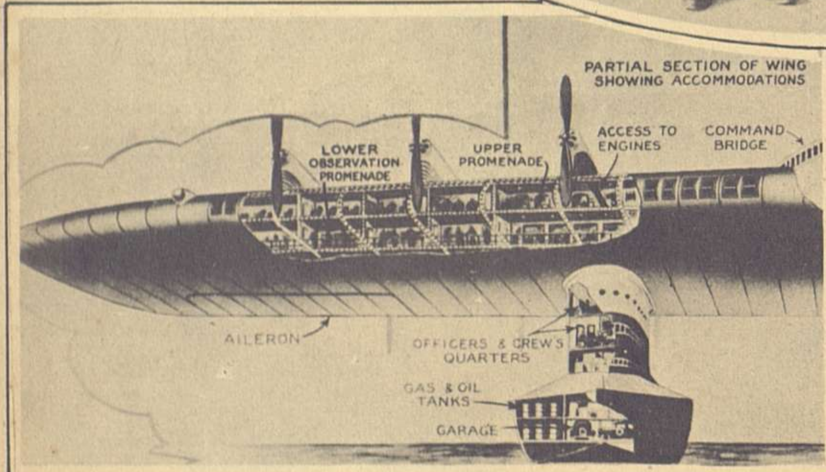
Un aspecto de los cuatro poderosos motores del Sikorsky S-42, que desarrollan 3.000 caballos de fuerza. Este hidroavión, construído para las rutas del Norte, es muy probable que sea empleado en las del Sur, como una respuesta a la ofensiva europea. (Foto International).



David GUILINI, el conde MAZZOTTI, el comandante Francia LOMBARDI y Marino BATAGLIA, tripulantes del avión italiano que se estrelló en la costa del Brasil, cerca de Fortaleza, cuando trataban de abrir una ruta para la aviación comercial. (Foto International).

Los planes de Alemania para una nueva ofensiva pasaron de la etapa de las discusiones el 3 de febrero, con la inauguración de un servicio aéreo trasatlántico regular entre Alemania y Sudamérica, un servicio totalmente aéreo con una ruta de 6,700 millas que transportará el correo de Berlín hasta Río de Janeiro en seis días.

Quiere esto decir que, por primera vez desde 1929, los exportadores alemanes podrán enviar su correspondencia, sus muestras y sus planos a las capitales del Brasil y de la Argentina con un día de ventaja sobre los exportadores norteamericanos. Y hay ya planes destinados a hacer más rápido el servicio alemán por medio del vuelo nocturno y el uso posterior



Detalles de un ala y uno de los flotadores del gigantesco hidroavión trasatlántico para 1.500 pasajeros que se estudia en los Estados Unidos, como una réplica al avión de 170 pasajeros que está construyendo en Alemania la Rumpler Aircraft Company. (Foto International).

de hidroaviones más veloces, con objeto de reducir el viaje a tres o cuatro días, un serio reto a la Panamerican Airways, que hoy transporta el correo norteamericano a Río de Janeiro en siete días y a Buenos Aires en ocho.

Francia extiende su servicio.—

Francia se dispone a sacar de la etapa experimental sus planes para un servicio aéreo semanal regular a través del Atlántico del Sur, apresurando la terminación de cuatro nuevos hidroaviones para el servicio y dedicando a varios de los pilotos más expertos de la Marina francesa a los vuelos de prueba del "Cruz del Sur".

Segunda después de Alemania en el establecimiento inicial de las líneas aéreas en Sudamérica, Francia trata de proteger las ventajas de un contrato con el Gobierno de la Argentina, que ha sido prorrogado por tercera vez para darle la oportunidad de cumplir su promesa de establecer un servicio aéreo trasatlántico regular entre París y Buenos Aires. La última prórroga fué concedida cuando Jean Mermoz, héroe francés de varias travesías del Atlántico Sur, voló desde el Senegal, en la costa africana, hasta Natal, en el Brasil, siguiendo a Buenos Aires, el pasado año en el nuevo aeroplano trimotor francés "Arc-en-Ciel" (Arco Iris).

El capitán Germain Bonnot, distinguido piloto de la Marina francesa, abrió en 1934 la lucha de Francia por la supremacía en las rutas aéreas del Atlántico Sur con un vuelo de 18 horas desde el Africa hasta la América, en el nuevo hidroavión de cuatro motores "Cruz del Sur".

"Air France", la nueva compañía que domina todas las líneas fusionadas bajo la bandera francesa, proyecta un servicio de cuatro días entre París y el Brasil, con objeto de proporcionar una ventaja más a los exportadores franceses que tratan de reconquistar viejos mercados en la América del Sur.

Italia pensó transformar en ventaja comercial la experiencia ganada en los vuelos en masa de Balbo a través del Sur y del Norte del Atlántico, enviando sus primeros aviones correos desde Roma al Brasil en enero, pero el vuelo acabó en desastre al estrellarse el gran avión en Fortaleza, sobre la costa del Brasil. El comandante Francia Lombardi, veterano de los dos grandes vuelos en formación de Balbo, iba al volante cuando el aeroplano italiano cruzó el Atlántico del Sur en un tiempo récord de trece horas, para estrellarse sobre la costa en un aterrizaje forzado, que causó heridas a dos miembros de la tripulación y destruyó el aparato. No parece que el desastroso fin del primer vuelo del correo aéreo de Roma haga abandonar a Italia sus planes para establecer un servicio regular en competencia con Alemania y Francia.

El establecimiento de servicios regulares por parte de Alemania, Italia y Francia dará a los exportadores europeos la ventaja de tres expediciones semanales contra una a la semana que realiza hoy la Panamerican Airways, conduciendo correspondencia norteamericana para las ciudades del Brasil, la Argentina y Chile. Mientras que los servicios europeos han de llevar solamente correspondencia, la Panamerican proporciona un servicio completo de pasaje, correo y expreso.

Si las ventajas conquistadas por los exportadores europeos por medio de los nuevos servicios aéreos trasatlánticos resultan ser tan serias como parece, los exportadores norteamericanos pedirán al departamento de Correos de los Estados Unidos una segunda expedición semanal por las rutas de la Panamerican Airways a lo largo de la costa oriental de la América del Sur.

Mientras tanto, los funcionarios de la Panamerican están estudiando los métodos adecuados para hacer más rápido el servicio, con objeto de hacer frente a la nueva competencia en velocidad que le está haciendo el servicio aéreo trasatlántico alemán.

Cómo harán frente al reto.—

La réplica más probable de la Panamerican al reto alemán puede ser el nuevo hidroavión Sikorsky S-42, de cuatro motores, que se acaba de terminar en Bridgeport (Connecticut). El Sikorsky, planeado originalmente para que pueda transportar una carga comercial provechosa en los largos saltos sobre el mar que hay que dar en el Atlántico Norte, tiene asiento para treinta y dos pasajeros, además de los compartimientos para correo y expreso.

Como está construído para conducir treinta y dos pasajeros en un vuelo sin paradas de 1,200 millas con una velocidad máxima de 150 millas por hora, puede igualar o mejorar el itinerario alemán de seis días, si se le usara a lo largo de la costa sudamericana. New York está a 7,051 millas de Río de Janeiro, por el aire, y Berlín está solamente a 6,700 millas de la capital brasileña, lo que hace más difícil el problema de la línea

(Continúa en la pág. 48)



ACTUALIDAD NACIONAL





DOBLE ATENTADO AL JEFE DE LA POLICÍA.—El Sr. Enrique PEDRO, jefe de la Policía Nacional, contra cuyo automóvil arrojaron una bomba en los momentos en que paseaba por el Malecón. Noches después la residencia del señor Pedro fué tiroteada desde un automóvil. Se estima que estos atentados tienen por causa las medidas adoptadas por el señor Pedro para reorganizar la Policía a su mando. (Foto Pegudo).

EL REGRESO DEL SR. MARTÍNEZ SÁENZ.—El secretario de Hacienda, Sr. Joaquín MARTÍNEZ SÁENZ al llegar a La Habana procedente de los Estados Unidos, donde firmó los convenios para la emisión de diez millones de pesos en plata y diez millones en certificados plata. En la foto aparece el líder abecedario rodeado de los familiares y amigos que acudieron a recibirle. (Foto CARTELES).



EL ALMUERZO DE LOS GRADUADOS.—Los nuevos graduados de la Escuela de Medicina de la Universidad de La Habana reunidos en fraternal almuerzo para celebrar la terminación de sus carreras. Al acto asistieron el rector, doctor PRESNO, y los profesores FORTÚN, FINLAY y otros. (Foto CARTELES).



RENUNCIÓ UN JEFE POLICÍACO.—El señor Salvador DIAZ VERSÓN, segundo jefe de la Policía Nacional, que presentó la renuncia de su cargo. (Foto Pegudo).



LA PEREGRINACIÓN AL COROJAL.—El coronel Celestino BAIZÁN, gobernador de La Habana, y los familiares de las víctimas, presidiendo los actos conmemorativos celebrados el domingo como un homenaje a los diez y seis revolucionarios asesinados alevosamente por el teniente Diez Díaz en la noche del 11 de agosto de 1931.



(Fotos Pegudo).

LA PEREGRINACION AL COROJAL.—Miembros de la Policía depositan los restos de las víctimas del Corojal en el suntuoso panteón erigido en Güira de Melena por iniciativa del gobernador Baizán.



EL HOMENAJE A JUVENTINO ROSAS.—Por iniciativa de nuestro querido compañero el doctor Antiga, se colocó el domingo una lápida en la casa de Batabanó donde vivió sus últimos momentos el célebre compositor mexicano Juventino Rosas, autor del popular vals "Sobre las Olas". Asistieron al acto, entre otras personas, nuestro compañero Osvaldo VALDÉS DE LA PAZ, el doctor ANTIGA y el ilustre poeta Alfonso CRAVIOTO, embajador de México en Cuba. (Foto CARTELES).



LA PEREGRINACIÓN AL COROJAL.—Momento en que eran colocados en el mausoleo los cadáveres de las víctimas del teniente Diez Díaz, uno de los más feroces esbirros de Machado.

LA HISTORIA SECRETA Y SENSACIONAL DE LA ENMIENDA PLATT (8)

por Roig Deleuchsenring

VIII.—CONTRAPROPOSICIONES CUBANAS A LAS INDICACIONES DEL EJECUTIVO NORTEAMERICANO

DOLOROSAMENTE impresionados quedaron los miembros de la Asamblea Constituyente que formaban la Comisión encargada de dictaminar sobre las relaciones entre los Estados Unidos y Cuba, al enterarse por el gobernador militar general Wood, según vimos en nuestro artículo anterior, de la actitud asumida, respecto al futuro de Cuba, por el Gobierno de McKinley, y de los propósitos de éste de exigirles a los cubanos determinadas condiciones, para la entrega definitiva de la Isla y constitución del nuevo Gobierno nacional.

El licenciado Antonio Bravo Correoso, delegado a la Asamblea Constituyente, en su libro *Cómo se hizo la Constitución de Cuba*, (p. 83), al pintarnos esa dolorosa impresión que se llevaron los comisionados al terminar su entrevista con el general Wood, comenta: "Nuestro asombro no tuvo límites. ¿Qué hacer? ¿Prestarnos a esas sugerencias del extranjero? ¿Restringir nuestra soberanía que acabábamos de consignar en nuestra Constitución? ¿Desear la *capitis diminutio* de la futura República? Nuestro patriotismo nos llevaba a repudiar esas condicionales".

Y Martínez Ortiz en su obra *Cuba, los primeros años de independencia*, (p. 272), afirma: "Los convencionales estaban excitados con las manifestaciones del general Wood. La realidad era más grave de lo que la habían imaginado; el propio desencanto sufrido daba a sus ojos mayores proporciones a lo que de ellos se pretendía. La Comisión celebraba sus sesiones en secreto, pero los periódicos reflejaban, en parte al menos, el estado de los ánimos. Sólo una esperanza quedaba: la opinión de Mr. McKinley y de su secretario Root podía no ser la del Congreso; esperanza poco fundada por cierto si se tiene en cuenta cuál había sido el resultado definitivo al votar la Resolución Conjunta".

En las sesiones ordinarias y secretas celebradas en la tarde y noche del día 26 de febrero de 1901, la Convención Constituyente conoció, según textualmente dice el acta de la primera de dichas sesiones, "del proyecto presentado por la Comisión nombrada para emitir juicios sobre las relaciones que deben mediar entre Cuba y los Estados Unidos de Norteamérica".

En la primera de dichas sesiones, antes de comenzar a discutirse el mencionado proyecto, el señor Diego Tamayo, presidente de la Comisión, dió cuenta de los trabajos de la misma, de la entrevista celebrada con el general Wood y de la carta con las estipulaciones sugeridas por el Ejecutivo norteamericano que el gobernador le entregó. Se dió cuenta también de opiniones sobre el problema presentadas a la Comisión por los señores Morúa y Portuondo, quienes retiraron sus escritos. Después de leída la ponencia, el señor Diego Tamayo, "dió cuenta de haberle entregado al general Wood una nota del informe de la Comisión de Cuba sobre una Enmienda presentada al Senado de los Estados Unidos". Esa nota contenía el texto íntegro de la llamada Enmienda Platt, tal como sería en definitiva aprobado por el Congreso de los Estados Unidos y sancionado por el Presidente, y tal como al fin lo aceptarían los constituyentes cubanos incorporándolo como Apéndice a la Constitución. En el acta de la sesión de ese día 26 de febrero aparecen transcriptos los siete artículos de la Enmienda. Fué esa la primera presentación oficial que de la misma se hizo a los constituyentes cubanos, ya que en las estipulaciones sugeridas por el Ejecutivo norteamericano no se encuentran totalmente reproducidos ni en sus mismas palabras, los artículos definitivos de la Enmienda presentada por el senador Platt, tal como nosotros la dimos a conocer, tomándola del *Diario de Sesiones* del Senado de los Estados Unidos, en el primer artículo de esta serie. A petición del señor Ríus Rivera la Asamblea se dió por enterada de la referida nota, entrándose inmediatamente a discutir la primera de las bases presentadas por la ponencia de la Comisión sobre las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos, la cual, después de amplio debate en el que intervinieron los señores Ríus Rivera, Giberga, Núñez, Cisneros, Portuondo, Sanguily, Manduley, Quílez y Juan Gualberto Gómez, fué aprobada tal como estaba redactada, "por abrumadora mayoría, casi por unanimidad". Suspendiéndose esa primera parte de la sesión por haberse cumplido la hora reglamentaria.

A las ocho de la noche del mismo día se inició la segunda parte de la sesión secreta, discutiéndose extensamente y con la intervención de numerosos delegados, las restantes bases propuestas por la Comisión, aprobándose con ligeras modificaciones, que no alteraban el fondo y espíritu de lo redactado por la Comisión. Finalmente se designó al doctor Diego Tamayo para comunicarle al general Wood el acuerdo de la Convención, nombrándose a los señores Juan Gualberto Gómez, Villuendas, Sanguily y Bravo para que constituyeran una Comisión de corrección de estilo, especial para este asunto.

El día 27 celebró su tercera sesión secreta la Convención leyéndose y aprobándose el preámbulo que debía acompañar a la opinión de la Convención sobre las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos, tal como lo había redactado la Comisión correspondiente.

Ese documento fué publicado entonces en un folleto: *Convención Constituyente de la Isla de Cuba, Opinión sobre las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos*, Habana, Imp. y Papelería "La Universal" de Ruiz y Hermanos, Obispo número 34, 1901, 20 p." Figura archivado su original en los legajos correspondientes a la Convención Constituyente de 1901 que se conservan en el archivo del Senado de la República de Cuba, y que fueron publicados por primera vez en el tomo primero de la *Memoria* del Senado, en 1918, bajo el título de *Mención histórica, Documentación relacionada con los acontecimientos que dieron, como resultado definitivo, la independencia y el establecimiento en República de Cuba*, 1892-1902... Séptimo, *Relaciones entre los Estados Unidos y Cuba*, p. 413-422.

Comienza ese notabilísimo documento señalando cuáles eran los encargos contenidos en las disposiciones emanadas del Gobierno americano, publicadas en las *Gacetas* de los días 26 de julio y 6 de noviembre de 1900, que contienen la convocatoria de la Convención, y en las palabras de la alocución del gobernador militar al inaugurarla: "Redactar y adoptar una Constitución para Cuba, emitir opinión sobre las relaciones que, a su juicio, deban existir entre los Gobiernos de Cuba y los Estados Unidos; proveer a la elección de los poderes o funcionarios que la Constitución establezca; y por último, proveer al traspaso a los mismos funcionarios o poderes, del gobierno de la Isla".

Considera después la Comisión que terminado ya el primero de dichos encargos, cumple a la Asamblea, consignar "su opinión" sobre las relaciones que deban existir entre los Estados Unidos y Cuba, según se le recomienda en la mencionada Orden número 455. Confiesa la Comisión que juzgó este trabajo a ella confiado, "tan fácil como breve", pues había considerado que para expresar el sentimiento de gratitud de los cubanos hacia el pueblo de los Estados Unidos "por la ayuda poderosa y decisiva que prestó al nuestro en su lucha para separarse de España con el fin de erigirse en Estado independiente y soberano", era suficiente y "sólo podíamos declarar que pensamos que los Estados Unidos y Cuba deben mantener eternamente los lazos de la amistad más íntima y fraternal, ya que no se vislumbra la más leve oposición entre sus intereses legítimos, ni cabe la menor disparidad entre sus aspiraciones racionales"; pero apunta enseguida la Comisión que, apenas se había constituído, celebró a solicitud del gobernador militar de la Isla, una entrevista reservada con éste en la que le dió a conocer la comunicación del señor secretario de la Guerra de los Estados Unidos que ya hemos extractado en uno de los artículos anteriores de esta serie y que contiene, como recordarán los lectores, las trascendentales sugerencias que a través del general Wood hizo el Ejecutivo americano a los miembros de la Convención para que las tuvieran en cuenta al emitir la opinión que de ellos solicitaba el Gobierno de los Estados Unidos, según la ya mencionada Orden número 455 de convocatoria de la Asamblea.

Aunque los comisionados entendieron que estas sugerencias oficiosas del Ejecutivo americano podían considerarse en cierto modo como limitaciones a la libre actuación de que debían gozar de acuerdo con la tantas veces mencionada Orden de convocatoria y con la alocución del gobernador, después de "maduro examen y detenido estudio del asunto", la Comisión entendió que la Asamblea Constituyente, después de conocer esas indicaciones, debía proceder "con la propia libertad de juicio, con la propia independencia de criterio que antes de conocerla". Y fundamentaba esta actitud de la siguiente manera: que como delegados del pueblo de Cuba su primordial deber consistía "en interpretar la voluntad y en atender a las conveniencias de nuestro país; y que las indicaciones del Ejecutivo de los Estados Unidos, según en el referido documento se expresa, no revisten carácter definitivo ni legal y sólo pueden considerarse como las opiniones de Departamento del Ejecutivo, sujetas a la posterior resolución del Congreso, y en ellas "se reconoce explícitamente que son los *deseos* de Cuba los que han de tener valor, puesto que se trata de obtener que Cuba desee en determinado sentido"; lo cual no es óbice para que los delegados le presten cuidadosa atención, pero reservándose íntegra su facultad "para aceptar o no, para escoger de ellas lo que nos parezca oportuno, y para adicionarlas, enmendarlas o sustituirlas, con arreglo a los dictados de nuestra conciencia, teniendo siempre a la vista nuestro deber de auxiliar cuanto pueda ser un interés legítimo y un propósito racional del pueblo de los Estados Unidos, con el supremo interés y los sagrados derechos del nuestro".

Esos mutuos intereses de ambos países la Comisión los juzga suficientemente resguardados, "en cuanto alcanza la previsión humana", dentro de los preceptos de la Constitución acordada.

Cree ver la Comisión como síntesis y *leit motiv* de las cinco estipulaciones sugeridas por el Ejecutivo norteamericano, este postulado: "Los Estados Unidos necesitan tener la seguridad de que la Isla de Cuba ha de ser siempre un país independiente"; y entiende la Comisión que algunas de esas estipulaciones son inaceptables porque, precisamente, "vulneran la independencia y soberanía de Cuba", ya que el deber de los constituyentes "consiste en hacer a Cuba independiente de toda otra nación incluso de la grande y noble nación americana", y si se comprometiesen y obligasen a pedir al Gobierno norteamericano su consentimiento "para nuestros tratos internacionales", o si "admitiésemos que se reserven y retengan el derecho de intervenir en nuestro país, para mantener o derrocar situaciones, y para cumplir deberes que sólo a Gobiernos cubanos nos competen; si, por último, les concediésemos la facultad de adquirir y conservar título a terrenos para estaciones navales, y mantenerlas en puntos determinados en nuestras costas, es claro que podríamos parecer independientes del resto del mundo aunque no lo fuéramos en realidad, pero nunca seríamos independientes con relación a los Estados Unidos"

(Continúa en la pág. 46)

DE LA REPÚBLICA



LAS FIESTAS DE SAN JOSE EN CAMAJUANI.—"La oración en el oasis", carroza presentada por el Barrio del Chivo en las tradicionales fiestas de San José, que se efectúan todos los años.

(Fotos Martínez Illa).



LAS FIESTAS DE SAN JOSE EN CAMAJUANI.—"Las Bellas Artes", una de las carrozas que presentó el Barrio del Sapo en las tradicionales fiestas de San José, que acaban de celebrarse.



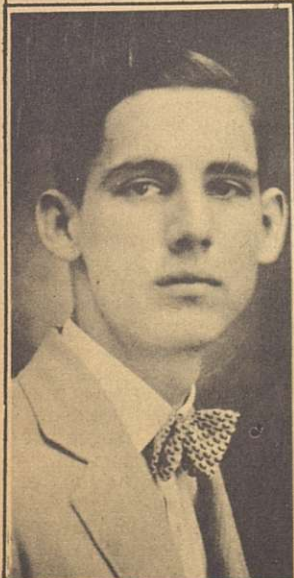
LAS FIESTAS DE SAN JOSE EN CAMAJUANI.—"San Jorge y el dragón", carroza presentada por el barrio de San José, conocido por "El Sapo".



HOMENAJE ROTARIO EN MATANZAS.—Los rotarios matanceros reunidos para rendir homenaje a los señores WILLIAMSON y JORDAN, por la forma efectiva en que contribuyeron a solucionar los problemas de la luz y el agua. (Foto Parera).



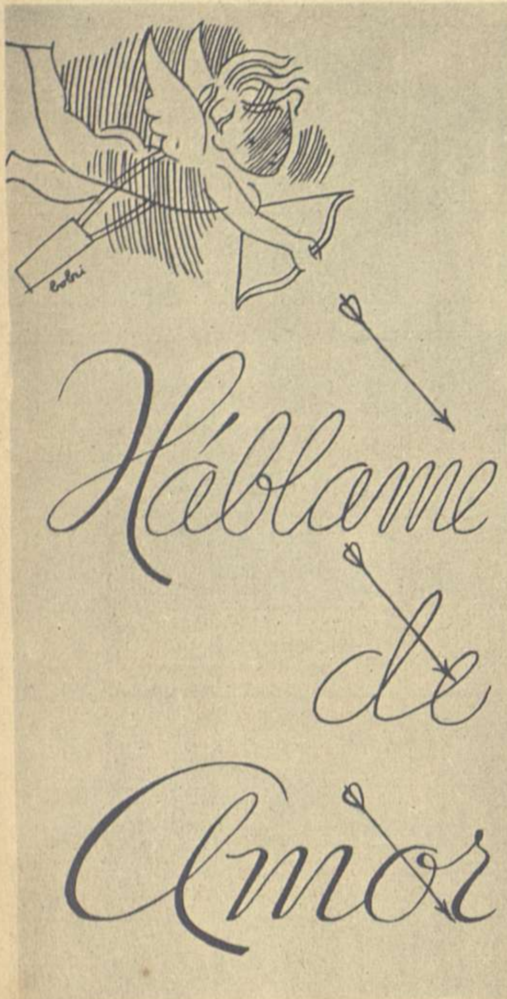
LAS FIESTAS DE SAN JOSE EN CAMAJUANI.—"El sol de Austerlitz", carroza histórica presentada por el Barrio del Chivo (Santa Teresa).



CIEGO DE AVILA. — El señor Juan de ARMAS PRIETO, presidente de la Sociedad Martí, de Guayacanes, que con el concurso de las sociedades de Ciego de Avila, Jatibonico y Majagua, celebró el 24 de febrero una fiesta bailable que ha merecido general elogio. (Foto Nemo).



EL CARNAVAL DE CIENFUEGOS. —Comparsa integrada por jóvenes de la mejor sociedad de Cienfuegos, que llamó la atención durante el baile de Carnaval. (Foto La Madrileña).



DESDE la entrada hasta llegar junto a la mesa empleó exactamente doce minutos. Una vez allí, se inclinó y con un hilo de voz cantó:

Parlez-moi d'amour,
Redîtes-moi des choses ten-
(dres. (*)

(*) Háblame de amor—dime otra vez cosas tiernas.

La abuela de Susana no le prestaba atención nunca. Era una vieja dama importante que durante más de cuarenta años había estado yendo a Aix-les-Bains, y todos allí la conocían aunque fuera de vista. Consecuentemente, cuando arribó a la Villa des Fleurs se produjo cierto alboroto; varios mozos se agruparon en su derredor con presteza, y muchos caballeros, jóvenes y viejos, afluyeron a su mesa con la esperanza—en muchos casos no fallida—de ser invitados a sentarse. Aunque la vieja dama tenía bastante con lord Esto y lady Aquello, con el conde de Algo y el barón de Más Allá para ir a perder su tiempo con la vil fauna de festejadores habituales del casino. Además, allí estaba ese encantador anciano, el señor Disparate, que fué embajador en Italia.

La abuela miró al joven cantante—cosa extraña—con fijeza a través de sus impertinentes. El corazón de Susana se detuvo casi. Después de la inspección la abuela, sin esforzarse por bajar la voz, se volvió al señor Disparate diciéndole:

—Son extraordinariamente bien parecidas algunas de estas criaturas... Vulgares, por supuesto. Debe ser actor de películas.

Susana, medio muerta de angustia, no se atrevió a alzar los ojos. ¿Habría Mario—de acuerdo con el espléndido cartel del *lobby* "él" se llamaba Mario—oído el descarnado comentario de la abuela? ¿Cómo era que dedicaba siquiera una mirada a una joven que tenía la desgracia de ser nieta de abuela tan incorrecta? Pero Mario no había prestado atención a las palabras de la vieja dama. Lo mismo hubiera sido que hubiera hablado del estado del tiempo. El, con los ojos medio cerrados, inclinado confidencialmente sobre la mesa, hacia Susana, murmuraba a través de sus sonrientes labios:

Parlez-moi d'amour,
Redîtes-moi des choses tendres.

Susana escuchaba rígida, encantada. ¡Qué heroico dominio de sí mismo! ¡Qué devoción! ¡Algún día, pensaba, podría resarcirlo de la humillación que le había infligido la áspera y despiadada lengua de la abuela!

Tan pronto estuvo en su habitación del hotel, a través de cuya ventana en días claros era visible Mont Blanc, Susana se sentó frente al escritorio. Y escribió:

Queridísimo Mario:

No sé cómo agradecerte bastante que hayas ignorado todas las cosas inconsideradas que la abuela ha dicho sobre ti hoy. ¡Qué humillación he sufrido!... Pero mientras tú me cantabas inclinado sobre la mesa, yo te juraba fidelidad eterna. Aunque nos hicieran pedazos, tuya seguiría siendo. Recuérdalo. Por toda la eternidad... La abuela me llama. Adiós, queridísimo Mario, adiós. Un millón de besos. Tuya, siempre tuya,

Susana.

En el marco de la puerta estaba la abuela con inequívocas señales de disgusto en sus ojos azules.

—Susana, te dije que descansaras durante una hora. No estás descansando. ¿Qué cosa tan importante has tenido que escribir ahora?

—¡Oh!—exclamó acongojada la joven, cubriendo la recién escrita carta con un pedazo de papel secante.—Una pequeña nota que tenía que redactar. Además, abuelita, no me siento fatigada.

—¡Tonterías! Esta es hora de estar acostada. Los médicos lo han dicho. No puedes seguir tomando los baños a menos que descanses las horas indicadas. Así es que, como una buena chica, desvístete y échate en la cama, duermas o no. Tenemos una comida para esta noche, y debes estar lista a tiempo. Es a las ocho. Ponte el traje de organdí azul. Te he encargado *sweet peas*.

—¡Pero, abuelita—se rebeló Susana,—ya he usado tres veces ese traje desde que estoy aquí! Además, me rejuvenece demasiado, sobre todo con esas flores. ¿No sería mejor el vestido de satín blanco?

La abuela se tomó algún tiempo para reflexionar.

—Has cumplido diez y siete... y cualquiera que te oyera hablar supondría que tienes setenta. Bien, usa el traje blanco... si cumples la orden del doctor, acostándote ahora. Te enviaré a María cuando termine con ella. Te ayudará a estar a tiempo para la comida.

Susana se acostó, diciéndose que ni dormiría ni descansaría. ¡Es imposible el reposo para una

(Continúa en la pág. 51)

por Vincent Sheean

Viñeta por bobri — Ilustración por A. Morgan

Semana ✦ Santa












Como si la impiedad de los tiempos diera calor a los sentimientos cristianos de nuestras mujeres, este año las iglesias se han visto más concurridas que nunca, con motivo de la Semana Santa. Las fotos de esta página, tomadas a la salida de los templos, muestran la diversidad de "tenure" adoptada por las damas para concurrir a las funciones religiosas de esos días

(Fotos Pegudo).



por CARLOS MONTENEGRO

Anazabel

ILUSTRACIÓN de GALINDO



ALTAMON es un pueblecito escalonado en la ladera de una montaña a cuyos pies está la ciudad de Schenectady; a un rato de tren se encuentra Albany y a quince días, caminando a pie por la línea del ferrocarril, en invierno, Siracusa. Si uno puede coger un vagón de mercancías que vaya hacia el norte, a las cuatro o cinco horas se tropezará con Witerve y, a su lado casi, con las minas de Pont-Henry, limítrofes del Canadá, en las cuales siempre se puede hallar, además de trabajo, a la guardia montada de la frontera. Esta es la exacta geografía de la región en el recuerdo de Luis Pondal.

Entre todos estos pueblos no hay más que nieve, por lo menos durante el invierno; antes y después de él acaso hayan yerba, sol, árboles verdecidos y carros con ruedas; pero a lo mejor las nieves son eternas, como aseguraría un hijo del trópico que llegase a Altamón por el mes de diciembre y se marchase antes de abril o mayo. En esa época del año todo es nieve, incluso las casas y los árboles, incluso el sol. A los carros les quitan las ruedas que sustituyen por unas especies de tablones semejantes a enormes escarpines turcos o a cestas de jugar al *jai-alai*, aplanadas; las herraduras corrientes de los animales de tiro se convierten en dentadas y hasta los hombres que tienen que trabajar de verdad fuera del pueblo y a quienes, en plena nevada, el calor obliga a desproveerse de sus pellizas, se sujetan al calzado algo parecido a las herraduras de las bestias o a los *spikes* de los jugadores de *base ball*.

Cuando Luis Pondal, acompañado del "Mallorquín" llegó a Altamon destinado a trabajar en un almacén de pontones del Ejército, la nieve lo cubría todo y a él le pareció maravilloso.

Habían caminado tanto que el sol se había quedado detrás y ya sólo se veía su imagen pálida y fría... Era tan grande la distancia establecida que hasta el "Mallorquín" le parecía lejano, otro. Las penalidades los tenían cambiados y desde que salieron del mar se terminaron entre ellos las diferencias. Ahora se estaban allí, caminando sobre la nieve en busca de Mr. González, el ingeniero pirotécnico que, según el intérprete de las oficinas militares, era el único que podría darles trabajo hasta tanto lograran conseguirse las cartas de identificación, sin las cuales no se les consentiría penetrar en los almacenes del Ejército. "Es latino como ustedes —les había dicho— y aunque lleva muchos años por aquí y prefiere tratar con americanos, puede ser que los ayude porque los trabajadores escasean".

Encontraron al ingeniero donde el intérprete les había indicado y a las pocas palabras se les quitó el susto que llevaban. Tenía trabajo para ellos. Se acercaban las fiestas de Navidad y habría fuegos artificiales; si aceptaban sus condiciones, podrían comenzar en seguida aserrando la madera que le hacía falta.

Después que los hizo almorzar los llevó hacia su casa y les mostró el trabajo que tenían que hacer. Afuera, a la intemperie y bajo una capa de nieve, se amontonaban los árboles recién talados que debían aserrar. Los estuvo observando durante largo rato mientras trabajaban y, después de hacerles algunas indicaciones, entró en la casa donde gritó algo en inglés y se marchó.

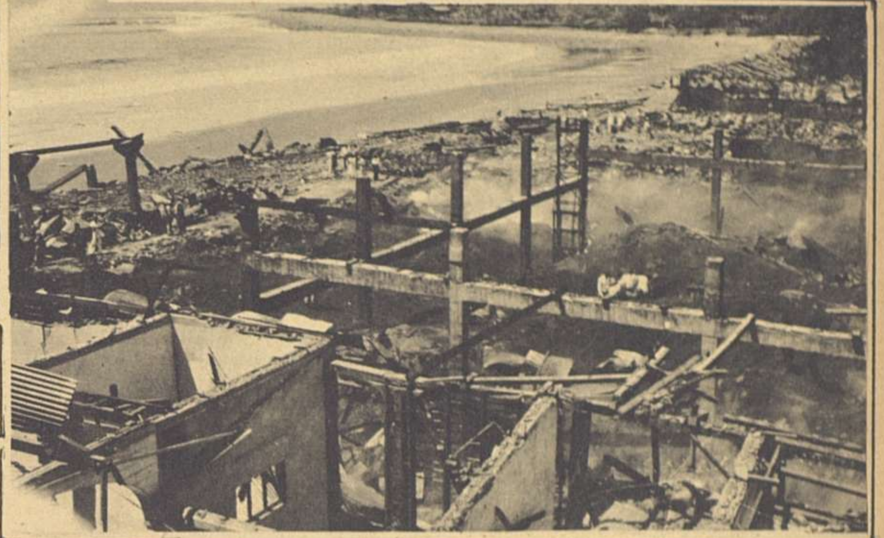
A la media hora de labor se sintieron un poco fatigados, acordándose entonces de que aquel trabajo se parecía mucho al que habían hecho en Puerto Limón y casi al unísono comenzaron a cantar como hacían entre los cargadores de bananas. La sierra tenía dos metros de largo y la manejaban entre los dos apoyándose en el árbol que aserraban. Aunque la nieve caía en copos es-

(Continúa en la pág. 49)

de HISPANO AMÉRICA



EL PRIMER ANIVERSARIO DEL PRESIDENTE CARIAS.—El Presidente de la República de Honduras, Gen. Tiburcio CARIAS, rodeado de los miembros de la guardia presidencial que acudieron a felicitarle con motivo del primer aniversario de su exaltación al elevado cargo. (Foto Helios)



LA CATASTROFE DE EL SALVADOR.—Una foto impresionante que permite apreciar la magnitud de la explosión que destruyó casi totalmente el puerto de La Libertad. (Foto Salazar)



BELLEZAS DEL MEXICO INDIO.—El lago de Pátzcuaro, visto desde la galería de la Casa del Padre. (Foto García Maroto)





LA CATASTROFE DE EL SALVADOR.—Cadáveres carbonizados de dos obreros sorprendidos por la explosión y el incendio del puerto de La Libertad, en los momentos en que se encontraban trabajando. (Foto Salazar)

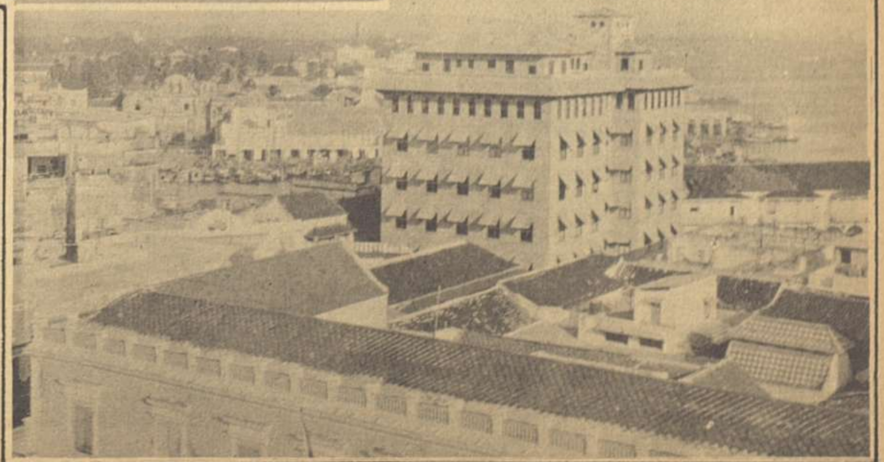


BELLEZAS DEL MEXICO INDIO.—Una piragua de las que hacen el cruce entre Janitzcio y Pátzcuaro, por el lago de este nombre.

LA ESCUELA DE COMERCIO Y NORMAL DE HONDURAS.—Grupo de alumnas de la Escuela de Comercio, con el director, Prof. J. Vicente CACERES, durante un desfile celebrado recientemente. (Foto CARTELES)



CIUDADES DE COLOMBIA.—Vista parcial de Cartagena de Indias, vieja y bella ciudad colonial. (Foto CARTELES)



CÓMO PUEDE CUBA, invirtiendo uno solo, RECOGER $ 200.000,000

por Charles Pemberton

El turismo es un negocio que debe ser mirado con grandeza de concepto, porque grande es, y devuelve, considerablemente multiplicada, cuanta cantidad se invierta en él. Nosotros, después de reconocer la importancia enorme que tiene para nuestro desenvolvimiento económico, tras proclamar, una y mil veces, las ventajas materiales que puede proporcionarnos, y a continuación de reconocer la necesidad de cuidarlo amorosamente, lo hemos abandonado con cierta torpeza, contribuyendo a reducirlo a lo que hoy es, en tanto otros países dedicanse a él con plena conciencia de lo que son sus frutos y con bien estudiados y mejor ejecutados procedimientos. México, por ejemplo, se ha colocado a la cabeza de todos, en América. Francia, aunque no llega en los de ahora al esfuerzo de 1928, cuando invirtió mil veinte y ocho millones de francos en propaganda y en programa, sigue entregándose a la tarea de atraerse visitantes, y mantiene en la Quinta Avenida, de New York, una fastuosa oficina que llena maravillosamente sus funciones. Y si tal hace esa nación europea, con un aliciente de vida ordinaria en cada sitio, con una posibilidad de evocación histórica en cada rincón y con los campos que fueron escenario de la reciente guerra aún húmedos por la sangre de los héroes para mostrar, ¿qué no tendremos que hacer aquí, sin otro recurso natural, frente a todos ésos, que el de la posición geográfica y la proximidad?

Hay que insistir sobre la urgencia de una organización seria y amplia, que nunca estará, en grandeza, a la altura de los fines que va a perseguir.

El punto de partida, como cosa previa, ha de ser la derogación de la actual Ley del Turismo, que llenó ya su cometido, no otro que el de enriquecer, convertida en concreción de privilegios, a unos cuantos. Ya Céspedes, Cortina, etcétera, la aprovecharon bastante y debe ser reformada en el sentido de que cuantos puedan aportar algo, dentro de las disposiciones que rijan y las prácticas razonables que se establezcan, al resurgimiento de la segunda zafra, puedan ser acogidos con los brazos abiertos. De ese modo surgirá mucha iniciativa contenida ahora por ese valladar infranqueable, edificado con vista al interés de unos cuantos y con olvido del interés de los más.

Tiene que seguir la constitución de un organismo orientador, patrocinador y ejecutivo, integrado por personas de competencia, capaces de relacionarse con las organizaciones y las personas que en Estados Unidos puedan apoyar nuestros propósitos, gentes de amplio criterio de propaganda, y, sobre todo, que no caigan en el error de creer que unas cuantas palmas y otras cuantas banderas, colocadas a lo largo de una calle, constituyen aliciente, o que quienes se pasean ante los comercios de New York, Chicago, Wáshington o Filadelfia han de asombrarse ante las vidrieras que aquí podamos arreglar.

Es necesario hacer cosas muy distintas, mediante una fuerte inversión que dará resultados inmediatos. Pero la publicidad que se haga ha de tener el respaldo de las diversiones que acumulemos aquí, para que quienes vengan, atraídos por ella, no se sientan defraudados y se conviertan en propagandistas entusiastas ante los que puedan venir después. De lo contrario, caeremos en la misma estupidez del comerciante que lanza a los cuatro vientos la excelencia de una mercancía que va a decepcionar a sus compradores.

El plan para hacer de La Habana un sitio encantador no es difícil de exponer, ni imposible de realizar, y sólo es necesario que su costo, por grande que parezca, sea estimado insignificante en comparación con los beneficios que ha de producir. Esa labor y la apreciación anticipada de sus ventajas deben encomendarse a individuos competentes y preparados, que las hallarán facilísimas. La organización turística tiene tantos, tan variados y tan complicados aspectos que no escapará a nadie lo imprescindible de que sea ejecutada por funcionarios idóneos. Aíslese la Comisión del Turismo de todo lo que sea favor burocrático, e introdúzcase en ella, a cambio, la aptitud.

A continuación hacemos un estudio, ni tan breve como quisiéramos ni tan extenso como el tema reclama, de lo que debe comprender esa organización que necesitamos y no tenemos.

Hay que caer, en primer término, en la materia deportiva, que todos los norteamericanos aman, a través de una u otra manifestación, y, ya dentro de la materia deportiva, no puede prescindirse de otorgar turno de preferencia a las carreras de caballos, que cuentan con millones de adeptos y que entienden fácilmente los que no lo son. Las que aquí brindamos deben ser avaloradas y purificadas. Lo primero, con la creación de premios cuantiosos, y lo segundo, con la supervisión de su funcionamiento. De aquéllos, el Gobierno debe dar uno de *cincuenta mil pesos* y otro de *veinte mil*, a condición de que la empresa del Hipódromo lo imite y añada uno de *cinco mil*. Se exigirá a los hoteleros uno de *diez mil*, a los cerveceros uno de *cinco mil*. Los premios de nuestro *track* que superaría, con mucho, a los famosos de los Estados Unidos, como Belmont, Agua Caliente y otros, quedarían así:

Dos premios de	$50,000.00
Dos premios de	$20,000.00
Un premio de	$10,000.00
Tres premios de	$ 5,000.00
Dos premios de	$ 2,000.00

Tendríamos aquí los mejores caballos, durante toda la temporada, y, como consecuencia, los más fuertes apostadores y los aficionados más entusiastas, gente rica que sigue incansablemente los *pur sangs*.

Tres grandes peleas de boxeo, celebradas con intervalos de quince días y en una de las cuales se discuta un título mundial, deben ser subvencionadas, como se deben combinar justas de galgos y peleas de gallos. Pero, por encima de todo eso, han de implantarse las corridas de toros, exhibiciones de valor y de arte, de belleza y colorido insuperables.

Aunque los turistas no cuenten el teatro entre sus entretenimientos predilectos, tiene que actuar, desde mediados de diciembre hasta fines de marzo, algún conjunto revisteril. Una pequeña ayuda a cualquier empresario, que lo haya sido siempre, facilitará el mantenimiento de esa distracción que aquéllos no pueden hallar en Alhambra o en otro lugar donde no comprendan—y bien podemos felicitarnos de que eso les ocurra cuando asisten—lo que se dice. Pero esa ayuda no debe darse caprichosamente, como se hizo tiempo atrás, con beneficio de una persona, que recibía dos mil pesos diarios y daba al propietario de la compañía poco más de mil, con quebranto grande de la caja de la Comisión del Turismo.

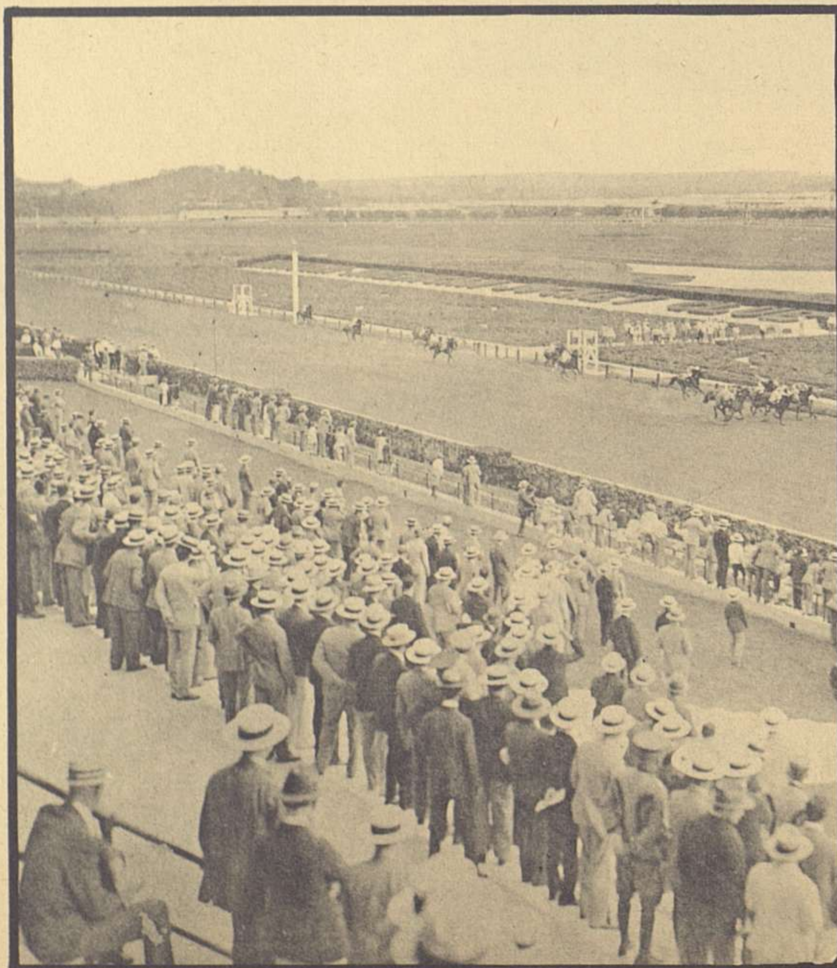
Reglamentación del juego, cobrándose el impuesto del Gobierno, como se hace en Francia, antes de que se abran las salas; rebaja de la tarifa de tonelaje a los barcos excursionistas y creación de un cuerpo de vigilancia, que se oponga a las explotaciones exageradas, como imposición de listas de precio a cabarets, restaurantes y hoteles, prohibición a los comerciantes de exhibir artículos sin consignación del costo, y reorganización del servicio de guías, previo examen y expedición de permisos acreditativos parecen medidas aconsejables y de sencilla aplicación.

Los Carnavales deben quedar reducidos a tres paseos, pero de elevada significación estética, combinados con un concurso internacional de belleza, evento que suele apasionar a los yanquis.

Queda por exponer algo, en relación con la propaganda, que ha de hacerse a través de la oficina central de La Habana y las que se sitúen en New York, Chicago y Miami, con personal eficiente y recursos bastantes. Ha de basarse en la exposición detallada de los atractivos que se brindan y en la divulgación de las disposiciones dictadas para impedir los abusos que hasta ahora se han cometido, como relaciones de precios de hoteles, restaurantes, automóviles, comercios, etcétera. Son indispensables dos contratas, con otras tantas compañías, para propagar todo esto, de igual modo que atraer, con especialísimas invitaciones, personalidades periodísticas, como Will Rogers, cuyos artículos están fabulosamente tipados.

Y esa propaganda—alguien se asombrará—tiene que hacerse en combinación con Miami, a la que es absurdo considerar como enemiga y no admitir como aliada. Está en el camino de casi todos los que se dirijan de Norteaméri-

(Continúa en la pág. 48)

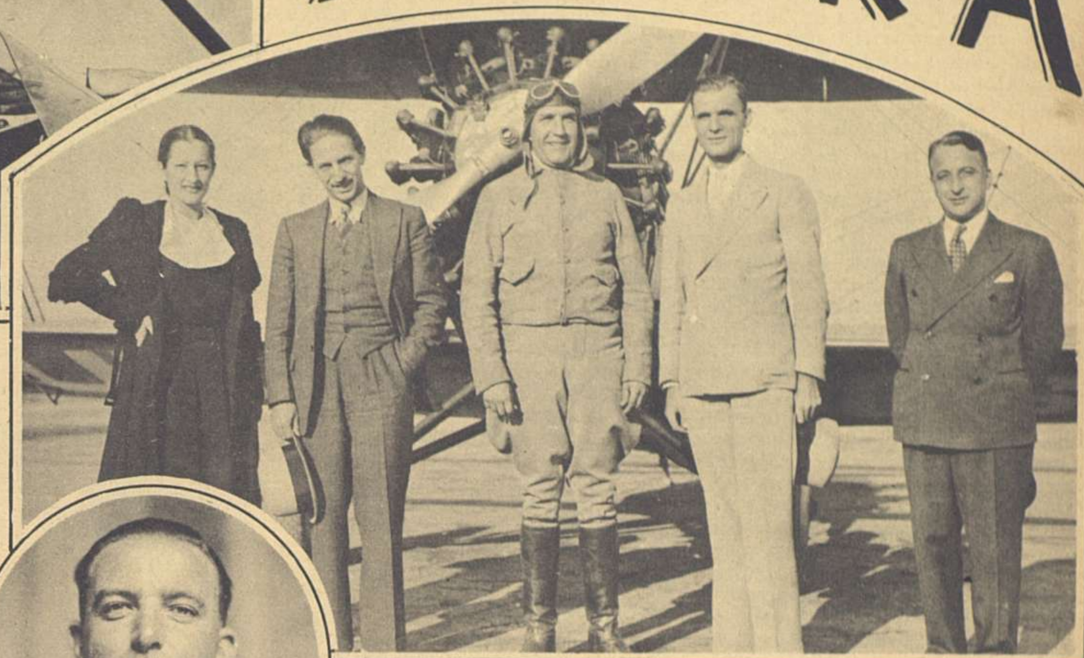


Oriental Park, uno de los atractivos del turismo, que se estudian en este artículo. (Foto Nemo).

de la HORA *de* AHORA



El coronel Luis F. ARDOIS, comisionado en Miami de la Comisión Nacional de Turismo, al iniciar su vuelo de propaganda por el Estado de la Florida, con motivo de la reciente Semana del Turismo. El coronel Ardois salió del aeródromo de Miami y visitó Palm Beach, Daytona, Jacksonville, Tampa y St. Petersburg, dejando caer numerosos paracaídas con maracas y folletos descriptivos de Cuba, y también, en cada población mencionada, un pasaje de ida y vuelta a La Habana en el lujoso vapor excursionista "Prince David", de la Canadian National S. S. Cº, como obsequio valioso del consignatario de dicha línea en Miami, Mr. John Falkenberg. El coronel Ardois acaba de llegar a Cuba en misión especial del alcalde de Miami, al objeto de preparar la visita de éste a nuestra capital, en relación con el Festival Panamericano que tendrá lugar próximamente en la ciudad floridana, y en el cual Cuba será especialmente homenajeada. (Foto Hamilton Wright).



Grupo de personas que acudió al aeródromo de Miami a recibir al coronel Ardois a la terminación de su vuelo de propaganda pro turismo. De izquierda a derecha: señorita Africa CALVO, secretaria del coronel Ardois; señor Giraldo P. UTRERA, cónsul de Cuba en Miami; coronel Luis F. ARDOIS, comisionado del turismo; Mr. John FALKENBERG, consignatario del "Prince David", y Mr. Charles C. TROLLANO, de la American Express Cº. (Foto "Miami Daily News").



SE VA DE CUBA UN AMIGO DE CUBA.—El señor John P. McKNIGHT, jefe de la oficina de la Prensa Asociada en La Habana, rodeado de las personas que le ofrecieron un almuerzo de despedida en el Hotel Nacional, con motivo de su regreso definitivo a los Estados Unidos. El señor McKnight representó a la A. P. en Cuba durante los últimos tres años, granjeándose durante ese período la simpatía y la admiración de cuantos tuvieron la oportunidad de tratarle. (Foto Pegudo).

Mr. Leonard J. POVEY, intrépido aviador norteamericano, uno de los más famosos pilotos acrobáticos de los Estados Unidos, que se encuentra en Cuba y que ha ofrecido, en el aeródromo de Columbia, y utilizando los aparatos del Ejército, varias exhibiciones de su pericia. Mr. Povey posiblemente será contratado como instructor para el Cuerpo de Aviación Militar de Cuba. Próximamente y en una entrevista que con él hemos celebrado, narraremos las hazañas de este diablo del aire, incluído como uno de los primeros entre los quince ases de la Aviación norteamericana.



Una escena de la fantasía bailable "Los Girasoles", presentada en la fiesta infantil que se efectuó recientemente en el reparto Los Pinos, bajo la dirección de las señoritas López Rincón. (Foto Nemo).



AVIADORES CUBANOS A COLOMBIA.—Grupo de ex oficiales del Ejército cubano que embarcaron para Colombia, contratados por el Gobierno como instructores de aviación. Entre los contratados figuran los señores TERRY, TORRES DE NAVARRA, COLLAZO, VIZCAY, LEONARD y TOMEU. (Foto Pegudo).



ACTUALIDAD MASONICA.—El doctor Carlos PIÑEIRO, Gran Maestro de la Gran Logia de la Isla de Cuba y los nuevos grandes dignatarios, al tomar posesión de sus cargos. (Foto Pegudo).

La Plataforma Constructiva de CARTELES



¿CUÁLES han sido las causas de que la masa obrera de Cuba se haya acogido a la sombra de los sindicatos comunistas, haya sufrido resignadamente sus tácticas despóticas, se haya dejado gobernar mansamente por unos cuantos líderes declarando huelgas escalonadas, secundando movimientos no afines, planteando constantes reivindicaciones, manteniendo boicots contra industrias y contra comercios, conformándose, en fin, con llevar la miseria a sus hogares, desposeerse de todo medio de vida y afrontar toda clase de riesgos al cometer actos de sabotaje, tomar parte en "demostraciones de calle" e integrar, ya en una zona de violencia, los beneméritos "comités de estaca"? ¿Será acaso que nuestro obrero, el más burgués e individualista del mundo, el que con más espíritu de superación aspira a desembarazarse de toda dependencia económica e incorporarse a la clase patronal, cuyo nivel de vida en muchos casos imita y hasta supera; será, repetimos, que el tipo medio del trabajador de nuestro país, en cuyo interior vive un capitalista en potencia, es, por ideología, por temperamento y por tradición partidario del comunismo, doctrina que va en contra de sus gustos, sistema que va en contra de sus ambiciones, régimen político, en fin, que le anula su iniciativa y dentro del cual, si aquí alguna vez se adoptara, quedaría reducido a una más odiosa servidumbre y sin el más leve asomo de redención para el futuro?

No. Ni el trabajador cubano es comunista ni la inmensa mayoría de nuestro proletariado nacional simpatiza y respalda esa idea por la que siente tantos escrúpulos, tantas prevenciones y tantas reservas mentales como pueda sentir el capitalismo. A pesar de que el comunismo que se pinta por estas zonas del trópico, por los agentes agitadores de Moscú, y que se ofrece como maravillosa panacea para curar todas las desdichas obreras, es tan diferente del real que existe un abismo entre ellos, el proletariado cubano, en el que abundan muchos fantasistas y muchos crédulos, siente por Stalin, por sus comisarios y por su dictadura sangrienta una aversión supersticiosa.

Las razones únicas, los estímulos ciertos que han impelido a muchos millares de obreros, hombres y mujeres, en la capital y en el interior, a aferrarse a los sindicatos políticos que el Partido Comunista controla, a secundar sus manejos, a obedecer sus órdenes y acatar su dictadura disolvente son, digámoslo sin ambajes y con la verdad pura por lema, semejantes a los que obligan al náufrago, cuando toda esperanza de salvación se agota y parece inminente la muerte, a aferrarse al madero providencial que flota entre las olas y con el cual espera llegar vivo a algún puerto. El trabajador entre la nave confortable de la burguesía y el madero frágil, prefiere la nave. Pero entre el madero y la muerte, prefiere el madero. De ahí que nuestro obrero, falto de todo apoyo, sin legislación que lo proteja, entregado secularmente en manos de los intereses contrarios, en su inmensa mayoría extranjeros, y sin defensa contra la explotación y contra los jornales envilecidos, se agarrase, en el maremágnum revolucionario de los últimos meses, a la organización que le ofrecía ayuda y que le hablaba de redenciones luminosas y de emancipaciones futuras.

A que esta utilización de la masa trabajadora para fines de catequización moscovita pudiera producirse en Cuba, contribuyó, sin duda, el egoísmo y la falta de comprensión de no pocos patronos y la absoluta indiferencia e incapacidad de los Poderes dirigentes.

Por eso es preciso acometer sin pérdida de tiempo una fecunda legislación social que regule las relaciones entre el capital y el trabajo; pero no elaborada inconsultamente ni nacida al calor de peligrosas lucubraciones surgidas en el cerebro de "políticos" teorizantes, desconectados, por innata estulticia y por ineptitud proverbial, de nuestras realidades históricas, sino con un amplio espíritu justiciero y con perfecto dominio de la materia que se trata, yendo al fondo del problema, estudiando sus orígenes y causas y desentrañando de cada conflicto, no sólo la raíz del mal, sino la fórmula perdurable que ha de extirparlo. Para eso el Poder Público necesita acudir a los propios elementos interesados, a las dos fuerzas hoy en discordia, pero que deben ser conciliadas, y obtener de patronos y de obreros, únicos con aptitud para resolver lo que a sus intereses recíprocos incumbe, una cooperación inteligente y científica, sin la cual toda solución que se adopte o todo programa legislativo que se intente culminará en fracaso, ya que no es posible imponer una regulación si no están conformes con ella los regulados. Si el Poder Público decide por su cuenta, una de las dos partes se verá defraudada. Cuando no las dos, como ha ocurrido muchas veces.

A nuestro juicio el primer paso que debe dar el Gobierno es clasificar y agrupar las diversas actividades industriales, agrícolas y mercantiles en núcleos afines. Luego deberá convocarse a cada unidad industrial o productiva a juntas a las que acudirán patronos y obreros. Se constituirá, simultánamente, un Tribunal Superior de Arbitraje, integrado por obreros de limpia historia, por patronos en cuyas industrias se hubieran ya implantado normas de reconocida equidad en sus relaciones con los obreros, por miembros del Poder Judicial y del Claustro Universitario, por los secretarios de Agricultura, Industria y Comercio y del Trabajo y por el Presidente de la República. Este o su representante legal presidirán las deliberaciones.

Para esas juntas preliminares debe formularse un programa, con todas las materias a discutir: orden de estudios, procedimientos de asesoración y consulta, relaciones, normas de trabajo, normas de producción, pautas de proyectos, etc., sin excluir los cargos y descargos que como origen de la inconformidad se hagan mutuamente los interesados.

Se procederá, igualmente, a clasificar las diversas actividades o procesos de fabricación o manipulación industrial, subdividiéndolos, de manera que se especifique cada trabajo, así sean "manuales no especializados", "manuales técnicos", o mecánicos o de maquinismo, según capacidad productora de los equipos o maquinarias y los conocimientos técnicos que se requieran para su manejo. Este aspecto de la definición de cada labor, es esencial y básico y sobre él descansa el éxito y la perfección funcional del sistema.

El Gobierno confeccionará inmediatamente un censo de trabajadores y un registro en el que se inscriban todos los obreros sin empleo o en disponibilidad de trabajo, haciendo constar, conjuntamente con sus generales, la índole de su oficio, los años de experiencia, su capacidad de especialización, si la hubiera, y alguna garantía o referencia que compruebe la misma.

Con esos datos a la vista, el Tribunal Superior de Arbitraje desempeñará sus funciones, conocerá de cada caso, oirá a una parte y la otra y decidirá luego en justicia, determinando con criterio legal, moral y humano todas las normas, pautas y sistemas de relaciones entre el capital y el trabajo, no con un sentido genérico—inadmisible por la diferenciación específica de cada industria y de cada actividad productora—sino atendiendo a la peculiaridad de cada una de ellas, en sus respectivas secciones. Así quedarían estipuladas, resueltas y en vigencia las materias que siguen: a) Jornales mínimos para cada uno de los grupos en que se subdivide la fabricación, según su naturaleza y trascendencia; b) Horarios máximos con vistas a los obreros sin empleo o en estado de disponibilidad para el trabajo, pudiéndose establecer semanas desde 32 hasta 40 horas, en aquellos casos en que pueda implantarse el turno rotatorio para aliviar el desempleo, siempre que tales cambios no afecten, por alguna razón, la marcha eficaz de los procesos de fabricación de una industria determinada; c) Condiciones higiénicas de los locales o talleres donde la actividad manual o intelectual se produzca, y protección contra todos los accidentes del trabajo en forma que garantice a los obreros; d) normas de producción para trabajos a destajo, etc.

Para la fijación de los horarios máximo y mínimo, debe tenerse en cuenta, y esta particularidad es muy importante, que el último no debe ser aplicado sino en aquellos casos en que la situación de desempleo aporte un contingente suficiente de obreros que sean aptos y que estén en condiciones, por su experiencia y por su idoneidad, para turnarse en las labores de la fábrica sin irrogar perjuicios a su ritmo normal de producción o a la calidad y acabado perfecto de sus productos.

Cuando se trata de obreros especializados y de operarios cuya capacidad técnica sea requerida normalmente, este horario podrá ser extendido según los casos, hasta 48 o 52 horas semanales, siendo preferible que se deje al arbitrio de cada administración patronal la fijación de tiempo para los jefes de taller, especialistas técnicos, peritos de producción, etc., por ser todos estos cargos de confianza y existir siempre, como lo revelan los hechos una perfecta identificación entre los intereses de los mismos y los de la empresa productora.

Una vez estudiadas, concebidas, discutidas y promulgadas las leyes que habrán de regular las relaciones entre el capital y el trabajo, con el concurso de obreros y patronos y con la satisfacción y acoplamiento de sus demandas y de sus reivindicaciones, —que incluirán garantías de jornal mínimo, horario máximo, relaciones de trabajo, protección a la salud y a la vida de los trabajadores etc.,—el Tribunal Superior de Arbitraje procederá, con el concurso directo de los patronos, a estructurar un Código de Inteligencia o de Etica Profesional que evite, no sólo la maliciosa burla de aquellas leyes, sino también todo intento de competencia desleal e ilegítima y toda táctica que comporte una violación de cada uno de los acuerdos en común adoptados.

Con estas garantías, que serán el producto no de la decisión oficial o del triunfo transitorio de una de las dos fuerzas en lucha, sino del concierto entre ellas, el obrero quedará libre de toda explotación por concepto de jornales envilecidos, exceso de horario de labor, condiciones adversas para su salud en los locales de trabajo, etc., y se le reconocerá, como es justo, el derecho a asociarse, para fines clasistas y para labores de superación, siempre que lo haga de acuerdo con las disposiciones legales gubernativas.

Ahora bien, conjuntamente con estas regulaciones en virtud de las cuales el patrón asume responsabilidades, obligaciones y deberes, en beneficio de sus obreros, debe proveerse, por un espíritu de justicia, a otorgar a aquél ciertos derechos que le son inalienables, para la protección de sus intereses y sin los cuales la clase patronal quedaría sometida a una tiranización funesta para ella, para la buena marcha de la producción y para la economía de Cuba. Ningún pacto de beneficio unilateral, en que todos los derechos estén de un lado y todos los deberes de otro, puede resultar eficaz. La protección más adecuada y la prerrogativa más inviolable a que no pueden renunciar los patronos, es la libre contratación. La libre contratación, no sólo es el vehículo para el mejoramiento de la actividad productora, sino el medio esencial para que el operario experto, idóneo, que aspira a superarse y tiene un elevado concepto de su moral de clase, pueda obtener, por la emulación y por su "record" de servicio la retribución del ascenso. Son tantas las razones que abonan el establecimiento de la libre contratación, una vez promulgado el nuevo Código del Trabajo, que sería prolijo enumerarlas. Basta apenas, que señalemos unas pocas.

No existiendo en Cuba escuelas técnicas para las artes industriales, cada empresa, dentro de la latitud de su giro, ha tenido que convertirse en un laboratorio experimental para hacer operarios. Desdichadamente muchos son los que inician el aprendizaje, pero muy pocos se gradúan. De cada diez aspirantes a veces no se logra desarrollar un solo operario completo. La falta de material humano idóneo, de hombres que lleguen al taller con una experiencia y un conocimiento perfectos, obliga a las empresas, comúnmente, a retener en el servicio a nulidades, a trabajadores rutinarios e indiferentes que nutren la nómina y que no devuelven, en servicio, ni una tercera parte de lo que reciben como salario. Pero a veces una razón de competencia, o la necesidad de superar la producción, en calidad y en cantidad, por la absorción de los mercados, obliga a los patronos a prescindir de esos obreros, incorporando a sus talleres a otros más jóvenes y más ambiciosos, de más preparación y de más eficiencia, que puedan, en contraste con los anteriores, adquirir, dentro de un proceso experimental, la ideoneidad que nunca alcanzaron los otros, por ser menos activos o de una comprensión menos clara.

Si la libre contratación no se establece, las empresas, contrayendo serios deberes, no dispondrán del más elemental de los derechos: el de retribuir y estimular moral y económicamente a hombres que hagan posible su progreso, en vez de sostener, dentro de sus nóminas oficiales, a un parasitismo que las estanque o las conduzca al retroceso. Ninguna organización industrial que aspire al triunfo puede admitir, comercialmente, que su planta sea un establecimiento benéfico, dentro del cual reciban pensión equiparada los trabajadores que prestan un servicio y los que no sirven para nada.

La libertad de contratación, contra la que se pronunciaron los sindicatos rojos, no puede comportar sino beneficios a los obreros. La oposición del sindicato a que esa libertad se produzca, tiene este objeto. El trabajador torpe, indolente, sin vocación para su oficio, es, por su propia naturaleza, un agitador y un elemento díscolo. Como no puede garantizar el cargo que ocupa por una razón de eficiencia, busca en el sindicato un apoyo y una inmovilidad que no merece. Se torna, así, el agente más activo y más enconado de la organización sindical que lo apoya. Y ejerce, dentro de los talleres y en perjuicio de sus camaradas idóneos a los que su aptitud garantiza la inmovilidad en el puesto, una fiscalización coaccionadora. La libertad de contratación entrañaría, y el agitador no lo ignora, la eliminación de los que no trabajan con eficiencia. El operario experto, el operario que realiza a conciencia sus labores tiene, dentro del Código del Trabajo" que propugnamos, toda

(Continúa en la pág. 46)

El Coronel Hofmann habla de Gibara

Una entrevista exclusiva con el hombre que pudo haber triunfado en Gibara... si lo hubieran dejado...



Por Jess Losada





Este es el primer capítulo de la "Extraordinaria existencia del coronel-general Hofmann"; un documento humano, en forma amena, de veinticinco años de soldado, en la Guerra Mundial y en las revoluciones de China y México, y de viajero por la India, Arabia, Japón, Ceilán, Rusia, Egipto, Italia, Alemania, Inglaterra y Francia.



Coronel Arthur W. HOFMANN.

INTRODUCCIÓN

El nombre del coronel Arthur W. Hofmann es conocido del pueblo cubano por su vigorosa vinculación a nuestro último período revolucionario y, especialmente, al esfuerzo expedicionario de Gibara. Su nombre sirvió de tema a más de una información sensacional en nuestra Prensa, con motivo de su arresto en Camagüey y su cautiverio en el castillo del Príncipe, por orden del Gobierno de Machado. Pero la "aventura cubana" de Hofmann no es más que un simple episodio —acaso el menos emotivo,—de una existencia cuajada de asombrosas aventuras, donde lo sórdido, lo patético, lo heroico, lo excepcional y lo burdo y festivo, se amalgaman en una film sensacional.

Escuchar a Hofmann en la intimidad, es revivir sus aventuras; la plasticidad de su relato nos conduce al escenario del hecho en la alfombra mágica de su privilegiada memoria. De vez en vez, nos hace sentir una viva curiosidad por algún secreto extraordinario que se deduce de su narración; pero en estos casos, su discreción se parapeta contra nuestra insistencia. Cuando pretendemos un disco de sus hazañas bélicas, nos dice francamente que prefiere no "yoisar" el relato que debe ser objetivo en toda su extensión. Pero nosotros, que hemos ganado el acceso a su intimidad y hemos logrado husmear impunemente entre sus trofeos y recuerdos, no podemos sustraernos a la necesidad anímica de decir, sin su aquiescencia, que el coronel Hofmann es un valeroso soldado, que ha visto el fuego de cerca sin inmutarse; que guarda, como reminiscencia de su inquieto pasado, seis medallas de mérito excepcional; que fué herido en la Guerra Mundial y citado por acción heroica, y que en México, como asesor militar del Gobierno federal, y en China, como general de Estado Mayor, vivió años repletos de agitación y peligro.

Hofmann nos ha relatado un buen número de sus aventuras, que CARTELES publicará con carácter exclusivo en varios capítulos. En esta narración inicial ofreceremos una versión prematura—un avance,—de una crítica militar—exclusivamente militar— de la expedición de Gibara, aquel golpe inverosímilmente frustrado, que sigue siendo el enigma predilecto de la última revolución. Y decimos un avance, porque el coronel Hofmann está confeccionando actualmente su trabajo de crítica militar, basado en los hechos y las pruebas, para ofrecerlo, como complemento de esta serie, al pueblo de Cuba desde la revista CARTELES.

Antes de darnos su versión prematura, el coronel Hofmann nos dijo que la crítica definitiva había de servir como pauta a la vigorosa juventud revolucionaria cubana que, falta de experiencia pero generosa de corazón y valor, se entregó a los líderes de la causa. La crítica—asegura el coronel,— no estará integrada de técnica fría e inocua, ni será barnizada de aburridas estadísticas. Será un verdadero documento humano, con sus realidades hoscas y tiernas y con su enseñanza. Hofmann siente una viva admiración por la juventud revolucionaria cubana; simpatía que nosotros condensamos en su espléndida frase: "¡Merecen mejores líderes!"

Pero antes de proseguir con el relato, nos creemos en el deber de ofrecer una reseña biográfica comprimida de nuestro protagonista. El bosquejo servirá de marco adecuado a la narración y también para apreciar el polifacetismo bélico y político que fundamenta la excepcional experiencia internacional del coronel Hofmann.

Arthur W. Hofmann nació en Troya, New York, — un pequeño centro industrial del estado neoyorquino. — Fué en el año 1890 —hace 44 años,—lo que el coronel no tiene reparo en afirmar, ni nosotros en decir que aparenta mucho menos. En su rostro fresco y juvenil no hay huellas de su agitada existencia. Seis pies de estatura y una recia musculatura, caracterizan sólidamente su personalidad militar.

De tutores privados que lo iniciaron en los estudios militares, prosiguió su entrenamiento en la Escuela Militar de Fort Sill, Oklahoma, y la Academia De Souge, en Francia. En el año 1908 organizó la Cuarta Artillería de Campo Americana, de Illinois, y fué destacado después en Tejas. Con el grado de capitán abandonó el Ejército norteamericano y se dirigió a México, donde permaneció por dos años (1915-16) como consultor militar del Ejército Federal—cuando Carranza era Presidente y Obregón, ministro de la Guerra.—De regreso a Norteamérica, levantó una fábrica de municiones. En 1917 fué llamado por el Gobierno de Wilson, al declararse la guerra contra Alemania, y sirvió en Francia, en el sector de Verdún, donde fué herido y condecorado. En Francia logró el grado de comandante y el de teniente coronel interino. Fué instructor de la escuela de oficiales de táctica y fuego. En 1920 se retiró del Ejército con el grado de comandante.

En ese mismo año, después de un breve recorrido por Puerto Rico y las Antillas, regresó a los Estados Unidos, y en 1924 embarcó para China vía las islas Haway. En Mukden se entrevistó con el mariscal Chang Tso Ling y fué nombrado general de su estado mayor. El mariscal, que controlaba las tres provincias orientales de Manchuria—hoy Manchukuo— estaba en rebelión contra el Gobierno central, y utilizó los modernos conocimientos militares de Hofmann para su causa. Hasta 1927 permaneció con Chang Tso Ling. Después visitó el Japón y Rusia, y de regreso a China sirvió de consejero militar a Shar Chow, gobernador civil de las provincias Che-Kiang. De aquí partió hacia la India, recorriendo Hong Kong, Islas Filipinas y Ceilán. De New Dehli trató de penetrar en el Afganistán, pero los ingleses le cerraron el paso en Kyber Pass, —uno de los lugares más peligrosos del mundo,—y sobre el cual Hofmann nos ha hecho asombrosos relatos, que serán ofrecidos en siguientes capítulos. Se reinternó en la India y la visitó de cabo a rabo, contemplando todas sus maravillas, llamando especialmente su atención el mausoleo de Taj Nahal, del cual nos narró la leyenda y nos enseñó magníficas fotografías. Recorrió el río Ganges; vió los nevados picos de los Himalaya; regresó a Bombay, y de allí se dirigió a la Arabia, cruzando por el canal de Suez, y la etapa final de su viaje lo llevó a Egipto, Italia, Francia, Alemania e Inglaterra. De aquí, a los Estados Unidos, donde le aguardaba otro interesante capítulo que añadir a su vida.

I

La torva política del Machadato había arrojado, como una marejada, grandes núcleos de exilados en distintas ciudades del Norte. El núcleo principal radicaba en Nueva York, en donde por medio de juntas y agrupaciones, estimulaban y fomentaban la causa revolucionaria. Coincidió la llegada de Hofmann a Nueva York con los preparativos iniciales de la célebre expedición bélica que más tarde desembarcara en Gibara. Por mediación de un grupo de revolucionarios conoció a Rosendo Collazo, que era el jefe militar de la expedición. Hofmann simpatizó con la causa; la juventud cubana realizaba grandes sacrificios, en el vivir conglomerados en sórdidas habitaciones y sufriendo el frío y la exigüa alimentación, y el fervor demostrado entre tantas vicisitudes animó al coronel Hofmann a entregar-

se, sin reservas, a una causa que inspiraba tan apasionado proselitismo.

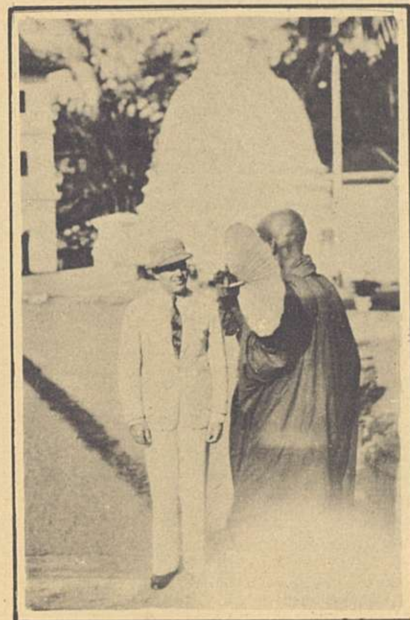
Comenzó a llegar el dinero a la Junta Revolucionaria; cantidades macizas que debían ser destinadas a la compra de armamentos y manutención de las fuerzas. Se iniciaron, febrilmente, las adquisiciones de materiales bélicos. Hofmann fué nombrado asesor técnico de la expedición por el jefe Collazo. El coronel gozó primeramente de la confianza necesaria para desempeñar su cargo; pero diferencias de opiniones comenzaron a surgir y de pronto Hofmann quedó en la ignorancia de pasos vitales que lo desconectaban del hilo de la organización, y anulaban el beneficio de sus conocimientos.

Cuando sobrevino el confuso día de Atlantic City, Hofmann había desempeñado su limitada misión —contratación de ciento cincuenta hombres, operadores expertos de ametralladoras—y se presentó con ellos en Atlantic City, como había convenido. Se le ofreció una máquina particular para que viajara cómodamente con dos o tres hombres escogidos, pero Hofmann rehusó la oferta, prefiriendo el contacto directo con sus hombres. Al llegar al lugar de la cita, encontró las dos embarcaciones de pesca designadas para el traslado de su compañía a bordo del "Ile de Voumour". Tan pronto se hicieron a la mar, Hofmann comenzó a palpar los yerros que iban a convertir la expedición en un desastre. Hofmann había pedido insistentemente a los directores de la expedición que se proveyera a los barcos pesqueros con suficiente alimento para el crecido número de hombres, como también de un piloto y los instrumentos indispensables. Collazo, que había salido en automóvil de Nueva York a Atlantic City, estaba comprometido a hacer contacto con Hofmann y sus hombres mar afuera, para seguir juntos al barco principal. Y mar afuera comprobó Hofmann que a bordo no había más que varios *sandwiches* y casi ninguna agua potable; que no iba piloto, ni instrumentos, y que no aparecía Collazo... Cincuenta horas después, sin saber la situación del barco, y con sus hombres medio asfixiados por el sofocante calor del aglomeramiento en barcuchos demasiado pequeños; hambrientos y sedientos, se vió obligado a regresar a la costa. De vuelta a Nueva York, se enteró de que Collazo había sufrido percances en la carretera y que después al salir al encuentro de los dos barcos de pesca, hizo tanto ruido el bote motor que los guardacostas americanos se percataron de la anormalidad y apresaron a los "excursionistas", que quedaron en libertad más tarde y regresaron a Nueva York. Hofmann, que había enviado su equipo militar a bordo del "Ile de Voumour"—valuado en ochocientos pesos—tuvo que abandonarlo todo y regresar al punto primitivo de partida: Nueva York.

El cambio del punto de partida de Nueva York a Atlantic City—sin que esto sea una crítica de la táctica que lo motivó—dice Hofmann—fué la culminación desastrosa de la aventura. Toda organización desapareció sin que otra urgente, creada al calor de precipitados acontecimientos, surgiera para tomar su lugar. Con gran número de expedicionarios retenidos por el Gobierno americano y un grupo exigüo en el vapor que debía zarpar para Cuba con todos, el problema se agudizó, necesitando medidas apremiantes. Reunida la Junta, en Nueva York, Hofmann preguntó si el vapor tenía comunicación inalámbrica, para trasmitirle las noticias del momento. Se dijo allí que el vapor carecía de telegrafía sin hilos. (Sabiéndose después que sí había comunicación constante del "Ile de Voumour" a Nueva York). Hofmann propuso fletar un aeroplano para alcanzar al barco, caso de que hubiera zarpado con el escaso número de hombres que tenía a bordo. El precio pareció muy alto y se desistió de la idea. Entonces Hofmann fué a ver a tres ex militares expertos en ametralladoras, y con dinero que pudo conseguir del doctor Aurelio Alvarez, embarcaron los cuatro por tren a Key West. (Hofmann hace el relato atropelladamente, indicándonos que en su trabajo definitivo de crítica militar ofrecerá asombrosos e inéditos apuntes pormenorizados). Cuando le preguntamos a Hofmann por qué decidió el viaje a Cuba por su propia iniciativa nos contestó que él se estimaba comprometido en la expedición y que por lo tanto, debía hacer todo esfuerzo posible por llegar a Cuba y ayudar a sus compañeros. Hofmann sabía que en el vapor no iban más de tres o cuatro hombres capacitados para el manejo del armamento que por valor de un cuarto de millón de pesos llevaba la expedición. Su deber era prestar el aporte de sus conocimientos a la aventura tan desastrosamente iniciada.

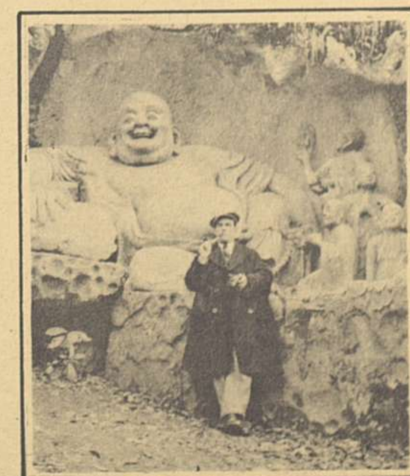


HOFMANN VISITA "CARTELES".—En la oficina de nuestro director, Alfredo T. Quílez. De izquierda a derecha: Lorencín del PORTILLO PIEDMONT; Benito TEIXIDOR, coronel HOFMANN, GARMENDÍA, LOSADA y QUÍLEZ.



En la ciudad de Kandy, isla de Ceilán, el coronel HOFMANN retratado con un monje budista, que se tapó la cara con el abanico de guano, por no permitirle su religión enseñarla en fotografías...

Hofmann y sus tres acompañantes llegaron a La Habana, en calidad de turistas. En nuestra capital se enteró de que la expedición había desembarcado en Gibara. Alquiló un automóvil para dirigirse a Holguín y salió inmediatamente. Durante el trayecto fué detenido y registrado más de diez y nueve veces, llegando al anochecer a Camagüey, y hospedándose en el Hotel Plaza, al no permitirse el tránsito de automóviles por la carretera de noche. A la mañana siguiente, muy temprano, se levantó y trató de obtener pasaje por avión; no lográndolo, se dispuso a alquilar otra máquina, pero demasiado tarde, pues el hotel fué circundado por las tropas del Gobierno y dos oficiales subieron a su habitación, donde efectuaron un registro minucioso de sus pertenencias. Al verse copado Hofmann destruyó los únicos indicios de reconocimiento que llevaba: las iniciales en unos pijamas de seda que prontamente arrancó y un prendedor de corbata inicializado, que escondió. Hofmann insistió en que era un turista visitando el legendario Camagüey, y ya casi había convencido a los oficiales, cuando a uno de éstos se le ocurre observar el sombrero de pajilla de uno de los ametralladores de Hofmann y leyó en la marca del forro las reveladoras palabras "Atlantic City". El oficial lanzó un alarido, mezcla de asombro y de triunfo, y tras un breve intercambio de frases con su oficial superior, el coronel y sus acompañantes fueron arrestados y conducidos a Agramonte. Allí se enteró de que las estaciones de radio de Miami habían lanzado la noticia de su partida hacia Cuba, con el objeto de llegar a Gibara. ¡Los agentes de Machado estaban en todas partes!



El coronel HOFMANN, retratado frente al Buda riente, en la entrada de un templo de la ciudad de Hangchow, China.

En Agramonte tuvo de compañero de cárcel—en una celda enfrente—a Leopoldo Cadenas, que lo identificó. Entonces, fué conducido nuevamente a Camagüey, donde el gobernador Villena lo denunció a las autoridades americanas, siendo después llevado al castillo del Príncipe, en La Habana, para permanecer dos meses recluido, incluyendo veintiún días incomunicado.

Relata Hofmann que en el Príncipe lo trataron con alguna consideración, pero que los días de incomunicación fueron aburridos en extremo. Cuando salió por "cortesía expresa del general Machado", y de acuerdo con las gestiones de sus amigos en Washington, avisados por Robaina, que estaba a la sazón en la capital americana, se dirigió a Nueva York, donde halló solamente cenizas de aquel formidable golpe revolucionario que quizás hubiese llevado a cabo la revolución.

Antes de despedirnos del coronel Hofmann, le pedimos un "avance" de su próximo capítulo narrativo. Y nos contestó:

—Relataré algunas de mis observaciones de Kyber Pass y también de la China. Y con relación al problema cubano, trataré de demostrar a mis amigos cubanos, por qué las organizaciones revolucionarias carecen de bases sólidas... por qué no se consideran los puntos vitales y por qué no se conoce el vocablo responsabilidad entre los líderes. Todo líder o gobernante debe exponer ante sus gobernados—los que le confiaron el mando—las relaciones de sus hechos y actividades como jefe de la colectividad. No veo que esto se realice aquí, donde un líder es más absoluto que un zar de Rusia.

—Y si me permiten hablar—continuó—les ofreceré algunas observaciones económicas y su relación con el movimiento revolucionario; algo sobre el problema de extranjeros; algo sobre el capital extranjero y sus usos y abusos, y algo, al fin, sobre el futuro de la revolución iniciada...

Ya de pie, después de consumidas largas horas de la noche y la madrugada en una habitación de hotel, entre Emilio Laurent, Robaina y Garmendía, le preguntamos que cuál había sido su primera impresión del momento cubano.

Hofmann se sonríe; y tras breve meditación nos dice sin la sonrisa y visiblemente confuso:

—No sé... Yo conocí a muchos jóvenes cubanos en Nueva York que sufrieron grandes privaciones por lo que ellos consideraban un ideal o un deber... Yo pensé que los encontraría aquí risueños y optimistas y con un medio de vivir. Pero la realidad es otra. La mayoría de estos muchachos viven la misma existencia precaria de antes... y a pesar de que se supone que esté en el poder un Gobierno revolucionario.

Nuestra última interrogación fué dirigida a Laurent. Este vaciló en consignar:—Hofmann es el americano más "revolucionario cubano" que conozco.—Y añadió: —Yo también haré mis declaraciones por mediación de CARTELES, y prometo que levantarán ronchas.

FETICHES 2 DEPORTIVOS

MAX BAER

por Jess Losada

Siendo esta la conclusión del relato de ese linajudo personaje de Pugilandia, que responde en las gacetillas propagandistas al nombre de Max Baer, y que el público fetichizante de la gran Unión norteña ha rotulado de "eximio púgil".

Mr. J. Hamilton Lorimer, el hijo del rico fabricante de los motores Diesel, es la figura central que anima este relato con su empírica cuenta corriente. Con un cheque al portador obtuvo del *matchmaker* de un club californiano, una pelea difícil para su empleado, el maquinista Max Baer. Era la intención de Mr. J. H. L. disipar su aburrimiento *standardizado* de millonario yanqui, a costa de su ambicioso obrero. Me imagino que aquella noche en el club de elegante tedio (todo norteamericano opulento tiene su club "para hombres solamente" donde descansa de las inquietudes de su estado mayor doméstico) Mr. J, H. L., después de bostezar ortodoxamente, invitó a un grupo de "camaradas de abundancia" a presenciar la pateadura disciplinaria de su empleado. Mr. J. H. L no dejaba de pensar en el negocio de los motores; así que el "bautizo de bóxer" de Baer representaba una diversión utilitaria: la humillación de la derrota borraría de la mente de Max sus anhelos de pugilista y ofrecería a la fábrica Diesel un maquinista en cuerpo y alma.

Pero los cálculos de Mr. J. H. L. se frustraron. Si Max era un profano del arte del notorio marqués de Queensberry, su contrario le aventajó sólidamente en irreverencia. El coliflorado Chief Cariobo, púgil que blasonaba de sangre de la conocida *trade mark* Seminole, muy acreditada en el sector deportivo, adoptó la postura apaisada en el segundo *round* de un accidentado *bout* anunciado a seis. Max cerraba los ojos y batía el aire con ambos brazos hasta que el azar hizo que uno de los puños enguantados se posara fielmente en el mentón del Chief.

Es indubitable que el norteamericano está preparado para las exigencias de esta farsa llamada vida. Mr. J. H. L., tan pronto vió caer al Cariobo, realizó un esfuerzo de voluntad para mostrarse sereno y esperar el final del conteo de diez... Y cuando el árbitro levantó el nervioso brazo de Max, declaró, sin inmutarse, a sus invitados:—Ese muchacho vale; lo descubrí en mi fábrica... voy a hacer un campeón de él... si se deja guiar y es dúctil.

. . . .

Tillie Taverna fué el segundo contrario de Max. Esta vez, Mr. J. H. L. llevó diez y siete invitados al estadio. Tillie duró menos de un *round*. Después de vaciarse el local, el "padre de la criatura" llevó su comparsa de diez y siete al camerino del boxeador en embrión e hizo que éste sacudiera vigorosamente las manos burguesas de los diez y siete.

La tercera pelea también terminó bruscamente en el *round* inicial. El marinero Leeds ofreció la hospitalidad de su mandíbula a la vibrante derecha de Max y Mr. J. H. L. anotó otra victoria a su "genio descubridor". Los invitados habían aumentado a treinta y dos—clientes de *ringside*—y Mr. J. H. L. se complacía en iniciarlos en los secretos más íntimos del boxeo profesional.

Después de este tercer triunfo, Mr. J. H. L. se convirtió en el verdadero *drawing card* para los promotores locales. Max Baer estaba bien; muchacho fajador y complaciente; ¡pero el *manager* millonario que compraba los caros asientos de *ringside* para sus amigos como quien compra naranjas! ¡Este era un nuevo Dempsey en las taquillas! Todos los promotores pidieron los servicios de Max y como deferencia al *manager* millonario, cada vez que peleaba Max ¡se aumentaba el precio del *ringside!*

Mr. J. H. L. tomó en serio su empeño manageril y se dispuso a convertir a Max Baer en el sueño dorado de todo honesto ciudadano americano: "campeón mundial de peso completo". Le compró quince trajes a su boxeador. Le dió un lujoso automóvil—ocho mil pesos en fábrica—para que exhibiera su apolínea figura por los bulevares californianos; y por último, contrató los servicios de un Bob McAlester, entrenador extraordinario—a juzgar por el sueldo que devengaba—para que adiestrara a Max en los primores artísticos del antes mencionado notorio marqués.

McAlester, un ex púgil que aseguraba poseer la destreza de un Benny Leonard, la elegancia de un Georges Carpentier, la eficacia primitiva del *punch* dempsiano y la ecuanimidad de un Gene Tunney—teóricamente, desde luego—trató de inculcar en su nuevo pupilo todas las bondades de su eclecticismo, pero viéndose fracasado, aseguró a su patrón que poseía un estilo rústico de fajador muy personal y que constituiría una locura metamorfosearlo en un estilista.

A los seis meses de existencia manageril, Mr. J. H. L., comenzó a notar que su cuenta bancaria adelgazaba alarmantemente; sobre todo notó que los asientos de *ringside* costaban cada vez más y que su batallón de "amigos y partidarios del futuro campeón", habían progresado hasta convertirse en regimiento y que amenazaba. con dos o tres veladas más, asumir las proporciones de una brigada. Además, el viejo propietario de la fábrica de motores Diesel, que también era padre de Mr. J. H. L. y que. también fungía de banco central para las operaciones pugilísticas del hijo *sportsman*, deslizó una protesta amenazante que hizo al hijo buscar la cooperación de un *connoisseur* para seguir bañándose en la agradable luz de calcio de la publicidad como *manager* del "futuro campeón *heavyweight*. Ancil Hoffman fué el escogido. Un hombre que había recorrido toda la escala cromática del pugilismo: promotor, *manager*, cronista, entrenador y descubridor de posibilidades. Con Ancil, bajaron los precios de *ringside* y Max progresó hasta el punto de convertirse en un positivo *prospect*.

Con un *ballyhoo* bien enfocado. el público comenzó a fijarse seriamente en Max Baer. Hoffman le importó contrarios "sonados" a fuerza de peleas duras, pero con nombres que aun sonaban en el clamoreo de la propaganda—mercancía averiada, pero con *trade mark* cotizable. Así, Max Baer elaboró un rosario de nocauts impresionantes que recibían la sanción de la crítica yanqui. Y así llegó el maquinista californiano a conquistar un noveno lugar en la clásica clasificación pugilística de Wilbur Wood, en 1930—especie de directorio social de la "exclusiva aristocracia" pugilística.

Dos peleas en este año, hicieron de Max Baer un producto cotizable en el mercado máximo del boxeo profesional: Nueva York. Una fué el nocaut en dos *rounds* del macizo K. O. Christner. La otra fué más sensacional y ofreció tema a los *tabloids* de Nueva York, para llevar la fotografía de Max Baer en primera plana coronada por un cintillo a ancho de plana. Frankie Campbell había sido derrotado por nocaut en cinco *rounds*, en San Francisco, California, y la estropeadura que recibió de manos de Baer lo llevó sin sentido del *ring* a un hospital, y de aquí al cementerio.

Después de la publicidad *post-mortem*, que duró dos meses, Max Baer fué invitado por los millonarios del Madison Square Garden, a tomar un *cocktail*, en compañía de sus *managers*, en el saloncillo-recibidor, donde tantas veces nuestro gárrulo Pincho Gutiérrez, ha estampado su firma para presentar a Kid Chocolate a los clientes del Garden después de un animado coloquio con Jimmy Johnston y compañía, asistido por auténticos puros habaneros y no menos legítimos recipientes de Bacardí. Baer llegó al Garden a bordo de una *limousine* ocho en línea, que ostentaba en su carrocería un verde turbulento tatuado en charol, y un chófer uniformado que parecía un general de opereta. Mr. J. H. L. y su consejero Ancil Hoffman, llegaron a un acuerdo con Jimmy Johnston, después del quinto *cocktail*. Ernie Schaaf sería el primer contrario de Max Baer en Nueva York. Fué el 19 de diciembre de 1930; Max debutó ante el llamado exigente público de la metrópoli y,



Max BAER llega de California... solo... y es recibido por Jack DEMPSEY "en persona" y el promotor Tim MARA, perteneciente al "staff" de Jack.



"Papá" BAER, el "rico" ganadero californiano, abraza a su hijo prodigio, después de su sensacional triunfo sobre Max Schmeling. No se ve a Mr. J. Hamilton Lorimer en el grupo.

a pesar de perder una decisión apretada, conquistó el favor popular con su estilo aciclonado. Era el púgil heterodoxo que siempre gusta al público.

Mr. J. H. L. se sintió feliz aquella noche. ¡Era la primera vez desde que se había apropiado de la existencia pugilística de Max Baer que presenciaba una velada de boxeo sin costear los *ringside* de su brigada de "amigos y partidarios del futuro campeón"! Aquella noche había recibido cuatro asientos de primera fila, como cortesía del Garden... caso insólito... inverosímil... ¡no le había costado un solo centavo presenciar una velada de boxeo!

Pero con el efímero regocijo de esa primera noche de gala en la gran ciudad, el *manager* millonario se inició en el anonadante *vía crucis* de su vida deportiva. El año 1931 fué tormentoso para el millonario *manager*. Jack Dempsey se interesó en el ex maquinista y naturalmente, se decidió a hacer negocio con Hoffman, que conocía el ambiente. Max, por su lado, quería sacarle provecho a su popularidad, y no desperdiciaba una oportunidad para pasearse entre las niñas histéricas y peripatéticas que fetichizaban al nuevo Apolo del *ring*. La crítica deportiva cantaba su alabanza al flamante ídolo, mientras que éste se divertía y ofrecía exhibiciones fluctuantes de sus "maravillosas condiciones", según el disco cansino de Jack Dempsey, "en persona". Durante los momentos lúcidos, Max Baer lograba victorias decisivas sobre mediocres *heavyweights* como Risko, De Kuh, Heeney, Owens, Santa y Les Kennedy, y en sus días "fatales", perdía decisiones frente al venerable Tommy Loughran, al abusado Risko, y al incansable pero aburrido Paulino Uzcudun.

En el 1932, Baer, muchacho vigoroso, inquieto, fuerte pegador y osado, se paseó sin obstaculización alguna por el frente *heavyweight*, obteniendo triunfos significados sobre la colección de *punchdrunks* que habitan la división máxima: King Levinsky, Heeney, Cobb, Schaaf y Griffith. El infeliz Schaaf recibió un golpe loco de Baer en el último *round* de la pelea de Chicago—31 de agosto—que lo preparó para su muerte a manos de un lento *jab* del farsante Carnera, meses después.

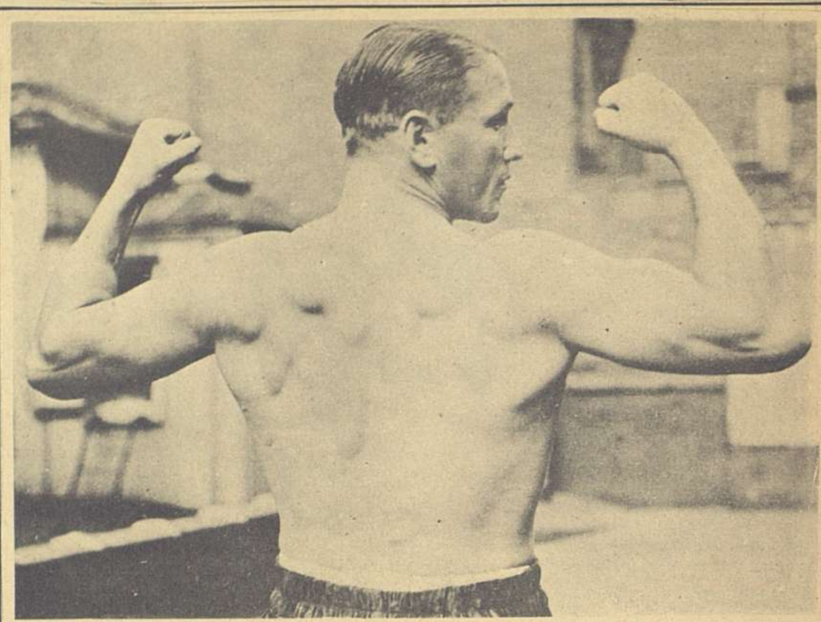
En el año 1933, Mr. J. H. L. empezó a pelear con su glorificado protegido. Max desatendía el cotidiano entrenamiento; peleaba sin método; le importaba poco ganar o perder; y después de cada combate, la orgía por cabarets y el escandalito íntimo, que se convertía en pastel noticiero para los ahora temidos periódicos. Max se cansó del millonario—ya podía comprar *limousines* y guardarropía elegante, con sus propios recursos—y se inclinó hacia Hoffman. El millonario no quería perder "la odiosa publicidad"; ni los pases de favor del Madison Square Garden, que eran para él distintivos tan codiciados como un mérito de guerra. Y entabló procedimiento civil contra Hoffman por "usurpación de poderes legales". Mientras el millonario y el técnico peleaban en la Corte por el derecho a dirigir los destinos del "futuro campeón mundial", Baer se anotaba un triunfo decisivo sobre Max Schmeling. Fué el *bout* consagrador, que lo llevó a la cúspide. La popularidad se hizo tan sonora, que el cine reclamó a Max Baer. En pocas semanas recibió trescientas ofertas de promotores, empresarios de circo, teatro y cine. Max aceptó las más ventajosas y esperó a que la ley decidiese quien debía de seguir siendo su *manager*. En una contienda entre el dinero y la inteligencia... y esta vez—parece que la desvalorización del dólar ha desacreditado al capital—la inteligencia ganó por amplio margen.

¿Qué más se puede decir de la inquieta vida de este nuevo fetiche deportivo? Se casó—esto no tiene importancia—con una actriz que le llevaba diez años. Fué en Reno, mientras se entrenaba para recibir una sorpresa del vetusto Paulino. Varias mujeres lo han demandado de gruesas sumas por "promesa incumplida de matrimonio"—esto es muy vulgar—y ha sido exhibido en trusa en la playa de Miami, como atracción a los turistas. A cada rato habla por radio cosas ligeras, festivas, en contraste con la manía shakesperiana de su ex camarada Gene Tunney. Y nada más. El relato no puede ser completo, puesto que la vida deportiva de Max Baer no ha epilogado aún. Acéptese, pues, esta historia prematura del "futuro campeón mundial". Y dentro de algunos años, podré ofrecer quizás un tercer capítulo, donde cuente como Mr. J. Hamilton Lorimer (aquí va su nombre y apellidos completos como homenaje a su visión deportiva) propició, con su inversión en asientos de *ringside* para sus amigos, la formación de un soberbio ejemplar de la raza humana y campeón mundial de pugilismo.

¿PUDO SER GASTAÑAGA

el pugilista MÁS GRANDE de España y uno de los inmortales del RING?

Por **A. Arroyo Ruz**



El torso formidable de Isidoro GASTAÑAGA.

¿QUÉ es de Isidoro Gastañaga?—me preguntaba hace unos días un amigo.

Y yo le repliqué:

—No sé; acaso a esta fecha haya decidido colgar los guantes. Nadie habla de él en estos momentos, — que yo sepa — en España o fuera de ella. Isidoro Gastañaga parece haberse esfumado en el éter, como los fantasmas...

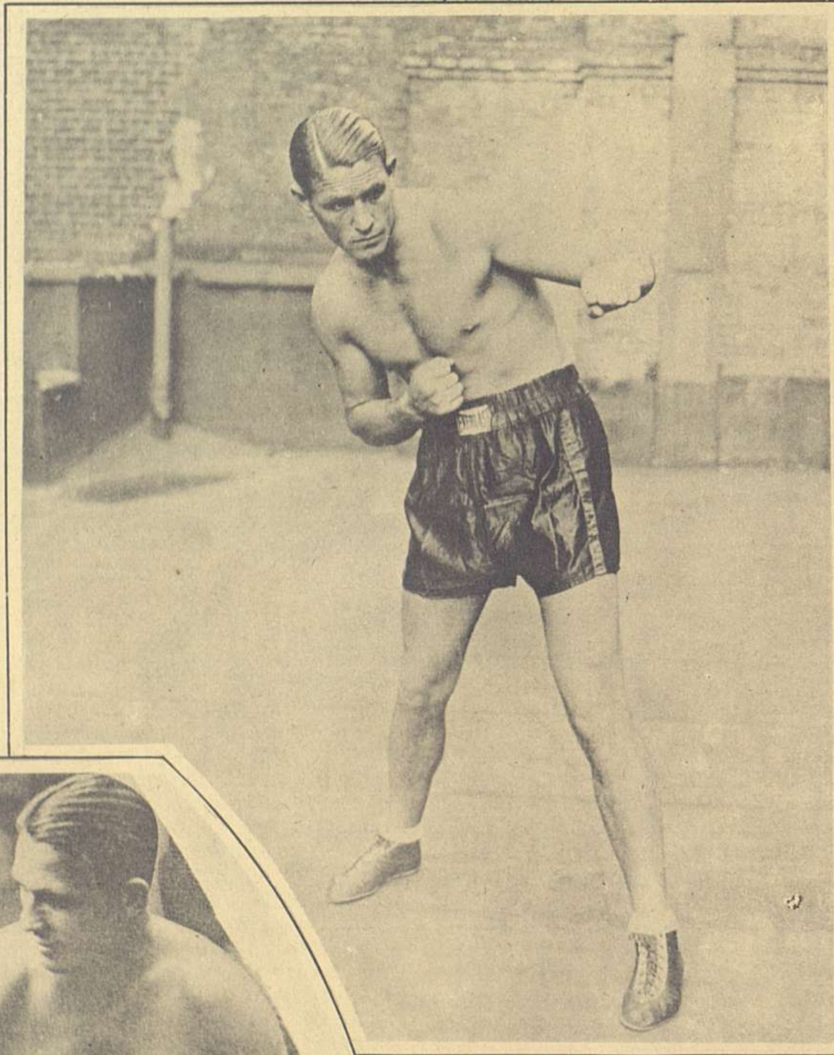
—Hombre desconcertante y raro Gastañaga, — siguió diciendo mi amigo. — ¿Por qué no nos cuenta usted en el periódico algo de él?...

Y para complacer a mi amigo, y porque es verdad que hay muchas cosas que decir del gran Isidoro, que el público desconoce, "me voy"—como dicen los cubanos,—de cuento. "Erase, pues, una vez..."

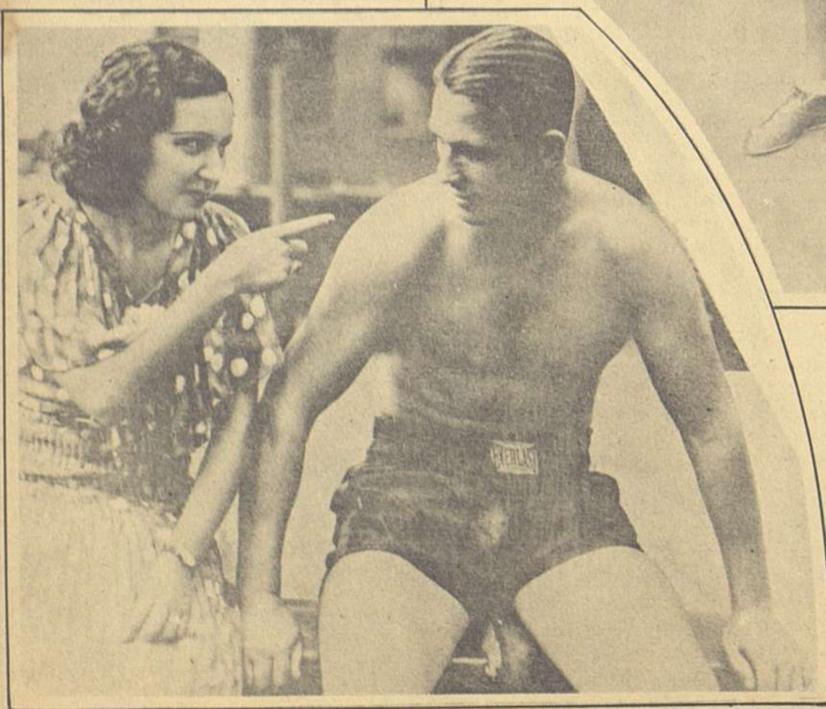
*

Erase una vez un Isidoro pobre, sucio, desconocido, que trabajaba como tantos otros obreros vascos en una fábrica de Ibarra, lugar vascuence donde Isidoro vió la primera luz. Un día un conterráneo, un hombre que como él había tenido un nacimiento humilde, y que desde la niñez se había visto obligado—por la necesidad,—a doblar su cuerpo tierno sobre la madre tierra, para sacarle unos mendrugos con qué ayudar a vivir a los suyos, se hizo célebre. Todos los periódicos publicaron su nombre y adornaron sus páginas con su fotografía las revistas de todos los matices. La profesión que había escogido Paulino Uzcudun, el nuevo ídolo nacional, era la de pugilista, oficio que proporcionaba en un día, a los que lograban descollar en él, cantidades que los modestos obreros de Ibarra no lograban atesorar en toda una vida de afanoso trabajo. Y el joven ibarrés pensó: "Si yo me atreviera..." Porque él sabía que tenía grandes, extraordinarias condiciones de pugilista. Todo el compañero de labores que lo había provocado, que lo había "hecho atreverse", había sufrido las consecuencias funestas de su error. Sus puños, pequeños pero demoledores, no respetaban ni tamaños ni categorías, y lo mismo el gigante a quien su desproporcionada humanidad hace fanfarrón, que el valiente de oficio, habían salido rodando por el suelo, al encontrar en su camino los puños fulminantes de Gastañaga. ¡Pero era tan poco agradable decidirse!

¡Resultaba tan duro exponer el bello rostro de que lo había dotado la naturaleza a las rudas caricias de los puños contrarios! Pero los amigos, impacientes, lo instaban a que se decidiera, lo impelían a que se iniciara sin pérdida de tiempo en una carrera que podía llevarlo a la gloria y la fortuna. "Tú que eres guapo—le decían,—tendrás las mujeres a montones, en cuanto los periódicos publiquen en sus páginas deportivas tu bella y altiva figura de triunfador..."



Una "pose" elegante de GASTAÑAGA.



La hermosa extremeña Aurea SERRANO, esposa de ISIDORO, en compañía de éste durante una de sus visitas al campo de entrenamiento de Pompton Lakes. Hay en su gesto como un enérgico mandato: "¡Que tienes que ser campeón!"

Y un día Isidoro Gastañaga, casi a su pesar, se decidió a ser boxeador.

De los primeros pasos de Isidoro Gastañaga en el *ring* me hicieron en España innumerables historias a cual más galana y graciosa. Escojo al azar—como dicen los prologuistas,—una anécdota de Isidoro, que tuvo por escenario el "ring" del viejo y conocido "Circo de Price".

Combatía Isidoro contra "la pantera de Arosa", un boxeador de tres por cuarto, al que el pugilista de Ibarra debía vencer sin gran esfuerzo. Arbitraba el encuentro Latorre, el *referee* madrileño a quien yo bauticé, a poco de llegar a Madrid, con el expresivo nombre del "Magnolia español", por estimar que como árbitro es de lo mejorcito que hay en la península. Y a poco de iniciarse las hostilidades, Isidoro alcanzó a "la pantera" con uno de sus tremendos golpes, y el de Arosa fué a parar a la lona, donde Latorre le contó varios segundos. A partir de entonces y durante varios minutos, y creo que hasta *rounds*, la pobre "pantera de Arosa" hizo de ascensor y el implacable Isidoro Gastañaga de *starter*. *Pum*,—hacía Castagaña,—y abajo iba "la pantera". "Siete, ocho"...—contaba Latorre,—y el hombre, valiente, se levantaba. Pero de pronto ocurrió lo imprevisto: cuando ya las fuerzas de "la pantera", más que domesticada, se esfumaban por momentos, y la torpeza de sus movimientos, al par que el raro estrabismo de sus ojos indicaba que "todo había acabado para él", Isidoro Gastañaga, en vez de dirigirse a su vacilante y vencido adversario que había logrado levantarse a duras penas, avanza hacia el centro del *ring*, levanta su brazo derecho en señal de "abandono" —el inmoral abandono que se sigue practicando en Europa,—y se declara vencido. Y la pita que armó el respetable, como es de suponer, fué tremenda, y los epítetos que oyó el de Ibarra, como para no reproducirlos aquí.

*

Un día Isidoro Gastañaga, como el ave del poeta, levantó el vuelo, y buscó en lejanos climas un sedante para sus nervios y una disciplina para su conturbado espíritu. Estuvo en La Habana y estuvo también en Buenos Aires, y al fin puso sus pecadoras plantas

(Continúa en la pág. 47)

Instantáneas



Mark WOLLNER, notable concertista de violín, que ofrecerá un interesante concierto el próximo sábado en el Club Alemán. El programa comprende el estreno del "Preludio y Doble Fuga" de Thorarinn Jonsson y obras de Granados, Falla, White y Mozart. (Foto Harold Stein).



Fernando LOPEZ ORTIZ, notable fotógrafo que ha expuesto una interesante colección de sus trabajos en los salones del Lyceum, mereciendo elogios generales por sus cualidades artísticas. (Foto Nemo).



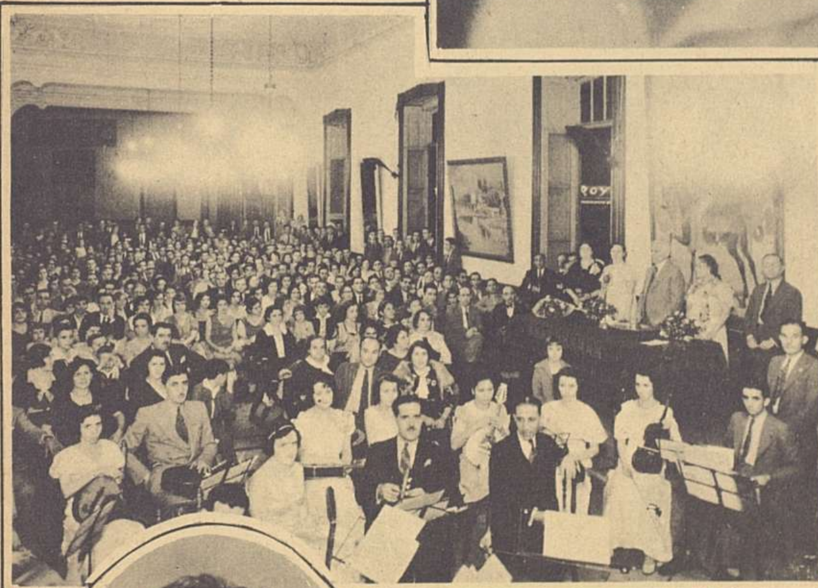


SAMUEL UNTERMYER EN LA HABANA.—El señor Samuel UNTERMYER, famoso abogado norteamericano, líder de la campaña antihitlerista en los Estados Unidos, llegó a La Habana en la tarde del sábado. En la foto aparece el señor Untermyer rodeado de los elementos directivos del Centro Israelita de Cuba. El señor Untermyer, en un discurso pronunciado en el Centro, abogó por el boicot contra las mercancías y los barcos alemanes. (Foto Pegudo).



UN HOMENAJE A GALDOS.—El señor José VILARIÑO, presidente del Círculo Republicano de La Habana, descubriendo el retrato de don Benito Pérez Galdós, con motivo del homenaje que se le rindió en la noche del sábado. (Foto Pegudo).

EN LIBERTAD PABLO RODRIGUEZ. — El comandante retirado Pablo RODRIGUEZ, puesto en libertad la semana pasada, después que la Audiencia declaró con lugar su recurso de "hábeas corpus". El comandante Rodríguez salió inmediatamente para los Estados Unidos por la vía aérea.





"UNA NOCHE MONTAÑESA".—Un aspecto de la concurrencia a la fiesta que con el título de "Una Noche Montañesa", se efectuó el domingo en los salones del Centro Castellano de La Habana. (Foto Pegudo).



Herberto VALDIVIA, electo delegado al Consejo Universitario por la Facultad de Letras y Ciencias, por 326 votos. (Foto Estudio Moderno).



LA ORQUESTA "ORBE" TRIUNFA EN MEXICO. —Grupo de señoritas que integran la orquesta "Orbe", organización lírica cubana que está obteniendo grandes triunfos en México, habiendo merecido el honor de ser escuchadas por el Presidente de la República. De izquierda a derecha: señoritas ALVAREZ, J.; GUERRERO; REBOREDO; ALVAREZ, B.; LINES; ALVAREZ, M.; PLA; DIGAREY; FRAGA y PEREZ. (Foto Cámara).

¡Que Vivan las Abuelas!

por MARY M. SPAULDING

May ROBSON a la edad de 67 es una de las estrellas más famosas de Hollywood. Posiblemente la estrella premiada por la Academia por su labor en el 1933.

DEFINITIVAMENTE la mujer le ha perdido el horror pánico que hace treinta años le tenía a "la edad".

La edad era una espada de Damocles suspendida sobre la cabeza femenina. Inmediatamente que el primer hilo de plata aparecía en las sienes, la mujer pasaba a ser "la vieja", sin más porvenir que zurcir todas las calcetas de la familia, asistiendo a la insolente alegría de la gente menuda y llevando, corazón adentro, un arsenal de sueños que ocultaba ferozmente, temerosa de hacer el ridículo frente a los ojos del marido, los hijos o los sobrinos...

De esta tristeza infinita que venía aparejada con el correr de los años, y que provocaba el estado de humillación en que yacía la mujer que se acercaba a los treinta, nació sin duda la mentira clásica de ocultar la edad. Pero mientras que la mentira podía surtir sus efectos entre aquellos que desconocían la historia de la *víctima*, era imposible engañar a los miembros de la familia, más exigentes en declarar la *estricta* y *honorable verdad*, cuanto menos años alcanzaban todavía...

Naturalmente, las pobres mujeres tomaban como ejemplos salvadores, aquellos ofrecidos por las Sarah Bernhardt y las Ninón de Lenclós... Pero estas criaturas estaban tan lejos, tan inadvertidas, que quedaban situadas más bien dentro de la categoría de los mitos y las cosas mitológicas.

Poco a poco la mujer fué haciéndole frente al problema de "envejecer". Siendo ineludible, se convenció que nada mejor que mirarlo de frente, sin miedos, y prepararse a estorbar los planes siniestros del tiempo...

Actualmente el problema no existe. La edad ha pasado a ser una cosa indefinida, sin importancia alguna, siempre que la mujer conserve la apariencia interesante que hace que el hombre, al pasar por su lado, vuelva la cabeza más de una vez.

Pero ¿a qué viene este canto laudatorio a la edad?—se preguntarán mis lectores.

Pues a nuestra última entrevista con la actriz de carácter May Robson, una de las mujeres que puede enfrentarse con la edad y reírse en sus barbas... Una de las "viejas" cuya fortuna estriba precisamente en eso: en haber alcanzado la edad tan temida hace treinta años.

Indudablemente Hollywood ha contribuído al nuevo aspecto moral de la mujer que ha pasado de los veinte y cinco años. Lo que el público llama ingenuamente "la eterna juventud" de Fulanita de Tal, ha inspirado en las demás mujeres de la tierra este deseo ardiente de poseer la juventud eterna. Y con un afán que algunas veces tiene perfiles siniestros, las mujeres van contando los años que hace desde que Zutanita trabaja en la luminosidad

(*Continúa en la pág. 57*)



May ROBSON en traje de carácter en su primera película "El rejuvenecimiento de la tía María", fotografiada con Mary M. SPAULDING, que también actuó en dicho "film" en Hollywood, en el año de 1927.



Conchita MONTENEGRO, una de las actrices más lindas de la Fox. (Foto Hal Phyfe).



Dr. Gonzalo FREYRE DE ANDRADE, asesinado conjuntamente con sus hermanos Guillermo y Leopoldo, en su casa del Vedado por un grupo de esbirros a sueldo del Machadato.

La MUJER en la REVOLUCIÓN

por ANA QUINTANA, ex presa política del Príncipe, Guanabacoa e Isla de Pinos

TAL COMO LO CONTÓ a UN REDACTOR de "CARTELES"

El doctor Gonzalo Freyre sabía que su nombre estaba en la "lista trágica".—Estaba convencido de que no le harían agresión en su casa.—El 27 de septiembre de 1932.—La noticia de la muerte de Vázquez Bello.—Charla telefónica con Gonzalo Freyre minutos antes de su asesinato.—La futura Universidad.—Dónde conoció la noticia del atentado a Vázquez Bello.—La noche del 6 de abril de 1933.—Carlos Fuertes se comporta como un niño en el Encanto.—Detención de Charles Pemberton.—Asesinato de Fuertes.—Asilo en la Legación argentina.

VII

EL mismo día de mi salida del "Calixto García" se me encargó hiciera una advertencia al doctor Gonzalo Freyre de Andrade, ocupado entonces en la defensa de causas incoadas contra revolucionarios. Fuí acompañada por Esther del Cañal a su casa del Vedado. Nuestro aviso era de suma importancia. Alguien que nos merecía absoluto crédito nos informó que en una lista de oposicionistas próximos a sufrir las más terribles represiones se hallaba Gonzalo. Le hicimos ver la conveniencia de que abandonara el territorio nacional. Con la sonrisa en los labios repuso: "Hasta que no se resuelvan los asuntos que tengo entre manos no tomaré descanso. Sé que quieren matarme, pero eso no ha de ser motivo para que yo deje de cumplir con el deber que me he impuesto. El consejo que ustedes me dan ahora ya lo he escuchado de labios de Néstor Mendoza, a quien Guas Inclán le aseguró sabía yo estaba "en lista".

Le hicimos notar que la puerta de entrada a la casa estaba abierta, y que era fácil para los asesinos de Machado llegar hasta él. "Ignoro por qué la puerta estaba abierta cuando ustedes llegaron, —nos dijo,—pues he dado órdenes a los criados de que la mantengan cerrada y no abran sino a personas conocidas. Pero de todos modos no pienso que me ataquen en mi casa. Caso de agredirme, lo harán en la calle... y entonces trataré de defenderme".

Insistimos en aconsejarle saliera de Cuba, arguyendo mil razones. Pero no logramos convencerlo. Nuestra entrevista se extendió. Hablamos de la situación política, de las prisiones que habíamos sufrido, de veinte cosas más. Tan pronto nos despedimos volvió a enfrascarse en el estudio de la causa.

La siguiente semana transcurrió para nosotras en plena actividad conspiratoria y revolucionaria. Sintiéndome extraordinariamente fatigada, fuí a pasar luego unos días a una finca. El 27 de septiembre llegué a La Habana, como a las 12 meridiano, y me reuní con Esther del Cañal. Poco después llegó a nuestro conocimiento el atentado a Vázquez Bello en el Country Club. Llamamos en seguida a Gonzalo con el ánimo de enterarlo de la muerte del íntimo amigo de Machado y de advertirle se cuidara mucho, porque era pública la manifestación de Ainciart de que los principales oposicionistas pagarían con sus vidas la de cualquier gubernamental que cayera. Gonzalo nos dijo que ya sabía la noticia. Lo invitamos a almorzar, pero se excusó explicándonos que estaba terminando



Dr. Miguel Ángel AGUIAR, asesinado por los sicarios de Machado.

un escrito. Sabiendo que íbamos a hacer algunas diligencias nos ofreció su auto.

A las 3 y minutos lo llamamos de nuevo recordándole el envío de la máquina. Nos dijo que ya había salido en busca nuestra y que seguramente estaría al llegar. En efecto, minutos más tarde montábamos en el auto guiado por Marcelino Manrique, fiel amigo de Gonzalo. A muy moderada velocidad nos dirigimos a La Habana, atravesando el Vedado.

Cuando recorríamos el Malecón nos detuvo un familiar de Esther para recomendarnos que abandonáramos el auto de Gonzalo, sin darnos explicaciones. Supusimos que su recomendación era debida a la notoriedad de la máquina y a nuestra condición de oposicionistas, y no le hicimos caso.

En la calle Habana cerca de O'Reilly nos detuvimos. Esther se bajó a hacer una diligencia y yo quedé en el interior. Un compañero se acercó para informarme de la muerte del doctor Aguiar. Con extraordinaria nerviosidad di la noticia a Esther cuando se me reunió: pensaba en el doctor Freyre. Desde el más próximo teléfono llamamos a su número. Sonaba ocupado. No hemos podido saber si sostenía la última charla de su vida con alguna persona, o si ya estaba muerto, y el teléfono había sido descolgado por él mismo con ánimo de no ser molestado mientras realizaba el urgente trabajo en que lo habíamos dejado enfrascado.

Seguimos en el auto hasta el domicilio de una amiga a quien necesitaba ver. Esther me dejó allí, continuando en el auto hacia el Vedado, con el propósito de recoger a Gonzalo, reunirse conmigo, e ir todos juntos al cine. A ello lo habíamos comprometido previamente deseando proporcionarle un poco de descanso y esparcimiento.

En la esquina próxima a la casa de los hermanos Freyre un policía detuvo el auto. Viendo inusitada animación por aquellos alrededores Esther interrogó al policía. Este se acercó al chófer explicándole en voz baja la terrible desgracia. ¡Gonzalo, Leopoldo y Guillermo Freyre de Andrade habían sido asesinados en su propia casa por las hienas del Machadato! Le confirmó el asesinato de Miguel Angel Aguiar. Esther inquirió, angustiada, lo sucedido. Al fin Marcelino tuvo



Doctor Octavio ZUBIZARRETA, secretario de Gobernación durante la tiranía, ante el tribunal que lo juzga por los asesinatos de los hermanos Freyre y de Aguiar.

que confesarle la verdad. Mi compañera, anonadada por la horrible noticia se dejó conducir a la casa del señor Herriman, después de exigir entre lágrimas, y anatemas para los asesinos que la dejaran llegar hasta el escenario del crimen. Marcelino, siempre leal y previsor, supuso que en aquellos terribles momentos pudiéramos sufrir implacable persecución. Fué en mi busca y también me condujo a la residencia de los Herriman. Nuestro dolor por aquella tragedia es inenarrable.

Minutos después de estar reunidas llamamos al doctor Cue, que actuaba también en la defensa de los acusados por actividades revolucionarias, con el deseo de prevenirlo, si aun era tiempo, del peligro que corría. En su casa nos informaron que ya conocían el cuádruple asesinato y estaba precavido.

Esa misma tarde obtuvimos comunicación telefónica con la casa de los Freyre. Atendió nuestra llamada Néstor Mendoza, sobrino de Gonzalo. Le hicimos saber nuestro deseo de ver por última vez a los desgraciados amigos. Nos autorizó para ir, pidiéndonos con insistencia que tratáramos de pasar inadvertidas. Según él el momento era de extraordinario peligro para los oposicionistas.

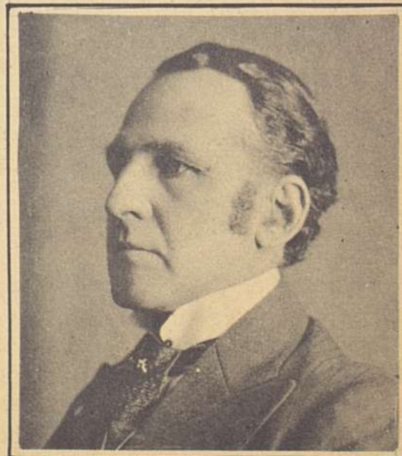
Durante una hora permanecimos junto a los cadáveres. En la casa apenas podía darse un paso, tal era la cantidad de amigos y policías que la invadían. Con los ojos turbios de llanto contemplamos largamente lo que quedaba de aquellas tres vidas nobles y útiles. Por Gonzalo, que había sido para las mujeres revolucionarias más que un compañero un buen hermano mayor, sentíamos la más fervorosa devoción. En la carta a Zoila Mulet él nos había dicho:

La Universidad futura ha de abrirse algún día sobre la base firme de una relación nueva entre alumnos y profesores: la que me une a ustedes todas es tan elevada y tan noble que no pudiera ser mejor. Si eso tan sólo hubiera producido el movimiento estudiantil sería ya bastante.... Pero, esperemos más aún.

*

Con posterioridad hemos conocido que la noticia de la muerte de Vázquez Bello la supo Gonza-

(Continúa en la pág. 47)



Señor Laurentino OLASCOAGA, representante diplomático de la República Argentina en Cuba, en cuya residencia estuvieron refugiadas Ana Quintana y Esther del Cañal.

¿Qué Opina Usted sobre la Revista "CARTELES"?

UNA INVITACIÓN A NUESTROS LECTORES PARA QUE ENJUICIEN, ADVERSA O FAVORABLEMENTE, EL CONTENIDO DE SUS PÁGINAS

ESTA sección tiene por objeto explorar el parecer crítico de nuestro público, en lo que respecta al contenido de cada número de CARTELES. Nos place mucho hacer esa invitación a los lectores para que hagan crítica sincera y cooperen en nuestro propósito de convertir nuestra publicación, cada día, en el mejor vehículo de divulgación cultural de nuestra América. En esta página insertaremos semanalmente una relación pormenorizada del contenido de cada ejemplar de CARTELES, dejando columnas en blanco para que los que así lo deseen pronuncien su fallo favorable o adverso a cada una de las materias que se expresen.

Nuestro objeto es conocer las reacciones del público respecto a los trabajos literarios, informativos y de toda índole, que acogemos en nuestras páginas, así como sobre las distintas secciones, entrevistas, crónicas, etc., material gráfico, composición tipográfica y cuantos detalles puedan contribuir al mejoramiento y a la superación de CARTELES. Este aporte popular nos servirá de guía. Y trataremos de que nuestra revista responda a los deseos y a las aspiraciones del gran público. Supresiones, reformas, innovaciones, etc., serán hechas de acuerdo con la opinión de la mayoría.

	B.	R.	M.
Portada Por A. Galindo.—Pág. 1			
Goma y Tijeras Caricaturas.—Pág. 3			
Felicidad para el niño Por Hortensia Lamar.—Pág. 4			
Feminidades Por Leonor Barraqué.—Pág. 5			
Matando el Tiempo Por Luis Sáenz.—Págs. 6 y 7			
Léalo y Véalo Dibujos.—Pág. 8			
Caricatura Por Gustavo.—Pág. 10			
¿Qué opina usted de la revista CARTELES? Juicio de lectores.—Pág. 11			
La estatua en el pantano Cuento. Por W. Hazlett Upson.—Págs. 12 y 13			
Sangre en las calles de París Crónica. Por Alejo Carpentier.—Pág. 14.			
El Espejo Cuento. Por Arturo Ramírez.—Pág. 16			
Vendimia Desnudo artístico.—Pág. 17			
Mi combate con Richthofen Relato histórico. Por A. Roy Brown.—Pág. 18			
Hacia una Patria mejor Editorial.—Pág. 21			
La historia de siempre Cuento. Por Daniel Brunet.—Pág. 22			
Europa y América en guerra Artículo. Por L. G. W.—Pág. 24			
La historia secreta y sensacional de la Enmienda Platt Por E. Roig de Leuchsenring.—Pág. 26			
Háblame de amor Por Vincent Sheean.—Pág. 28			
Inazabel Cuento. Por Carlos Montenegro.—Pág. 30			
Cómo puede Cuba invirtiendo uno, recoger $200.000.000 Por Charles Pemberton.—Pág. 32			
La plataforma constructiva de CARTELES Artículo de tesis.—Págs. centrales			
El coronel Hofmann habla de Gibara Entrevista. Por Jess Losada.—Págs. 36 y 37			
Max Baer Crónica. Por Jess Losada.—Págs. 38 y 39			

	B.	R.	M.
Secretos del ring español Artículo. Por Arroyo Ruz.—Pág. 40			
¡Que vivan las abuelas! Crónica de cine. Por Mary M. Spaulding.—Pág. 42			
La mujer en la revolución Por Ana Quintana.—Pág. 44			
Salud y Belleza Por la doctora María J. de Lara.—Págs. 54 y 55			
El arte femenino del bien vestir Por Mlle. Papillon.—Pág. 61			
Nena Vals. Por Electo Rosell.—Págs. 63 y 65			

Ponga una cruz en el espacio en blanco correspondiente a cada materia, según considere el asunto bueno (B), regular (R) o malo (M). Recorte el cuadro y envíelo por correo a la Redacción de CARTELES. Puede incluir también, si lo desea, todas las sugerencias de reformas, mejoras o supresiones que estime oportunas, así como también indicarnos qué sección o índole de artículos deben aparecer en nuestras páginas. Por último, rogamos a nuestros lectores llenen el formulario que sigue:

Creo que debe darse preferencia a la información gráfica (nacional)
(extranjera)
(Tache la que desee).

Creo que debe darse preferencia a las firmas (nacionales)
(extranjeras)
(Tache las que desee)

La Plataforma...

(*Continuación de la Pág. 35*).

clase de garantías: jornal mínimo, horario máximo, trato justo, local higiénico. Y aún más que eso. Porque al establecerse la libre contratación y no existir trabas para mejorar el servicio, no habrá empresa que se ajuste al sueldo mínimo, en los casos en que el trabajador sea eficiente, temerosa, como es concebible, de que aquel colaborador valioso vaya, por la ley de la demanda y de la oferta, a otro taller competidor dentro del giro.

La experiencia revela, en estas últimas etapas de dictadura sindical, algo más deplorable todavía. Muchos obreros, de los más aptos y de los más diligentes, que habían venido rindiendo una labor adecuada y que jamás habían tenido dificultades con la empresa, se tornaron como los otros indiferentes. Dos factores influyeron en la transformación. El primero de ellos, la evidencia de que dentro de la presión del gremio lo mismo obtenían los incapaces y los expertos, ya que una misma inmovilidad los amparaba. El segundo, que, lejos de la influencia de la dirección de las empresas y sometidos, por la amenaza y por la "línea sindical", a acatar todo dictamen, aun el más arbitrario, que viniese del gremio, perdieron todo sentido de disciplina, de moral de trabajo, de emulación para el ascenso, persuadidos de que nada podía ocurrirles y que estaban sólida e inconmoviblemente injertados dentro de sus cargos.

Una vez obligadas las industrias y el capital a establecer jornales más acordes con las aspiraciones legítimas del que trabaja, y como ya expusimos, amparado el obrero en todas sus conquistas de clase, la libre contratación permitirá a cada actividad industrial de Cuba seguir su obra de preparar y ejercitar obreros capaces, seleccionando los mejores y dotando al país de un proletariado genuinamente técnico que nada tenga que envidiar al de otros países donde se ha alcanzado un mayor nivel de progreso. Eso nos permitirá en breve plazo, mejorar nuestro sistema de producción y competir, sin desventaja, con las manufacturas extranjeras, no ya dentro de nuestros límites geográficos, sino como se ha venido haciendo hasta aquí, aunque en menor escala, en los mercados extranjeros. Todos los obreros nativos, inteligentes, ambiciosos, capaces, con afán de aprender y con condiciones para el aprendizaje, obtendrían una oportunidad para librar dignamente el sustento, obteniendo, en razón de su adelanto, salarios mejores. No se condenaría, pues, como ha sucedido hasta ahora, a miles de cubanos a una proscripción de toda actividad que los reduce a la indigencia. No se negaría a mucho elemento juvenil la oportunidad de abrirse paso honradamente. Y si nada limita la libre determinación del obrero a abandonar su plaza cuando así le conviene a sus intereses, y si muchos operarios, después de haber aprendido métodos científicos de trabajo en un taller—en virtud de haber importado las empresas técnicos extranjeros—se llevan sus conocimientos a otros, irrogando perjuicios a la industria dentro de la cual adquirieron habilidad y experiencia, de igual modo entendemos que las empresas patronales deben gozar de libertad absoluta para prescindir del trabajador que no concurre a su progreso, que no rinde una labor esmerada y que ejerce, dentro de cada planta, una labor perturbadora y disolvente.

El obrero cubano necesita leyes justas, humanas y equitativas que amparen sus derechos de clase. Y el patrón que lo utiliza debe merecer una protección a sus intereses. El proyecto de Código del Trabajo que aquí sugerimos resolverá, si no íntegramente, por lo menos en sus aspectos más esenciales, el problema social de Cuba.

La Historia...

(*Continuación de la Pág. 26*).

Analiza después la Comisión, en rápida y precisa síntesis, las sólidas bases sobre las que aparecen cimentadas en la Constitución la independencia y soberanía de Cuba, y piensa que ellas deben satisfacer plenamente todas las aspiraciones y preocupaciones norteamericanas respecto al porvenir y estabilidad de la República de Cuba, a tal extremo que la Asamblea Constituyente podría contestar a las sugerencias del Ejecutivo norteamericano en esta forma: "Con los preceptos de nuestra Constitución, observados con fidelidad por nosotros y por los demás, se alcanza la aspiración que alentáis y por la que hemos estado y estamos dispuestos a velar celosamente de que se asegure la independencia de la Isla de Cuba".

Pero no obstante ello y "deseosa la Comisión de robustecer la confianza que deben abrigar los Estados Unidos en punto a nuestra gratitud y a la decisión con que estamos resueltos a cuidar de que no corra jamás peligro, por nuestra culpa, la independencia de nuestra patria, cree que no hay inconveniente en que la Convención *opine* que los poderes constitucionales de la República de Cuba, si lo estimaren oportuno, debieran declarar y adoptar las siguientes estipulaciones:

1º—El Gobierno de la República de Cuba no hará ningún Tratado o Convenio con ninguna Potencia o Potencias extranjeras, que comprometa o limite la independencia de Cuba, o que de cualquier modo permita o autorice a cualquier Potencia o Potencias extranjeras, obtener por medio de colonización o para fines militares o navales, o de otra manera, asiento, autoridad o derecho sobre cualquier porción de Cuba.

2º—El Gobierno de la República de Cuba no permitirá que su territorio pueda servir de base de operaciones de guerra contra los Estados Unidos ni contra cualquiera otra nación extranjera.

3º—El Gobierno de la República de Cuba aceptará en su integridad el Tratado de París de 10 de diciembre de 1898, lo mismo en lo que afirma los derechos de Cuba que en cuanto a las obligaciones que taxativamente le señala, y especialmente las que impone el Derecho Internacional para la protección de vidas y haciendas, substituyéndose a los Estados Unidos en el compromiso que adquirieron en ese sentido, conforme a los artículos 10 y 16 de dicho Tratado de París.

4º—El Gobierno de la República de Cuba reconocerá como legalmente válidos los actos ejecutados para la buena gobernación de Cuba, por el Gobierno militar americano en representación del de los Estados Unidos durante el período de su ocupación, así como los derechos nacidos de ellos, de conformidad con la Joint Resolution y con la Sección 2ª de la ley de Presupuesto del Ejército de los Estados Unidos para el año económico de 1899 a 1900, conocida por Enmienda Foraker, o con las leyes vigentes en este país.

5º—Los Gobiernos de los Estados Unidos y de la República de Cuba debieran regular sus relaciones comerciales por medio de un Convenio, basado en la reciprocidad, y que, con tendencias al libre cambio de sus productos naturales y manufacturados, les asegure mutuamente amplias y especiales ventajas en los mercados respectivos".

El mismo día 27 de febrero celebró la Asamblea Constituyente sesión pública para aprobar, como se hizo, la redacción definitiva de lo acordado en las sesiones secretas, quedando ratificada en todas sus partes la opinión antes transcripta de la Convención Constituyente cubana sobre las relaciones en Cuba y EE. UU.

En nuestro próximo artículo comenzaremos a dar a conocer a los lectores los interesantísimos debates del Senado de los Estados Unidos sobre la Enmienda Platt, extractando y glosando los principales discursos allí pronunciados, y que son totalmente desconocidos de los cubanos por no haberse antes de ahora publicado en su versión castellana, existiendo tan sólo la versión inglesa oficial del *Diario de Sesiones* del Senado norteamericano, de donde los hemos vertido al español especialmente para esta serie de artículos.

Los Secretos

(Continuación de la Pág. 40).

en Nueva York, la Meca adonde todos los pugilistas del planeta tienen que ir para revalidar sus títulos. A Nueva York llegó Isidoro acompañado por su esposa, una ex artista, según tengo entendido, que había conocido en la bella y populosa ciudad del Plata, y que lo había llevado, si no hasta los altares,—cosa que ya parece no estilarse—sí ante el juez. Isidoro parecía entonces un hombre cambiado, y todos se ponían de acuerdo para aseverar que el sedante que tanto había buscado para sus nervios lo había encontrado en las dulces caricias de su compañera, y en la paz y el estímulo del recién creado hogar. La primera pelea de Isidoro en Norteamérica —contra Birkie,—sirvió para que el ibarrés pusiera de manifiesto un cambio radical en sus métodos y procedimientos. Ya no era el hombre que, en cuanto veía que sus formidables golpes no producían todo el efecto que él había esperado de ellos, se daba por vencido. Ahora sabía que tenía que ganar de cualquier modo, para que le pagaran bien su trabajo, y para que su linda esposa quedara satisfecha de él. Y su segundo encuentro metropolitano, —contra el ogro Charlie Retzlaff, —tuvo para Gastañaga caracteres de apoteosis. Los vascos neoyorquinos, enloquecidos, se quedaron roncos aquella noche de tanto gritar, y los periodistas de la Babel de Hierro dijeron muy seriamente, a raiz de aquel encuentro, que había surgido en el firmamento pugilístico una nueva estrella, de luz bien visible, que no requería, para ser observada, de ninguna clase de telescopios.

*

Pero los tiempos cambian, e Isidoro Gastañaga, también. La formalidad del ibarrés no podía durar mucho, y el estímulo de la linda mujer y del hogar, tampoco. A la mujer la mandó un buen día Isidoro a España, "para que conociera a sus familiares", y él se quedó en Nueva York, de nuevo campando por sus respetos. Y los nervios volvieron a necesitar sedantes, y la cabeza, tornillos. Un buen día cogió, a toda prisa, el primer vapor que salía para Vigo. ¿Qué había pasado?... ¡Silencio! ¡Que no se sepa!

En España Isidoro volvió a ser el que siempre fué. Rodeado, ahora que era célebre y que se peinaba a lo Valentino, de una corte de adoradoras que le hacían la vida amable, el antiguo obrero de Ibarra se sintió bajá en la bella capital gallega, y a duras penas fué compelido a seguir hasta San Sebastián, donde tenía compromisos que cumplir con Justo Oyarzábal, el amigo de Uzcudun. Más tarde, en el mes de noviembre, se presentaba ante el público madrileño—que le había perdonado del todo su "faena" frente a "la pantera de Arosa"—y hacía un combate, bastante bueno, con el italiano Bertazzolo, a quien puso k. o. en el tercero o cuarto *round*.

Por cierto, ocurrió en esa pelea un incidente que no me resisto a traspasar a los lectores. Noté en el primer asalto, casi al ser iniciadas las hostilidades, que a resultas de un golpe del italiano al cuerpo, Isidoro se había tornado todo reservas y no tomaba un *chance* "ni pa Dios". Me guardé para mi mi observación y noté complacido que en el segundo *round* tomó mejor la iniciativa, y que al tercero vino incontenible. Varias veces cayó Bertazzolo al tablado, y al fin el árbitro intervino concediéndole la victoria al hispano. Pero la contentura que me produjo la victoria—que al fin soy español,—no me duró mucho. Poco después, y mientras iba en progreso el semifinal, vino hacia mi un médico de la Federación, y regocijadamente me dijo:

—Este Isidoro sigue siempre igual. Estaba empeñado en que Bertazzolo le había roto en el primer *round* cuatro costillas...

—¿Y no tiene nada?—le pregunté temblando.

—¡Qué va a tener!—me respondió. Y no hablamos ya una sola palabra.

La Mujer...

(Continuación de la Pág. 44).

lo Freyre de Andrade en el Juzgado de Marianao, hallándose reunido con un conocido juez y un político oposicionista. Se hallaba en aquella oficina en gestiones relacionadas con la causa de la sorbetera bomba. Su comentario fué, simplemente: "Pobre Vázquez Bello". En su auto condujo al juez hasta Columbia, lugar en que fué hospitalizado el presidente del Senado. De allí se dirigió a su casa, poniéndose a trabajar en el asunto referido. En esa labor lo sorprendió nuestra llamada telefónica. En esa labor lo sorprendieron los asesinos.

II

La noche del 6 de abril de 1933 fuí con varias compañeras al cine Encanto. Grande fué mi sorpresa cuando, al cabo de un rato de estar en la luneta, vi acercarse a Carlos M. Fuertes Blandino en compañía de Pepín Arango. Tan pronto estuvo sentado en la luneta correspondiente a la mía de la fila siguiente, comencé a señalarle el peligro que para él representaba mostrarse en lugar tan visible. "No me regañes,—me dijo, con el gesto y el tono de un niño malcriado.—Sé que hago mal en venir, pero necesitaba un rato de expansión". Comprendí que era razonable. Su vida, como la de todo revolucionario, era un rosario de penalidades, emociones fuertes, peligros y zozobras. Una noche de cine venía a ser para él como un oasis para el viajero del desierto.

Seguimos charlando en voz baja. Minutos después un señor desde el escenario endilgaba al público no sé qué discurso, anuncio, o algo por el estilo. Una verdadera "lata". Carlos Fuertes, ansioso de que comenzara la proyección de la película y aburrido por la presencia del orador y su cháchara, comenzó a gritar: "¡Que se vaya, que se vaya!", siendo coreado por algunos otros jóvenes y despertando una corriente de hilaridad en el cine.

Le llamé al orden, aunque me ahogaba la risa, aconsejándole que se callara, pues de no hacerlo iba a atraer la atención sobre su persona, presa ansiada por todos los cuerpos policiacos. No me hizo caso. Cuando el orador puso fin a su charla se tranquilizó, atendiendo interesado a la *film* que inmediatamente comenzó a proyectarse.

Cuando la luz se hizo de nuevo en el salón noté en uno de los pasillos extremos la presencia de gran número de policías uniformados y "expertos". Muy intranquila lo hice saber a Carlos, recomendándole que se fuera en seguida sin volver el rostro. Sin decir palabra me hizo entrega disimuladamente de un papelito donde había escrito su dirección y a las horas en que podía encontrársele, y abandonó con naturalidad la luneta, saliendo por el extremo opuesto al que ocupábamos.

Me informaron entonces que Charles Pemberton, íntimo amigo de Carlos, había sido detenido. Sufrí una enorme conmoción al saberlo. Pemberton ocultaba a Fuertes. Probablemente la Policía descubriría a éste al tratar de abandonar el Encanto. Dije a mis compañeras lo que pasaba, y salimos rápidamente, llevando yo el propósito de alcanzar a Carlos y ponerlo en antecedentes de lo sucedido. Luego he sabido que alguien le informó de la detención de Pemberton, y que encaminó sus pasos hacia Payret con el objeto de conocer el alcance de aquella medida policiaca, y de prevenirse, probablemente, contra un registro. Y ésa fué su perdición.

Delatado por Soler, esa misma



noche cayó en manos de la jauría sangrienta de la Sección de Expertos. Su joven vida fué tronchada a balazos en los alrededores trágicos de la Ermita de los Catalanes.

*

Pocos días después, el 14 de abril, los hermanos Raimundo y José Antonio Valdés Daussá fueron asesinados en una calle del Vedado. La locura asesina de Machado se hartaba de crímenes horrendos. Ningún dique, ninguna consideración detenía el funcionamiento de las pistolas mercenarias de los esbirros a sus órdenes... Ese mismo día, bajo la cariñosa presión de los compañeros, Esther del Cañal y yo buscamos asilo en la Legación argentina. El ministro de esa nación, señor Olascoaga, no quiso dar a nuestra presencia en su Legación el carácter de asilo diplomático para evitarnos la necesidad de abandonar el país en treinta días. Estaremos siempre agradecidas a su cortesía y bondad. Todo el tiempo que hubiera sido necesario hubiéramos podido estar protegidas contra las iras del tirano en la casa del distinguido diplomático. Pero al cabo de dos semanas la abandonamos regresando a nuestros hogares.

¡Europa...

(Continuación de la Pág. 24).

americana. Es evidente que los hidroaviones de tipo "Comodoro" que está usando ahora la Panamerican no pueden hacer frente a la nueva competencia, siendo indispensable emplear un equipo más rápido, como el gigantesco Sikorsky. El S-42 está realizando en estos momentos sus primeros vuelos de prueba.

Antes de la guerra mundial, las naciones europeas ma⁻tenían clavada su garra en los ...rcados de la América del Sur sin ser molestadas seriamente por los exportadores de los Estados Unidos. La capital del Brasil estaba a diez días de Berlín por mar, y Francia e Inglaterra disfrutaban todavía de mayor ventaja en tiempo de viaje. Los buques más rápidos de New York necesitaban entonces y necesitan todavía de quince a veinte días para llegar a Río de Janeiro. Durante la guerra mundial, los exportadores norteamericanos hicieron vastas incursiones en los mercados sudamericanos, ocupados hasta entonces casi exclusivamente por las naciones europeas.

Alemania primero y después Francia, tratando de reconquistar después de la guerra los viejos mercados, subvencionaron el establecimiento de extensos sistemas de transporte aéreo en Sudamérica, con vista a ligarlos directamente con Europa tan pronto como fuera practicable un servicio aéreo regular trasatlántico.

En el próximo número

Razones de espacio nos obligan a posponer hasta el próximo número la información que, sobre la Casa de Beneficencia y Maternidad, habíamos anunciado en el anterior y debíamos publicar en éste, y el capítulo en que sigue narrando el Sr. Manuel J. Díaz, sus impresiones del viaje a la Rusia Soviética. Ambos aparecerán en el próximo número de CARTELES.



Los Estados Unidos, representados por la Panamerican Airways, llegaron a Sudamérica con sus líneas de transporte aéreo después que estaban ya establecidas las líneas francesas y alemanas. Hoy la red aérea norteamericana de 21,000 millas envuelve el continente sudamericano, prestando un servicio de correos, pasajeros y expreso con una eficiencia del 99.44 por ciento.

El programa alemán para el servicio regular por aire a través del Atlántico Sur se ha estado preparando durante cuatro años. Se entrenó a los pilotos en la arrancada por catapulta desde los buques "Bremen" y "Europa", con setenta y nueve vuelos satisfactorios en tres años de servicio. Se recogieron datos meteorológicos en el Atlántico del Sur, y finalmente el vapor "Westfalen", de 6,000 toneladas, fué convertido en aeropuerto flotante para estacionarlo en la mitad del océano. A diferencia del Atlántico Norte, con sus terribles tempestades y mares gruesas, el Atlántico del Sur garantiza vientos de cola de ocho a dieciocho millas por hora, en el vuelo de este a oeste, sin otros obstáculos para el piloto que algunos chubascos aislados.

El tiempo es bueno tanto en verano como en invierno en el salto relativamente corto de 1,800 millas entre las costas de África y del Brasil, vuelo que los alemanes dividen en dos, por medio de su aeropuerto flotante instalado en medio del océano.

El aeropuerto flotante.—

El "Westfalen" dispone de aparatos para el abastecimiento de combustible, taller de reparaciones, alojamiento para el piloto y una estación completa de radio y de meteorología.

Cuando alguno de los hidroaviones Dornier-Wal usados en los saltos transoceánicos se acerca al aeropuerto flotante, el buque suelta por la popa un enorme manto de lona que calma el remolino de las hélices del buque a medida que éste marcha contra el viento.

El hidroavión acuatiza inmediatamente detrás del manto de lona, y con las hélices en marcha, se monta gradualmente sobre la lona que va subiendo hasta la popa del buque. Los marineros corren entonces sobre la lona conduciendo el amarre del cable de una enorme grúa que levanta el hidroavión hasta la cubierta del barco y le coloca delicadamente sobre los carriles de una catapulta.

Terminado el aprovisionamiento de combustible, la catapulta lanza al aire al hidroavión por medio del aire comprimido, a forma tal que alcanza una velocidad de noventa y tres millas por hora en un espacio de veinte pies. Esta catapulta es la más grande que se ha construído, y puede lanzar aeroplanos que pesen hasta diez y siete toneladas.

Las pruebas del aeropuerto flotante han resultado lo suficientemente satisfactorias para permitir el anuncio de un servicio regular semanal entre Berlín y Buenos Aires, en ambas direcciones. El primer aeroplano enviado hacia el oeste salió de Alemania el 3 de febrero y el primero hacia el este salió de Sudamérica el 7 de febrero. Ambos llegaron a su destino con anticipación al itinerario. La Deutsch Lufthansa, que dirige el servicio, ha comprado otro buque, el "Schwartzenfels", para utilizarlo como segunda base flotante en el Atlántico del Sur.

El servicio semanal de aeroplanos será suplantado durante los meses de verano por diez cruceros de ida y vuelta del "Graf Zeppelin", el gran veterano de las rutas sudatlánticas.

Cómo Puede...

(Continuación de la Pág. 32).

ca a Cuba, y puede aumentar los encantos de un viaje de placer. Eso, en cuanto al provecho de ella. En lo que se refiere al nuestro, no se ocultará que es mucho más fácil atraer el turismo de allí que de cualquier otro punto más lejano. Se propenderá, como complemento, a facilitar y abaratar, hasta el límite, las comunicaciones entre esa ciudad floridana y nuestra capital.

Señálese la necesidad de recoger los indigentes y la conveniencia de celebrar un sorteo de lotería, o dos, con trescientos mil pesos para el primer premio, y pásese al aspecto económico del problema.

La realización de este plan, con los mil detalles que faltan y que no cabrían en este trabajo, tiene un costo ascendente a *un millón de pesos.*

¿Fabuloso? Ridículo, apreciados los beneficios que va a proporcionar.

¿Manera de adquirir esa suma? Sencillísima: damos por cierto que los presupuestos nacionales no pueden ser ampliados ni siquiera para cosa tan productiva. La Ley del Turismo creó determinadas fuentes de ingreso, pero, aparte de ellas, puede obligarse al comercio y a las industrias, que recogerían lo mejor de la cosecha, a contribuciones en forma de impuestos, que se estudiarían cuidadosamente en la revisión que se anuncia. Estamos seguros de que ninguno pagarían con más agrado, puesto que de él se derivarían utilidades inmediatas. Al efecto, ese comercio y esa industria deben tener representación en la Comisión del Turismo, para que supervisen la forma en que sus magníficas aportaciones son invertidas.

¿Quiere hacerse algo por la segunda zafra cubana? Hágase lo que antecede, y no tardaremos en palpar brillantes consecuencias.



ANAZABEL

(Continuación de la Pág. 30)

pesos tuvieron al fin necesidad de quitarse los *sweaters*.

—¿Tú no crees que hemos metido la pata al dejar el mar?—preguntó el "Mallorquín".

—Nadie te convidó a ti. Yo esperaba que te fueras para La Habana, pero desde que te decidiste a venir conmigo parece que te tengo más afecto. En todas partes, para vivir, tendremos que trabajar lo mismo.

Se habían detenido mientras hablaban, cuando unos golpes dados en un cristal les hicieron volver la vista hacia la casa. Alguien a quien no distinguían bien les abrió los brazos como preguntándoles qué hacían y entonces comprendieron que el ingeniero, antes de marcharse, había ordenado que les vigilaran la faena.

Pondal pensó entonces que, efectivamente, el mar estaba demasiado lejos y que no en todas partes se ganaba la vida con iguales esfuerzos.

—Canta—le dijo a su compañero;—parece que no quieren que respiremos. Y desde entonces, antes de cogerse un descanso, miraban para los cristales de la casa. Pero cuatro o cinco veces sintieron la misma peculiar llamada y divisaron los consabidos brazos abiertos.

Hacía unas tres horas que trabajaban cuando oyeron unas voces alegres y poco después, por el fondo de la casa, salieron dos jovencitas que se detuvieron a mirarlos después de saludarlos en inglés. Al rato la mayor de ellas, que los había estado observando alternativamente, le dijo a la otra en correcto castellano:

—¿Qué te apuestas a que le pido un beso al muchacho?

Luis Pondal sintió un calofrío en la nuca, pero siguió aserrando sin darse por enterado y le dirigió una mirada significativa al "Mallorquín", mientras la menor de las muchachas dijo riéndose:

—Yo entonces se lo pediré al que tiene la cara de gaviota.

Y ambas a la vez se dirigieron al que habían elegido, acercaron a ellos los rostros y dijeron en castellano:

—Dame un beso...

A Luis Pondal se le vió palidecer, pero sin llegar a atreverse; en tanto el "Mallorquín", que había soltado la sierra, le pasó el antebrazo por la nuca a su muchacha y la besó dura y largamente en la boca. Ella se debatió y, cuando logró desasirse, levantó la mano para pegar; pero el "Mallorquín" le sujetó la muñeca.

—Te doy lo que me pediste—le dijo,—si quieres más, avisa; no olvides que a la gaviota le gustan las sardinas.

Entonces ocurrió una cosa imprevista; Pondal que se había quedado entontecido por la sorpresa y la emoción, recibió una bofetada de la que no había sido besada.

—¡Atrevidos!... —gritó indignada mirándolos alternativamente.—¿De modo que sois latinos y estabais callados? ¡La culpa la tiene papá por emplear chusma! ¿Quién le iba seriamente a pedir besos a unos atorrantes como ustedes?...

Iba a continuar insultándolos cuando apareció el ingeniero:

—¿Qué hacéis ahí?... Oye, Anazabel, no interrumpas el trabajo de los muchachos.

Anazabel se marchó furiosa, llevándose a su hermana de la mano, no sin antes dirigirles una última mirada violenta, a la que

el "Mallorquín" contestó cantando:

"Sardinita de la costa
te fuiste al mar y encontraste
el pico de la gaviota..."

Y dirigiéndose a su compañero le dijo sentenciosamente:

—Si una mujer te pide un beso, dáselo o no; pero si te pega, zúrrala fuerte.

Aquella tarde comieron en la cocina de la casa y los llevaron a dormir a una barraca sin ninguna clase de calefacción, donde poco faltó para que amanecieran helados; cuatro días después acabaron de aserrar los troncos que quedaban en la casa y al día siguiente, que era domingo, debían ir a un bosque de pinos, visible desde Altamon, en lo alto de la montaña, para ayudar a transportar al pueblo otro lote de árboles. Parecía que el ingeniero quería aprovechar el trabajo de los dos hombres a un bajo jornal y aunque Pondal no había vuelto a ver a Anazabel no pensaba como su compañero, que se quejaba a diario del trabajo y de la explotación de que, según él, eran objeto. Pondal hacía alegremente su faena al aire libre y a las horas en que, según cálculos, podían estar las muchachas en la casa, procuraba lucir posiciones esbeltas al aserrar; le sonreía a su compañero con elegante condescendencia y hablaba con gestos dogmáticos, moviendo la cabeza y aplastando un labio contra el otro al final de cada frase.

Siempre se colocaba de forma que pudiera ver la casa; pero cuando sabía que Anazabel se había ido, se desalmidonaba y volvía a ser el hombre de siempre. El aserrar es uno de esos trabajos que obligan—más que dejan—a pensar en otra cosa; a la hora de practicarlo ya se puede hacer subconscientemente y queda el pensamiento libre para forjar toda clase de ensueños.

La tarde del sábado, estando comiendo en la cocina, vieron entrar a Anazabel y Pondal pensó que había ido sólo para hacerse la interesante, aunque no se dignó mirarlos. Habló con la cocinera algo que no entendieron y añadió en castellano:

—Mañana pienso divertirme mucho en el bosque.

Sólo al salir pareció fijarse en ellos y arrugando el entrecejo dijo con una expresión que quiso hacer dura:

—Bien podían ponerse de pie cuando entra la dueña de la casa.

Pondal enrojeció y parecía dispuesto a obedecer cuando habló el "Mallorquín" irónicamente:

—Yo suelo complacer a las damas cuando me gustan y, aunque usted no es del todo fea, debo decirle que nosotros somos obreros y no domésticos.

—Usted lo que es es un grosero y le voy a hablar a mi padre para que lo despida.

—¡Para lo que paga!... el daño se lo va a hacer a él...

—Lástima que esté echando a perder a su compañero—añadió Anazabel dirigiéndose a la puerta;—si no fuera por él ya estaría despedido.

La emoción había puesto a Pondal ligeramente pálido; se tornó eufórico tratando incluso de hablar en inglés con la cocinera, pero pensó que ella podía estar oyéndolo detrás de la puerta y calló por miedo al ridículo. Aquella noche el frío y los ensueños no lo dejaron dormir. Se repetía en voz baja todas sus palabras y su odio por el "Mallorquín" se despertó de nuevo. Tenía razón Anazabel; no era más que un grosero que sólo sabía lucírselas con las mujeres.

A la mañana siguiente, acompañados del ingeniero y calzados de "spikes" emprendieron el camino hacia el bosque de la montaña, donde ya los taladores habían tumbado buen número de árboles. Trabajaron hasta bien entrado el mediodía en cargar los pinos para el transporte, y a esa hora les vino a avisar la propia Anazabel, a la cual no habían visto en toda la mañana, para que fueran a almorzar. Llegó rau-

da, patinando con sus esquis; pero al llegar se sentó en uno de los árboles talados y comenzó a descalzarse los patines. Mirando para Pondal le dijo:

—Espera, me los llevarás y hablaremos por el camino.

Pondal no supo qué responder; el corazón se le crecía dentro del pecho y, como siempre, la emoción se le tradujo en palidez. Aquello se parecía mucho a cualquiera de los ensueños que últimamente se había forjado.

Cuando los jornaleros se alejaban, el "Mallorquín", un poco rezagado, le gritó a Pondal:

—No olvides lo que dije: si una mujer te pide un beso, dáselo o no; pero si te pega, zúrrala fuerte...

Pondal fué a responderle agresivamente, pero Anazabel, que había hecho como que no oía nada, le interpeló:

—¿Qué haces ahí mudo? Ven y ayúdame a descalzarme esto; siéntate. Parece que eres demasiado asustadizo.

Pondal se sentó a su lado sin decir una palabra ni hacer un ademán para ayudarla. Ella continuó:

—El otro día me porté mal contigo. Realmente lo que me merecía era que me hubieras besado... ¡Y pensar que si te lo hubiera pedido en inglés no me hubieras entendido!...

—Tal vez sí—respondió Pondal sintiéndose sobre ascuas.—Usted podría ahora hacer la prueba.

—¡No tendría gracia! Caramba, no eres tan corto como pareces.

Después, dando sus labios como el primer día que se encontraron, dijo algo en inglés que Pondal no entendió con exactitud; pero posó débilmente sus labios en los de ella.

Anazabel se rié y levantándose corrió detrás de los jornaleros que ya no se veían mientras Pondal se demoraba en recoger los esquís.

Ya tarde regresaron al pueblo. Los pinos quedaron sobre los trineos que serían descargados a la mañana siguiente y Pondal, que deseaba estar solo para gozar intensamente de su felicidad, se fué a recorrer los caminos abandonados.

Aquello era el amor. Tanta dicha le dolía en el pecho. No pensaba en el porvenir, tampoco se le ocurría dudar del amor de Anazabel; todas las inquietudes cedían ante el recuerdo de aquel beso, que aún se sentía fresco en los labios. Además, él servía para otra cosa que para aquella vida que hacía, y pronto lo demostraría. De paso le daría una lección al "Mallorquín" que pensaba que todas las mujeres eran iguales y que el amor les llegaba con desplantes y zurras.

Ya muy entrada la noche regresó al pueblo. Antes de irse a acostar pasaría por la casa de Anazabel a la que tal vez aun pudiese ver.

Cuando se acercó a la casa el corazón le latió con violencia. La rodeó; llegó hasta los trineos cargados de pinos, desde donde se dominaba perfectamente el fondo de la vivienda, y viendo una luz se acercó muy despacio, con las precauciones de un hombre que va a robar. Alcanzó la puerta de los criados y le sorprendió encontrarla abierta, pero al mirar hacia adentro se quedó petrificado como si todo en él se hubiera roto, paralizado de repente:

En el mismo sitio donde ellos solían comer, Anazabel gemía amorosamente entre los brazos del "Mallorquín".

La Historia... 100 PRE

(Continuación de la Pág. 22).

a Esteban. Pero más que nada porque yo he sufrido las mismas angustias que él está sufriendo Mis padres eran gente de teatro. Me obligaron a seguir su profesión. Yo odio la escena. ¡Ahora que soy una estrella, la odio más que nunca!

Y — cosa extraordinaria, — sin perder nada de su cálida actitud de reto, sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¡No quiero ser estrella! Quiero ser...

—¿Qué quiere usted ser?

—¿A usted qué le importa?—estalló al fin.—¡Váyase! ¡Y no se le ocurra mezclarse en mis planes con su sobrino.

—No lo haré—prometió Ricardo, con súbita humildad. Miró al desgarrado cheque que conservaba en sus manos, y dijo:

—Señorita Rivelles, he sido injusto con usted. ¿Quiere perdonarme?

—Está usted perdonado. Tenga la bondad de irse. Déjeme sola.

Ricardo soltó una carcajada.

—¿Irme? Ahora que acabo de descubrir a la mujer más extraordinaria que he conocido? Me niego.

—¿Cómo?

—Póngase un sombrero, vámonos a almorzar y mientras tanto hablaremos acerca del viaje de Esteban al Ártico. De un modo o de otro, no le queda más remedio que venir a almorzar conmigo.

Silvia sonrió. De pronto, volvió a su encantadora seriedad.

—¡Eso es lo que toda mi vida he deseado!—murmuró a flor de labio.

—¿Qué?—interrogó Ricardo.

—Ser llevada a almorzar contra mi voluntad—concluyó Silvia. Y corrió a ponerse el sombrero, exhalando un suspiro.

Ricardo Alden, de pie junto a la puerta por donde había salido, permanecía en actitud admirativa, diciéndose a sí mismo:

—¡Y yo que creía que era la misma historia de siempre!

*

Un mes más tarde, el joven Esteban Alden embarcó en New York a bordo de un buque destinado a la exploración del Océano Ártico. Ese mismo día su tío, el señor Ricardo Alden, embarcó con una dama muy bonita hacia París, el paraíso o algún otro lugar parecido. Pero se casó con ella primero, lo cual le pareció la cosa más original que podía hacer.

Y no lo era, en realidad. Fué al principio cuando estuvo en lo cierto. Era la misma historia de siempre.

(Continuación de la Pág. 28).

joven que, como ella, padecía de amor! Su pensamiento reconstruyó la serie de circunstancias que la habían traído a aquel estado de padecimiento... sentimental. De acuerdo con las autoridades en belleza femenina ella se había excedido en siete libras y media del peso que a su tipo correspondía, y el próximo invierno iba a ser presentada en Nueva York a las amistades familiares... y a varios cientos de personas más. Consecuentemente, en lugar de ir con mamá y papá a Le Touquet para regresar luego al hogar, había sido "arrendada" a su abuela por el mes de agosto. La abuela tomaba baños

en Aix en agosto tradicionalmente; decidió que siete u ocho libras desaparecerían del cuerpo de Susana menos penosamente en Aix que en cualquier otro lugar. Y en Aix estaban... El sublime misterio de esta cadena de circunstancias dejaba atónita a la muchacha. Si ella no hubiera sobrepasado el peso que los doctores en belleza le asignaban, si la abuela hubiera sido visita habitual de Carlsbad en vez de serlo de Aix, si cualquiera de uno de los pequeños eslabones hubiera sido un poco diferente, Susana no hubiera visitado la Villa des Fleurs, y nunca hubiera visto a Mario.

—¡Mario, Mario! — pronunció suavemente.—¡Qué diferente hubiera sido mi vida de no haberte conocido!

—*Parlez-moi d'amour,* repitió con dulzura; y dos minutos después—¡tal es la poderosa influencia de un cuerpo sano hasta sobre un espíritu arrobado!—dormía profundamente.

A las ocho menos diez Susana, frente al gran espejo de su cuarto, comprobaba lo que el traje de satín blanco, las *sweet peas* y los esfuerzos de la doncella de la abuela habían hecho por ella. A decir verdad, no habían logrado comunicar del todo a su tipo ese aire de fatalidad y de "intriga inminente" que ella deseaba; pero no estaba del todo mal. Le sobraban aun dos libras, mas sólo un especialista en belleza femenina lo hubiera advertido.

Su pálido rostro—que a la luz del día mostraba cinco débiles pecas—lucía bastante interesante, se dijo complacida, bajo el dorado pelo. Con las flores, la sarta de perlas y el abanico de la abuela lograba cierto grado de "madurez"... ¡Si fuera posible hacer desaparecer del todo su inocultable aspecto de *jeune-fille!*

Fué a tocar al cuarto de la abuela.

—Estás encantadora—afirmó la dama tras una minuciosa inspección.—¿Sabes que casi eres ya una mujer de singular belleza?

Tienes que asumir la responsabilidad a que ello obliga. Gracias al cielo yo nunca la tuve.

—¿Responsabilidad? — repitió Susana mirando con gravedad a su antecesora.

—Sí—mantuvo la dama.—Los hombres se enamorarán de ti. No tendrás mayor responsabilidad en la vida que ésa, tener hombres enamorados de ti. Afortunadamente todavía no estamos en ese caso.

—¡Si ella supiera!—pensó Susana. Repitiéndose aquello de "mujer de singular belleza" bajó las escaleras, encontrando a algunos miembros del *party* que vivían en el hotel. Quince minutos después, en la Villa des Fleurs, una docena de sus invitados se reunían para la cena, y era evidente que todos participaban de la opinión de la abuela. Susana lucía encantadora; sería una mujer de singular belleza.

—Vuestra nieta es arrebatadora, madame—exclamó el viejo marqués de la Langosta mientras se inclinaba para besar la mano de la abuela.—¡Mi felicitación!

El conde de Langonstinos, el duque de Pastel de Pollo, el señor Disparate y lord Testa de Perro pensaban lo mismo y lo expresaron con la libertad a que los autorizaba sus años.

Para el punto de vista personalísimo de Susana aquellos testimonios de admiración carecían de valor, pues venían de hombres que la triplicaban con largueza en edad. Ninguno de los hombres sentados a la mesa tenía menos de cuarenta y cinco; la mayoría pasaba de los cincuenta. Y para una joven que considera que la senilidad comienza a los treinta era natural considerar desvalorizadas las opiniones favorables sobre su belleza de los amigos de la abuela. Guardó durante la comida un silencio expectante que pudo interpretarse como respetuosa atención a las palabras de los comensales. ¡Aguardaba el momento en que Mario pisara el brillante salón, y cantara!

Después de recibir la orquesta de bailables los aplausos de los habituales de Aix apareció él. Susana quedó sin aliento. Aquella noche Mario vestía chaqueta corta blanca y pantalón negro ajustado. Esa ropa, fatal para los amigos de la abuela, parecióle inventada para realzar la prestancia de Mario.

—*Schlank!* — exclamó Susana. Era costumbre en ella expresar su pensamiento en palabras extranjeras cuando se hallaba excitada. *Schlank* era más expresivo, en su sentir, que todas las palabras inglesas que conocía: ágil, elegante, atlético, etc.

—¿Me hablaba?—interrogó lord Testa de Perro, sentado a su vera.

—Dije que... que el cantante es *schlank*—exclamó mirando a su vecino con furia.

El lord la miró a través del monóculo.

—¡Ah!—dijo.

Mario comenzó a cantar en el otro extremo del salón. No cantaba siempre lo mismo; pero invariablemente al llegar junto a la mesa de Susana repetía aquella canción de su repertorio que ella llamaba "nuestra".

Fué de mesa en mesa. Le tomó más tiempo de lo acostumbrado llegar al *party* de la abuela. Cuando lo hizo, Susana se asfixiaba de ansiedad. Temió que aquella noche él no la arrullara con su canto... a pesar del traje de satín blanco, de las perlas y del abanico antiguo. Pero no fué así, por fortuna. Desafiando las insolentes miradas de los aristocráticos invitados de la abuela se inclinó sobre Susana, semicerró los ojos y musitó casi:

Parlez-moi d'amour,
Redites-moi des choses tendres.

Media hora después lord Testa de Perro, paseando con la abuela por las sendas del jardín, se aclaraba la garganta y decía:

—Señora Ralston, dudo si hablarle de algo que... realmente... que positivamente no me concierne en particular... pero que me parece...

Se detuvo.

—Adelante—invitó la abuela.—¿Qué es lo que tiene que decirme?

—Se trata de su nieta—dijo el lord titubeando.—¿Ha observado las miradas de inteligencia que se cruzan entre ella y ese cantante del Casino.... ese Mario?

—No le entiendo,—exclamó impaciente la señora Ralston.

—Me refiero a ese artista que canta cosas de moda en el Casino—informó el lord tranquilamente.—Cantó junto a nuestra mesa... cantó directamente para su nieta en una forma que me veo forzado a calificar de... íntima. Es un individuo peligroso para una jovencita... Mi deber es advertirla, señora Ralston.

—¡Tonterías!—exclamó la dama.—No va a pescar a Susana cantándole. De todos modos, si vuelve a hacerlo le hablaré al gerente.

—Tengo la impresión de que la cosa es más grave—insistió lord Testa de Perro sin inmutarse.—Perdóneme si le trato asunto tan escabroso, pero lo creo de mi deber de amigo. Me parece que existe entre el cantante y Susana... cierto entendimiento... Estos individuos son peligrosos. La hija de mi hermana María se fugó con uno muy parecido a éste, casándose con él. Era maestro de equitación, según creo. Supongo que querrá preservar a Susana de algo por el estilo.

La dama guardaba silencio; la tenían cansada el Casino, Susana, el cantante y el lord.

—Susana me dijo—siguió Testa de Perro—que el cantante era *schlank.* Así mismo.

—¿Y qué significa esa palabra? —interrogó alarmada la abuela.

—No tengo la menor idea de lo que pueda significar, pero suena a algo malo ¿verdad? De todos modos...

—¡Tonterías! Lo que sucede es, sencillamente, que mi nieta es un poco romántica.

La dama habló con indiferencia; pero en realidad estaba conturbada. Cuando retornó al Casino para su habitual hora de *baccarat,* la obsedía la palabra *schlank.* Decidió tratar la cuestión con Susana a la mañana siguiente. Había que aclarar el asunto rápidamente. ¿Iba a dejar a su nieta en manos del primer rata de casino buen mozo que se hallaran?

Al cabo de algún tiempo de estar cometiendo errores confesó:

—No puedo jugar hoy.

Firmó la nota de pérdidas y se levantó. La imagen de Susana y del.... *schlank* cantante la perseguía. Diez minutos después ya estaba en su apartamento del Bernascon.

—Veré si la niña ya está acostada—se dijo.

La niña estaba dormida. Parecía imposible que aquella juventud sana y dulce pudiera interesarse por un cantante profesional de cabarets. En su rostro leyó la abuela inocencia tal que se arrepintió de haber dudado. De pronto un pedazo de papel voló hasta ella. Era un simple pedazo de papel, que quedó extendido sobre el suelo. Pero la luna colaba un raudal de su luz por la ventana y la abuela distinguió sin di-

(Continúa en la pág. 62)

Mi Combate...

(Continuación de la Pág. 18).

de encima a los novatos, a fin de evitar que fueran derribados antes de aprender a volar bien. Y todo ocurrió por haber acudido a defender a May.

May fué, inconscientemente, el intermediario que puso a Richthofen en mis manos. En sus deseos de mejorar su récord, de derribar al piloto que huía frente a él, el as alemán dejó libre el camino para mi ataque.

Era inevitable que sucediera más temprano o más tarde. Fué su suerte la que me llevó tras él.

Mis puntos de vista con respecto a la guerra y especialmente con respecto a mis pilotos, pueden ser de interés aquí. Mi excusa para darlos a conocer es que tuvieron algo que ver con el destino de Richthofen.

Cuando me entregaban un nuevo piloto—y esto ocurrió con "Wop" May uno o dos días antes de enfrentarnos con Richthofen—le daba una buena lección para su bien y para la conservación de su vida. Entre otras cosas le decía:

"No sé lo que opina usted de la guerra—particularmente sobre su persona,—pero le voy a decir lo que siento. El Gobierno ha gastado tiempo y dinero—y probablemente ha destrozado usted más de una máquina mientras aprendía,—en traerle hasta aquí.

Hasta hoy ha sido usted una fuente de gastos. Ahora tiene un *chance* de pagar dividendos. Por tanto, debe evitar que le maten.

Puede que se vea envuelto en un combate cuando salgamos hoy. Tal vez tenga usted unos deseos locos de matar alemanes. Bien. Pero no querrá usted que le maten. Por lo menos, yo no lo deseo. No conoce usted todavía los secretos del combate aéreo. Váyase detras de un alemán hoy... y antes de que termine la lucha habrá pasado a mejor vida.

Si se ve envuelto en un combate, seleccione un enemigo y procure tumbarlo. Si lo vence... bien. Si no lo tumba... bien... Dé la vuelta y vuélvase a casita. Nadie le dirá una palabra.

Recuerde que si no tumba a uno hoy, por lo menos vivirá para tumbarlo otro día".

Después de derribar a su adversario a la primera descarga, May de acuerdo con mis órdenes, volvía a su base cuando el Caballero Rojo cayó sobre él.

Observando a May, pude ver cómo Richthofen se pegaba a su cola.

Aquel domingo por la mañana —21 de abril de 1918,—fué notable porque realizábamos por vez primera un vuelo en escuadrón. Tal práctica acababa de ser introducida por los ingleses. La unidad de operaciones, anteriormente, había sido la escuadrilla.

Pero los alemanes habían comenzado a lanzar bandadas de veinte, treinta y hasta cuarenta máquinas. Una escuadrilla británica, compuesta por cinco aviones era muy pequeña para hacerles frente. En el futuro debíamos volar en escuadrones de tres escuadrillas: quince máquinas en total. Las tres escuadrillas volando en V formaban otra V mayor.

Antes de partir discutimos las maniobras del escuadrón. Ninguno parecía dominarlas. Pensamos que exigiría mucho espacio. Y decidimos no realizar maniobras complicadas: que volaríamos siempre en línea recta con vueltas amplias a fin de que todos pudieran mantener las posiciones.

Cuando salimos del aeródromo en Bertangles eran las 9.35. Nuestra misión era patrullar desde Hangard hasta el norte del camino de Amiens-Albert, sobre el Somme. La posición era a lo largo de la línea, al este de Amiens.

Ascendimos manteniendo la formación muy bien. A 12,000 pies comenzamos a patrullar, volando arriba y abajo del frente. Un deseo de entrar en acción me pedía dejar el escuadrón—con órdenes o sin ellas,—para buscar a los alemanes donde estuvieran. Cualquier cosa era mejor que estos paseos.

La primera indicación de cambio la tuvimos a eso de las 10.25. Precisamente cuando dábamos una vuelta al norte del límite de nuestra patrulla, Sammy Taylor "picó" claramente fuera de la formación. Había visto un Albatross al norte de Beaucourt.

Observamos cuidadosamente, pero estaba solo. Y la primera descarga de Sammy le incendió.

Fué el primero del día... la obertura de la mañana dominical.

Sirvió para "sacudirme". Pero también rompió el escuadrón. Entre tanto, mientras Taylor ascendía otra vez para buscar su posición, torcí a los "Nariz Roja" hacia el este y el sur, con la intención de meterme un poco en territorio de los alemanes para ver qué encontrábamos.



Eran las 10.45 en esos momentos. Sobre Amiens, unas millas más atrás, iban en su vuelo en masa.

La visibilidad era pobre. La niebla impedía ver claramente a cierta distancia y de primera intención nada pudimos distinguir como no fuera el conjunto. Luego, ya más cerca y al fijarme más, noté dos R. E. 8, nuestros, volando muy bajo sobre el Somme y cerca de Cérisy. Eran máquinas de observación de la artillería, de dos asientos y muy lentas. Parecían huir evitando cierto peligro.

No pasó mucho tiempo sin que distinguiéramos las nubecillas blancas de las granadas estallando alrededor de ellas. Esto era mala señal. Los proyectiles ingleses al estallar dejaban una nube blanca; los alemanes, negra. Era evidente que los aviones enemigos estaban atacando a las máquinas británicas.

Nos dejamos caer en una larga "picada" y en seguida distinguimos un par de triplanos enemigos.

¡Presa! ¡Presa fresca! Pronto les estropeamos el jueguito. Pusimos las narices hacia tierra, pero a poco tuvimos que cambiar el rumbo.

Llegaba el "excitante". Los dos se habían convertido en veintidós. Una nueva mirada al enemigo demostró que teníamos enfrente una nube de aviones. Arriba, debajo, delante, detrás, por dondequiera nos venían encima, rugiendo, zumbando, como enormes avispas dispuestas a lanzar su venenosa picada.

Era el grupo en *masse*, si bien hasta el momento no había divisado al triplano de Richthofen.

Las granadas británicas seguían estallando y dejando sus nubecillas de humo blanco alrededor de ellos. Pero de nada valía. Los aviones alemanes no abandonaban su presa. Los R. E., aparentemente dominados, titubeaban como ovejas cercadas. Es difícil comprender cómo pudieron escapar.

Francamente, yo no sabía qué hacer. Miré alrededor. La formación de escuadrón había desaparecido. Ya no éramos quince. Detrás sólo veía a los miembros de mi propia escuadrilla — cinco en total — y más atrás, unos cuantos Camel aislados.

Atacar frente a tales dificultades era un suicidio. El cielo era un infierno de muerte volando, en el cual, dentro de unos segundos, podíamos caer. Parecía no haber un *chance* en todo el mundo de escapar con vida.

"Vas a destrozar la escuadrilla".

Ese pensamiento me invadió. Era verdaderamente pesado decidir la suerte de otros hombres sin consultarles. Sabía que todos estaban atentos a mi cola esperando la señal, preguntándose: "¿Pero será capaz este loco de meternos ahí?"

Miré otra vez a los alemanes disputándose la presa de los R. E. Y algo, allá dentro de mí, me decía:

"¡Cobarde! Salva a esos R. E. 8. Ve y acábalos".

La cola de mi avión se agitó.

No quise mirar si me seguía la escuadrilla. Caí, a toda velocidad, en una endemoniada *picada*, atacando al triplano que se hallaba más cerca de uno de los aparatos británicos. Todo lo que recuerdo de él es su cola azul.

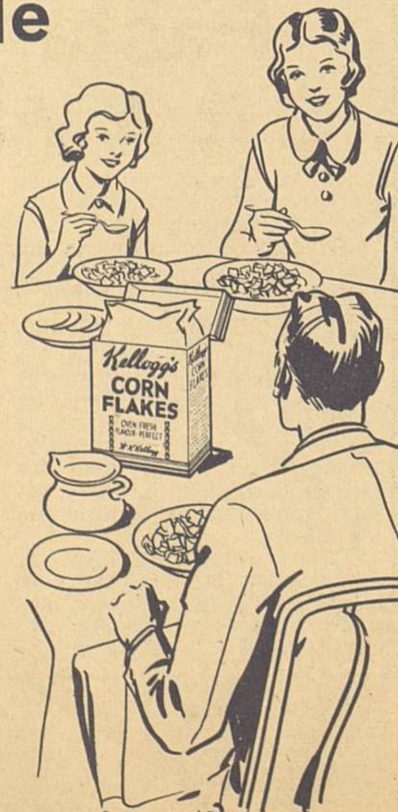
Todo lo veía rojo, *picando* de manera tan violenta que estuve a punto de chocar, mientras apretaba el disparador. Mellersh estaba junto a mí, disparando también. A él se le acreditó la victoria. Le vimos destrozarse 2,000 pies más abajo.

Los R. E. 8 quedaron libres. Partieron rápidamente para el aeródromo. Los sorprendidos miembros del grupo se repusieron y unieron inmediatamente contra nosotros. Se lanzaban desesperados sobre los intrusos que les arrebataron las presas.

Fuí acosado. En unos segundos me ví peleando para salvar la vida. Tres triplanos me venían encima en recorridos convergentes. Parecían emparedar mi aparato. Y fuí cogido en el fuego cruzado de tres arcos.

No veía cómo salir de aquel peligro. Pero decidí darles que hacer antes de que me despacharan. Me sentía bastante "frío". No recuerdo ahora, a través de los años, haber sentido miedo en aquellos segundos. Si era el fin... bien, moriría peleando.

Y me lancé en una serie de maniobras que debieron parecer locas... Torcía, *picaba*, ascendía, caía sobre las alas, zigzagueaba... hacia todo lo posible por no ser



727

un blanco fácil. Eché mano de todos los *tricks* que conocía... y de muchos que hasta ese momento ignoraba.

Allá, en el fondo de mi cerebro, tenía la idea de que con mis locuras tal vez los hiciera chocar. Seguí... una Immelmann—arriba, abajo, atrás,—otra... otra... Me coloqué de pronto debajo, y por una milésima de pulgada las alas de dos de ellos no tropezaron. El tercero tuvo que dar un violento corte a un lado para evitar la catástrofe.

Me dieron un pequeño respiro. Mientras enderezaban su curso, un golpe a la palanca me hizo ganar un poco de altura. Dieron la vuelta y volvieron a la carga, convergiendo. Seguí volando recto, hasta que casi estuvieron sobre mí; otro golpe y caí debajo. De nuevo faltó poco para que chocaran. Y una vez más ascendí. Me perdieron de vista al enderezar su recorrido.

Me pinché para ver si estaba vivo y luego miré alrededor. La masa amenazadora de aviones alemanes había disminuído. La aparición súbita de los "Nariz Roja" les hizo alejarse. Aquí y allá se veían varios de mis pilotos enfrascados en combates con miembros del grupo.

Mi primer pensamiento fué para "Wop" May. Ansiosamente recorrí el cielo, buscándole, esperando verle vivo. Al fin le divisé, en dirección a Corbie, al norte de mi posición.

Parecía estar en buenas condiciones. Se alejaba en dirección a Bertangles, según le dije.

Luego, como un relámpago, vi que era seguido. Del centro de la niebla salió un triplano todo rojo, a gran velocidad, persiguiéndole. Yo estaba arriba y detrás... en posición ideal para resultar mortal.

Seguí ascendiendo, para colocarme en la mejor posición posible a fin de prestar rápidamente auxilio a May, en caso necesario. Evidentemente sabía que tenía detrás al enemigo, pues huía a toda velocidad, esquivando, torciendo, zigzagueando; pero el triplano no se desprendía de su cola

Parecían dos enormes dragones, cazándose. Caían, torcían, subían.. Volaban y maniobraban al unísono. Cada movimiento hecho por May lo duplicaba su perseguidor. Pero el alemán parecía haberle tomado la medida al muchacho.

Comprendí que el adversario iba ganando. Cesó de zigzaguear. Cuando May pestañeaba, seguía su perseguidor en línea recta Acortaba la distancia. May se mantenía bien. Si pudiera mantener la distancia...

Pero, de pronto, le ví enredado. Comprendí que había probado todo lo que sabía, y al fallarle, perdía la cabeza.

El triplano rojo estaba ahora a menos de 100 pies de May. Volaba a igual altura. En cualquier instante apretaría el disparador. Era hora de hacer algo. Afortunadamente, me encontraba a unos 3,000 pies de altura.

Torcí, enderecé, puse la nariz a tierra y *piqué* sobre la cola del avión rojo.

Me encontraba en posición perfecta, encima y detrás. Era cuestión de apuntar y disparar. Ninguno de los dos rivales se dió cuenta de mi presencia. May se debatía como pez cogido. El triplano apuntaba en línea recta, cuando la fracción de segundo decisiva llegó...

Fué el instante en que May se rindió. "Se acabó", pensó. "Ya no puedo más". Y se dió por muerto.

Entonces, escuchó mis ametralladoras. Lanzó una mirada que fué más bien un rayo de esperanza.

"¡Gracias a Dios; es Brownie!"

Cuando volvió a mirar, el avión rojo había desaparecido. Sobre su costado, le vió caer a tierra.

El fin de Richthofen fué exactamente igual que el de la mayoría de sus víctimas. Le sorprendí *dormido*. Murió antes de que pudiera reponerse de la sorpresa.

Fué casual... simple.

Piqué hasta que la nariz roja de mi Camel apuntó en línea recta a la cola de su triplano. Mis dedos apretaron el disparador. Las balas rasgaron la cola y el timón de profundidad de su aparato. Los desgarrones me indicaban dónde hacía blanco.

¡Corto!

Suavemente toqué la palanca. La nariz del Camel se elevó unas pulgadas. ¡Habilidades de cazador viejo!

Fácil ahora. ¡Fácil!

Las balas se metieron ahora en el cuerpo del avión. Su ocupante se volvió y miró. Fué un relámpago detrás de los cristales de sus espejuelos.

Inmediatamente se dobló, se hundió en su carlinga. Mis balas hicieron blanco todo alrededor de él. Mi dedo cesó de apretar el disparador.

Richthofen estaba muerto.

Todo fué cuestión de segundos, más rápido de lo que tarda en referirse.

El avión cabeceó, se balanceó, se fué de nariz y cayó.

Las trincheras de reserva de la infantería australiana no estaban a más de 300 pies por debajo. Fué un descenso rápido. May lo vió. Lo vi yo, al cruzar por encima. Mellersh también lo vió.

Mellersh se batía bravamente. Tenía dos triplanos entre las manos. Me detuve en la marcha lo más pronto que pude, di la vuelta y acudí en su auxilio. Los alemanes salieron del combate en espirales y partieron para sus bases.

El combate había terminado. Todos teníamos bastante.

De medio lado, a duras penas, como un pato herido, regresé a Bertangles. Los disparos cruzados en la batalla me dejaron el motor casi inservible. Solamente tres cilindros trabajaban. El propulsor no desapareció de milagro. Pero regresé al aeródromo.

La primera persona que me recibió fué "Wop" May. Vino corriendo y estrechó mi mano.

—¡Gracias a Dios, Brownie, tumbaste al alemán aquél! Yo estaba perdido. El final hubiera ocurrido en unos segundos.

Estaba nervioso al verse vivo.

No mencionó a Richthofen. Tampoco lo hice yo. En lo más profundo de mi cerebro tenía una vaga idea de que el triplano rojo pudiera ser el de Richthofen. ¡El as de ases alemán! Parecía inmodestia pensar que le había derribado. *(Continúa en la pág. 56)*

SALUD Y BELLEZA

A cargo de la **Dra. María Julia DeLARA,** Médico del «HOSPITAL MUNICIPAL de MATERNIDAD de LA HABANA»

¿CUÁNDO SON BELLOS LOS HOMBROS?

El desarrollo muscular y la forma del hombro.—La emoción estética y el poder erótico que irradian las líneas perfectas de los hombros femeninos.—¿Cómo Jean Harlow embellece sus hombros?—La perfección artística de Meg Lemonnier, inquietante parisina de los predios de Hollywood.—¿Son bellos los hombros atléticos?—¿Cómo son los hombros de Dolores del Río?—Los procedimientos más eficaces para vigorizar y hermosear los hombros.

LA belleza de una mujer se torna provocativa y única cuando el suave declive del cuello se continúa con la línea impecable del busto, dejando al descubierto la encantadora desnudez de unos hombros perfectos. ¿En qué consiste este encanto? ¿De dónde parte esta inexpresable seducción? Tan bien lo saben los fotógrafos y las artistas que directores y actrices multiplican premeditadamente las poses donde predominan los hombros desnudos.

La curva vibrante del hombre adivina cierto aspecto de graciosa intimidad. Limita la región axilar y se continúa con la línea torácica. Todas estas regiones están esmaltadas de filetes nerviosos que desempeñan importante papel en el desencadenamiento de la vida emocional. Este dispositivo fisiológico hace que la irradiación plástica complete a maravilla la misión de aquel aspecto de la actividad individual. Y esto es tan cierto, que basta contemplar, por ejemplo, la fina belleza de Meg Lemonnier, joven *vedette* de Paramount, de inquietante y fina belleza parisina, para reconocer que el desnudo de los hombros perfectos irradia un incomparable y poderoso encanto. Y no es este descubrimiento de nuestra época. Las modas que fascinaron a las abuelas cuyos esplendores florecieron en las postrimerías del siglo pasado, sabían muy bien a que atenerse cuando descubrían el nacimiento de los hombros mientras que con encajes y crinolinas cubrían y volvían a cubrir los demás aspectos de la figura femenina.

Otra cosa muy distinta sucede cuando los hombros carecen de belleza y atractivo. Los hombros angulosos y cortantes son generalmente la expresión de un insuficiente desarrollo del deltoides. Este músculo, poderoso y útil, verdaderamente insustituíble, se fija en la clavícula y el omoplato, las dos palancas óseas que limitan el extremo superior del tórax, y dirige sus fibras de una manera convergente para adherirse a la parte superior del brazo. Es él quien necesita ser fuerte y robusto para levantar los miembros superiores por encima de nuestras cabezas acompañados o no de un fardo más o menos pesado. Es él quien precisa tener ágiles y recias sus fibras para realizar los movimientos que nos permiten juntar, extendidas hacia adelante, las palmas de las manos. Es el deltoides quien necesita poseer resistencia y poder bastante para realizar los amplios movimientos que caracterizan a ese soberano de los ejercicios físicos y de los deportes que es la natación. El desarrollo del deltoides está en íntima relación con las funciones respiratorias. Es una consecuencia natural de una nutrición eficiente. Así se explica que las tuberculosas—no nos referimos, desde luego, a las tuberculosas floridas que conllevan su enfermedad con ciertas apariencias de salud—las tuberculosas, repetimos, se caracterizan porque desde el principio cambian la morbidez de sus hombros por unas líneas angulosas, del más lamentable efecto. En esta enfermedad, como en ciertas formas de anemias y desnutrición, los omoplatos se levantan—scapulus alada—por el insuficiente vigor de los músculos que lo fijan. Entonces la belleza de los hombros y de las espaldas está seriamente comprometida. El azúcar es el primer alimento del músculo, y el ejercicio es su tónico principal. Se desprende de esta afirmación, la urgente necesidad de armonizar inteligentemente ambos factores, para que la prominencia del hombro se desarrolle y modele de acuerdo con los cánones de la belleza clásica. Una alimentación completa y nutritiva. Abundancia de dulces y de frutas. Adecuada ejercitación muscular. Masajes adecuados. Toda la gama de acciones capaces de despertar las fibras musculares y multiplicarlas para obtener el complejo de la forma. Este es el caso de Jean Harlow, la platinada vampiresa cargada de no se sabe cuántos incendios temperamentales. Ni sus hombros, ni sus piernas, tienen el desarrollo que ella desearía para la perfección de su figura. Por eso, con motivo del importante *rôle* que había de desempeñar en "Cena a las Ocho", la mágica *film* de figuras estelares a lo Vicki Baum, Jean tuvo necesidad de acentuar el cuidado y el embellecimiento de sus hombros. Véasela en la fotografía adjunta realizando cada mañana veinte minutos de ejercicios físicos en su dispositivo mecánico que mueve y vuelve a mover los brazos con rítmico vaivén. Este movimiento remeda de cierta manera el batir del remo y el bracear de la natación. Tanto éste, como aquéllos, son magníficos para conferir al deltoides, el músculo del hombro, el suficiente desarrollo para contribuir a la estética de este aspecto de la belleza femenina.

Pero cuando la ejercitación física se acentúa con demasiado vigor se traspasan los límites que se desean mantener. Las jóvenes de la Metro, *team* de los grupos corales, hacen prácticas constantes de *basket* para mantener en perfectas condiciones sus hombros maravillosos. Véaselas cómo lucen, saludables y ágiles, la atrayente arrogancia de sus formas. Proporcionados, fuertes, sanos y estéti-

D. Rx

He aquí a Dolores DEL RIO. La inquietud de su temperamento vibrátil y enigmático muestra las puras líneas de sus hombros acordes con la fina silueta de las mujeres que alimentan las tierras de México. En sus pupilas—incomparables pupilas aztecas—vibra la feminidad con un fervor no superado por las mujeres de otra raza. ¿Qué emoción ignorada esconden las indescifrables pupilas de las mujeres mexicanas?



FOTO R. K. O. RADIO

¿CUÁL ES SU PROBLEMA DE BELLEZA? ¿CUÁL ES LA PREOCUPACIÓN DE SU SALUD?

Si usted lo desea, puede resolver perfectamente tanto sus problemas de Belleza como las inquietudes relativas a su salud, escribiéndole a la doctora María Julia de Lara, Escobar 76, o a "Sección Salud y Belleza", Revista CARTELES, Habana, Cuba.

Las contestaciones saldrán en el "Consultorio Salud y Belleza" consignadas al nombre o al pseudónimo, según exprese la voluntad de la solicitante. Las respuestas que por su carácter privado necesiten explicación adicional, deberán acompañarse de un sello de dos centavos (de Cuba o internacional, según sea la procedencia), conjuntamente con la dirección de la interesada.

cos, los hombros de estas bellas mujeres, no practican, sino en la medida suficiente para que no lleguen a ser los hombros cuadrados que significan los hombros atléticos. Obsérvese que, de acuerdo con las proporciones genuinamente femeninas, los hombros de estas artistas, se encuentran ligeramente por debajo, en anchura, de la línea máxima de la cadera. Se comprende perfectamente, la urgente necesidad de realizar los ejercicios físicos, las prácticas de natación, los movimientos con poleas, de acuerdo con el sentido de la proporción. La armonía, en último término, es el hecho fundamental en el desarrollo físico.

Armonía es el principio que impera y reina en la grácil silueta de Dolores del Río. Las puras líneas de sus hombros están acordes con la fina silueta de las mujeres que alimentan las tierras mexicanas. En sus pupilas, incomparables pupilas aztecas, vibra la feminidad con un fervor no superado por las mujeres de otras razas. ¿Acaso en la constitución física, o en la disposición anímica que exalta e intensifica todo lo genuinamente femenino, se encuentran todas esas características que como el poder erótico y la emoción estética irradian abundantemente de los hombros perfectos de Dolores del Río?



Jean HARLOW, la platinada vampiresa cargada de no se sabe cuantos incendios temperamentales, figura prominente de "Cena a las Ocho", reciente superproducción del arte cinematográfico, modela y embellece sus hombros practicando cada día veinte minutos de rítmico movimiento que desarrolla y vigoriza el deltoides.

CONSULTORIO SALUD Y BELLEZA

129.—*E. M. G., Cayey, Puerto Rico.*—Si debido al resultado positivo de su sangre de la reacción de Wassermann ha tenido que ponerse tratamiento específico, insista en la repetición periódica de éste. Es ésa enfermedad que no debe descuidarse. Para su piel seca, use todas las noches, después de lavarse la cara, la pomada siguiente:

R/.

Diadermina	30 gramos
Aceite de almendras	5 ,,
Aceite de ricino	5 ,,
Vaselina líquida	5 ,,
Esencia de rosa	5

H. S. A.—Uso externo.

Para su otro padecimiento, le hago la indicación en privado.

130.—*Saram, Sancti Spíritus.* — Están suficientes los detalles. Eso le pasa a muchas. Es curable. Diez días antes de la visita mensual tome todas las noches antes de acostarse la medicina que le indico. Vida higiénica, aire libre, baños de mar. Estoy segura de que habrá de recuperar lo que desea.

131.—*HUNGARA, Güines.*—Se ha observado que una fuerte emoción es capaz de modificar la pureza del aliento. El caso suyo entra en el dominio de lo patológico. Pasaremos revista a todas sus funciones.

132.—*E. B., Herradura, Prov. de Pinar del Río.*—Su aumento de peso tiene que estar en relación con su regeneración sanguínea. Extracto hepático en combinación con los ferruginosos le dará magnífico resultado. En privado le haré las indicaciones.

133.—*O. A. DE R., Oriente.*—Su carta certificada va contestada en igual forma. Su caso es de cirujía estética. En privado van los detalles.

134.—*R. H., Tampa, Florida.*—Esa flacidez necesita ya la aplicación de la cirujía estética. En privado recibirá la información. Va la fórmula sin grasa para su cutis grasoso. También le sirve para base de polvos.

135.—*SANDRA, Media Luna, Oriente.*—Si es tan poco el descenso como indica su dibujo, el fortalecimiento puede obtenerlo por medio de compresas heladas, aplicándose la loción siguiente:

R/.

Cardamomo	10 gramos
Biborato sódico	10 ,,
Alcohol de 60 grados	60 ,,
Agua de rosas	15 ,,
Agua destilada, c. s. p.	150 ,,

H. S. A.—Uso externo.

Si la flacidez fuera algo más acentuada, tendría que recurrir a la cirujía plástica. Envíe dirección para la otra indicación.

136.—*J. P., Cañas, Prov. de Pinar del Río.*—En privado la información.

137.—*A. CAMPOS, Monterrey, México.*—Agradecida a su fina atención, estimada colega. Tengo gusto en corresponderle en privado.

138.—*C. H. DE R., Matanzas.*—En privado recibirá todos los informes deseados.



La belleza parisina de Meg LEMONNIER, de rasgos finamente estéticos, pone de manifiesto la emoción artística y el innegable poder erótico que irradian las líneas perfectas de los hombros femeninos. ¿Qué mujer no los desea para sí?

(F) Les Studios Paramount S.A. France





No son bellos los hombros marcadamente atléticos. Las jóvenes del cine se practican diariamente en el basket ball, manteniendo los límites de su vigor dentro de las líneas del verdadero estetismo. Obsérvense en estas mujeres, cómo son de proporcionados, fuertes, sanos y estéticos, las maravillas de sus hombros.

Mi Combate...

(*Continuación de la Pág. 53*).

Mellersh se nos unió.

—Ya te vi acabar con aquel pájaro rojo, Brownie. ¡Buen trabajo!

Mackenzie derribó un triplano y recibió una herida, superficial, en la espalda. La bala atravesó su *overall* y le rozó la piel. No perdimos ni un hombre. Y todo el aeródromo estaba en pie, haciéndose eco de nuestras conversaciones:

—¡Yo derribé uno!

—¡Yo otro!

—¡Y, demonios, también yo tumbé uno!

Todos bebimos. Físicamente, estábamos agotados, pero electrizados, dispuestos, locos.

Poco después me senté y escribí el reporte de mi combate. En él simplemente dije que había destruído un avión todo rojo. Lo siguiente fué lo que escribí en mi libro-bitácora aquel domingo: "*Picamos* sobre una gran formación de Albatross y triplanos de un asiento. Tres triplanos se pegaron a mi cola y los sacudí. Ascendí y volví al combate. *Piqué* sobre un triplano todo rojo que perseguía, pegado a su cola, al teniente May. Derribado a los pocos disparos. Observada la caída por el teniente Mellersh y el teniente May. *Piqué* sobre dos triplanos que perseguían al teniente Mellersh. No alcancé a ninguno".

Después de ir a los hangares y decirles a los mecánicos que revisaran cuidadosamente todo el motor y mientras tanto me prepararan otra máquina, volví a mi barraca para el consabido almuerzo de huevos, leche y *brandy*.

Sonó el teléfono oficial. Llamaban desde la jefatura. Simpson, nuestro jefe-mecánico, respondió. Regresó corriendo.

—¡Brownie, Brownie! ¡Prepara el pecho para las condecoraciones!

—¿Qué pasa?

—Llaman de la jefatura. ¡El avión rojo era de Richthofen!

Quedé sin saber qué responder. Tenía una ligerísima sospecha de que fuera, pero la confirmación me dejó en suspenso. Comencé a temblar, de puro nerviosismo. ¡Richthofen! ¡El Barón Rojo!

Los compañeros me rodeaban, felicitándome, dándome palmadas y apretones de mano.

—Espérate a que llegues a Inglaterra. Las mujeres te aplastarán.

—Te señalarán al pasar: "Ahí va el matador de Richthofen".

—¡Espera que las medallas lluevan sobre ti! Francesas, italianas, rusas. Vas a lucir como un árbol de Navidad.

Al fin nos sentamos para almorzar. Cuando terminábamos, llegó Cairns, el jefe. Nos pusimos en pie. Se dirigió a mí. Tenía el rostro preocupado. En sus maneras había signos de congratulación. Sus palabras me dejaron frío.

—Bien, Brown. ¿Reclama usted haber derribado a Richthofen?

—No, señor; yo no.

—¡Creí que sí!—

—No, señor. Reclamo haber derribado un triplano Fokker todo rojo. Ignoro quién era su piloto.

—Era Richthofen. Pero el problema es éste: los artilleros australianos dicen que fueron ellos quienes le derribaron. También hay un reporte de que fué tumbado por un R. E. 8. Y luego su reporte. Todo parece confuso.

Nada dije. Los demás pilotos estaban silenciosos. Estaba seguro de que mis balas le habían derribado, absolutamente seguro; tan seguro, que de pronto me sentí furioso al conocer las reclamaciones de los demás. Pero ¿qué iba a hacer? ¿Qué podía decir?

Era un paso peculiar de Australia *versus* Canadá.

Cairns me llamó fuera para hablar del asunto.

—¿Qué cree que hagamos?

Seguía furioso, pero respondí;

—Lo mejor es ir hasta allá y ver la máquina. Eso demostrará quién le mató. También podemos ver el cadáver. Las heridas demostrarán desde dónde recibió los disparos, si desde tierra o desde la cola.

Cairns aceptó y nos preparamos a partir.

Llegamos al frente de la Oncena Brigada Australiana de Infantería. Encontramos a poco la tienda del brigadier. Estaba bien escondida en una colina. El brigadier envió por el comandante de la brigada que disparó.

El jefe australiano tenía su historia. Había estado observando el combate. Vió el ataque de los triplanos sobre los dos R. E. 8 y el descenso de los Camel. Después de un terrible combate, un Camel de nariz roja salió de la batalla para verse perseguido inmediatamente por un triplano Fokker. La pareja volaba a toda velocidad, acercándose más y más a tierra; tan bajos estaban que ordenó a sus artilleros hicieron fuego.

Y apenas dispararon, lo derribaron.

—¿Y no había otro Camel persiguiendo el avión rojo?—preguntó Cairns.

—No, señor—respondió el comandante.—Sólo había uno, el que huía. Voló recto hacia nosotros.

—¿Y qué hizo—pregunté—el Camel de nariz roja que volaba detrás del avión todo rojo?

—¡El... el... p... p... pero no había otro Camel detrás!

Sabía que mentía, pero no quise responder. Después, aquello se complicó terriblemente. Cairns se desesperaba. Se concedieron unas condecoraciones a dos soldados australianos. A mí se me enviaron unos telegramas de felicitación. Pero Cairns seguía dándome excusas por no habérseme condecorado.

Hasta que un día le dije tranquilamente:

—¡Oh, señor, eso no tiene importancia! Richthofen está muerto. Eso es lo principal, no quien lo derribó. Después de todo, estamos aquí para ganar la guerra, no para ganar condecoraciones.

*

Al salir de la tienda del brigadier, examiné el avión. Las huellas de balas eran todas de atrás hacia delante. En la cabina se veían las marcas de los proyectiles y el asiento manchado de sangre. Esos disparos no podían venir de tierra.

Mi enfermedad del estómago se agravó. Me enviaron a Inglaterra y al cabo de dos semanas abandoné el hospital. Oficialmente no había sido recompensado, pero a poco más me matan en Londres haciéndome beber. Todos se empeñaban en convidarme, en chocar sus copas con la mía.

Y en un vuelo preparatorio para volver al frente caí, y poco faltó para que me rompiera el cuello.

Lograron sacarme de los brazos de la muerte; pero mucho antes de hallarme en condiciones de caminar ya la guerra había terminado.

Y con ella mi carrera aviatoria.

¡Sangre...

(*Continuación de la Pág. 14*).

Y, táctica clásica de todos los grandes estafadores, lograba apartar los escándalos posibles, llenando los abismos monetarios que se abrían bajo sus pasos, "sacando de allá, para rellenar acá" y "sacando de acá, para rellenar allá". Sistema de la bola de nieve, que exige la creación de un nuevo *negocio* cada vez que el anterior está en peligro y que una denuncia colectiva pueda llevar a su animador a la cárcel. Pero sistema que no puede tardar en romperse el día menos esperado.

El negocio de Stavisky *reventó* en Bayona, donde un nuevo y peligroso abismo estaba a punto de ser "rellenado" por el infatigable estafador, con el material sacado de otro abismo. Pero lo grave esta vez era que el "tiesto de rosas" (nombre con que señalan los franceses lo que llamamos en Cuba un *chivo*), era de proporciones fenomenales. No podía pensarse que Sergio Stavisky hubiera podido organizar su maquinaria infernal sin el auxilio, voluntario o involuntario, de elementos oficiales. La opinión pública reclamaba los nombres de los culpables. El aparato judicial comenzó a funcionar velozmente. Cada día, nuevos apellidos, nuevas razones sociales, eran clavados en la picota de la Prensa. Algunos personajes aparecían como cómplices conscientes, al tanto que otros eran simples víctimas de su propia credulidad y de la peligrosa seducción que ejercía Stavisky sobre los que lo rodeaban... Cada día el expreso París-Irún llevaba a Bayona, donde esperaba el juez instructor de la causa, a algún delincuente vergonzante, acompañado por dos inspectores taciturnos. El Gobierno de Chautemps había prometido castigar a los culpables y esclarecer totalmente el *affaire* ante la opinión pública. Y el pueblo francés esperaba...

El suicidio de Sergio Stavisky, que esquivando las búsquedas policíacas se había refugiado en una casita situada en Chamonix, en espera de "poder huir a Venezuela" (éstas eran sus palabras), vino a demorar el esclarecimiento de los hechos. La instrucción de la causa, llevada hacia nuevos derroteros, prosiguió su curso durante todo el mes de enero pasado. El público esperaba. Pero comenzaba a esperar con cierta impaciencia, estimando que las investigaciones se efectuaban con demasiada lentitud. Surgieron hipótesis de complicidades. La Prensa arrojó nombres a la curiosidad general. Los editorialistas de derecha abrieron el fuego contra el Gobierno, contribuyendo a crearle una atmósfera hostil. Y surgieron

las primeras manifestaciones, nada agresivas, pidiendo la dimisión del Gabinete de Chautemps. La opinión estaba caldeada. Las manifestaciones cobraban proporciones cada vez más imponentes. Al fin, harto de resistencia, el Gobierno de Chautemps presentó su dimisión.

Con esta crisis ministerial se cerró el prólogo de los acontecimientos que resumimos en esta crónica.

Se agrava la situación.—

Cada crisis ministerial pone un breve compás de espera en el desarrollo de la vida política francesa. El Presidente de la República, facultado por la Constitución para elegir la persona que habrá de formar un nuevo Gabinete, inicia sus consultas. ¿Quién iría esta vez a empuñar las riendas del Gobierno, trayendo la acción enérgica, el saneamiento, que todos esperaban?

M. Daladier.

El nuevo primer ministro, una vez constituído su Gabinete, expuso su lema a la opinión pública: *"Pronto y fuerte"*. Acción rápida; acción enérgica. Acabar, de una vez, con el escándalo Stavisky, mediante el castigo de todos los culpables, y la justa determinación de las responsabilidades. El pueblo no deseaba otra cosa.

Pero, 48 horas después de la constitución del Gabinete, comenzaban a producirse los golpes de teatro. Altos funcionarios que precisamente no aparecían ante los ojos del público como culpables, eran destituídos. El prefecto de Policía, M. Juan Chiappe, era trasladado de su cargo a la Residencia General de Marruecos, colocándose en su lugar a un nuevo prefecto. Este traslado fué recibido con sorpresa por muchos sectores de la opinión, adictos al antiguo prefecto, ya que en aquel momento era difícil explicar las razones que podían haber movido al Gobierno a retirar a Juan Chiappe del mando de las fuerzas policíacas, otorgándosele en cambio una misión tan importante y delicada como la que había asumido hasta entonces. Por otra parte, ciertas medidas algo incoherentes, como la destitución del director de la Comedia Francesa, M. Fabre, exasperaron a una buena parte del pueblo parisién, contribuyendo a agravar el carácter de las manifestaciones que debían llevarse a cabo, frente a la Cámara, la noche misma en que el Gobierno Daladier iba a hacer su presentación ante la Asamblea de Diputados. En pocas horas, el nuevo Gabinete se había creado un impresionante número de adversarios. Por otra parte, la *Acción Francesa* de Maurras y Daudet, diario de oposición a las instituciones republicanas, había aprovechado el desconcierto administrativo y político de los últimos tiempos, para agrupar a todos los sectores reaccionarios en torno de una bandera común. Pero no eran solamente esos sectores los que debían tomar parte en la manifestación anunciada, sino todos aquellos que aspiraran a protestar, en cierto sentido, contra la política del nuevo Gabinete. Y de este modo se dió el caso insólito de que grupos de Antiguos Combatientes, miembros de las Juventudes Patrióticas, monárquicos de la *Acción Francesa* y militantes comunistas se viesen reunidos, en la noche trágica, al pie del obelisco de la Concordia.

La noche sangrienta.—

Aquella tarde, distintos lugares de París habían sido elegidos por los manifestantes para la formación de las columnas que debían avanzar hacia la Cámara de Diputados: la plaza del Hôtel de Ville, la encrucijada Montaigne-Campos Elíseos, el Boulevard Saint Michel y, naturalmente, el escenario máximo, que sería la vastísima plaza de la Concordia, que sólo está separada de la Cámara por un puente... Todos aquellos que conozcan la topografía de París sabrán lo que significa el hecho de que, a partir de las cinco de la tarde, una multitud enardecida comenzara a invadir una zona de la ciudad que comprendía los grandes bulevares, la plaza de la Ópera, los Campos Elíseos, el Boulevard Saint Michel, el Boulevard Saint Germain, el Boulevard Sebastopol y la plaza del Hôtel de Ville. ¡Nada! ¡Algo como la superficie de La Habana entera!...

Entre las cinco y las seis se verificó el primer choque entre manifestantes y fuerzas policíacas destacadas para defender la Cámara. Una columna de comunistas desembocando por la calle de Rivoli era disuelta, sin violencia, por un pelotón de Guardias Móviles. Pero esto sólo resultaba el prólogo. A las siete, la plaza estaba repleta de gente agitada y aullante. Las columnas de manifestantes llegaban continuamente, en formación apretada, lanzando clamores hostiles. No serían las 8 de la noche cuando el puente fué forzado por primera vez, y los manifestantes llegaban hasta las rejas de la Cámara. A partir de ese instante se inició el trágico flujo y reflujo de ofensivas y contraofensivas que habrían de culminar en un verdadero combate. Ciertos grupos de oposicionistas estaban dispuestos a todo. Los autobuses y automóviles que intentaban atravesar la plaza, eran desalojados de ocupantes e incendiados en el acto. Los *camelots du roi* arrojaban bolas de vidrio bajo las patas de los caballos de la Policía para hacerlos caer. Se esgrimían bastones con una cuchilla de afeitar incrustada en la punta, para herir a los defensores de la Cámara. Los corvejones de algunos caballos eran cortados por cuchilladas certeras. A las 10 de la noche, sesenta mil personas, en oleada amenazadora, intentaron forzar una vez más la barrera humana que defendía el puente. Entonces sonaron los primeros disparos. Una batalla recia y terrible opuso varias veces a los manifestantes y policías... Por ambas partes los heridos caían sobre el asfalto, cubiertos de sangre. Una ambulancia fué instalada apresuradamente en el famoso café Weber... En los bulevares, en las calles cercanas, ardían los quioscos de venta de periódicos. Una tubería de gas, rota e incendiada, arrojaba una llamarada inmensa. Y el combate prosiguió en la plaza de la Concordia y en sus inmediaciones hasta la una de la madrugada, hora en que el teatro de los hechos fué desalojado definitivamente... ¡Por primera vez, en años y años de historia, la sangre había corrido en París!

¡El trágico balance de esa noche se cifraba en varios muertos y 182 heridos!

Al día siguiente, el Gabinete Daladier, cuya presentación ante la Cámara se había llevado a cabo en una atmósfera angustiada y tumultuosa, en medio del clamor de las manifestaciones y el estrépito de los combates, presentaba su renuncia al Presidente Lebrun.

El viento de tormenta que seguía soplando sobre París, y que había impulsado a muchos a cometer nuevos actos de violencia, se aplacó súbitamente. Hubo otro compás de espera... ¿Quién sería invitado a constituir el nuevo Gobierno?...

Hubo todavía una noche sangrienta, localizada en el barrio de la República, y de la Estación del Este, con motivo de un mitin comunista que los militantes quisieron llevar a cabo a pesar de la prohibición terminante de "formar grupos y manifestaciones", dictada por el nuevo prefecto, a consecuencia de los hechos verificados en la plaza de la Concordia. Ahí, el combate duró cinco horas, aumentando la lista de víctimas en las filas de los manifestantes y de la Policía.

La noticia de que el ex Presidente Doumergue había sido llamado a París para constituir un Gabinete de reconstrucción nacional, trajo por fin la paz. Lutecia estaba harta de luchas fratricidas, harta de asistir a actos de violencia. Por fin se volvía a un período de normalidad.

Un día de huelga general, organizada por el partido socialista, para reafirmar sus fuerzas, fué el epílogo de esa semana trágica, que hizo reinar en París la atmósfera dramática de los días de guerra civil.

La llegada del ex Presidente Doumergue a la Presidencia del Consejo ha aplacado los ánimos. Ha sido votado el nuevo presupuesto... Se espera. El parisién, esencialmente pacífico, ha vuelto a encontrar el semblante habitual de su capital. Hay pausa momentánea en las rivalidades de los sectores políticos... De ello se regocijan no solamente los franceses, sino los extranjeros residentes en Francia, que tantas ocasiones han tenido de admirar la cordura de este pueblo honesto, trabajador, inteligente y digno.

París, febrero.

¡Que Vivan...

(Continuación de la Pág. 42).

de la pantalla, para poder decir cuando llegue el instante decisivo: "Desde tal año aparece en la tela de aluminio y entonces era yo muy jovencita y ella tenía lo menos tantos años"... ¡Como si encontrarle muchos a la otra disminuyera los que ya la vida le ha echado a ella sobre los hombros!

Pero también ha servido para que se aleje el fantasma del temor, dando a la mujer un aire moderno, atractivo y fascinador, ajeno a los inviernos que hayan resbalado por sobre su epidermis.

A May Robson la conocí hace exactamente siete años. Acababa de llegar a Hollywood, después de resonados triunfos en la Vía Blanca. La importaron los productores de películas, para llevar a la pantalla su obra original "El Rejuvenecimiento de la Tía María". Entre la veterana actriz y la repórter en embrión que buscaba en los estudios cinematográficos emociones nuevas para escribir que sé yo cuántas cosas hermosas que degeneraban después en frivolidades dignas del ambiente peliculero, se inició una simpatía peculiar. May Robson, alcanzando casi los sesenta años, comprendía las ambiciones de la juventud y más aún, las compartía. Sirvió de intermediaria para que hiciera otras amistades valiosas en Cinelandia y quiso que apareciera en su película, aunque fuera en un papel sin importancia, que para mí, empero, la tenía, porque May Robson representaba uno de los ídolos a quienes se admiraba en el teatro americano, y su película se esperaba con la curiosidad natural en este caso.

"El Rejuvenecimiento de la Tía María" fué un éxito; pero para la artista que había creado aquella obra en el teatro legítimo, alcanzando el mayor triunfo de su carrera, el cine silente dejaba mucho que desear. Y trabajo costó a Cinelandia retener a May Robson en su seno, que tan necesitada estaba de verdaderas artistas dramáticas, con experiencia, y sin miedos de aparecer en los *close-ups* con todas las *patas de gallina* que la edad requería...

Periódicamente visitaba a la gran actriz. Pero el mismo vértigo de la vida, los viajes, la necesidad de correr cada día en pos de nuevas estrellas y de diversas historias, nos fué alejando; y pasaron los años sin que yo viera a May sino en las películas que aparecían de vez en cuando.

Hasta las películas acabaron por escasear. Y creí que May Robson, aplastada bajo el peso de los años y bajo la avalancha de nuevos rostros, había hecho discreto mutis retirándose poco a poco de la vida del arte.

Pero un día Marie Dressler, la famosa veterana, as de los ases en la cinematografía, sorprendió al mundo ganando para sí el premio de la Academia de Arte y Cinematografía, gracias al imponderable éxito alcanzado con su película "Min and Bill". Al triunfo de Marie Dressler surgieron muchas artistas que habían casi desaparecido de Hollywood, por miedo a sus canas. Surgieron

muchas y entre ellas volvió a aparecer May Robson, más segura de sí misma que antes, y con nuevas probabilidades de vencer a las más jóvenes artistas de la Meca. Entonces siguieron los triunfos de May en sucesión. Apenas se rodaba una película en Hollywood donde no hubiera un papel que los productores quisieran encomendarle a May Robson. Ella y Marie Dressler formaban el dúo de artistas veteranas más solicitadas en la colonia del cine.

Columbia Pictures produjo su película máxima durante la última temporada de 1933, con May Robson en el papel estelar. Y de tal manera se superó la estrella en aquel drama vigoroso y tierno y delicado a la vez, que "Dama por un Día", título del film, ocupará sin duda un puesto de honor entre las películas elegidas por la Academia durante las últimas elecciones y quizás la medalla, ¿por qué no? La labor de May Robson eclipsa en ese film a la de cualquier actriz de carácter durante el año pasado. Y la Academia de Arte y Cinematografía ha probado que en sus juicios el talento y la habilidad histriónica, así como el fondo intelectual de una obra, es de mucho más peso que cualquiera otra condición.

Recientemente, la compañía de la Metro-Goldwyn-Mayer, bajo cuya bandera trabaja actualmente May Robson, a la vera de un magnífico contrato, anunció que la artista veterana aparecería en persona en uno de los teatros más importantes de la Vía Blanca... La vuelta de May Robson a las tablas ocurría después de una ausencia de siete años. El público aquel que no ha podido aún reconciliarse con las películas, y que suspira dolorosamente por los días venturosos en que sus ídolos triunfaban frente a las candilejas, esperaba este regreso de May con el afán con que el padre bíblico esperaba la vuelta del hijo pródigo...

Y para mí que jamás había visto a May en el ambiente donde tan completamente había reinado durante un cuarto de siglo, la experiencia era tentadora y ofrecía fuentes de emoción... Fuíme a verla, pues...

¿Quién dijo que la juventud sólo tiene el poder de arrancar delirantes aplausos, y de enardecer a miles de espectadores? ¿Quién podría decir además que aquella mujer vigorosa, que se paseaba erecta y graciosa por las tablas; que mostraba al reír una dentadura blanca y pareja, sin discusiones de su autenticidad, había llegado ya a los sesenta y nueve años, más bien largos que cortos?...

El mismo público, en medio de su entusiasmo, se sentía sorprendido. Fué acaso ese día y los otros seis que siguieron a su "nuevo début" en las tablas, los más dichosos para las mujeres que se saben viejas... ¡El triunfo de las abuelas y la esperanza fervorosa de las nietas!

¿Quién no quiere así alcanzar la edad madura, cuando a esta edad, gracias a la suprema lámpara votiva del arte y del talento, se cosechan triunfos y se hace que las cabezas todas se dobleguen en admiración ante nuestro paso?

¿Pero qué no sentiría May ante aquella manifestación absoluta de su dominio; ante la vuelta a las candilejas olvidadas; ante los aplausos que llegarían hasta ella como una reconvención por haber permanecido tanto tiempo en el seno de los estudios cinematográficos?... Nada mejor para saberlo que visitar a May en seguida.

Volvemos a encontrarnos. Lo más asombroso en esta mujer excepcional es su memoria. ¿Acaso no ha tenido millones de admiradoras que han escrito mil veces su historia?... ¿Acaso no habrá sentido las mismas simpatías súbitas por otras luchadoras que se han acercado a ella atraídas por su raro talento y sinceridad?... ¿Por qué había de recordar el nombre, las fechas y recibirme con los brazos efusivos abiertos y aquella sonrisa de grata sorpresa en el rostro aun fresco, de vieja-joven?...

¡Ah, pero es que May Robson pertenece a las *rara avis*. Y mi vanidad se siente halagada cuando la gran actriz se dirige al álbum de familia y abre una página en la cual está nuestra fotografía, tomada en la madeja complicada de los *sets* mientras se filmaba "El Rejuvenecimiento de la Tía María"! Para ella es un documento histórico; para mí una prueba de afecto y un motivo de emoción.

Varios compañeros de la Prensa van llegando. Vienen también a rendir homenaje a la gran actriz. Y May Robson, impecable en su traje negro, aliviado por la cascada blanquísima de encajes que cae sobre su seno, hace los honores con la gracia de una mujer de veinte años (que sea graciosa).

La conversación, animada, toma inconscientemente y como es natural, el sendero del trabajo cinematográfico. May es la criatura de las anécdotas. Podría entretener a una audiencia durante setenta horas contando diversos episodios de su vida o de la de sus compañeros en el teatro. Posee además la cultura que se adquiere con los viajes, y tiene las pupilas llenas aún de los panoramas de lejanos países.

Alguien pregunta a May su edad. Y la veterana sonríe. Por pura coquetería levanta amenazadora una mano y dice al preguntón:

—Ah, eso, amigo mío, no se pregunta jamás a una mujer. ¡No se lo diré! Pero en cambio les contaré lo que sucedió en los estudios de la Metro el día que me llamaron para firmar mi último contrato... Después que hube leído cuidadosamente el largo mamotreto lo devolví a los señores productores y dije:

—Señores, con gran sentimiento tengo que declarar que este contrato está equivocado...

Ellos se miraron sorprendidos y casi a una respondieron:

—No tengas cuidado, May, cualquier error se subsanará. Queremos que estés tan satisfecha como nosotros y los términos serán aquellos que te convengan.

—Pero, señores míos, se han fijado ustedes que este contrato dice "por siete años"? No consideran ustedes que dentro de siete años es posible que para llegar al *set* necesite sillas de rueda y una enfermera con la marmita de sopas?... Creo que es injusto que se obliguen a pagarme semejante suma por siete años cuando la decrepitud no sería motivo para que ustedes rescindieran el contrato cuando yo no pueda prestar mis servicios...

Todos se rieron:

—No, May, ese no es motivo para que nos asustemos. Dentro de siete años esperamos que podremos convencerte para firmar otro, y así hasta que ya no puedas trabajar más.

El compañero insistió:

—¿De manera, May, que usted cree que en siete años ya necesita la silla de rueda, eh?... De modo que debe tener usted...

May Robson interrumpe riendo:

—Déjenme que les cuente otra anécdota: Esta tarde al terminar la representación, encontré cerca de la puerta del fondo del teatro, a una viejecita que se apoyaba en un bastón. Sus manos temblorosas estaban casi lívidas por el frío. Al pasar por su lado la anciana me sujetó por el vestido y con una voz gangosa por los años me dijo:

—¡Ah, loado sea Dios que permite que la vea!... Aquí estoy esperando desde hace cinco ho-

(Continúa en la pág. 66)

La Estatua...

(Continuación de la Pág. 13).

se cansó y fué en busca del presidente para pedirle auxilio.

—¿Qué hicieron ustedes?

—Encontramos a Gladwin luchando. Tenía a su alrededor unos quince estudiantes y los que no ayudaban o desayudaban daban *cheers*, pateaban o le aconsejaban en broma que hiciera esto o lo otro. Pero el presidente pronto puso fin al desorden.

—Sigue, sigue...

—El hombre dió unas órdenes y en verdad que sabe como expresarse. Se dirigió primero a Gladwin y éste quedó tan acobardado que se escurrió hasta la puerta y desapareció. Luego siguió con los estudiantes y en menos de treinta segundos todos estaban en sus asientos y guardando silencio. A continuación dijo al profesor que comenzara su clase y salió, seguido por mí.

—¿Y dices que estaba molesto?

—Bastante. Al salir, nos encontramos a Gladwin y allí nos leyó la cartilla. Nos dijo que dejáramos el tractor donde estaba mientras daban la clase y que luego lo sacáramos y lleváramos donde está la estatua para tratar

de sacarla. Y agregó que si continuábamos con las maromas nos expulsaría de las propiedades del colegio y se desligaría de todo compromiso. Se fué a su oficina, dejé a Gladwin fuera y vine hasta aquí para llamarle y saber qué había con el tal Piper. Ya me ha explicado usted que se trata de un intruso. Pero lo bonito es que después de todo lo ocurrido Gladwin insiste en ir conmigo y ayudarme. Dice que actúa bajo sus órdenes. Y ahora creo que lo voy a mandar al infierno.

—Puedes mandarlo donde te parezca.

—Muy bien, Mr. Henderson. Cuando le vea ahora no volverá a molestarnos, se lo aseguro. Lo único que lamento es no haberlo sabido antes.

—Espero que le digas al presidente del colegio que Gladwin es un impostor y no un representante de la compañía.

—En cuanto lo vea lo haré. Y si saco la estatua me parece que el presidente acabará por olvidar lo ocurrido.

—¿Vas a ir ahora?

—No, tendré que esperar media hora a que termine la clase en el aula donde está el tractor. Luego seguiré mi camino.

—*All right*, Joe. Buena suerte.

—Gracias, Mr. Henderson.

Mr. Henderson colgó el auricular. Casi inmediatamente sonó el timbre. Descolgó y escuchó una voz que decía:

—*Hello.* Quiero hablar con el jefe de ventas de la Earthworm Tractor Company.

—Habla el jefe de ventas. Gilbert Henderson, para servirle.

—*All right*, Mr. Henderson—continuó a voz.—Le habla Luke Higgins de la Crawfordsville Steel Company. Estoy metido en un lío y quiero que me ayude.

—Con mucho gusto haré todo lo que pueda, Mr. Higgins. Déjeme ver... ¿La estatua esa que se cayó en el pantano no era suya, o mejor dicho, no le representaba a usted?

—¡Ah, ¿Ya sabía usted lo de la estatua? Entonces creo que no he perdido el tiempo al llamarle. ¿Es cierto eso que me han dicho sobre sus proyectos de enviar un hombre y un tractor para sacar la estatua del pantano?

—No lo vamos a enviar, Mr. Higgins; ya está ahí.

—¡Ya está en el colegio! ¿Está usted seguro?

—Acabo de hablar con el mecánico. Está en el colegio con la máquina y dentro de media hora comenzará a trabajar en el salvamento de la estatua.

—Oh, no, Mr. Henderson. Eso no. Eso es lo que no debe hacer de ningún modo.

—¿Por qué no?

—Porque no. Es necesario que lo impida usted, Mr. Henderson, de todos modos. Si no piensa comenzar a trabajar hasta dentro de media hora, todavía hay tiempo.

—Pero no entiendo, Mr. Higgins. Mi mecánico acaba de hablar con el presidente y éste desea que proceda en seguida a salvar la estatua.

—Atienda, Henderson. Esa estatua es mía, es decir, de mi persona, de modo que yo tengo más derecho a ordenar sobre ella que nadie. Y yo digo que no quiero que el operador del tractor se acerque a la estatua y la deje donde está.

—Pues sigo sin entender, Mr. Higgins. Si la estatua es de usted, me parece que debía agradarle que la salváramos.

—Nada de eso. Pero mejor será que le explique todo. Supongo que será usted un hombre discreto, ¿no es así? ¿No irá contando por ahí todo lo que le diga?

—No tengo esa mala costumbre, Mr. Higgins. No repito una palabra de lo que se me dice confidencialmente.

—*All right*, me parece que puedo confiar en usted. Es una historia pesada. Y lo peor es que mi esposa es la causante de todo. Mrs. Higgins es una de las mejores mujeres del mundo—y no exagero—pero a veces se le ocurren unas ideas verdaderamente calamitosas. ¿Está usted casado, Mr. Henderson?

—Sí.

—Bueno, ya sabe usted cómo son las mujeres. Parece que hace algún tiempo a mi señora se le ocurrió la idea de que el colegio—por gratitud—debía erigirme una estatua. Se ofreció pagarla y le habló al presidente y la mayoría de los *trustees* la aceptaron. Les dijo que a mí me agradaría tanto, que probablemente les regalaría otro edificio. Y así fué como siguieron la marcha. Ordenaron la estatua. Le enviaron al escultor una serie de fotografías mías y el hombre se dió a trabajar. Prepararon el pedestal y guardaron silencio sobre todo. La primera noticia la tuve esta mañana cuando al pasar por la estación del ferrocarril vi el enorme jaulón que la contenía. Verdaderamente que me proporcionaron un disgusto.

—Hombre, a la verdad...

—Bueno, no perdamos tiempo. Me encontré con que mi mujer estaba enamorada de la idea y si hubiera tratado de quitársela de la cabeza, hubiéramos acabado por romper la felicidad de nuestro hogar. Y cuando me veía completamente perdido, vino ese golpe de suerte.

—¿La caída de la estatua en el pantano?

—Exactamente, Henderson. Tan pronto me dieron la noticia corrí a ver lo sucedido. ¡Espléndido! La estatua cayó en medio de lo más profundo del pantano, donde el fango es más blando y de donde no habrá quien la saque. Me vi salvado.

—¿Y no ordenará su esposa otra estatua?

—No, Mr. Henderson, absolutamente, no. Dejé un hombre cuidando junto al pantano para que me informe de todo lo que pasa. Hace cinco minutos me dieron un reporte. La estatua se va hundiendo cada vez más y ya no se ve más que la cabeza. Eso estaba bien. Pero me dió otra mala noticia. Me dijo que a poco de yo marcharme llegó un hombre llamado Gladwin Piper, representante de la Earthworm Tractor Company, que habló con el presidente del colegio, asegurándole que en breve traería un tractor y sacaría la estatua del fango. Y por eso le he llamado. Esperaba convencerle antes de que saliera el tractor de la fábrica. Pero si no he tenido éxito en eso, por lo menos lo tendré en que me retire usted de aquí al hombre y al tractor. Lo hará usted, ¿no es así?

—Supongo que sí, Mr. Higgins, pero sigo sin comprender por qué se opone usted a la estatua. No hay razón para que se excite usted. Después de todo, el pueblo siempre erige estatuas en honor de los hombres que admira y nadie parece objetar.

—Claro, porque todas las estatuas se las hacen a los muertos y los pobres no pueden protestar.

—Bueno, pero no veo... ¿Acaso era cubista o modernista la estatua?

—Peor que eso. Ojalá hubiera sido un amontonamiento de cubos y circunferencias. Nadie me reconocería. Resulta que mi mujer le envió al escultor varias fotografías mías, el artista no es malo y sacó una copia exacta, exactísima, de mi cara. Pero a mi señora se le antojó que para agregar dignidad y respeto a la estatua debía vestirla el escultor, no como yo acostumbro, sino en otra forma. Y el hombre me disfrazó de enterrador o de príncipe de Gales.

—No me diga...

—Ya sé que usted no lo cree, Henderson, pero es verdad. La estatua tiene un sombrero de copa y uno de esos chaquetones grandes Príncipe Alberto y un bastón y guantes. Usted comprenderá que yo no soy un enterrador ni un príncipe Alberto. Soy un industrial, un hombre de negocios, como usted, como los demás. ¿Cómo se sentiría usted, Henderson, si estuviera en mi caso?

—Bueno, no sé...

—Y supóngase que le colocan la estatua en el sitio más elevado de la población, donde la ve usted cada vez que va y viene, desde dondequiera que se pare o dondequiera que vaya. ¿No se excitaría usted y pediría auxilio?

—Creo que tiene usted razón, Mr. Higgins.

—Entonces, ¿me ayudará?

—Haré todo lo que pueda, pero también debo defender los intere-

ses de la Earthworm Tractor Company. Queremos venderle esa máquina al Colegio Crawford. Y el presidente insiste en una demostración. Si la suspendemos, probablemente perderemos la venta.

—Atienda, Henderson. ¿No se le ha ocurrido que yo puedo tener un poco de influencia en el colegio?

—No lo dudo.

—¿Y no se le ocurre que yo puedo estropearle el negocio por muy buena que sea la demostración?

—Tal vez podría usted.

—Asegúrelo. Pero no creo que me vea obligado. Creo que acabará usted por retirar al operador y al tractor. Si lo hace así, veré que el colegio le compre el tractor. Esta es una promesa definitiva. Y si no lo compran ellos, lo compraré yo.

—Pero ya le prometí la demostración. No sé qué decirle al presidente del colegio.

—Dígale cualquier cosa. Si su mecánico quiere una excusa, que le diga que se rompió el tractor y tiene que llevarlo a reparar.

—Bien, eso es un poco raro, pero así será, Mr. Higgins.

—*All right*, llame a su hombre. Y no le diga una palabra de que yo tengo que ver con el asunto.

—Muy bien, Mr. Higgins.

—Y tan pronto le dé la orden, llámeme por teléfono. Mi número es Crawfordsville 7000. Quiero estar seguro. Si no lo saca usted de aquí... creo que lo voy a secuestrar. Adiós.

—Adiós, Mr. Higgins.

Mr. Henderson colgó el auricular y pidió comunicación inmediatamente. Cuando la operadora le respondió solicitó la administración del Colegio Crawford, pidiendo que le localizaran a Joe Mullin, operador del tractor. Después de unos minutos, vino Joe al teléfono y le dió órdenes para que llevara el tractor a la población y diera como excusa una descomposición en el tractor, para no ofrecer la demostración. Mullin quedó sorprendido, pero obedeció.

Después llamó Henderson a Higgins y le comunicó que todo estaba listo.

Por espacio de varias horas no supo Henderson una palabra de Crawfordsville. A eso de las tres de la tarde volvió a sonar el teléfono y escuchó una voz familiar.

—*¡Hello! ¡Hello! ¡Hello!* ¿Es Mr. Henderson?

—Sí.

—Bien, le habla Gladwin Piper, desde Crawfordsville.

—¿Qué? ¿Usted otra vez?

—Sí, y tengo grandes noticias.

—No me diga...

—Estoy tan excitado que no sé por dónde empezar. Pero creo que mi obligación es decirle, antes que nada, que su operador, Mr. Mullin, no es bueno. Es un cobarde, Mr. Henderson, un solemne cobarde y traidor. Claro, siento mucho comunicarle esto. Supongo que le proporcionará un disgusto.

—No, no lo crea.

—Espérese a que le dé los peores detalles. Verá: llevamos el tractor al colegio esta mañana y tuvimos que esperar un buen tiempo antes de poderlo sacar.

—Ya lo sé.

—Mientras esperábamos, me fuí al pantano. Las cosas empeoraban. La estatua se iba hundiendo. Volví corriendo a buscar a Mullin para apurarlo, pero no lo encontré. Le dijo a los señores del colegio que el tractor se había roto y que lo llevaba a la población para repararlo. En otras palabras, le cogió miedo a la demostración. Creo que esto sí le sorprenderá, Mr. Henderson.

—No, señor. Mullin me llamó y me comunicó que la máquina se había roto. No me interesan todos esos detalles.

—Oh, pero hay más, mucho más. Tan pronto me comunicaron lo ocurrido, comencé a investigar. Seguí al tractor hasta el garage

de Simpson. Y aquí está lo más sorprendente. El tractor nada tenía. Estaba en perfectas condiciones.

—Creo que debe estar usted equivocado, Mr. Piper.

—Nada de eso. La verdad es que Mr. Mullin, por alguna razón oculta, le mintió a usted. Yo sospeché del hombre desde el primer momento. Y como sé que usted quiere que vele por sus intereses, me puse a vigilarlo.

—¿Y lo hizo usted?

—Absolutamente, Mr. Henderson. Afortunadamente cuando llegué al garage Simpson no estaba. Probablemente no me hubiera dejado tocar el tractor. Pero como no había allí más que un muchacho llamado William, todo salió bien. William me dejó sacar el tractor y no le vi trabarse ni trabajar mal.

—¿Cómo dice? ¿Que usted sacó el tractor del garage?

—Oh, Mr. Henderson, ya veo que se ha sorprendido. A mí me hubiera pasado lo mismo. Claro, tenía usted depositada toda su confianza en Mullin y ahora descubre que es un sirvergüenza. Creo que no le queda más remedio que hacer una cosa: despedirlo. Y luego buscar un hombre de confianza... como yo, por ejemplo.

—Pero usted no estaba autorizado para andar en el tractor. Podía haberlo roto.

—Bueno, en realidad lo hice así, Mr. Henderson.

—¿Qué? ¿Que lo rompió?

—Sí. Me temo que lo desbaraté. Pero no se preocupe. Antes de romperlo hice una cosa buena para usted, Mr. Henderson. Saqué la estatua del pantano.

—¡Dios mío!

—Ya veo que se sorprende. Me lo imaginaba. Fué la más hermosa demostración con un tractor que recuerda la historia. Había cientos de personas presenciándola, incluyendo al presidente del colegio y a Mr. Luke Higgins.

—¿Cómo? ¿Dice que Mr. Higgins estaba allí?

—Oh, sí, Mr. Henderson.

—¿Qué dijo? ¿Cómo actuó?

—Fué una cosa muy graciosa esa de Mr. Higgins. Llegó al pantano para ver cómo marchaban las cosas y al verme llegar se enfureció. No lo comprendo.

—Ya me lo imagino. ¿Qué ocurrió? ¿Qué dijo?

—Bueno, primero murmuró entre dientes y luego siguió hablando bajito, pero muy enfurecido. Dijo que una persona le había engañado, pero que ya se las pagaría de todos modos. No sé de qué hablaba.

—Siga, siga, que todo eso es muy interesante.

—Sí, ahora sigo. Me pidió que dejara la estatua donde estaba. Cuando le pregunté por qué, respondió que podía estropear el tractor. Al oír esto me reí en su cara.

—¡Qué barbaridad!

—Pero intervino su señora, que estaba muy interesada en que iniciara inmediatamente los trabajos. Bueno, Henderson, nunca le dije una palabra de la estatua. Era una cosa maravillosa. Enorme, grande, admirable. Una verdadera obra de arte. Tenía Mr. Higgins un gran sombrero de copa, un bastón, unos guantes, admirablemente tallados...

—Un momento: no estoy interesado en los detalles artísticos. ¿Sacó usted la...?

—A eso voy. La estatua estaba sumergida hasta el cuello. Pero logramos pasarle una soga y luego una cadena por debajo de los brazos. Amarré el otro extremo al tractor y abrí el acelerador. Fué una cosa admirable, Mr. Henderson. Parecía un gigante nadando en un mar de barro. Pronto la llevé hasta una plataforma que construímos...

—¿Se rompió la estatua?

—No, Mr. Henderson. Tiré con tal suavidad que no le hice un solo rasguño. Ya le dije que causé una profunda impresión. Era el centro de la atracción y debió escuchar usted los aplausos.

—¿Pero no dice usted que destrozó el tractor?

—Eso fué más tarde. Bien, subimos la estatua al carro, con ayuda del tractor y unos maderos. Tan pronto me di cuenta de los aplausos, amarré el carro al tractor y comencé a sacar el carro y la estatua. La mayor parte de la concurrencia venía detrás de mí y al verme aparecer en la superficie, con carro y estatua, sonó un *cheer* más fuerte que todos los aplausos anteriores. Yo, naturalmente, me puse en pie en el tractor, me quité el sombrero y saludé. Todo era perfectamente seguro, porque el tractor marchaba despacio y yo había cerrado el acelerador. O, mejor dicho, hubiera sido perfectamente seguro,

(Continúa en la pág. 64)

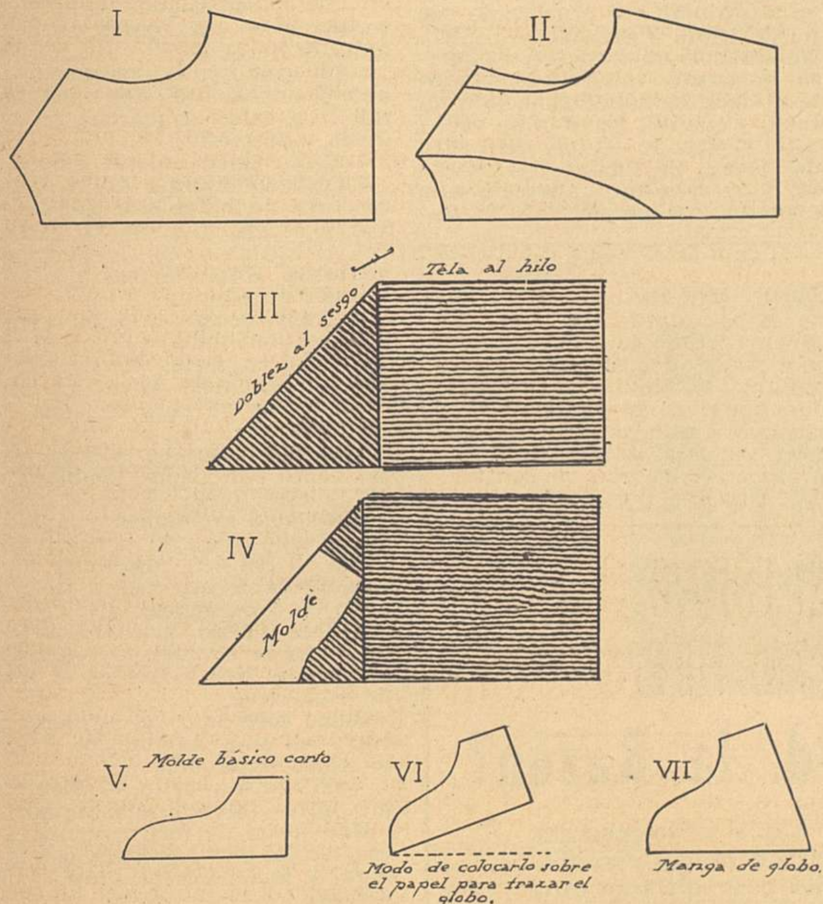
El ARTE Femenino del BIEN VESTIR

Por Mlle. Papillon — II

EL CINE COMO GUIA Y ORIENTADOR DE LA MODA

HUBO un tiempo, felizmente remoto, en que las películas—especialmente las mejores,—llegaban a nosotros con un retraso inexplicable, por lo que las modas que en ellas podían apreciarse, ya no constituían una novedad, y a veces, hasta ya habían pasado del momento de su apogeo.

Hoy transcurre muy poco tiempo entre el estreno de una película en el propio Hollywood y New York y su presentación en La Habana, de donde casi inmediatamente sale para provincias. Esto nos permite contemplar los últimos estilos, creados para mujeres cuyo éxito y fama depende en no pequeña parte, de su elegancia, para conservar la cual no escatiman trabajo ni gasto.



El traje más sencillo que una estrella luzca aun en la escena menos conspicua de cualquier película suya, ha sido diseñado expresamente para ese momento, por uno de los primeros artistas de la moda femenina, estudiando la actriz y la ocasión en que ha de aparecer con el traje, y ya hemos dicho que los dos primeros indispensables requisitos para la elegancia de un traje, son que armonice con la individualidad y el tipo de su dueña, y que sea apropiado a la ocasión en que se ha de llevar.

Son infinitas las sugestiones en materia de modas que puede encontrar en el cine toda mujer que sepa observar, y cuando se dispone a ver una película con la finalidad de orientarse y buscar ideas nuevas que pueda adaptar a sus propias *toilettes*, debe cuidar de buscar para este objeto películas de artistas cuyo tipo se parezca al suyo. Por ejemplo, una trigueña, hermosa, llena de vida y animación, no debe buscar orientaciones de modas en los trajes de Greta Garbo, que han sido diseñados para una mujer de tipo y psicología diametralmente opuestos; ni una rubia alta y lánguida podrá hallar inspiración para sus trajes contemplando los de Lupe Vélez, Sydney Fox, o menos todavía, Janet Gaynor.

Conócete a ti misma, como aconsejaban los griegos, ante todo, y entonces busca una actriz que se parezca a ti en colorido y cuerpo, y cada vez que veas una película suya, estudia las líneas generales de su estilo, y los detalles que le prestan distinción. Las películas, en su mayoría, se desenvuelven en un ambiente de lujo que sólo está al alcance de una pequeña clase privilegiada, y muchos de los modelos que admiramos en la pantalla son demasiado suntuosos para la guardarropía de una muchacha de la clase media. Por consiguiente, más que copiar los modelos en sí, debemos copiar sus tendencias, sus líneas y sus detalles, como antes digo, adaptándolos a los requerimientos de nuestra vida cotidiana.

Además, exceptuando algunas producciones espectaculares, casi todas las demás películas tienen siempre por lo menos una escena de intimidad hogareña, en que vemos trajes que, sin grandes modificaciones, pudiéramos adaptar a nuestras necesidades.

A propósito de buscar en el cine orientaciones de modas, escribe Margery Wells en el "Modern Screen" de abril, con respecto a una película estrenada hace ya semanas entre nosotros:

"Fuí a ver "La Dama Galante", pensando qué podría enseñarnos en materia de ropa, y encontré que desde el principio hasta el final, Ann Harding nos da algo nuevo.

En primer lugar ese flusecito con la blusa lisa y oscura, nos da muchas ideas para la próxima temporada. Usted tiene que tener una blusa oscura, de hilo, algodón, seda o lana, y cuando vea a Ann en esta película sabrá por qué. Es que esas blusas lisas serán la moda durante muchos meses venideros.

Y luego en ese vestido de lana claro con la blusa de lana obscura, Ann estaba elegantísima. ¡Qué gran equipo para una muchacha que trabaja, tratando cuanto puede de adelantar! No es solamente un buen estilo, es un estilo que mira hacia adelante, y haría a casi cualquier muchacha lucir distinguida. Tiene ese aspecto plano, rígido, moderno, que está tan de moda.

Quiero llamar su atención a la escena en que Ann y Janet Beecher están almorzando juntas en un restaurante elegante. Fíjese el aspecto liso, recto y estilo sastre que presentan en cuanto a sombreros, vestidos y abrigos. Ese es el modo como la gente joven *chic*—y la gente mayor también—se viste estos días para salir. Nada de vuelos, cuellos blancos ni ruches. Todo es tan sencillo que la muchacha misma se destaca en alto relieve. Esta es una buena idea y yo quisiera que ustedes la siguieran.

En esta película, cuando Ann Harding llega a París, observan cómo toma el carácter de la moda parisina, un poco más espectacular, pero sumamente sencilla".

Así pues, aquellas de mis lectoras que hayan visto a Ann Harding en "La Dama Galante" recordarán sin duda estos modelos y las gentiles lectoras de provincias, cuando esta película llegue a ellas, recordarán las observaciones de miss Welles, y sin duda podrán recoger muchas provechosas ideas de modas, al propio tiempo que admiran el arte impecable de Ann Harding y Clive Brook.

UN PRACTICO Y GRACIOSO MODELITO DE "SPORT"

Joan Marsh, la rubia y adorable chiquilla que es una de las atracciones de la Columbia, se nos muestra en este retrato ataviada con un monísimo vestidito de *sport*, que entre otras ventajas prácticas ofrece dos muy notables: la de ser muy fácil de confeccionar, y la de prestarse de modo especial a esas reformas, tan útiles cuando se trata de rejuvenecer una pieza todavía buena, pero ya pasada de moda.

El modelo original de la señorita está interpretado en jersey de lana, pero podemos utilizar alguna telita de seda, o bien, piqué, warandol o cualquier otra tela un poco gruesa, de hilo o de algodón.

La blusa interior puede hacerse, como en el modelo, de fondo blanco, a cuadros del color del vestido, o bien toda blanca, o de color entero, o podemos, como se usa mucho, usar nuestros *sweaters* de colores que armonicen con el del vestido.

Para hacer el cuerpo, trazamos nuestro molde básico, como aparece en el grabado I, y entonces, con un lápiz le dibujamos la forma del modelo con sus tirantes, como el grabado II, y procedemos a cortar por éste, dejando, naturalmente, margen para las costuras, y para las costuras donde vaya abierto, que puede hacerse al frente, o bien, simularse el frente abierto, con sus botones, y abrirlo con una pequeña manera al costado izquierdo, que coincida con la de la saya.

Lleva cuatro bolsillitos cuadrados, dos a cada lado, cada uno con su botón, que se pueden reducir a dos, uno a cada lado, y hasta suprimir el botón, que sería lo que yo haría, dejando solamente los de la saya.

La saya es completamente lisa, en dos piezas, utilizando nuestro molde básico, pero es muy esencial fijarse en que está cortada al bies, o al sesgo, que es lo que le da la bonita caída que tiene abajo. Para que queden bien las piezas que hay que cortar al bies, se dobla la tela diagonalmente, como aparece en el dibujo III, y tocando el doblez se coloca la parte del molde que se ha de cortar doble, como vemos en el IV. En esta forma se asegura un perfecto corte al bies, pues de otro modo podría quedar demasiado al hilo, y ya no tendría la caída que requiere el modelo.

Al cortar la saya, se deja, desde luego, para las costuras, y se le hace una pequeña manera al lado, cerrándola con un broche de gancho en la cintura, y brochecitos de presión en la manera. Se le pone a cada un lado de la saya un bolsillo cuadrado, liso, que venga a tener el doble del tamaño de los del corpiño, y se le pone un botón, que puede, si se prefiere, coserse a la saya, haciéndole al bolsillo un ojal para abotonarlo.

Se une el corpiño a la falda, y con un cinturoncito de piel o charol, o, si se quiere, de la misma

(Continúa en la pág. 64)



Háblame...

(*Continuación de la Pág. 51*).

ficultad dos palabras: *Querida Susana.*

Sin un segundo de duda tomó el papel y se fué a su dormitorio. Leyó:

Querida Susana:

Canté para ti, para ti nada más. Leí en tus ojos que así lo entendías. Tu abuela y sus invitados son muy viejos para comprender las cosas del amor... Un millón de besos de tu eternamente amado

Mario.

No tardes mañana en ir a la fuente, o me moriré de angustia.

La nota estaba escrita al dorso de un manucristo que no entendió. El papel resbaló de sus manos.

—¿Qué haré?—se interrogó en voz alta.

Pensó correr a despertar a la joven; pero ello era contrario a las prescripciones del médico. No; mejor era que Susana durmiera tranquila. Y a pesar de todas sus angustias, la señora Ralston se durmió profundamente hasta las nueve de la mañana.

Después de buscar fuerzas en una taza de café caliente, envió por Susana. La joven entró fresca y sonriente.

—Siéntate, Susana,—ordenó la abuela tratando de penetrar en el alma de su nieta con la mirada.—Tengo algunas cosas que discutir contigo. Ante todo ¿quieres explicarme lo que esto significa?

Susana se inclinó sobre el lecho para ver el pedazo de papel, y al reconocerlo se sentó, exclamando:

—¡Abuela! ¿Dónde lo encontraste?

En su voz había un indudable tonillo acusador.

—Lo encontré en tu cuarto anoche. Voló de tu mesa de noche. ¡No trato de justificarme!

Susana guardó silencio.

—¿Qué dices?—interrogó impaciente la abuela.—¿Cómo permites que ese cantante de Casino te escriba, y en forma tan...?

—Yo nunca me hubiera permitido leer una carta privada de usted—siguió acusando Susana.

Un filósofo o un diplomático hubiera percibido fácilmente que el correcto curso de la entrevista era uno solo: suave persuasión; acaso un poco de "no darle importancia". Pero la señora Ralston detestaba por igual la filosofía y la diplomacia. Consecuentemente, lo único que logró fué arrojar a su nieta a un pozo de obstinación, lleno de ofendido silencio.

—Bien—concluyó la abuela con palabra glacial.—Veré al gerente de la Villa des Fleurs. Ya que no quieres entrar en razón, seré inflexible. Te garantizo que tu trovador no permanecerá mucho tiempo en Aix. Ahora, vete a tu cuarto; no salgas hasta que no te lo ordene.

La abuela pensó que nada era tan útil en aquellos momentos como los consejos de un amigo. Envió por el lord.

—Parece que hay algo de verdad en lo que me dijo, viejo amigo.

—Me felicito de haberla prevenido, amiga mía — aseguró el lord.

—No he podido obtener una sola palabra de mi nieta... Pero se entienden, eso es indudable... He decidido ver al gerente de Villa des Fleurs.

—Lleve dinero—aconsejó el lord.—Esos tipos de casino quieren siempre dinero.

—¿Cuánto?

—Acaso sean suficientes diez mil francos. Comience por ofrecerle mil, y vaya subiendo hasta la cifra que haga temblar sus dedos. Nueve o diez mil francos.

—Debía usted acompañarme—dijo la señora Ralston nerviosamente.—No estoy acostumbrada a esa clase de... negociaciones.

—No tema—exclamó el lord con energía.—Déjemelo a mí.

El director de la Villa des Fleurs nunca estaba visible a las diez de la mañana. Pero para visitantes de tanto peso como la abuela y el lord no hubo dificultades. El *manager* los recibió sonriente y servicial.

—Ignoro dónde vive el cantante—repuso a las palabras del lord.—Pero no es difícil encontrarlo. Pueden esperar en la terraza, bebiendo café o limonada. Lo mandaré a buscar, y dentro de diez o quince minutos lo tendrán aquí.

Nerviosamente la señora Ralston se sentó en una mesa, frente a su aliado británico. El lord llenó el ambiente de optimismo:

—Esos individuos no quieren sino dinero. Se rinden en seguida al oro.

Al fin reapareció el gerente, con el cantante. A una señal de la abuela el director se alejó.

—Es usted *monsieur* Mario?—interrogó con severidad el lord.—¿No canta usted en Villa des Fleurs?

—¡Tonterías! — interrumpió la dama. — Sabemos perfectamente quién es... *Monsieur* Mario, ¿quiere contestar algunas preguntas?

—Perdón, madame—dijo el joven—*mais je ne comprends pas du tout l'anglais.*

—¡Ridículo!—pronunció la dama dirigiéndose al lord.—Pretende no entender el inglés, cuando yo tengo positivas pruebas de que puede leerlo y escribirlo... Bien. Hablaremos en francés... ¿Quiere—preguntó volviéndose al joven—decirme dónde conoció a mi nieta y cuántas veces la ha visto?

La sonrisa se esfumó del rostro del joven. Se inclinó ligeramente, y en sus ojos apareció una expresión de perplejidad. La señora Ralston no pudo por menos que admitir que no solamente era bien parecido, sino que también no carecía de distinción.

—Le ruego me perdone... pero yo no tengo el placer de contarme entre las relaciones de su nieta.

En vista de aquella respuesta la señora Ralston cambió bruscamente de táctica. El contrincante era más fuerte de lo que ella había supuesto.

—Siéntese—le pidió cortésmente.—Es muy digna su actitud al negar que conoce a mi nieta... Pero yo lo sé todo. Deseo indemnizarlo por lo que pueda sufrir... Quiero que abandone a Aix en seguida.

Los ojos del joven se agrandaron. Dijo:

—¿Abandonar Aix? ¿Y mi contrato?

—Eso se arreglará—dijo con firmeza la abuela.—Lo importante es que usted se aleje en seguida, y no intente comunicarse con mi nieta.

—¿Cuánto quiere?—intervino el lord.

Una extraña luz prendió en los ojos del joven.

—Ya es demasiado tarde para conseguir en otra parte un contrato de verano...

—Lo comprendo—reconoció la abuela impaciente.—Digamos diez mil... y usted se marcha en seguida. ¿Aceptado?

—Como usted ordene, señora.

La abuela extrajo de su bolsa un fajo de billetes de mil francos, y separó diez. Se los extendió al cantante. El los tomó sin contarlos. Había en sus ojos una mirada de espanto.

—Trato hecho—dijo la señora Ralston poniéndose en pie.—Cumpla usted su parte, *monsieur* Mario... ¡Vámonos!—invitó al lord.—¿Bebemos un poco de agua en las fuentes?

Tan pronto desaparecieron, Mario contó con dedos temblorosos los billetes: diez.

Abandonó rápidamente la Villa des Fleurs, y corrió por la calle hasta la Pensión Altschuler, que se anunciaba con cocina suiza y baño en cada cuarto.

—Buenos días, mamá Altschuler—dijo a la patrona.—Arregle mi cuenta. Nos vamos en el tren de esta tarde.

Subió corriendo las escaleras y entró en una habitación. Tenía el rostro iluminado.

—¡Fleurette!—gritó.— ¡Fleurette! ¡Mira! ¡Mira lo que traigo!

Una joven de rostro redondeado y azules ojos abandonó la ventana, y le tendió los brazos con devoción.

—¿De qué se trata, mi hombre?—preguntó atontada en presencia de los billetes de mil francos que Mario le mostraba.

—¡Dinero! ¡Diez mil francos! Nos vamos esta tarde... Dejamos este Aix fétido, lleno de inválidos y de parásitos de sociedad. ¡Abraza a tu marido, pequeña! ¡La fortuna nos sonríe!

—¿Dónde obtuviste eso, mi dueño?

La trigueña faz del cantante se enserió.

—Algo extraordinario... Una vieja loca americana, cuyo nombre ignoro, me dió este dinero bajo promesa de irme en seguida de Aix. Con ella estaba un viejo loco inglés. No me importa el asunto que los hace desear que me vaya. Su dinero es bueno, y esto basta... La vieja me habló algo de su nieta...

—¡Oh, comprendo! — gritó la mujer.—Esa nieta debe haberse

(*Continúa en la pág. 66*)
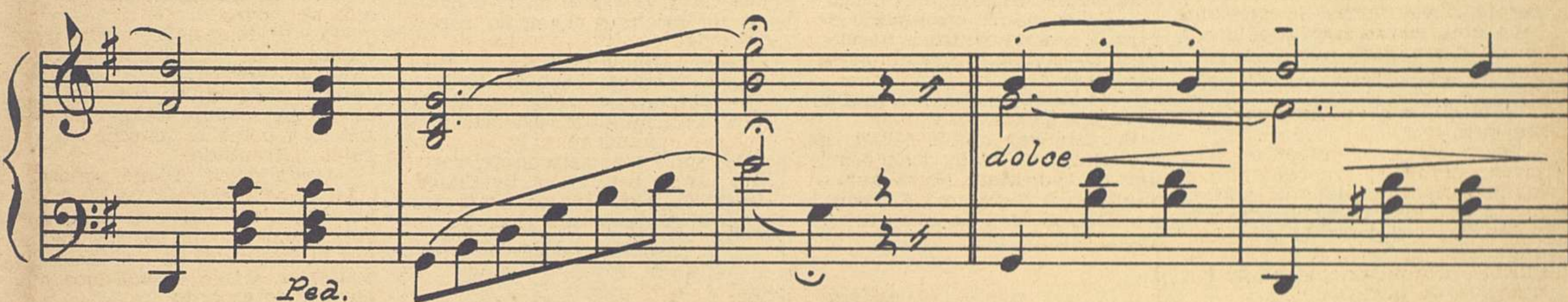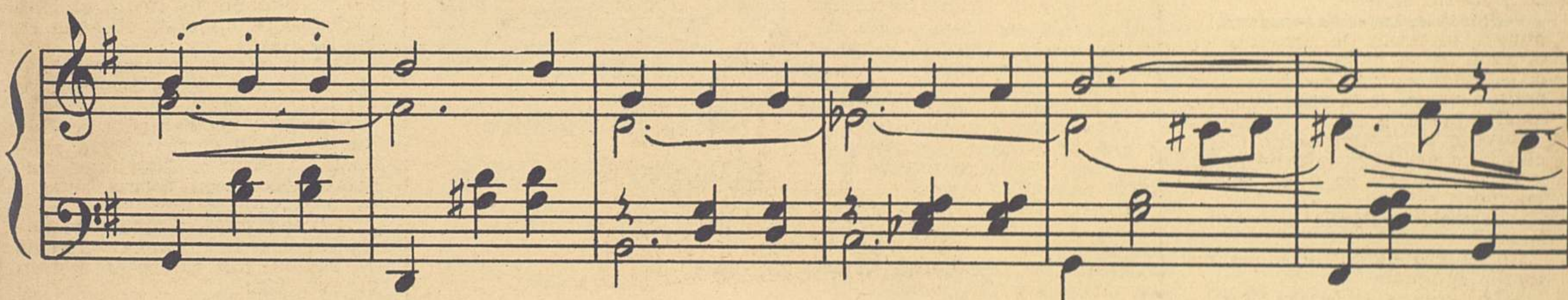




VALS
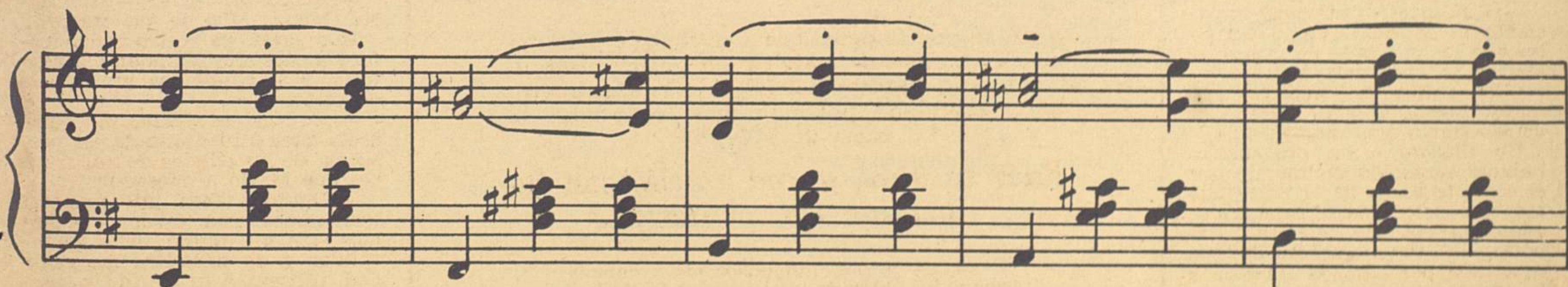
Vena

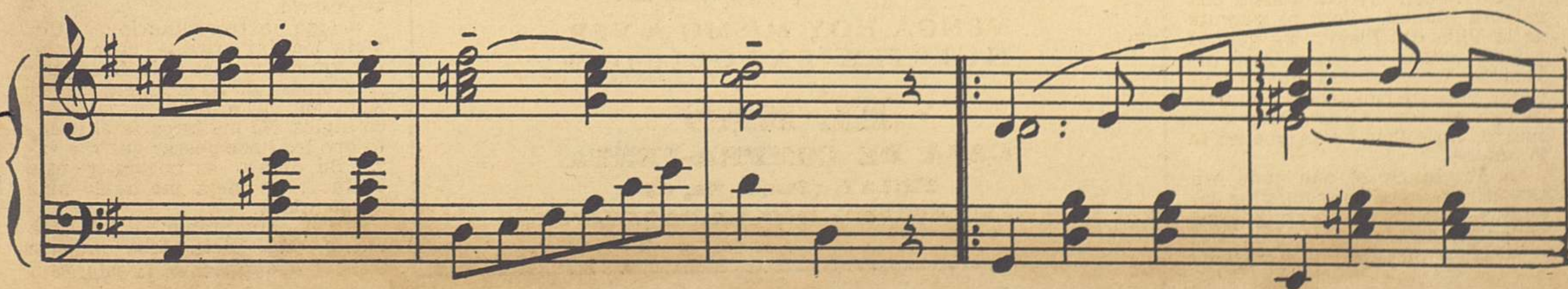
por ELECTO ROSELL











La Estatua...

(Continuación de la Pág. 60).

si no es por la forma de la colina y del camino que sigue al viaducto. Una parte del camino—la que mira al campo del colegio—es un corte perpendicular de cincuenta pies de altura. Yo venía del lado opuesto y no me daba cuenta de eso y tampoco tenían puesta allí barandas, muros o marcas. Es un descuido de las autoridades dejar así un sitio tan peligroso.

—¿No querrá usted decir que se cayó por el precipicio?

—No, Mr. Henderson, yo no me caí. Pero cuando di la vuelta para saludar a la concurrencia, el tractor siguió caminando lentamente y al darme cuenta, se balanceaba sobre el precipicio, con más de la mitad de la máquina en el aire. No me dió tiempo más que a saltar. El tractor desapareció y a poco le seguían el carro y la estatua. Fué uno de esos accidentes que no puede uno evitar.

—Oh, no, nada de lo que usted hace es por su culpa. ¿Se destrozó el tractor por completo?

—Quedó bastante averiado, Mr. Henderson, pero no tanto como la estatua.

—¿Y luego?

—Luego vino corriendo Mr. Luke Higgins, me abrazó, me llevó a un lado y me apretó las manos fuertemente.

—No me diga.

—Creí que el hombre me iba a comer, cuando le vi venir corriendo, pero sucedió lo contrario. Realmente, no lo comprendo.

—¿Qué cosa no comprende?

—Que el hombre me daba excusas y se sinceraba por haber querido suspender la demostración y dijo que ahora comprendía que yo tenía un plan mucho mejor. Agregó que si la estatua se hubiera quedado en el fango, hubiera sido una eterna amenaza. ¿Qué cree usted que significaban sus palabras?

—No se ocupe. ¿Qué más dijo?

—Dijo que yo era un magnífico operador de tractores... cosa que ya nosotros sabíamos. Pero volvió a dejarme pensativo cuando dijo que la mejor parte de mi demostración estuvo al quedarme en la máquina hasta el último segundo. Agregó que había engañado a todo el mundo y hecho creer que se trataba de un accidente. Luego se rió y me guiñó un ojo. Acabó diciéndome que le agradaba ver que yo era un hombre discreto.

—¿Qué más?

—Luego se llevó los pedazos de la estatua y los regó en diversos lugares, para que no se les ocurriera pegarlos. Tampoco entendí esto.

—Y del tractor, ¿qué hubo?

—Ahora voy. Mr. Higgins fué a ver al presidente del colegio y le dijo que iba a comprar el tractor para regalarlo al colegio. Agregó que pagaría el que se rompió y que si lograban repararlo y hacerlo caminar, también podían quedarse con él.

—Eso está bien. No creí que íbamos a salir tan bien.

—Supongo que estará sorprendido, Mr. Henderson. Pero aun tengo otra sorpresa. Mr. Higgins quiere hablarle de mí. Espérese que ahí viene.

Hubo una pequeña pausa y a poco se escuchó otra voz en el teléfono.

—*Hello*, Mr. Henderson. Le habla Luke Higgins. Quiero darle las gracias por la forma en que me ha servido. Aprecio mucho la forma en que ha hecho las cosas el inteligente Mr. Piper. ¿Ya le dijo que voy a comprar la máquina rota y otra más?

—Sí, Mr. Higgins, la enviaremos en seguida.

—¡Bravo! Mr. Piper me ha dicho que su empleo con ustedes es temporal y le he prometido que lo haré permanente.

—Bueno, realmente, Mr. Higgins, no estoy más seguro al presente de que...

—Oh, no, Mr. Henderson, no se haga el bobo. Probablemente está sufriendo usted la misma equivocación, con respecto a Mr. Piper, que yo sufrí.

—¿Qué equivocación?

—Cuando le vi por vez primera, pensé que no existía en el mundo un tonto mayor. Pero ahora creo otra cosa. La forma en que realizó el trabajito de esta tarde no lo hubiera mejorado nadie.

—Tal vez, Mr. Higgins, pero no podemos colocar más hombres ahora.

—Atienda, Henderson. Este hombre me ha hecho un gran favor y yo le prometí una cosa. Cuando yo prometo una cosa, la cumplo. Ya le di una orden por dos tractores y tal vez le dé algunas más. ¿Quiere que las cancele?

—No, Mr. Higgins, de ningún modo.

—*All right.* ¿Entonces le dará empleo a Mr. Piper? Ya le he dicho, Henderson, que es una bella cosa.

—Bueno, tal vez sea mejor de lo que yo me he figurado. Tal vez le encontremos algo por aquí. Le complaceré.

—¿Completamente decidido?

—Sí, Mr. Higgins.

—*All right.* No cuelgue. Quiere hablarle otra vez.

Después de otra breve pausa, se escuchó la voz de Gladwin Piper.

—*Hello*, Mr. Henderson. Mr. Higgins me acaba de dar la noticia. Y todo lo que quiero decirle es que tal vez haya tenido usted algunas sorpresas hoy, pero nada son comparadas con las que le daré cuando comience, de veras, a inyectarle pimienta a toda la organización. Bueno, adiós por ahora. Le veré mañana a primera hora.

El Arte . . .

(Continuación de la Pág. 61).

tela, ya queda completo un trajecito muy práctico y gracioso.

Si se quiere hacer la blusita que trae el modelo, se corta el cuerpo por nuestro molde básico, dejándole margen al frente para el dobladillo de la abertura, que va cerrada con botones, como los del vestido. Para hacer el cuello alto con su corbatica, cortamos una tira larga al bies, que pegamos al cuello de la blusa, dejándole largos los dos extremos para atarlos en el lazo que forma la corbatica.

Para las manguitas de globo, trazamos nuestro molde básico, cortándolo por el largo que deseemos la manguita, y entonces colocando este molde sobre otro papel blanco, corremos hacia arriba la parte inferior, y trazamos de nuevo, trazando la línea del borde inferior ligeramente redondeada, de modo que cubra el espacio que dejamos descubierto. Esta explicación es muy difícil de hacer en términos abstractos, pero confío que los dibujos V, VI y VII lo explicarán con mayor claridad. Hecho el globo de la manguita, se corta ésta al bies, y se recoge su borde inferior, colocándole una tira recta, cortada al hilo, que se ciña, un poquito justa, al brazo.

CORRESPONDENCIA

STA. R. A., Güines.—He estudiado su consulta; y le contesto por este medio pensando que otras lectoras puedan tener la misma duda que tenía usted.

Usted me dice que traza perfectamente el molde de espalda, pero al trazar el de frente la cintura le queda más ancha que la cadera, agregando: "Resulta que al marcar la octava de la cintura sobre la línea 4, y de buscarle la mitad, y luego *marcar nuevamente la octava a cada lado de esa mitad, siguiendo sus indicaciones*, no queda esa línea 14 dentro del cuadro".

Permítame hacerle notar que esto es un error, y veamos para ello mis indicaciones de la Tercera Lección, en lo referente a la cintura. Digo así: "Se toma la octava parte de la medida de la cintura y se marca sobre la línea Nº 4, partiendo de la Nº 1; con el centímetro entonces se mide la distancia que hay entre dicho punto y el extremo de la línea 13, dividiéndola por la mitad, que se marca entonces con una X como aparece en el dibujo X, *y en esa X se coloca el centro de la medida del octavo de la cintura*, señalando con puntos cada uno de sus extremos, y desde el más bajo de los puntos se traza la línea 15, que se une con otra desde la marca del octavo de cintura que habíamos hecho en la línea 4, y queda hecha la pinza de la cintura".

Como ve, su error consistía en que en el punto X usted medía un octavo de cintura hacia cada lado, cuando sobre esa X había que colocar el medio de dicha medida de octavo de cintura, y medir la mitad de la misma para un lado y la mitad para otro. Así, este molde, que es la cuarta parte del cuerpo, o sea, la mitad del delantero, tendrá dos octavas de cintura, que vienen a ser la cuarta parte, y es lo que corresponde, en tanto que en la forma en que usted lo hacía, le ponía tres octavas partes de la cintura, por lo que no es extraño le resultase más ancha la cintura que la cadera, y no pudiese entallarla.
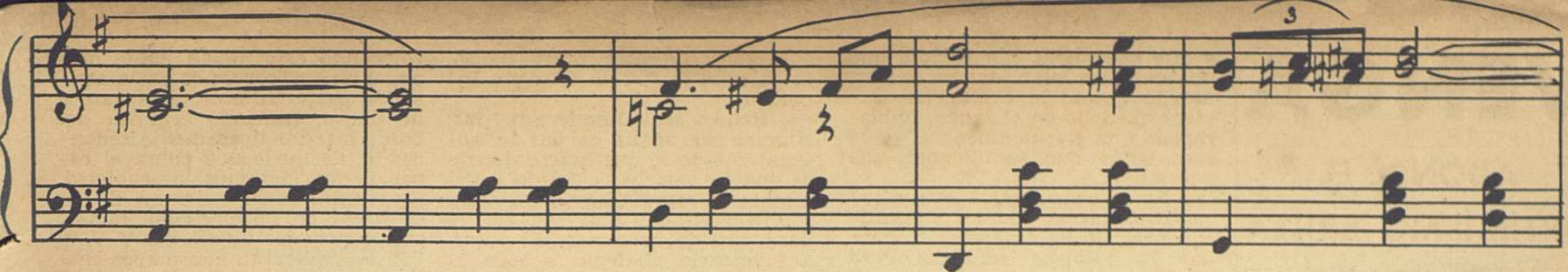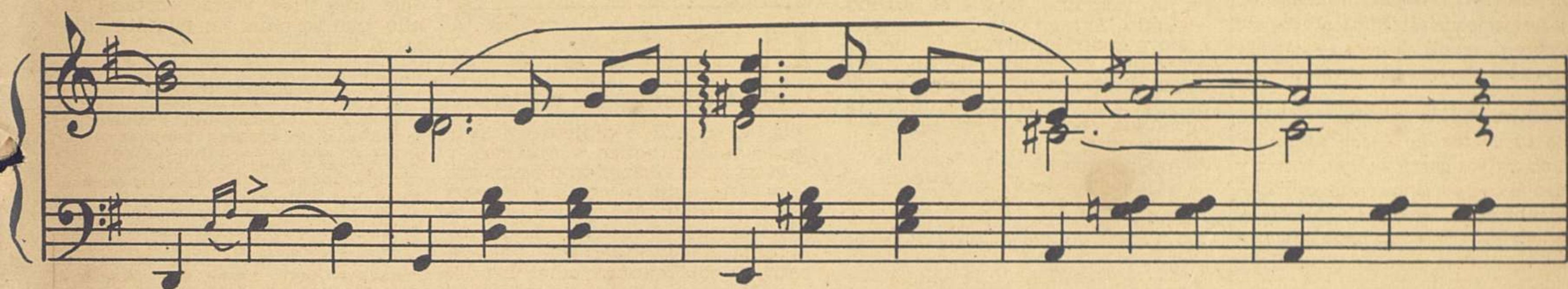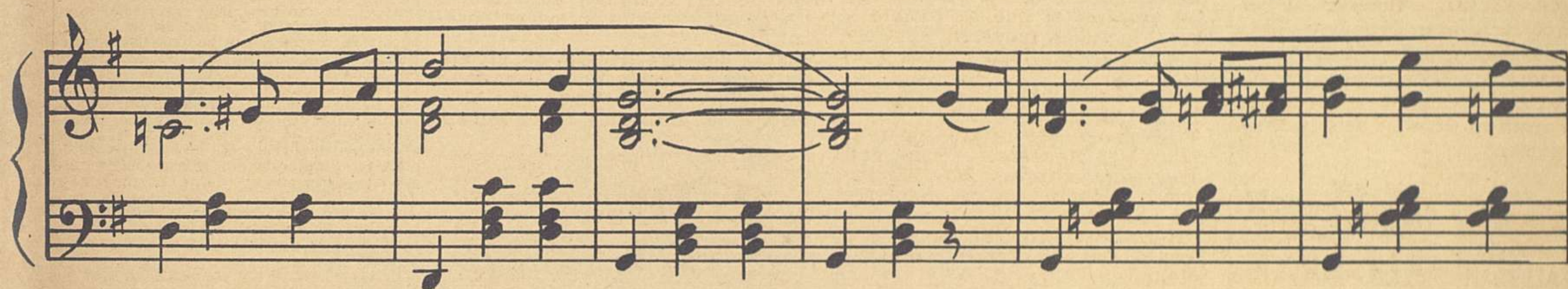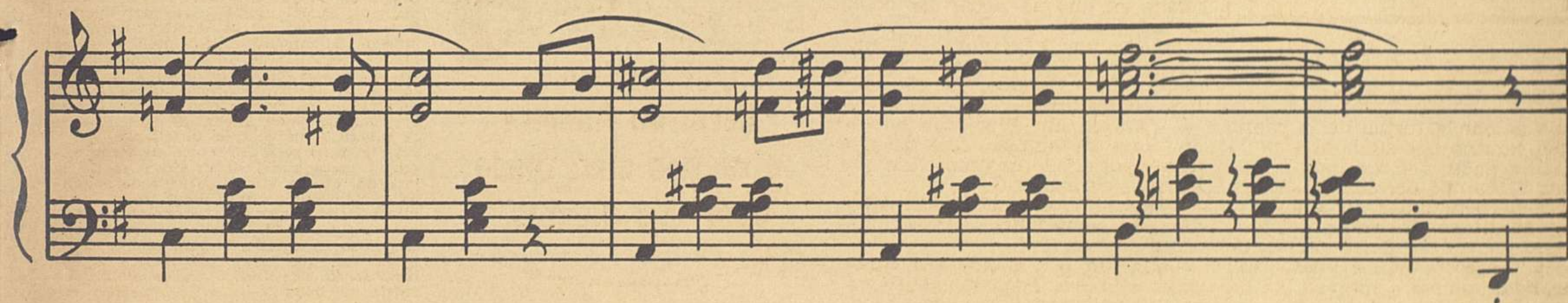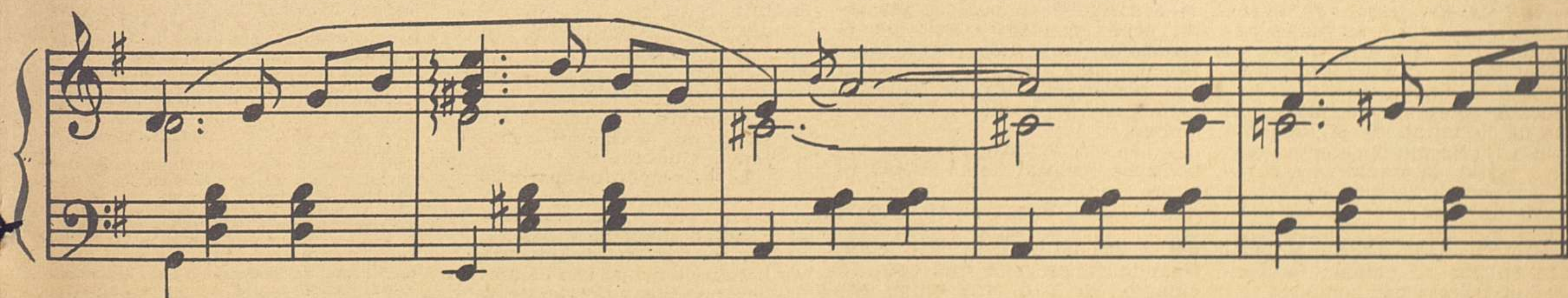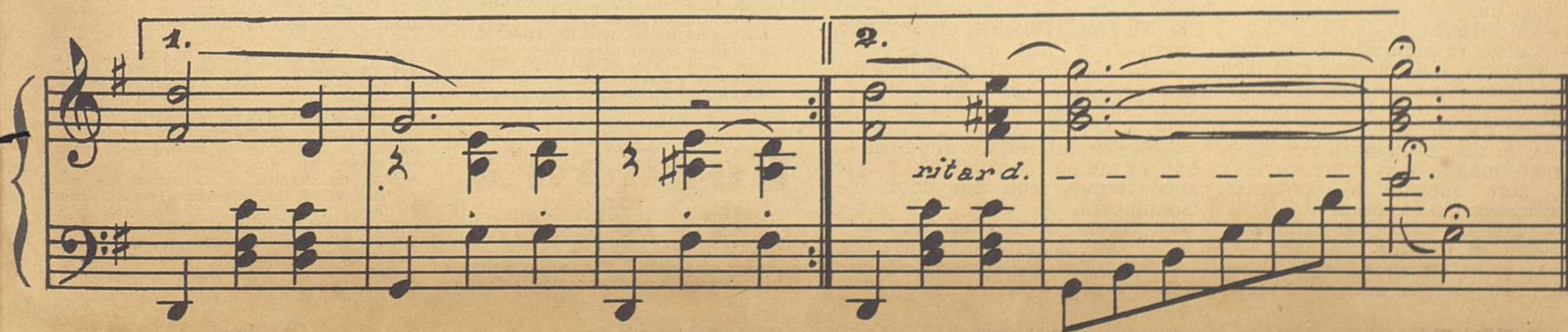
En cuanto a la diferencia de largo entre el costado del delantero y el de la espalda, eso se subsana fácilmente dando o quitando, según haga falta, a la pinza del costado. Lo esencial es que este molde básico quede perfectamente entallado al cuerpo, y para ello, cuando usted vea que tiene que reducir o dar más de lo que indico en el molde, no vacile en hacerlo, pues los cuerpos varían en proporciones, y en esta forma sólo puedo dar reglas generales que hay que adaptar a cada caso individual.

SRA. DE GARCIA, Camagüey.—Gustosa contesto su consulta referente a la lección número 2, de la cual me dice usted que las líneas Nº 2, 3 y 7 tienen la misma dimensión, o sea la mitad de la espalda, y que, sin embargo, la Nº 7 sobresale de las otras dos. Permítame observar que usted está equivocada. Fíjese que las líneas Nº 2 y 3 dicen, en el croquis I, "½ de espalda", pero la línea Nº 7, en el croquis V, dice "½ vuelta de espalda".

Son dos medidas completamente distintas, y para mejor diferenciarlas la referiré a mi primera lección, que se refiere al modo de tomar medidas, y donde, con relación al dibujo de la modelo, se explica: "Se toma entonces el ancho de espalda, desde el punto F hasta G, o sea, hasta el nacimiento de los hombros", siendo éste el ancho de espalda, del cual se mide la mitad en las líneas 2 y 3 del molde de espalda.

En cuanto a la otra línea, o sea la 7, "½ vuelta de espalda", la encontrará usted explicada en esa misma primera lección, como sigue: "Llegamos a la medida del busto y vuelta, que se toma en dos dimensiones, a la altura de la línea V, anotando el frente desde bajo de cada brazo, y el resto de la vuelta midiendo la espalda", que confío aclarará su confusión. La medida de vuelta, en torno al cuerpo, a la altura del busto, se divide en dos: vuelta de busto y vuelta de espalda, y la mitad de esta última es la que trazamos en la línea Nº 7.

Si le queda alguna duda, no le dé pena volver a consultarme, pues sólo deseo que mis lectoras comprendan perfectamente mis lecciones y puedan utilizarlas provechosamente.







1.
2.
ritard.

El Espejo

(Continuación de la Pág. 16).

—Con el permiso de ustedes,—pronunció con su habitual dulzura la esposa de Luis poniéndose en pie.—Voy a dar una vuelta a Luisín.

Se alejó repartiendo sonrisas.

—He ahí una mujer feliz,—sentenció Alejandro.—No debe ser celosa.

—No le doy motivos,—rió Luis.

—La celosa los inventa.

—Siga, Darel,—invitó Leandro.

—Creo que en definitiva diferiremos sólo en un aspecto formal: el del nombre. Para mí los celos implican un estado amoroso.

Teresita me clavó los ojos compungida, sustrayéndose a la fascinación del espejo. Para poder decirle cuán bella estaba me acerqué a brindarle un cigarrillo que aceptó sonriendo y acariciándome con la mirada. Volví a sentarme. Retornaba la dueña de la casa. Alejandro, inconsecuente, alargó la pausa impuesta a Darel contando una tragicomedia de celos en que había sido principal personaje. Teresita mostró su espléndida dentadura, provocativa como carne de coco, en sonora risa. Las probabilidades polémicas de Suárez y Darel disminuían...

—También puedo contar algo, —dijo Luis mirando intencionadamente a su mujer.—Una vez tuve celos. Cuando aun no estaba acostumbrado a la paternidad, tuve celos de mi hijo.

La dueña de la casa sonrió suavemente. Todo en ella era tierno, afable y dulce.

—Sí,—convino.—Ya estás curado ¿no?

Darel suspiró profundamente Perdido el impulso que acaso se había iniciado en lo hondo de su alma, volvía irremediablemente a su taciturnidad. Leandro luchó por reanudar el tema, pero al fin, cuando ya Teresita hacía femenil aparte con la dueña de la casa, se dió por vencido.

Hablamos entonces de los vaivenes de la vida nacional, de arte, de cosas sin interés inmediato y práctico. A las once y media Luis, oficinista impecable, bostezó. Alejandro fingió un toque de corneta con sordina. Nos despedimos. Teresa Sariol exigió dos garzones para ir hasta su apartamento.

—No me importa el "qué dirán" —justificó con ligereza.—Pero temo a los excesos de hombres mal educados que se creen autorizados a importunar a una mujer que va sola de noche.

Darel y yo fuimos los elegidos. La bella quiso ir a pie. Entre ambos, como una niña malcriada nos tomó del brazo. Más de un serio señor nos miró asombrado escuchando las sonoras carcajadas con que la frívola loquela acogía los monosílabos secos de Darel y mis inquietas palabras de fingida indiferencia. Después de dejarla en su confortable apartamento, Darel y yo seguimos juntos unos minutos. Nos separamos, él para subí a un tranvía rumbo a su hotel, yo para desandar algunas cuadras.

Teresa me enlazó los brazos al cuello en cuanto estuve a su lado, envolviéndome en la fascinadora atmósfera que parecía rodearla.

—Has tardado.

—¡Pero si sólo anduve tres cuadras!

—Te quiero.

—Quiéreme más.

Había comenzado a desvestirse antes de llegar yo. Jamás la había visto tan provocativa, tan tentadora, tan mía, en nuestras ya largas relaciones. Fuí a besarla. Tenía el rostro ladeado. Se admiraba en el espejo, como en casa de Luis.

En un súbito, incontrolable arranque, corrí hacia la espléndida luna, y con un objeto de tocador que recogí al paso, frenético, la rompí en mil pedazos.

Teresa me contempló estupefacta cuando — estupefacto yo también por mi acción,—me enfrenté con ella de nuevo. Nos miramos así, indecisos, un buen rato. Luego, conmovidos y temblorosos fuimos acercándonos hasta unirnos en convulsivo abrazo.

Me pareció escuchar en la lejanía una voz profunda y lenta, concentrada como la de quien habla de un tema que "le toca en lo vivo". Me pareció distinguir dos palabras:

—¡Los celos!...

Háblame...

(Continuación de la Pág. 62)

enamorado de ti. ¡Lo que le pasa a todas esas señoritas de salón tarde o temprano! Bien. Tengo que arreglar a los niños si nos vamos esta tarde. ¡Regresaremos a Suiza! Pasaremos unas alegres vacaciones.

Monsieur Mario, cuyo pasaporte estaba extendido a Jacques Schmidt, corrió escaleras abajo en busca de la cuenta. En los veinticinco años de su vida había oído hablar muchas veces de las millonarias locos de América, pero hasta entonces no se había encontrado con ninguna.

*

La señora Ralston casi deseó, en los siguientes días, que monsieur Mario retornara. Susana permanecía sumida en el más terco silencio. Era una vívida representación del sufrimiento.

—Un cambio de escenario le beneficiará—reflexionó la abuela.—Iremos a París por unos días, y luego a New York. No estaré tranquila hasta que esté en manos de sus padres.

En París Susana reaccionó un poco... Mostró señales de interés cuando la abuela habló de ir a comer al Bosque.

Transcurrió aquella comida relativamente animada para la joven... como correspondía a la heroína de un idilio roto, cuya ruptura le había destrozado el corazón... Fué en uno de esos encantadores y románticos restaurantes del Bois de Boulogne. Susana—excepto cuando se acordaba de su amor perdido—se divirtió bastante, aunque los comensales fueron encanecidos amigos de la abuela.

Cuando la orquesta terminó los bailables, surgió Henri Martino, *le célèbre chanteur*. Comenzó a cantar en el otro extremo del salón, y fué caminando lentamente hacia la mesa de la abuela. Al llegar junto a Susana se inclinó, y cantó con un hilo de voz emocionada, las inmortales palabras:

Parlez-moi d'amour,
Redîtes-moi des choses tendres.

Cuando Susana llegó a su cuarto, esa noche, realizó un solemne rito. Una por una quemó las cartas de Mario a ella y—extraño por cierto—las de ella a Mario. Luego, cuando las cenizas de su muerto amor reposaban en la chimenea, se sentó ante el escritorio. Vió en el espejo de sobre la mesa sus ojos, brillantes de excitación. Tomó la pluma y comenzó a escribir, disfrazando la letra:

Susana querida:
Canté para ti sola hoy. Leí en tus ojos...

¡Que Vivan...

(Continuación de la Pág. 58).

ras, y hubiera esperado todo el día para poderla ver!

Aquella prueba de afecto me enterneció. Pregunté indignada a los empleados del teatro, por qué no habían hecho pasar a la pobre viejecita que temblaba bajo la caricia ruda del invierno, esperando paciente mi salida. La tomé por un brazo y la llevé hasta mi camerino. Al llegar a la puerta la anciana continuó:

—He venido a verla cuando supe que usted aparecía en este teatro, porque mi madre me encargó mucho que la saludara. Mi madre fué condiscípula de usted cuando estaban en el colegio.

Mi sorpresa no tuvo límites. Yo que contemplaba con pavor a la viejecita aterida de frío y acababa de confesarme que yo *podía* ser su madre... Le solté el brazo y me dieron ganas de enviarla al infierno. Solamente que fuera una broma bien urdida para mortificarme.

—¿Pero qué importan los años? —sigue diciendo May Robson con una volubilidad casi juvenil.—Jamás había soñado que al llegar a esta época de mi existencia la vida ofrecería tan agradables sorpresas y tanto interés para vivirse plenamente. La edad no existe sino en el cerebro de cada cual. Si se conservan las ilusiones y se tiene una sonrisa sincera a flor de labios; si a pesar de los años seguimos gozando bajo la caricia del sol y ante el hechizo de los jardines; si nuestros ojos siguen curiosos el vuelo de las mariposas y cuentan las franjas de colores de sus alas inquietas; si podemos seguir encadenadas al romance, aunque sea contemplándolo con benevolencia en las criaturas jóvenes que se mueven a nuestra vera, los años pasarán y nuestro corazón seguirá tan juvenil como cuando teníamos quince años. Todo depende de nuestras reacciones mentales.

Actualmente las mujeres de edad, las actrices de carácter encuentran mejor acogida en Hollywood que las jóvenes. Porque de las segundas hay muchas y las primeras escasean. Es cierto que todo depende de la suerte, de las circunstancias, de las obras. Pero ya la mujer no tiene por qué temerle a la edad como si fuera una vergüenza irremediable. A la edad se le puede sacar tanto partido como a la juventud.

Efectivamente, en Hollywood tenemos ejemplos vivos de que el talento, un buen ángulo de la cámara y un excelente maquillaje, pueden obrar milagros. No solamente en aquellas actrices que, como May, no tienen interés alguno en representar veinte años, puesto que sus papeles exigen en cambio la madurez completa, sino en las que, sin haber llegado completamente a la madurez, atraviesan ese estado peligroso que conduce al otoño...

La pantalla ofrece ejemplos magníficos de mujeres otoñales que roban completamente el corazón del espectador. Alice Brady, Mary Boland, Betty Blythe (nuestra inolvidable reina de Saba en los días silentes), Billie Burke, Louise Dresser.

Y veteranas en toda la extensión de la palabra, como Marie Dressler que cumplió hace poco su sesenta y dos aniversarios; Edna May Oliver, la comedianta sin par, Alison Skipworth, Henrietta Crosman.

Y como decía nuestro compañero Ramón Romero hace poco, en muchos hogares donde antes se relegaba a la abuela al último rincón, ahora la buscan y la contemplan con admiración y curiosidad, pensando si quizás tienen una estrella en ciernes en la familia.

¡Arriba, pues, abuelas!... Si May Robson a los sesenta y nueve años acaba de firmar un contrato de siete, con un estudio poderoso, nada de particular tiene que vosotras encontréis una *pose* interesante que llene las necesidades de un film. ¡Qué vivan las abuelas, sean o no futuras estrellas!

Felicidad...

(Continuación de la Pág. 4).

un monumento viviente a tu victoria y a tu liberación.

"Debes construir algo más que tu sola persona. Pero hace falta ante todo que te hayas construído a ti mismo, recto de alma y de cuerpo.

"No tan sólo debes reproducirte, sino mejorarte. Y a ello te ayudará el jardín del matrimonio.

"Debes crear un cuerpo superior, un primer móvil, una rueda que parta espontánea, debes crear un creador.

"Llamo matrimonio de dos seres a la voluntad concorde de crear un tercero superior a ellos. Y llamo matrimonio a la veneración recíproca de los dos que coinciden en tal voluntad.